

# LA SOMBRA DE UNA MENTIRA



Bilogia Isla skye I



Yolanda Revuelta

«Biología: Isla Skye»

*La sombra de  
una mentira*

(Volumen I)



*Yolanda Revuelta*

## Bilología Isla Skye

«La sombra de una mentira»  
«La promesa de no olvidarte»

Copyright © 2018 Yolanda Revuelta  
Diseño de portada: Migarumo  
Corrección: Violeta Triviño  
violetamtcorreccion@gmail.com  
Maquetación: Valerie Miller  
valeriemillerscribe@gmail.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

All Rights reserved

1ª Edición Marzo 2018

*Para Silvia Peón.  
El recuerdo nunca muere.  
Sé fuerte, preciosa.  
Te adoro.*

*Yolanda Revuelta*

*"No dejes que termine el día sin  
que hayas crecido un poco, sin haber  
sido feliz, sin haber aumentado tus sueños."*

*Walt Whitman.*

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[Agradecimientos:](#)

[Yolanda Revuelta](#)

[Otros títulos de la autora:](#)

## PRÓLOGO

Madison observó con inquietud el féretro mientras descendía a lo más profundo de la tierra. Las lágrimas surcaron sus mejillas, como tantas veces había ocurrido durante los últimos meses. Creía estar preparada para la pérdida y el dolor, pero estaba totalmente equivocada. Nadie se prepara para la más absoluta soledad.

No tenía familia, se lo había repetido hasta la saciedad durante las largas noches en vela en las que se había ocupado de administrar los cuidados necesarios para que a su madre no le faltase de nada, pero después de todo, aquel ensayo agotador y contrarreloj para robarle un día más a la muerte, no había servido para mucho.

Fiona McAllen había muerto plácidamente mientras dormía en su cama, tras luchar durante varios años contra un cáncer que la había debilitado hasta la extenuación.

Los hombres que habían hecho descender el ataúd con ayuda de gruesas cuerdas hablaron entre ellos en un tono casi inapreciable y después, sin más dilación, se marcharon como habían venido, en el más absoluto mutismo, quizá con la única intención de darle espacio, un momento de cortesía para el último y definitivo adiós.

En el camposanto solo se escuchaba un silencio denso, las ramas desnudas de los árboles junto con unas algodonosas nubes grises eran los únicos testigos presenciales que parecían acompañarla en ese momento. Todos los asistentes al funeral, sin excepción, se habían retirado tras haberle dado el correspondiente y cortés pésame.

Otro trago duro de abrazos y besos de condolencia.

Tiró una rosa blanca sobre el ataúd a modo de despedida, y en ese intervalo, las ráfagas de aire se detuvieron. El cielo, como si supiese de su dolor, dejó caer las primeras gotas de lluvia del día sobre el cementerio.

Madison, agotada por la tristeza, se alejó despacio y sin mirar atrás del lugar donde reposaría eternamente Fiona McAllen, su madre.

La sensación de sentirse abandonada se acrecentó en su fuero interno y como si se tratase de un acuerdo tácito de la naturaleza, el viento comenzó a soplar de nuevo, entonando su canción más triste mientras un tremendo aguacero comenzaba a caer sobre la tierra.

Madison McAllen se sintió derrotada.

Jaque mate.

# CAPÍTULO 1

*Dos semanas más tarde.*

—Debes comer algo.

Madison desoyó la voz de su amigo y siguió con la mirada la silueta de un pequeño pájaro que, al otro lado de la ventana, agitaba con ahínco sus diminutas alas mientras revoloteaba a su antojo por las ramas de un inmenso árbol situado frente a su apartamento.

Los colores del otoño predominaban sobre la ciudad y esos tonos rojizos y apagados le hacían a ella misma tener sentimientos encontrados.

Se ajustó su vieja chaqueta de lana al cuerpo intentando evitar el nacimiento de un escalofrío que ya recorría buena parte de su espalda. Así era como ella se sentía, como aquella pequeña ave, de rama en rama, en una vida desnuda, sin ningún tipo de aliciente ni esperanza. Su madre había sido un pilar muy importante en su vida, el único quizás, si lo pensaba detenidamente.

No había conocido nunca la figura paterna ya que Fiona McAllen había decidido, no sabía si por voluntad propia o elección impuesta, ser madre soltera.

Así que en el instante de su muerte, la sensación de vacío se hizo aún más profunda, más inestable, más apremiante. En definitiva, se encontraba rota y no tenía ni idea de cómo debía pegar los pedazos de su nueva y triste existencia.

Nunca había encontrado, a lo largo de su vida, fotos antiguas de su madre, ni fotos de familia, no había tíos, ni abuelos, ni primos, pero sí había hallado una carta que le había dado un giro nuevo a su existencia.

Vivía en la misma ciudad que la había visto nacer y crecer,

Georgetown, un barrio más antiguo que el propio DC. Adoraba cada una de sus pintorescas y coloridas calles animadas por el bullicio de los estudiantes en sus idas y venidas a la universidad, quizá por esa razón se había dedicado al arte, a la pintura para ser más exactos, para poder plasmar todo aquello que le llegaba al alma, a veces de forma brusca, otras de manera pausada y suave. Porque si algo tenía claro era que ella no dejaba que nada se pudriera en su fuero interno. Todo su dolor, sus alegrías, sus esperanzas, sus sueños o incluso sus anhelos, cada uno de esos sentimientos tenían un color específico para ella; solo debía mezclar los tonos correctos en su paleta y luego dar forma a su estado de ánimo en un lienzo, el resto venía por sí solo.

Su madre se había dedicado a la enseñanza. A ella le hubiese gustado que siguiera sus pasos, quizá por esa razón no se había tomado muy bien el hecho de que Madison optase por el arte, pero con los años lo había llegado a aceptar, incluso alabado alguno de sus cuadros.

Pero si algo había aprendido a lo largo de sus veintisiete años era que pintando cuadros no se llegaba a final de mes.

A Fiona McAllen le hubiese gustado que su hija fuese economista o abogada, pero nunca, nunca, artista. Ahora comprendía la retahíla de su madre un poco mejor.

«La pintura jamás te pondrá un plato de comida en la mesa», solía decir cada vez que se enfadaban, pero, si una cosa tenía clara era que la carrera de Bellas Artes había sido para ella como un bálsamo de paz, un encuentro consigo misma.

—Madison...

Madison miró por encima de su hombro y apoyada en el umbral de la puerta observó a su amigo. Sin él no hubiese podido subsistir estos últimos días. A partir de ahora, solo tenía a Justin y lamentaba tener que alejarse.

—Lo sé, debo comer algo.

—Eso es—dijo su amigo con una tenue sonrisa que no le llegó a los ojos—. ¿Qué te apetece?

Madison respiró hondo e intentó pensar, pero las telarañas de los recuerdos cubrieron de nuevo su mente.

—No lo sé.

—¿Quizás un poco de sopa?

Madison negó con la cabeza. La idea de meter algún alimento sólido a la boca hacía que su estómago protestase.

—¿Un té?

Madison iba a responder cuando, de repente, su mirada volvió al árbol que había estado observando hacía escasos minutos, y fue entonces cuando se percató de cómo aquel pajarillo, se posaba al fin y saltaba con pequeños brincos de un lado a otro en una de las ramas más gruesas y fuertes.

—Sí. Eso estaría bien —dijo sin demasiado énfasis.

—Bien. Voy a poner el agua a calentar.

—Justin...

Su amigo se detuvo antes de cruzar el umbral de la puerta.

Madison se giró y se encontró con el mismo muchacho que había conocido el primer día de instituto.

Justin no había cambiado su aspecto, su tez seguía morena gracias al solárium, no contrastaba nada con unos intensos ojos grandes y negros que le daban una expresión a veces un poco fría, nada más lejos de la realidad porque su amigo, y ella lo sabía bien, era un ser noble. Era un hombre atractivo que se cuidaba físicamente. Le gustaba llevar las cejas depiladas y jamás permitía que su barba y su pelo corto y muy estiloso, aunque no demasiado hípster, creciese un centímetro de más.

Madison tenía la impresión que el tiempo solo había pasado para ella. Reconocía que los últimos meses al lado de la cama de su madre le habían pasado factura, era consciente de ello, quizá por esa razón había tomado una difícil decisión a lo largo de la última semana.

—¿Qué pasa, Madison?

—He puesto en venta la casa de mi madre.

La expresión de Justin fue de total incredulidad.

—¿Y eso por qué?

Madison tomó una respiración profunda antes de responder.

—Necesito cierta estabilidad económica. Me voy unos

meses a vivir a Europa —soltó de golpe.

—¿A Europa? —Las preguntas salieron de forma atropellada de la boca de Justin—. ¿Por qué? ¿A qué país en concreto?

Madison pensó que repetirlo constantemente en su mente era menos doloroso que decirlo en voz alta.

—Bueno, digamos que voy a hacer un tour, imagino que visitaré Irlanda, Francia o España, pero empezaré por Escocia.

Justin la miró como si a Madison le hubiese salido otra cabeza de repente.

—¿Escocia? ¿Qué se te ha perdido a ti en Escocia? —preguntó intentando asimilar el nombre de los demás países que ya bailaban en su cabeza.

Como había supuesto, Justin estaba enfadado o decepcionado, no lo sabía con certeza, pero no se lo reprochaba porque había sido una decisión tomada en el transcurso de los últimos días, aunque debía reconocer que la idea llevaba germinando bastante tiempo en su mente.

—Mi madre era escocesa —comentó como si con esa afirmación pudiese responder a todas las dudas de su amigo.

—Lo sé, Madison. Fiona era escocesa —comentó Justin con voz sombría—, pero tengo la impresión de que no vas a Escocia para pintar sus preciosos paisajes y acantilados.

Justin, como de costumbre, había dado en el centro de la diana.

—Supongo que tienes razón.

—Madison, ¿cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¿Ocho, diez... doce años?

—Demasiado tiempo —respondió Madison a la vez que bajaba la cabeza para examinarse las manos. Necesitaba huir de esa mirada oscura.

—Una vida, Madison, ese el tiempo que nos conocemos— dijo su amigo con énfasis—. Tenemos veintisiete años, por el amor de Dios, no es necesario que vayas en busca de un pasado del que tu madre, en un momento concreto, decidió huir.

Un denso silencio se hizo en la habitación. Justin la

conocía demasiado bien.

—¿Eso es lo que crees? ¿Qué voy en busca del pasado de mi madre? Porque lo que realmente creo yo es que voy a buscar el mío propio —replicó con voz gélida, volviendo toda la atención a Justin.

Él soltó el aliento de golpe, con un gesto de impaciencia.

—Madison, no sabes lo que te vas a encontrar al otro lado del Atlántico.

Su amigo, como de costumbre tenía razón. Sintió la necesidad de abrir la ventana y tomar una bocanada de aire, pero en el último segundo, cambió de idea.

—Necesito saber lo que pasó —comentó a modo de explicación, como si intentara convencerse a sí misma que ir a Escocia sería buena idea.

Su amigo se encaminó de nuevo a la puerta.

—Quizá tu madre deseaba todo lo contrario, ¿no lo has pensado? Voy a por el té.

Madison se quedó sola; eso era algo a lo que debía acostumbrarse. El apartamento donde vivía no era excesivamente grande, pero sí soleado, ideal para sus cuadros. Aunque llevaba semanas sin pintar allí, aún olía a pinturas, a óleo, a disolvente y aceites. En el caballete no había ningún lienzo porque el dolor no le permitía crear. Todo su ser estaba cerrado al mundo exterior.

Se encontraba en su *cueva*, como a ella le gustaba denominar a estar encerrada en sí misma, en lo más hondo y oscuro de su alma.

Si se sinceraba consigo misma no tenía ni idea cuándo había limpiado el apartamento y recogido todo su material de pintura. Al parecer su subconsciente le llevaba ventaja.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte en Europa?

La aparición de Justin hizo a Madison volver al mundo real.

—Aún no lo sé con certeza.

—Antes has dicho meses, eso no es muy especificativo.

Madison supo que Justin tenía razón.

—Al menos tres meses.

—¡Wow! Eso es demasiado tiempo, ¿no crees?

—Depende...

Su amigo le tendió una taza. Madison supo al instante que era su té preferido, té chai con especias y hierbas aromáticas. Iba a echar de menos a Justin, de eso estaba completamente segura.

—Y, ¿ya sabes dónde te vas a hospedar una vez que llegues a Escocia?

—Creo que sí —dijo Madison antes de tomar un sorbo de té.

—¿Solo lo crees?

—Internet es una ventana al mundo —dijo resolutiva—, he alquilado una casa.

—¿Y ya está? Un día decides ponerte ante el ordenador, alquilar una casa y alejarte del mundo y de la gente que conoces —la amonestó Justin.

—Dicho así suena más frío.

Justin torció la boca y dibujó una mueca agria en ella.

—Madison, es una decisión muy importante. ¿Estás segura de todo esto?

Madison llevó la mano al bolsillo trasero de su buzo vaquero, donde aún quedaban restos de pinturas, y extrajo de él un folio doblado en cuatro mitades.

—¿Qué se supone que es? —preguntó Justin.

Esa misma pregunta se hizo ella misma al encontrar el folio pulcramente doblado en el interior de un libro. Una vez que leyó su contenido, su vida cambió para siempre.

—Una carta, un nexo de unión entre el pasado de mi madre y mi presente. —Las lágrimas le hacían un nudo en la garganta.

Justin tomó un sorbo de té sin dejar de observar a su amiga por el borde curvo de la taza.

—Podrías ser más explícita.

—Hace unos días fui a casa de mi madre. Mientras recogía su ropa y los enseres en bolsas para entregarlo a caridad, encontré esta carta dentro de un libro de poemas.

Los ojos oscuros de Justin se abrieron, denotando cierta sorpresa en su mirada.

—Walt Whitman.

—La conocías bien.

Justin sonrió despacio.

—Era una gran mujer, Madison, y no cesó en su empeño para que me enamorase de la poesía. —Arqueó lentamente la comisura de los labios hacia arriba—. No lo consiguió, pero al menos, se puede decir que lo intentó.

Madison le devolvió una sonrisa tenue y triste.

Lo que decía su amigo era cierto. Justin tenía otras inquietudes en la vida, decidió no ir a la universidad. Trabajar en el taller de su padre era lo que le hacía feliz.

—El libro estaba sobre su mesita de noche —aclaró.

—Así que ella quería que lo encontraras.

—Podría ser. —La voz de Madison flaqueó.

A Justin le fascinaba el mundo del motor, todo aquello que funcionase con gasolina o diesel. Se podía decir que era el mejor mecánico de todo Georgetown. Razón por la cual sus manos estaban siempre agrietadas y con restos de aceite y carburante, todo un contraste con su estilo. Era el menor de tres hermanos varones y él era el único que había decidido seguir los pasos de su progenitor.

Si a Madison ese detalle le pareció un poco desconcertante al principio, hoy se podría decir que era un acierto del destino. Para el señor Morelli, el padre de Justin, su vástago era su verdadero orgullo, casi más, se podría decir, que sus otros hijos.

—¿Qué dice la carta?

Madison dejó su taza sobre la mesa y a continuación la desplegó. Tuvo que hacer un verdadero acto de fe para no derramar una sola lágrima al leerla de nuevo.

*Mi preciosa Madison:*

*Mi tiempo aquí, en este mundo, se termina, pero la necesidad de estar contigo nunca será efímera, de eso estoy completamente segura.*

*Me siento culpable por el simple hecho de que me hayas*

*preguntado un millón de veces a lo largo de tu niñez y adolescencia quién era tu padre y yo, como de costumbre, siempre te daba la misma evasiva una y otra vez. No creas que no era consciente de tu desazón y de tu tristeza ante mi respuesta, pero en ocasiones, la vida te permite enterrar tu pasado y no volver a mirar atrás y yo me aferré con todas mis fuerzas a esa posibilidad.*

*Huí de Escocia siendo muy joven, con la única compañía del silencio de la noche y con el alma en un puño, sabiendo que los míos jamás perdonarían mi decisión, no obstante era necesario, créeme y, aunque he tenido ciertos pesares en algunos momentos a lo largo de los años, ahora comprendo, cuando me quedan pocas semanas de estar a tu lado, que fue una decisión acertada.*

*Te quise desde el momento en que supe de tu existencia y no deseaba que nadie se percatara de que estaba esperando un hijo, quizá por orgullo o por egoísmo, no lo sé con certeza. Sé que estás dolida, pero espero que puedas perdonarme algún día por ello.*

*No fue una decisión meditada, ahora lo sé, pero el tiempo me da la razón. Solo espero que Dios me dé la opción de redimirme.*

*Te quería solo para mí, deseaba protegerte del deshonor y de las calumnias, no podía soportar que nacieras sin la figura de un padre.*

*Espero de todo corazón que algún día llegues a comprender mi decisión.*

*Imagino que esas dudas, ahora que no estoy ahí contigo, estarán queriendo encontrar una respuesta.*

*Permíteme que me lleve mi secreto a la tumba, no estoy orgullosa de lo que hice, pero sucedió y no pude hacer nada para evitarlo. Llegaste a mi desordenado mundo en el momento oportuno y quiero que sepas que volvería a repetir aquel instante en el que te concebí, a sabiendas de que tú serías el resultado de mis actos.*

*Tienes que saber que, cuando decidí dejarlo todo, tenía una hermana, se llamaba Ellen y de apellido Campbell, y también*

*un abuelo, Jack McAllen. De ninguno de ellos volví a saber nada. Quizás ahora vuelva a reencontrarme con él, en otro espacio, en otra dimensión, y pueda contarle, sin ningún tipo de culpabilidad, lo que ocurrió aquella noche en la cual descubrí que estaba embarazada.*

*Nunca encontré el valor de confesarles el motivo de mi marcha, ni a ellos ni a nadie, ni siquiera soy capaz de decírtelo a ti ahora..*

*Solo ruego que la vida les haya tratado como se merecen.*

*Decirte, como despedida, que Escocia es un país de duendes, donde la magia siempre está y estará presente, lo único que lamento es que mi cuerpo no descansa en la tierra que me vio nacer, pero supongo que esa será mi penitencia.*

*Nunca pude olvidar sus acantilados, ni sus leyendas, ni la isla de Skye, donde dejé todos mis recuerdos. Es un lugar entrañable, un lugar que seguramente te dará las respuestas que buscas y que yo tantas veces te negué.*

*Mi último aliento será pensando en ti, mi preciosa niña.*

*Ojalá pueda encontrar el remanso de paz que siempre he anhelado.*

*Te llevaré en mi corazón.*

*Te quiero.*

*Hasta siempre.*

*Mamá.*

La voz de Madison se rompió en la última frase.

—Déjame verla.

Madison le tendió el folio y esperó pacientemente a que Justin la leyese.

—En esa carta dice que huyó en mitad de la noche.

—Debió ser espantoso para ella. —Madison dejó la taza sobre la mesa y después se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Estaba embarazada de ti, Madison. —Justin arqueó una ceja en un gesto de incredulidad.

—Alguna vez imaginé que ese podía ser el motivo, pero

nunca me atreví a preguntárselo directamente—dijo con un brillo de lágrimas en los ojos—, ya la conocías.

—Sí. —Justin se esforzó por sonreír—. Era maravillosa y con carácter. Creo que intentó muchas veces desvelarte la verdad.

—Supongo, pero nunca llegó a hacerlo.

Justin asintió con la cabeza.

—Es la letra de tu madre, de eso no hay duda y de alguna manera es su confesión, necesitaba marchar en paz.

—¿Qué intentas decirme, Justin?

El aludido estudió la carta, pero no respondió a la pregunta de su amiga. Sin embargo dijo:

—Tienes una tía.

—Exacto. Ellen Campbell.

La mente de Justin iba a mil por hora sacando su propia conclusión.

—Eres consciente de que en Escocia no te espera nadie, ¿verdad?

Madison dejó escapar un suspiro frustrado.

—Ahora mismo no soy consciente de nada. —Se apretó los párpados para detener el torrente de lágrimas—. Tengo la impresión de que los cimientos que me han sostenido hasta ahora se tambalean y me van a dejar caer de un momento a otro.

Justin bebió un largo trago de té y luego dejó la taza sobre una mesa, al lado de la de Madison. La mayor parte de la superficie de la mesa estaba cubierta de libros. Imaginó que la mayoría de esas lecturas serían de romance, a Madison le encantaba, parejas que un día se encontraban, aceptaban que tenían un destino en común y que su única finalidad en el mundo sería vivir felices hasta la eternidad.

—¿Esta carta es el único motivo por el que quieres ir a Escocia? —preguntó dejando a un lado sus pensamientos.

—¿Tú qué crees? —preguntó su amiga sin entender la pregunta.

—Creo que necesitas disipar esas dudas que te carcomen, si no lo haces, te arrepentirás, y también creo que tu madre te ha dejado una hebra para que tires del ovillo. —Al observar la mirada

dubitativa de su amiga, decidió aclarar su teoría—. Puedes dejar todo como está, Madison y no pasaría nada... o puedes hacer lo que ya tienes pensado y descubrir que pasó hace veintisiete años en una isla llamada Skye.

Justin se compadeció de Madison. Los últimos meses habían sido muy duros. Él había sido testigo de la enfermedad incurable de Fiona y del inmenso dolor de su amiga a lo largo de las últimas semanas.

—Siempre supuse que mi madre no era una mujer fuerte, que evitaba las situaciones difíciles, era consciente de que el hecho de que no tuviéramos una familia se debía a un motivo. —Tragó saliva dos veces antes de continuar—. Y ahora descubro que ese motivo no era otro que yo.

—No sabes lo que ocurrió, Madison. —Justin se acercó y la abrazó—. Ella podría haber elegido enamorarse o casarse de nuevo y decidió no hacerlo, y la razón no la sabremos nunca. El secreto de tu concepción decidió llevárselo a la tumba. —Se separó lo suficiente para poder mirarla a los ojos—. No eres culpable de nada, métete eso en la cabeza.

Madison se alejó, se pasó los dedos por el pelo y dejó escapar un largo y lento suspiro.

—El libro de poesía donde encontraste esa nota era el favorito de tu madre. Ella lo sabía, como también sabía que nunca te desharías de él.

—Visto así, era una empresa arriesgada. Podría no haberla encontrado nunca.

—Te conocía, Madison —apostilló—. A mi modo de ver, te dejó una puerta abierta, pero eso no significa que debas traspasarla, si tú no quieres. Imagino que es algo más impersonal, como si te dejase una pista. Desde mi punto de vista, no quiere obligarte a nada que no quieras hacer.

—Debía haber hablado conmigo y dejarse de juegos.

—No tendría el mismo aliciente.

—Eres incorregible, lo sabes, ¿verdad?

La risa de Justin se propagó por toda la estancia.

—Uno hace lo que puede —dijo sin modestia alguna.

Madison tomó la carta que Justin le tendía, la dobló y la guardó de nuevo. Al cabo de unos segundos dijo:

—Está decidido, me voy a Escocia.

Justin asintió despacio, como si evaluara de forma detallada la situación.

—Pero hay algo que no entiendo, ¿por qué tantos meses?

—Tres meses es el plazo que yo me he dado, Justin, puede ser menos tiempo. Además ya te he comentado que quiero visitar otras capitales europeas, digamos que mi primer destino será un alto en el camino.

Justin se paró en seco.

—¿Sabes el lugar exacto a donde debes viajar?

—Sí. Mi madre me dijo una vez que nació en un pequeño pueblo llamado Uig.

—Dime la verdad, ¿cuánto tiempo llevas planeando todo esto?

Madison inspiró hondo antes de responder.

—Menos de una semana.

—¿Eres consciente que tus decisiones están siendo una locura tras otra?

—Podría ser, pero necesito saber, comprender —especificó — el por qué de tantas preguntas sin respuesta.

Los labios de Justin se arquearon.

—Creo que yo en tu lugar haría lo mismo.

Madison se acercó y se dejó abrazar de nuevo por su amigo.

Justin era alguien especial, como ese hermano que siempre hubiese querido tener y que no fue posible.

—Lo sé, siempre has adorado las historias de misterio. Eres un adicto a todas las series que comiencen por CSI.

Sintió reír a su amigo.

Durante unos segundos, Madison se permitió no pensar en nada.

—Déjame adivinar, quieres que te guarde todas tus cosas hasta la vuelta.

—Quiero algo mejor.

Ambos se separaron y quedaron unidos por las manos.

—¿El qué?

—Que vivas aquí.

Madison pudo ver la sorpresa inicial reflejada en los ojos de Justin.

—Estoy bien con mi padre, ¿por qué tendría que independizarme? Además —añadió—, él me necesita.

Madison lo sabía. El padre de Justin había sufrido un ictus hacía casi dos meses, aún no estaba restablecido y necesitaba cuidados especiales. Toda esa carga había recaído en su mejor amigo.

—Esa respuesta me la darás tú dentro de unos meses cuando te decidas a dar el primer paso con Alan.

Los ojos de Justin se convirtieron en meras ranuras.

—Sabes que eso nunca ocurrirá, Madison McAllen. Alan es profesor de una de las universidades más importantes del Estado, nada que ver conmigo, pero una cosa te digo —le amenazó—, más te vale que regreses en ese espacio de tiempo que te has impuesto o tendré que ir a buscarte, y no dudes ni por un solo instante que podría hacerlo a nado.

Por primera vez en mucho tiempo, una sonrisa afloró en los labios de Madison.

—Te creo, Justin, te creo.

## CAPÍTULO 2

—¿Está segura de que quiere vender la casa?

Madison estudió con atención a la mujer que le había enviado la inmobiliaria, la señora Patterson. Se la veía interesada en la venta y no cabía la más mínima duda de que conocía muy bien los entresijos de su trabajo. Había revisado toda la casa de forma minuciosa durante casi una hora, le había hecho una larga encuesta y, en ese instante, la agente apuntaba algunas anotaciones en su block.

Madison sintió curiosidad por esas notas, pero se tragó todas las preguntas que tenía en la punta de la lengua y no comentó nada al respecto.

—Siempre podría alquilarla.

Madison dejó sus elucubraciones a un lado y, a continuación, posó su mirada en el lugar donde se encontraban, era la habitación donde su madre, ya moribunda, había dado su último aliento y se preguntó, tal como decía en la nota que había encontrado entre las páginas del libro de poesía, si el último pensamiento había sido para ella.

Eso nunca lo sabría con certeza, no obstante, no pudo evitar que las imágenes se agolpasen en su mente de manera desordenada. La sensación de abatimiento apareció como solía hacerlo, de golpe y de forma hiriente.

Tenía la impresión que la mujer que había muerto en esa cama era un poco más desconocida para ella. Había leído esa nota al menos un millar de veces, incluso la había memorizado.

Volvió a la realidad. Había tomado una decisión para bien o para mal. Su vuelo salía en cuarenta y ocho horas.

—Quiero vender.

Madison percibió en su fuero interno que era la decisión acertada.

Había limpiado a conciencia cada centímetro de los suelos y las paredes, lavado cortinas y colchas, pero tenía la sensación de que jamás podría hacer desaparecer aquel rastro de medicamentos que parecía envolver la casa.

La señora Patterson la observó detenidamente durante un par de segundos y pareció ver la determinación en sus ojos porque dijo:

—Bien, no se hable más. Entonces, la venderemos.

—De acuerdo.

Una vez tomada una decisión de tal magnitud, pensó que le podría acarrear cierta desazón o culpabilidad, pero ante su sorpresa inicial, no estaba siendo así.

—Entonces, ¿mantenemos el precio estipulado en el contrato?

—Me parece lo más acertado.

—Sin duda. —La agente inmobiliaria echó un rápido vistazo a la compraventa que sujetaba con ambas manos—. Imagino que la quiere vender pronto, el precio es de lo más asequible para esta zona.

—Así es.

—Bien, entonces firme aquí —le señaló un espacio en blanco señalado con una pequeña cruz—, y aquí.

Madison hizo lo que le pedía.

—¿Qué hacemos con los muebles?

—Se venden todos con la casa.

La agente inmobiliaria levantó la mirada de repente.

—¿Está segura de eso?

—Completamente. —Madison se dirigió hacia la puerta—. ¿Le importaría que fuésemos... —pareció pensarlo unos segundos— al salón, por ejemplo?

—Claro, no hay problema, pero antes me gustaría discutir con usted algunas dudas que han quedado en el aire.

—Por supuesto, pero en el salón —atajó Madison cansada.

La hora siguiente fue un parloteo constante de la señora

Patterson casi consigo misma. Madison pensó en cómo alguien podía hablar tanto y al mismo tiempo a una velocidad tan vertiginosa.

Cuando la agente inmobiliaria se despidió, un silencio pesado y denso se apoderó de toda la casa.

Su niñez, su juventud, estaban impresas en cada rincón, en cada detalle de la vivienda, pero algo la decía que debía dar un paso más, cerrar un capítulo de su vida, avanzar y dejar atrás esta etapa.

Recorrió por última vez cada una de las estancias y fotografió mentalmente cada recuerdo. No podía discutir que había sido una niña feliz y una joven algo más complicada de lo que su madre hubiese esperado, pero siempre le había faltado algo, esa figura paterna, ese hueco vacío por propia decisión de su madre.

Recogió la última caja que quedaba al lado de la puerta. Dentro encontró una fotografía de su madre con ella, debía tener unos ocho años y era el mes de diciembre.

Recordó el año exacto por el osito que abrazaba con fuerza, era una mañana de Navidad, a su madre se la veía feliz, con una sonrisa permanente en los labios, aunque siempre con esa eterna tristeza en la mirada. La imagen retrataba fielmente esa expresión, una expresión que nunca se perdió con el paso del tiempo.

Tenían un cierto parecido, eso era cierto. Aunque muchos de sus amigos solían decirles que eran como dos gotas de agua, Madison difería de esa idea, quizá porque ambas no tenían las mismas inquietudes, y la personalidad de una distaba mucho de la otra.

¡Cuántas veces había buscado en el reflejo de un espejo algún gesto diferente o un ademán proveniente de su herencia paterna! Tantas y tantas veces que se conocía su mapa facial a la perfección.

No era una belleza, de eso estaba segura, pero había algo en ella que atraía a la gente, quizá fuera su mirada o su sonrisa, en el fondo era algo que nunca se había puesto a pensar detenidamente. Tenía unos rasgos bien definidos, pómulos bien

esculpidos, tez blanquecina, de ojos claros, de un verde intenso y cabello rubio con matices cobrizos. De pequeña su pelo se parecía más al color de una zanahoria, pero con el paso de los años, el color fue cambiando hasta llegar al tono actual. Era alta, más que la media. Su metro setenta y cinco centímetros no era algo de lo que sentirse orgullosa. Los hombres en general preferían mujeres más manejables.

Quizás esa fuese la razón de que su vida amorosa fuese un auténtico desastre. La relación que más había perdurado en el tiempo había sido un amor de la adolescencia, después de eso, todo los hombres que habían pasado por su vida habían sido encuentros esporádicos, la mayoría nada satisfactorios.

Se podría decir que Justin sería su amor platónico si no fuese gay.

Tenía la esperanza que los europeos fuesen diferentes, no tardaría en comprobarlo.

«Es curioso cómo nunca dejas de buscar el amor», se dijo a sí misma mientras abría la puerta principal. Besó la fotografía y la dejó caer en el interior de la caja de cartón. La colocó bajo el brazo y salió al exterior.

No volvió la mirada atrás.

Decidió que era el momento de buscar respuestas porque, al fin y al cabo, la melancolía no dejaba de ser la hermana atractiva de la tristeza.

\*\*\*

Madison metió en la maleta un par de jerséis y unos pantalones de pana. Buscó por la desordenada habitación alguna cosa que pudiese serle útil en Escocia. Repasó la cantidad de pares de calcetines que llevaba, y pensó que podían ser insuficientes; así que colocó otro par al lado de las sudaderas.

Después de todo, el país donde iba a vivir los próximos meses tenía fama de ser frío y muy húmedo. Lo mejor era llevarse ropa de abrigo.

—¿Tienes el pasaporte a mano?

Madison echó un rápido vistazo a la habitación en busca de su bolso.

—Sí. Toda la documentación está en mi bolso.

Justin se apoyó en el quicio de la puerta. Sus ojos, oscuros y grandes, tenían una expresión doliente.

—Te voy a echar muchísimo de menos.

Madison dejó lo que tenía entre manos y se giró para encontrarse con su amigo.

—Ven aquí.

Justin acortó la distancia que les separaban y se dejó abrazar por Madison.

—Tengo tarifa nueva en el móvil, lo único que espero es que haya wifi allá donde voy.

Su amigo sonrió.

—Bueno con un poco de suerte, podrás llamarme desde Escocia.

—Exacto. Chico listo.

Justin se separó e intentó deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Lo tienes todo? —Su voz se rompió ante la pregunta.

Madison hizo un verdadero esfuerzo para no llorar. Odiaba las despedidas.

—Volveré.

—¿Es una amenaza? —inquirió Justin divertido ante el tono burlón de Madison.

—No. Es solo una advertencia.

Ambos se echaron a reír al unísono.

—No te voy a preguntar si estás segura de este viaje porque en el fondo sé que es algo que tienes que hacer —apuntó con voz contenida—, pero quiero que tengas muy clara una cosa.

—¿Qué...?

—Si por alguna razón, ves que aquel no es tu lugar, haz las maletas a la velocidad de un rayo y vuelve. —Hizo una pausa forzada—. Estaré aquí, Madison.

—Dios, ¡cómo te voy a echar de menos! —exclamó depositando un sonoro beso en la mejilla de su amigo—. Te adoro,

¿lo sabes?

—Si lo hicieses, no te irías.

Madison se sentó en la cama e ignoró a propósito el comentario de Justin. Debía hacerlo porque si no, no subiría nunca al avión.

—Vamos, ayúdame a cerrar la maleta. Tú tienes más fuerza.

Justin apoyó una mano sobre la maleta y con ayuda del pulgar y del índice de la otra mano agarró el tirador de la cremallera, el característico ruido los dientes metálicos le indicaban que estaba ejecutando con éxito su misión.

—Lo dices porque mi masa muscular es superior a la tuya.

Madison ladeó la cabeza.

—Sabes que no es eso.

—Mentirosa.

Ambos se miraron y rieron. Últimamente lo hacían más a menudo, Madison tuvo la impresión que el día a día y la toma de decisiones permitía que el pasado se fuese difuminando.

La maleta quedó cerrada.

—Sabes que yo nunca podría dejarte la habitación así, ¿verdad?

—¿Qué le pasa?

—Por Dios, Madison, no entiendo tu obsesión por dejar las cosas de esta manera.

—Ya me conoces. Soy una bohemia.

—Eres un desastre, eso es lo que eres —la amonestó Justin.

—Te quiero demasiado para enfadarme contigo—comentó Madison con una nota irónica—. Otra cosa —dijo cambiando de tema—, le he dejado a la señora Patterson tu número de teléfono por si hay que resolver algún asunto mientras yo estoy fuera.

—De acuerdo.

—Por cierto, ¿cuándo te vienes a vivir aquí?

Justin aspiró profundamente.

—Ahhh...no, no —protestó Madison con énfasis—. ¡¿No me digas que aún no se lo has dicho a tus hermanos?!

—Lo haré, te lo prometo —respondió el aludido—, solo necesito un poco de tiempo, eso es todo.

—Justin Morelli, a mí no me engañas.

—Claro que no, ni se me ocurriría —se guaseó—. Venga, vamos, levanta tu bonito culo de la cama, que te voy a llevar al aeropuerto.

Justin tomó la maleta y fue decidido hacia la puerta.

—Justin...

Él reconoció de inmediato el tono de advertencia de su amiga.

—Te lo prometo, Madison. Solo necesito el momento adecuado para decírselo a mis hermanos y buscar a alguien cualificado que ayude a mi padre en su rehabilitación.

—Nunca lo encontrarás.

—¿El momento, o la persona cualificada?

—Sabes a lo que me refiero...

—Claro que lo haré —rezongó su amigo—, lo que ocurre es que yo no soy tan decidido como tú, además tengo otras prioridades.

—Solo me voy a Escocia— alegó mientras echaba un último vistazo a su habitación.

—Esa es la diferencia, queridísima amiga. A mí me cuesta una barbaridad mudarme de una casa a otra y tú cambias de país como si tal cosa.

Madison cerró la puerta de su habitación y su último pensamiento en aquel apartamento, fue para su madre.

Emprendía un nuevo camino a lo desconocido, donde esperaba encontrar lo que andaba buscando: la verdad sobre su origen.

## CAPÍTULO 3

Madison sentía una mezcla de ilusión y agotamiento a partes iguales. Dejó caer la cabeza en la ventanilla del autobús y por un momento deseó cerrar los ojos y caer en un sueño reparador. El *jet lag* le estaba pasando factura. Ya se encontraba en Escocia, nunca pensó que cruzar el Océano Atlántico pudiese acarrear tantas consecuencias físicas como psicológicas a un cuerpo. El vuelo desde el aeropuerto de Washington hasta Londres había durado algo más de siete horas. Veinte minutos más tarde a su llegada a la capital de Reino Unido, había subido a otro avión con destino a Edimburgo.

La sensación de haber cambiado de continente se hizo evidente en el mismo instante en que respiró ese aire de nostalgia que solo puede dejar la historia a su paso en una gran ciudad.

Edimburgo le pareció una urbe perdida en el tiempo y de lo más misteriosa que invitaba a perderse por sus calles, por sus numerosos jardines, sus viejos cementerios o por los cientos de museos que seguramente protegerían las memorables hazañas de una historia aún muy viva. Se prometió a sí misma volver con más tiempo y recorrer a pie algunos de los secretos mejor guardados de la ciudad, sobre todo una de las calles de más interés, la Royal Mile y, por supuesto, dejarse abrazar por los muros de su famoso castillo.

Edimburgo, a su modo de ver, era un ciudad donde la lluvia se encontraba cómoda y quizá fuese esa humedad con sus tonos grises la que otorgaba un aire misterioso y porqué no, algo tenebroso a la ciudad.

El ajetreo de idas y venidas de turistas y lugareños albergaba una intensa vida cultural para nada reñida con el

ambiente que se respiraba en sus calles. Tenía un brillo característico, un brillo de esplendor, así podría definirse. Era como si los edificios más antiguos, sin ningún temor por parte de ellos, se fuesen adaptando al paso del tiempo, a la gente del siglo veintiuno, de modo silencioso y gradual.

Fue un taxista quien le contó mientras conducía por las calles del centro, un retazo de la extensa y maravillosa historia de Edimburgo, fueron muchas las anécdotas que lograron llamar su atención, pero quizás la que quedó grabada en su mente fue el hecho de cómo muchos de aquellos estrechos callejones adoquinados, rincones oscuros que señalaba mientras avanzaban, fueron testigos de las más terribles historias de los siglos dieciséis y diecisiete, donde las víctimas por las plagas, como la peste, o asesinos, hoy convertidos en leyendas, encontraron cobijo en aquel lóbrego inframundo a su tragedia, a una realidad dura y cruel que les dio la espalda, que los abandonó a su funesta desgracia, sin otro final que su propia muerte.

Varias horas más tarde, ya en la cama del hotel, Madison siguió dando vueltas a aquellas historias desencadenadas en el tiempo; se imaginó un lienzo con trazos toscos y negros, así representaría ella las escenas que bailaban en su mente, si tuviese la oportunidad de inmortalizarlas.

Antes de quedarse dormida acarició las sábanas de algodón y la almohada de plumas, el pequeño hotel que le había recomendado el taxista, no era excesivamente caro y la idea de dormir en una cama y resguardada bajo un cálido nórdico era una idea de lo más reconfortante.

La elección fue totalmente acertada, pensó, aunque la habitación que le ofrecieron no eran excesivamente amplia, no le cabía duda que la habían limpiado a fondo y eso la hacía parecer más acogedora aún.

Pensando en su viaje, en todo lo que aún quedaba por venir, se quedó dormida.

Se despertó desorientada y más cansada aún que la noche anterior, pero un desayuno copioso y una charla de lo más amena con la recepcionista fue suficiente incentivo para subirse al

autobús que la llevase hasta Fort William. Según la guía de viaje que estaba leyendo, era la capital de las actividades al aire libre del Reino Unido. Observó las fotos de la localidad con atención.

«Interesante», se dijo a sí misma mientras pasaba la página.

Cerró la guía de Escocia que llevaba consigo y la guardó en el bolso. Tenía la impresión de que algo que dormitaba en su interior se iba despertando despacio de su gran letargo, no lo diría en voz alta o la tacharían de loca, pero algo en su fuero interno le decía que ya había estado allí, en aquella majestuosa tierra que se abría ante sus ojos.

Era como pasearse por un cuento de hadas por la extraordinaria belleza que encerraba su paisaje. El tono verde de sus praderas era tan intenso que invitaba a acariciarlo y comprobar si era real, por no hablar de sus colinas o bosques.

Por un momento, deseó tener un carboncillo en la mano y poder, como si eso fuese posible, traspasar esa increíble belleza a un block de dibujo. La sola idea de volver a dibujar hizo que su estómago se encogiese, no había podido dar un solo trazo desde la muerte de su madre y eso era algo que la corroía por dentro y pesaba como una losa.

Pensó que cerrar los ojos durante unos minutos no le iba a venir mal, después de todo su teléfono móvil se había quedado sin batería y un agudo y creciente dolor de cabeza la amenazaba de forma constante. Con el murmullo de la conversación del matrimonio que ocupaban los asientos al otro lado del angosto pasillo del autobús, se dejó seducir por un sueño dulce y que esperaba que fuese al menos reparador.

Varias horas más tarde llegaba a Portree. Cuando despertó, una molesta quemazón se apoderó de los músculos de su cuello, por no hablar del dolor de todas y cada una de las articulaciones de su maltrecho su cuerpo. Su espalda y estómago respectivamente, le pedían a gritos una cama y una buena comida caliente.

Pensó de nuevo en su madre y en el viaje que realizó veintisiete años atrás, para ella debió ser aún mucho más complicado.

«¿Fui yo la verdadera razón de tu huida?», se preguntó por enésima vez.

En casi treinta años que habían pasado desde que su madre dejó su pueblo natal, las carreteras y todas las vías de comunicación habían mejorado considerablemente. No quiso imaginarse a su madre sola, cansada por aquellos caminos, alejándose de su familia, de sus amigos y vecinos.

La sola idea la estremeció.

El autobús se detuvo y ella lo agradeció de forma infinita. Sonrió y saludó a varios pasajeros antes de apearse. El asiento contiguo al suyo iba vacío por lo que no había sociabilizado mucho durante el trayecto, por un lado lo agradeció. Prefería la soledad a un acompañante que hablase como un loro o a un perfume dulzón y empalagoso que la revolviere el estómago.

Descendió las escaleras y al tocar el asfalto, sus piernas se lo agradecieron.

Portree la sedujo nada más posar los pies en tierra.

Al menos no llovía, aunque el sol no se veía por ninguna parte. Unas nubes grises y amenazantes cubrían buena parte del cielo. La humedad era evidente en el ambiente y el frío era ya notorio al mediodía, así que Madison decidió entrar en el pub más cercano y satisfacer algunas de sus necesidades fisiológicas más urgentes.

Según le comentó uno de los lugareños, que en ese instante tomaba una pinta de cerveza en la barra, Portree era una localidad de poco más de dos mil habitantes, y el pueblo más grande y el principal centro turístico y cultural de la isla Skye.

«La isla Skye...». Solo de escuchar ese nombre, su corazón bombeó más aprisa. Estaba cada vez más cerca de su destino.

Le aconsejaron que se diese una vuelta por el pueblo y juzgase por sí misma y fue así cuando descubrió un pueblo pesquero, de casas con fachadas pintadas de intensos colores y gente tranquila y alegre que se saludaban y hablaban como si no hubiera nada más urgente que hacer. Le recordó un poco a Georgetown, pero no permitió que la añoranza se apoderara de

ella, el pueblo estaba resguardado al pie de un hermoso acantilado donde las pequeñas embarcaciones de pesca se balanceaban al son de las suaves olas de forma apacible en aguas de la bahía.

Fue allí mismo, en una pequeña y acogedora librería que parecía haber sobrevivido al menos cien años, o eso fue lo que percibió al tocar sus estanterías desgastadas por el uso y el tiempo, donde decidió comprar lo necesario para realizar algunos esbozos. Entre esas compras destacaban un block de dibujo de tapa dura, varios lápices y unas cuantas barras de carboncillo.

Cuando volvió a subir al autobús comprobó que había caras nuevas. El asiento al lado del suyo estaba ocupado por un hombre que llevaba el brazo en cabestrillo y una mirada perdida que no enfocaba a ningún sitio en particular.

Pensó que si hubiese alquilado un coche su viaje hubiera sido más tranquilo y quizá con menos *sorpresas*, pero eso ya nunca lo podría descubrir, no lo había hecho por miedo a tener algún percance o accidente durante el trayecto. Circular por la izquierda era una habilidad que tardaría en adquirir, si decidía volver a ponerse tras un volante.

Al llega a su asiento, su compañero de viaje le sonrió, se levantó y la dejó pasar al lugar que ocupaba al lado de la ventanilla. A Madison le recordó un poco a un tablón de madera, alto, delgado, pero fuerte como la rama de un roble.

—Lo siento, no quiero molestarle —se disculpó nada más sentarse—. Veo que su brazo no pasa por un buen momento.

El hombre se la quedó mirando de una forma tan intensa que a Madison la desconcertó, pero de pronto, su acompañante pareció volver a la realidad, sacudió la cabeza y sonrió.

—No es grave, al menos ahora. —Sus labios desdibujaron una línea recta y fina—. Me caí desde lo alto de una escalera y una luxación de hombro fue el resultado. Aún me duele, y aunque el médico me ha dicho que ya no es necesario el cabestrillo, no lo he podido remediar.

Madison no pudo más que sonreír. A simple vista parecía un hombre campechano, afable con ganas de conversación.

—No he podido conducir en un mes, por eso he tomado el autobús.

Madison asintió sin saber muy bien si debía proseguir la charla con un desconocido.

Los murmullos de los pasajeros se entremezclaban unos con otros, de vez en cuando, escuchaba alguna palabra suelta en gaélico y tuvo que reconocer que le encantaba el sonido de aquella lengua.

Su acompañante volvió a observarla con intensidad.

—Disculpe, por su acento deduzco que no es de aquí. ¿Es estadounidense?

Madison esbozó una ligera sonrisa. Se fijó en la sencilla y desgastada vestimenta de su acompañante, se notaba que su piel estaba curtida por el aire libre, la humedad y los vientos del norte. Se le veía afable y risueño. Debía rondar los cincuenta años, calculó ella, así que decidió que un poco de conversación no le vendría mal.

—¿Tanto se nota?

—Supongo, pero me ha despistado bastante.

Madison cambió de posición en el asiento y giró la cabeza para poder hablar de forma más cómoda.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó con curiosidad.

—Si no fuera por su acento y su ropa, podría pasar por una escocesa auténtica. Déjeme decirle que su fisonomía es muy de aquí. Por cierto, me llamo Murray. —Le tendió la mano que tenía libre a modo de saludo.

Madison se la estrechó.

—Madison McAllen.

El hombre al escuchar el nombre abrió los ojos como platos, fue solo una milésima de segundo, pero para Madison el gesto no le pasó inadvertido.

—¿Ve?, no iba del todo descaminado. Su apellido es escocés.

—Cierto.

—¿Es la primera vez que visita Escocia?

En ese mismo instante, el autobús frenó de golpe,

obligando a Madison y al resto de los pasajeros a colocar con brusquedad las manos sobre el asiento delantero.

Murray soltó un improperio y en su rostro se vio el dolor reflejado, de forma inmediata se llevó la mano libre al brazo dolorido.

—¿Se encuentra bien?

—He tenido días mejores —respondió Murray, sudoroso, dejando caer la cabeza contra el respaldo del asiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien en voz alta.

—Tranquilos, señores, es solo un rebaño de ovejas —comentó el conductor a modo de explicación. Tocó el claxon varias veces con la intención de asustar a los rumiantes que ocupaban a sus anchas buena parte de la calzada.

El autobús no se movió de su posición, por lo que Madison dedujo que las ovejas estaban más que acostumbradas a los sonidos estridentes del tráfico.

—No ha respondido a mi pregunta.

Madison tuvo que hacer uso de su memoria para recordar lo que Murray le había preguntado.

—Es mi primer viaje a Europa.

Murray pareció satisfecho ante la respuesta.

—¿Y se dirige exactamente a...?

—Uig.

El hombre se puso pálido al oír aquello, pero Madison estaba tan centrada en lo que ocurría en el exterior que no se percató de ese detalle.

El claxon del autobús volvió a sonar, pero esta vez, avanzó, aunque muy despacio.

—Es curioso.

—¿El qué? —preguntó Murray.

—El hecho de que las ovejas ocupen buena parte de la calzada y el autobús tenga que esperar a que se aparten.

Los labios de Murray dejaron entrever una sonrisa contenida.

—¿Por qué no iban a hacerlo? Ellas, no exactamente estas, pero sí sus antepasadas, están aquí desde tiempos inmemoriales,

mucho antes que el autobús.

Las cejas de Madison se arquearon ante la respuesta.

—¿Se está burlando de mí, Murray?

Esta vez el hombre tuvo que hacer un severo esfuerzo para no soltar una carcajada.

—Para nada, Madison McAllen. Solo era un comentario, pero déjeme decirle una cosa...

—Usted dirá.

—Las ovejas van a ser la menor de tus preocupaciones durante tu estancia en Escocia.

Madison percibió que su acompañante le tuteaba y para su sorpresa, eso le gustó, pero no pudo dejar de sentirse desconcertada ante su comentario. Iba a replicar cuando Murray en ese mismo instante, decidió cerrar los ojos; entonces, no creyó oportuno molestarle.

¿Qué había querido decir con eso?

—¿No hay médico en Uig? —preguntó señalando el brazo de Murray.

—No, y es una verdadera lástima. En Uig escasean muchas cosas, excepto el orgullo.

Madison le observó dubitativa, pero no quiso profundizar en la respuesta de su acompañante así que decidió centrarse en el maravilloso paisaje que se abría ante sí. Se encontraba en las Highlands, una tierra impregnada de sudor, sangre y lágrimas durante siglos, tierra de clanes, de familia.

Esa última palabra se grabó en su cerebro.

Por fin, había llegado a casa.

\*\*\*

Madison obvió su dolor de piernas y de buena parte de sus músculos y se apeó del autobús, nada más hacerlo, sintió el golpe de humedad y salitre que la envolvió de forma inmediata. Había leído que el pueblo de Uig estaba situado sobre una terraza marina, una playa elevada, y no había duda que era cierto. Su mirada se elevó de forma inmediata al cielo donde unas nubes espesas y grises cubrían buena parte del horizonte.

Tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

Escuchó a lo lejos el rugido del mar y por primera vez en muchas semanas las dudas, aún siendo muchas, comenzaron a disiparse. Allí, en aquel pequeño pueblo había nacido su madre y ese detalle le hizo sentirse un poco intrusa con el pasado. Fiona McAllen había decidido cambiar su destino en Uig y ella necesitaba saber por qué.

Se preguntó si su madre había sido feliz alguna vez en aquel lugar, un pueblo pequeño y perdido en las maravillosas Hébridas de Escocia. Intentó no dejarse invadir por la nostalgia, aunque el hecho de estar rodeada de desconocidos no ayudaba en absoluto. Volvió al presente mientras los demás pasajeros descendían a un ritmo sosegado del autobús. Escuchó el guirigay a su alrededor y no se dejó impresionar por algunas discusiones de pareja, unos pasajeros recogían sus maletas, mientras que otros solo hacían un alto en el camino. Buscó a Murray entre el gentío, pero, muy a su pesar, había desaparecido. Lamentó no haber tenido oportunidad de despedirse de él; no había sido un compañero de viaje muy hablador, no obstante, sin saber muy bien porqué, se había sentido a gusto a su lado.

En la mente de Madison volvieron a resonar una vez más las palabras de Murray:

«Las ovejas van a ser la menor de tus preocupaciones durante tu estancia en Escocia».

Tuvo la impresión que esa frase se había convertido en el estribillo de una canción pegadiza que la iba a acompañar durante mucho tiempo.

Madison, una vez que se despidió de algunos de los pasajeros, recogió su equipaje y se alejó de su medio de transporte. Ya estaba, era un hecho, sus pies pisaban el pueblo donde un día comenzó todo.

Intentó que esa idea germinara despacio en su mente mientras que de uno de los bolsillos de su mochila extrajo un folio doblado por la mitad, de aspecto desgastado y arrugado. En él se podía leer el nombre del pub donde se tenía que dirigir, era

precisamente en ese establecimiento donde debía recoger las llaves de la casa que había alquilado: Pub McGregor.

Sus ojos observaron su derredor, primero a su izquierda y luego a su derecha, Uig no era un pueblo precisamente grande, en alguna parte había leído que la población de la isla era aproximadamente de doscientos habitantes. Decidió seguir a un grupo de turistas, que a su vez seguían a otros. Avanzó varios pasos arrastrando su maleta, el ruido las ruedas al contacto con el suelo se entremezcló con el graznido de varias gaviotas que sobrevolaban las cabezas de los recién llegados, sin duda en busca de alimento.

No tardó en encontrar un rótulo apostado sobre una puerta de madera, que se abría y cerraba constantemente al paso de idas y venidas.

Leyó de nuevo la nota que aún sostenía en la mano y descubrió que para bien o para mal había llegado a su destino.

El pub McGregor le daba la bienvenida.

## CAPÍTULO 4

—Scott, ¿puedes ir a buscar un barril de cerveza al almacén, por favor?

El joven, de diecisiete años, asintió con la cabeza a la vez que servía una Guinness a uno de los turistas apostado cómodamente en la barra.

El autobús repleto de viajeros había llegado no hacía más de diez minutos y en el pub McGregor ya corrían la cerveza y las anécdotas del camino.

—Dame un segundo, abuelo —gritó Scott para hacerse oír entre el bullicio.

—Creo que no tenemos ni un segundo, hijo. Esta gente viene hambrienta y sedienta, ideal para hacer una buena caja, poder dormir esta noche a pierna suelta y soñar con duendes y hadas.

Scott rio ante la ocurrencia de su abuelo. Cobró al turista y se fue con premura directo al almacén, pasó por al lado de la cocina y de buena gana hubiese entrado y picoteado algunas de las sabrosas patatas con pescado que estaría preparando Kate, pero por experiencia sabía que el tiempo era oro cuando el autobús llegaba al pueblo.

Graham McGregor, su abuelo, había dedicado una gran parte de su vida a estar tras la barra del único pub de Uig, había heredado el local de su padre, pero había sido su abuelo quien había conseguido que aquel pequeño establecimiento, ya centenario, fuese el lugar de encuentro y referencia para los lugareños y para los excursionistas que estaban de paso en la isla.

La época estival ya había llegado a su fin y, gracias a Dios, habían estado tan ocupados que los meses habían volado dando paso a un otoño que por el momento no estaba siendo excesivamente lluvioso.

Descendió un tramo de escaleras con brío y con la única idea que ocupaba su mente. A él no le importaba trabajar duro porque todo ese esfuerzo se traducía en dinero, unos ahorros que iban aumentando poco a poco y que tenían un único fin, perderse por el mundo.

Convencer a su padre de su gran sueño sería harina de otro costal, pero llegaría el momento en el que pudiese echarse una mochila a la espalda y volar, volar alto, lejos del lugar que lo vio nacer.

Abrió la puerta del almacén y, acto seguido, encendió la luz. Si su padre o abuelo supieran cuáles eran las intenciones por las que trabajaba con tanto ahínco, lo despedirían de inmediato, por esa razón, aún no había decidido comentar nada al respecto.

Lo primero que haría con el dinero ahorrado sería comprarse una moto de gran cilindrada, tendría que ser de segunda o tercera mano, pero no le importaba. Una vez en su poder, se perdería por la Ruta 66, en los Estados Unidos y recorrería cada uno de los ocho estados por donde transcurría. Después...bueno eso sería otro cantar.

«De sueños vive el hombre», pensó mientras cargaba con el barril sobre el hombro, apagaba la luz y cerraba la puerta.

—¿Cómo va ese hombro, Murray? Parece que el dolor ya no te impide llevarte la jarra a los labios.

Murray observó con atención la puerta, que parecía no cerrarse nunca con la llegada y salida de los ocupantes del autobús. Una vez saciada su curiosidad, bebió un trago largo de cerveza.

—¿Vas a dejar algún día de meterte conmigo, McGregor?

Graham soltó una carcajada a modo de respuesta.

—Creo que no, viejo amigo—respondió Graham con una sonrisa en los labios mientras servía una pinta de cerveza, con esa experiencia solo adquirida por el paso de los años tras una barra—, me divierto demasiado.

—Me lo temía—dijo el aludido removiéndose inquieto en su asiento.

La puerta volvió a abrirse y Murray desvió toda su atención a la entrada.

—¡Scott, ¿llega ese barril?!

El alarido de Graham McGregor se perdió entre la algarabía reinante dentro del pub.

—Murray, si no te conociera, pensaría que estás inquieto.

El aludido decidió que era mejor beber que replicar.

Graham dejó la cerveza frente al cliente y acto seguido cogió un paño limpio y frotó con él la barra para eliminar algunas de las manchas dispersas sobre la madera.

—¿Dónde está Sloan?

Graham guardó el paño y se dispuso a servir a un nuevo cliente.

—Ha ido a Portree—respondió en un tono más alto de lo habitual para dejarse oír entre la multitud—, no tardará en venir. Al menos eso espero. ¡Por el amor de Dios, Scott, pensé que tenía que bajar a buscarte! —exclamó Graham cuando vio aparecer a su nieto.

—La paciencia no es una de tus virtudes, abuelo.

—Puedo decir lo mismo de tu premura, muchacho. Imagino que tu padre no tardará en llegar, de lo contrario...

—No te agobies. —Scott guiñó un ojo a su abuelo mientras colocaba el barril de cerveza en el lugar que le correspondía—, tú y yo hacemos un equipo de primera.

Graham sonrió orgulloso a su nieto. Era el único que tenía y que tendría, supuso. Su hijo Sloan no parecía tener demasiada prisa por casarse de nuevo y mucho menos tener más hijos después de lo de Amanda.

Scott era un gran muchacho, pero Graham sabía que por esa mente burbujeante de hormonas, se estaba cociendo algo intenso. El muchacho comenzaba a desplegar las alas, de eso no había duda alguna, y estaba deseoso de echar a volar, lo podía leer en su mirada.

¿A quién quería engañar? La mayoría de los habitantes de

Uig habían deseado, al menos una vez en su vida, abandonar el pueblo y alejarse lo máximo posible de la Isla.

Él no había sido una excepción, de no haberse casado con Loretta, a una edad demasiado temprana para aprender que las sábanas tibias deben dejarse enfriar, se hubiese marchado lejos. Al menos, de sus encuentros amorosos con su mujer había salido algo bueno de lo que se sentía inmensamente orgulloso: Sloan.

No se podía quejar, su matrimonio había durado cuarenta años; si lo sopesaba, se podría decir que habían ganado las buenas experiencias a las malas. Hacía dos años que su esposa había muerto y no había un solo día que no se acordase de ella.

—No te vas a creer lo que he visto hoy en el autobús.

Graham dejó sus pensamientos a un lado y cobró varias consumiciones casi al mismo tiempo, era algo automático, algo que le había dado la experiencia.

Murray y Graham se conocían desde la cuna, ambos habían nacido en Uig y eran demasiadas las travesuras y castigos compartidos durante su niñez y adolescencia como para no considerarlo como tal. Solo Murray y él conocían la historia de la pequeña cicatriz que adornaba la barbilla de su amigo. Esa misma noche, en la que Murray no paraba de sangrar, se prometieron que jamás volverían a visitar la ventana de la hija del carpintero, un jardín a oscuras podía ser más peligroso que un campo de minas.

—Depende de las cervezas que hayas bebido antes de subir al autobús.

Murray en vez de sentirse ofendido, se echó a reír.

—Esta es la primera que me tomo. —Levantó la jarra y bebió un trago—. A tu salud.

—Si sumo todos tus brindis a lo largo del tiempo, podría llegar a ser inmortal.

Varios clientes apostados en la barra sonrieron ante las palabras de Graham.

—Cuéntame que es eso que te tiene tan inquieto. —Tomó la jarra de Murray y la volvió a llenar.

—¡Que me aspen, Graham! Pero por un momento creí haber retrocedido treinta años en el tiempo.

A Graham no le pasó desapercibido el desasosiego de Murray.

—Comienzas a preocuparme, Murray.

—Escucha...

Graham, curioso, ignoró durante unos segundos a los clientes, apoyó los antebrazos en la barra y acercó tanto la cabeza con la de Murray que casi las dos frentes chocaron.

—Abuelo, Ellen te llama. Está en la cocina.

La voz de Scott hizo que Murray soltase un improperio. La idea de guardar un poco más su secreto no le gustaba en absoluto. Esa muchacha podía entrar de un momento a otro en el pub y una vez que lo hiciese, iba a cambiar muchas vidas con tan solo su presencia.

—¿Ellen? —preguntó asombrado Graham.

—Kate se ha tenido que marchar, al parecer Matt no se encontraba bien.

—¡Ve a la cocina o esa mujer te freirá en aceite ardiendo si le llevas la contraria! —exclamó Murray con tono ominoso—. Lo mío puede esperar, o eso creo al menos.

—Sí, será lo mejor—dijo Graham—.No te atrevas a moverte de ese taburete, Murray—lo amenazó de una forma que solo puede hacer un amigo.

—Créeme, no lo haría ni por una olla repleta de monedas de oro.

Graham levantó una ceja y lo observó preocupado.

Algo ocurría, algo que a Murray le preocupaba mucho; lo adivinaría, pero ahora era mejor que fuese a la cocina, solo por el simple hecho de que Ellen Campbell tenía un genio de mil demonios.

\*\*\*

—¿Qué ocurre?

Ellen dejó una fuente de patatas fritas sobre el fogón antes de volverse.

—Kate se ha tenido que marchar, no tardará en volver,

supongo, Matt no se encontraba bien.

Graham observó cómo la mujer que tenía ante él se desenvolvía con maestría en la cocina del pub, una zona espaciosa y limpia. Él sabía con certeza que se podría comer sobre los fogones, eso es lo que más admiraba de Ellen y su hija, Kate: se preocupaban de hacer bien las cosas.

—No hay problema, Ellen, ya lo sabes. Espero que no sea nada grave.

—Yo también, la verdad. Desde que ese niño perdió a su padre, las cosas van de mal en peor—comentó una pesarosa Ellen.

Graham se acarició el pelo y suspiro. Todos en Uig había lamentado profundamente la prematura muerte de Tom.

—No está siendo fácil para nadie, Ellen, y mucho menos para Kate y los niños.

Ellen comprobó que el aceite de la sartén estuviese a la temperatura adecuada para freír el pescado.

—No, no es una situación fácil de llevar. —Dejó escapar, de golpe, todo del aire que contenían sus pulmones—. Te he llamado porque me pareció oportuno que supieras que yo estaba ocupando su lugar.

—Ya sabes que eso no me preocupa en absoluto.

—Lo sé. —Ellen pasó varios filetes de pescado por harina—. Aún así me pareció oportuno comunicártelo, eso es todo.

Graham intentó, como había hecho miles de veces, poder leer en los ojos de Ellen su estado de ánimo, pero como de costumbre, fracasó. Ellen había trabajado en el pub veinticinco años, de esos veinticinco años, no había faltado un solo día al trabajo, nevase o lloviese a cántaros, enferma o cansada. Si algo había aprendido a lo largo del transcurso de todo este tiempo es que Ellen Campbell cumplía con su deber por encima de todas las cosas.

Estaba casada con Ian Campbell, otro de sus amigos, por lo que él sabía, el matrimonio había pasado por varias crisis hacía ya algunos años, pero al parecer el tiempo, y suponía que el cariño mutuo que se profesaban, habían dejado atrás todo eso.

Kate se había quedado viuda hacía seis meses y fue solo

entonces, cuando Ellen decidió dejar su trabajo con la condición de que fuese su hija menor quien ocupase su puesto en la cocina.

Tanto Sloan como él comprendieron la situación familiar a la que se enfrentaba la pequeña de los Campbell y aceptaron de inmediato el cambio.

La hija pequeña de Ian y Ellen tenía dos hijos aún que criar y, Matt, el más pequeño, sentía de una manera muy profunda la muerte de su padre, no aceptaba que se hubiese marchado para siempre, lo que daba lugar a unos brotes de cólera que solo Kate, con paciencia y mucho amor, podía apaciguar.

—Siento mucho que Kate haya tenido que marcharse, pero Rosemary no sabía qué hacer con Matt.

Graham pensó en que era lógico que Rosemary, la hermana mayor de Kate, no supiera qué hacer con el pequeño. Ella y Harry llevaban ya varios años casados, pero el matrimonio aún no había tenido descendencia y la experiencia en estos casos era importante.

—Claro, Ellen, no te preocupes. Ahora tengo que dejarte —comentó a modo de despedida—, el pub está lleno y Sloan aún no ha regresado.

Ellen asintió.

—Claro.

—Si me necesitas, estaré fuera.

Graham se giró, pero la voz de Ellen le hizo volverse.

—He soñado con Fiona.

El comentario dejó a Graham mudo por unos instantes. Hacía casi treinta años que no oía ese nombre de labios de Ellen.

—¿Tu hermana? —preguntó él para asegurarse que estaba hablando de la misma persona.

—Sí.

Ellen observó al hombre entrado en años que tenía ante sí. En otros tiempos, Graham McGregor había sido todo un galán que volvía locas a las mujeres del pueblo con esa mirada azul penetrante y seductora que ya había perdido parte de su brillo; ella no había sido una excepción.

Volvió al presente, se veía a las claras que Graham estaba inquieto por la conversación y que no sabía muy bien que decir al

respecto; lo entendía perfectamente, ella tenía la misma sensación desde hacía algunos días.

Casi nunca, por no decir jamás, hablaba de su hermana, no desde el mismo instante que decidió huir, abandonar a la familia sin mediar palabra, sin embargo llevaba días deseando pronunciar el nombre de Fiona en voz alta. Sabía que algo no iba bien, lo presentía, como aquel día que Fiona se fue para no regresar. En su momento se sintió traicionada y herida, con el paso del tiempo comprendió que fue lo mejor para ambas. Pero algo no iba bien. Fiona la había llamado repetidamente en sueños y ella, como de costumbre, la había desoído, sin embargo, su hermana había insistido mucho, casi como un ruego. Después, ante su indiferencia, esa voz oscura y lejana se fue para no volver nunca más. Aquella voz... comenzaba a atormentarle noche y día.

—Abuelo, será mejor que salgas.

—¿Qué ocurre? —inquirió preocupado Graham cuando Scott asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—No lo sé, pero Murray dice que deberías mover tu viejo culo lo más deprisa que puedas.

Scott al ver el gesto de desaprobación en el rostro de su abuelo, levantó las manos y las dejó caer un segundo después.

—Palabras textuales—comentó el muchacho a modo de explicación.

—Será mejor que vaya a ver lo que ocurre.

—Murray dice que Ellen también debería salir.

—¿Yo? —preguntó perpleja la aludida.

Scott no esperó respuesta y desapareció.

Ellen apartó la sartén del fuego, se limpió las manos con el delantal, y salió tras Graham.

Graham al salir de la cocina pensó que las cosas no iban bien, no sabría cómo definirlo, pero su intuición le advertía seriamente. Se aproximó a la barra y no pasó por alto el gesto de inquietud de Murray, ni el de algunos lugareños que miraban a la puerta con cierto anhelo. El resto de la clientela, la mayoría turistas, seguían bebiendo y conversando ajenos a lo que ocurría a su alrededor. Scott, a su lado, le susurró:

—¿Qué ocurre, abuelo?

Graham ignoró por un momento la pregunta de su nieto y observó a su alrededor buscando la causa que tenía a sus vecinos absortos.

Ellen se llevó la mano a la boca y dio un pequeño grito solo audible para los más cercanos. Fue entonces cuando él siguió con la mirada la dirección donde Ellen tenía puestos los ojos, y cuando descubrió a la muchacha, con aspecto cansado y visiblemente incómoda, que tenía ante sí, lo comprendió todo.

Ellen fue incapaz de moverse, no podía hablar, el corazón le golpeó con fuerza entre sus costillas y pensó que se le podría salir de un momento a otro, se llevó la mano al pecho, con la única intención de poder ralentizar el ritmo, pero por supuesto, no lo consiguió. Tuvo la impresión que había retrocedido casi treinta años atrás de golpe. Fiona, su hermana, estaba allí, de pie. Parecía asustada, sin embargo al mismo tiempo, tenía la impresión de que era una desconocida.

Pero no podía ser ella. Su cerebro intentaba atar cabos a una velocidad que hasta a ella misma la asustó, la mujer que tenía ante sí era joven, demasiado. De pronto, una idea fugaz pasó por su cabeza: podía tratarse de la hija de su hermana. Algo se removió en su interior, una mezcla de odio, venganza y frustración. Repentinamente, las paredes comenzaron a cernirse sobre ella, sintió un ligero mareo, y fue entonces cuando la respiración se volvió más intensa y menos profunda. Aquello no podía ser posible, y un segundo después, sin poder evitarlo, todo se volvió negro.

En algún lugar recóndito de su mente volvió a escuchar la voz de su hermana.

Ahora lo comprendía todo. Fiona había muerto.

## CAPÍTULO 5

Sloan cambió la emisora de radio porque necesitaba algo más vibrante, con más ritmo. No es que no apreciara la música clásica, pero en ese momento, su mente y cuerpo le pedían otra cosa; solo deseaba el estribillo de una canción perdida en el tiempo, en unos años donde sus preocupaciones no parecían tan importantes.

Era más tarde de lo que suponía, así que puso el pie en el acelerador, lo pisó y continuó rumbo a Uig. Necesita llegar a casa, darse una ducha y olvidarse de una semana de mierda. El autobús ya habría llegado y con él, los turistas. Su padre estaría desbordado por el trabajo, esperaba que Scott le estuviese echando una mano detrás de la barra.

Su mirada se perdió tras el parabrisas en un intento de alejarse del nerviosismo que parecía querer dominarlo. Un manto oscuro cubierto de estrellas daba lugar a una noche apacible y silenciosa; esa era una de las razones por las que había decidido quedarse en el pueblo, era un hombre de costumbres y necesitaba una rutina diaria para sobrevivir a su día a día. Nunca se había considerado un aventurero, y con el paso del tiempo, menos. No anhelaba conocer otros países, ciudades o personas, para esto último ya tenía el pub, ya que al cabo del año cientos de turistas entraban en el local en busca de la mejor cerveza de la isla.

No, a decir verdad, no necesitaba nada de eso, solo a sus seres más cercanos, más queridos, como eran su padre o su hijo, Scott. Por lo demás, aceptaba de buen grado todo aquello que venía dado por el destino.

Había nacido en un lugar maravilloso, envidiado por muchos forasteros, un espacio natural impresionante donde las

leyendas se entremezclaban caprichosamente con la historia, no sabiendo en muchas ocasiones qué era real o qué era lo que había inventado el hombre. La sangre que corría por sus venas no era otra que la de los antiguos guerreros que habían dado su vida por su clan y por su tierra, unos hombres honorables a los que él rendía pleitesía.

Cuando una nueva canción comenzó a sonar, decidió que lo mejor era seguir buscando otra emisora. La idea de que llevaba mucho tiempo solo le hizo sentir incómodo, cambió de marcha y redujo la velocidad.

Porque Marla no era más que una distracción; él lo sabía y ella también. Era muy consciente de que debía dejar que esa relación superficial se enfriara, no era por ella, porque si algo tenía esa mujer era un cuerpo que podía hacer perder el sentido a un hombre. Sin embargo, él buscaba algo más, necesitaba algo más. La cuestión era saber qué.

Los primeros encuentros con Marla lo habían dejado sin aliento, en la cama era una fiera con uñas pintadas de color cereza y sabía cómo poner duro a un hombre en cuestión de segundos, pero ahí quedaba todo; después de saborear y descubrir cada centímetro de su cuerpo, esa necesidad que había sentido por ella el primer mes había ido descendiendo de forma vertiginosa, hasta tal punto que viajar a Portree una vez a la semana no tenía ya ningún aliciente para él.

«Debo ser sincero con ella», pensó mientras activaba los limpiaparabrisas a causa de las primeras gotas de lluvia.

La imagen de Amanda, su ex mujer, surgió como un fantasma en su recuerdo. Desde su marcha no había vuelto a saber nada de ella, y de eso hacía ya dieciséis años; aún podía palpar la traición y el resentimiento que ella había dejado en su fuero interno. Se pasó los dedos por el pelo, como si con ese gesto pudiera hacerla desaparecer, y acto seguido, volvió a posar la mano en el volante.

De la nueva emisora surgió una canción de los años 80, Sloan se permitió sonreír y se dejó llevar por la melodía. Necesitaba alejarse de sus pensamientos con urgencia.

Alguien dijo una vez que la música es aquel lugar en el que todos coincidimos alguna vez. No se equivocaba.

\*\*\*

Madison tomó la taza de té, pero al comprobar que estaba muy caliente la dejó de nuevo sobre la mesa. La sorpresa inicial había dado lugar a un estado de incertidumbre de escala muy superior a la que ella hubiese imaginado en un principio. Estaba más nerviosa de lo que reconocería nunca, allí sentada, en la silla de la cocina del pub.

Debía admitir que era la cocina más limpia que hubiese visto en su vida. Tanto los muebles, de estilo muy sencillo, como los fogones o los azulejos, eran de un tono blanco roto, casi crema, bien podía ser por el paso del tiempo y el uso. Se notaba a leguas que no había cambiado mucho en los últimos años. Madison pensó que era muy años 60, casi cuando llegó al poder John F. Kennedy; solo había un toque de color, y era el que daban los cazos, sartenes y ollas que colgaban de una barra metálica sobre una desgastada y rayada isla de acero situada en el centro.

—¿Así que tú eres la hija de Fiona?

Madison asintió despacio al hombre que tenía ante sí. Graham McGregor, así es como se había presentado, era de este tipo de hombres que a pesar del paso del tiempo aún conservaba ese atractivo que no dejaba indiferente a ninguna mujer. Le recordó un poco al actor Paul Newman.

—Siento que Ellen no haya podido quedarse...

—Lo comprendo —le interrumpió Madison—. Es una situación difícil para ella.

Graham estudió a la mujer que se encontraba sentada en una de las sillas de su cocina. Era muy atractiva, como lo había sido Fiona. Madison había heredado de su madre el color de los ojos, aunque los de la joven eran de un verde más intenso, así como el tono cobrizo de su cabello. Recordó la textura del pelo de Fiona entre sus dedos antes de besarla y se le encogió el estómago.

Eran casi dos gotas de agua, quizá Madison tenía un rostro

más ovalado y los pómulos más marcados, pero no le extrañaba que Ellen, su tía, se hubiese desmayado al verla. Era como ver aparecer un fantasma del pasado.

—Fiona desapareció una noche y nadie volvió a saber de ella y casi treinta años después, apareces tú —dijo con gesto sombrío—. Debes de reconocer que es un verdadero shock para todos, no solo para tu tía.

Madison repitió mentalmente la palabra *tía* en la cabeza, no sonaba del todo mal para alguien que nunca había tenido más familia que una madre. Su marido y su yerno, según le había comentado Murray, habían venido a buscarla para llevarla a casa.

—No sabía que trabajaba aquí.

—No sabes muchas cosas, Madison.

La voz pesarosa de Graham llegó a sus oídos como una melodía lenta y muy ensayada. Se preguntó si él podría ser su padre, tuvo que reconocer que no le disgustaba del todo la idea.

—Puedo leer la pregunta en tus ojos.

Madison le sostuvo la mirada durante una fracción de segundo, pero después, sin poder evitarlo, la desvió hacia la taza de té, la rodeó con ambas manos y el calor que desprendía la porcelana, la reconfortó de inmediato.

—Yo no soy tu padre.

Esa afirmación le dolió, pero ella no lo dejó entrever.

—No digo que no me hubiese gustado, porque Fiona era una mujer espectacular en todos los sentidos —carraspeó con fuerza—, bueno, tú ya me entiendes, pero aunque tuvimos algún roce ocasional, jamás me acosté con ella. Espero no estar siendo excesivamente explícito —comentó Graham algo azorado.

—No, claro que no —respondió Madison tras tomar un sorbo de su té. Tenía que reconocer que Graham no se andaba por las ramas.

—Bien —apuntó Graham sin mucha convicción—. ¿Esta noche te vas a quedar en un hotel?

Madison lo observó por el borde curvo de la taza.

—No, de hecho, he alquilado una casa por la zona.

—¿Una casa, dices?

Madison dejó la taza sobre la mesa y asintió.

—A nombre de Madison McAllen.

Los labios de Graham se apretaron en una línea muy fina.

—Ahora que lo dices —comentó mientras abría un cajón de la cocina—, tu nombre me resulta familiar, creo que lo he leído en alguna parte. —Extrajo un cuaderno de tapas gastadas por el uso y el roce, y lo abrió hacia al final. Los ojos de Graham se estrecharon con fuerza, como si necesitase gafas—. Debe ser obra del destino.

—¿El qué? —preguntó confusa Madison.

Graham levantó la mirada del cuaderno y la estudió durante unos segundos, un tiempo que a Madison se le hizo interminable.

—¿Qué ocurre? —insistió.

—Has alquilado nuestra casa de verano, querida Madison, eso es lo que ocurre.

\*\*\*

Scott sirvió la enésima Guinness esa noche. Le dolían tanto las plantas de los pies que de haber podido se hubiera descalzado y hubiera servido las mesas sin sus deportivas favoritas, pero, por supuesto, esa idea descabellada estaba fuera de lugar.

Detrás de la barra se encontraba Alison, una compañera de clase que trabajaba en el pub los fines de semana. Hoy era una excepción.

«El mundo parece haberse vuelto del revés», pensó Scott.

Una mujer joven aparece de repente en el pub de un pueblo de la isla Skye, y los habitantes del mismo comienzan a murmurar, Ellen se desmaya y su abuelo decide dejar la barra para tomar un té con la desconocida.

¿Pero qué narices estaba pasando?

Dejó la bandeja sobre la barra.

—Espero que laves esas jarras.

—Sabes que lo haré. ¿Por qué no te vas a casa? Puedo seguir yo solo.

Alison lo miró como si a Scott le hubieran salido dos

cabezas de repente.

—¿Estás loco? Quiero saber lo que está ocurriendo ahí dentro. —Señaló con el dedo índice la cocina—. Esa tal Madison va de boca en boca. En cuanto llegue a casa mi madre me interrogará y querrá respuestas.

Scott sonrió. En los pueblos pequeños las noticias iban de boca en boca durante semanas o incluso meses.

—Y tú le contarás solo un tercio de lo que sepas.

Alison se hizo la ofendida, pero al final la comisura de su boca se elevó hasta convertirla en una media sonrisa. Como no sabía qué hacer con las manos, hizo algo que se había prometido no hacer, comenzó a lavar las jarras de cerveza que instantes antes Scott había recogido de las mesas.

—¿Crees realmente que es la hija de Fiona McAllen?

Scott se encogió de hombros ante la pregunta. Decidió ayudar a Alison hasta que la bandeja quedó vacía.

—Lo que realmente creo es que la gente debería meterse en sus asuntos.

—Scott, ocurren pocas cosas emocionantes en Uig —se quejó Alison—. Un poco de vidilla al pueblo nunca viene mal.

—La gente se preocupa más de los problemas ajenos que de los suyos propios, cuando debería ser al revés.

Alison abrió el grifo y comenzó a aclarar las jarras bajo el chorro caliente de agua.

—Ahora estás hablando de tu madre, ¿no?

Scott iba a responder cuando la puerta del pub se volvió a abrir, no era ningún turista sino su padre, gracias a Dios. Él pondría un poco de orden en aquella locura.

—Buenas tardes a todos.

El saludo de Sloan quedó reflejado en los clientes, algunos sonrieron por educación, aunque no supieran de quién se trataba y otros levantaron la mano. Todos menos un grupo de tres lugareños, sentados alrededor de una mesa alejada, que se mantenían ocupados en una conversación de lo más entretenida, pensó Sloan al pasar por su lado sin que ellos se percataran de su presencia.

—Scott, Alison... —saludó Sloan—. Me alegra verte por

aquí, pero que yo recuerde hoy no es viernes.

—Señor McGregor, hoy es mejor que un viernes, créame.

Sloan arqueó una ceja en respuesta a las palabras de la muchacha.

—Papá...

Él, al ver la expresión de su hijo, supo que algo no iba bien.

—¿Y el abuelo? —preguntó preocupado.

—En la cocina —respondió Scott.

—Con Madison —concretó Alison.

—¿Madison? ¿Quién narices es Madison?

Sloan no pasó por alto la mirada de complicidad entre su hijo y Alison. Se giró y observó que los vecinos que no le habían saludado al entrar ahora estaban pendientes de cada una de las palabras de su conversación con los muchachos.

Se volvió al frente y preguntó preocupado:

—Scott, ¿qué ocurre?

—Ha sido una tarde de locos, papá. El autobús ha llegado a la hora prevista, pero al parecer ha traído algo más que turistas.

Sloan miró a su hijo sin comprender.

—¿Qué intentas decirme? —inquirió intentando mantener a raya sus nervios.

Scott iba a hablar cuando Alison lo interrumpió.

—Verá, señor McGregor, lo que Scott intenta decirle es que... —Alison echó a su amigo una mirada acusadora—, en el autobús de esta tarde ha llegado la hija de Fiona McAllen.

—Un momento. —Una arruga en la frente de Sloan se intensificó con fuerza—. ¿Fiona? ¿La hermana de Ellen?

Los dos chicos asintieron al tiempo.

Sloan volvió su mirada a la mesa de hombres que parecían esperar su respuesta de una manera expectante.

—¿Fiona tiene una hija?

—Fiona ha muerto, señor McGregor.

Sloan, aturdido, volvió toda su atención a los dos muchachos apostados tras la barra.

—¿Fiona McAllen ha muerto?

Scott soltó un bufido de lo más audible.

—Oye, papá, ¿por qué no entras a la cocina para que el abuelo responda a todas tus preguntas? Aquí aún queda algo de trabajo.

Sloan supo que su hijo llevaba razón y obedeció como un autómeta.

—Alison, puedo llevarte a casa.

—No se preocupe, señor McGregor, puedo ir sola. Será mejor que vaya a la cocina y vea lo que se cuece ahí dentro.

—Scott, no permitas que Alison vaya a casa sola, ¿entendido?

—Tus deseos son órdenes para mí, papá —respondió Scott con una sonrisa más amable que cálida.

«Fiona McAllen», pensó Sloan mientras se dirigía a la cocina. La imagen de la mujer fue rescatada por su cerebro de algún lugar recóndito de su mente. Él tenía más o menos diez años cuando Fiona decidió abandonar Uig. Fueron muchas las especulaciones sobre su desaparición, unos apostaron por una huida precipitada por culpa de un padre severo y una hermana dura de pelar, otros que había puesto fin a su vida y, los menos, que había desaparecido para siempre en las profundidades del mar. La historia de Fiona McAllen era parte de una leyenda... hasta hoy.

## CAPÍTULO 6

La expresión de Sloan se relajó ante la tímida sonrisa que le dedicó la mujer que llevaba de copiloto.

Cuando entró en la cocina, su padre no había entrado en detalles ni había sido, digamos, excesivamente locuaz al respecto. Se limitó a hacer las presentaciones y, poco después, *le ordenó* que llevase a Madison hasta la casa de verano que solían alquilar por semanas a los turistas que se aproximaban por aquella zona en los meses estivales.

—Veo que mi visita no ha pasado para nada desapercibida.

Sloan percibió una nota irónica en la voz de Madison. Le gustaba cómo sonaba su acento, marcado y pausado al mismo tiempo.

Debía reconocer que era una mujer muy atractiva, y alta, muy alta, la verdad. Le calculaba alrededor de veinticinco años, iba vestida de manera sencilla y cómoda, lo que no daba a conocer su condición social. Pero si de algo estaba seguro era de que desprendía un aroma que por más que se esforzaba no podía definir con claridad, era claramente una invitación implícita al deseo carnal que haría que un oso se despertase en plena hibernación.

Debía tener cuidado con esos pensamientos, después de todo, no era más que una desconocida.

Era rubia natural, aunque algunos mechones cobrizos destacaban con fuerza y le daban un brillo diferente a su cabello. Su piel era más bien pálida y sus ojos, claros. No pudo evitar compararlos con los de una gata; le daban cierta credibilidad a su argumento de ser hija de Fiona McAllen.

Sloan creyó oportuno romper el denso silencio que se había

producido entre ambos.

—Tu madre es más una leyenda que una historia perdida en el pasado.

A Madison le gustó que él la tuteara, le daba cierta confianza, pero no pudo evitar devolverle una mirada llena de inquietud.

—Mi madre, ¿una leyenda?

Sloan giró el volante para tomar una curva y acto seguido, giró la cabeza para observarla con atención.

—Por aquí creemos tanto en las leyendas que ya no nos impresionan en absoluto —explicó cambiando de marcha—, las acogemos como vienen y se las transmitimos a nuestros hijos como cuentos, aunque si he de ser sincero, cada generación se recrea un poco más en los detalles.

—Vamos, que Walt Disney a vuestro lado era un aprendiz.

Sloan, ante la comparación, no pudo más que soltar una enorme carcajada.

—A mi padre le encantaría escucharte decir eso, de verdad.

Sloan dejó de reír y volvió a centrar su mirada en ella.

Madison se sintió cohibida, a pesar de su altura, se sintió muy pequeña ante el escrutinio de él. Adoraba leer, le encantaba leer, sobre todo, novelas románticas, y podía casi jurar que el hombre que tenía a su lado era un verdadero highlander, un guerrero de las tierras altas de Escocia.

Debía medir al menos un metro noventa, si no era más, sus rodillas casi tocaban el volante, su pelo, como el carbón, tenía un corte descuidado y algo desaliñado, pero eso no le restaba un ápice de atractivo, sino todo lo contrario. Prestó especial atención a sus manos, eran grandes y poderosas, muy masculinas, y sus dedos largos y fuertes. Se permitió durante una milésima de segundo dejarse llevar por su imaginación, ¿qué serían capaces de hacer esas manos sobre su cuerpo? La respuesta, como era de suponer, quedó suspendida en el aire.

Ascendió su mirada, bajo el jersey que llevaba debía haber unos brazos esculpidos por férreos músculos, había estudiado anatomía en cada uno de sus esbozos y dibujos al natural en la

universidad de Bellas Artes, y sabía muy bien que se podía encontrar ante un cúmulo desorbitado de testosterona.

Sus rasgos, un tanto bruscos y ásperos, parecían haber sido cincelados meticulosamente por la naturaleza y merecían, sin lugar a dudas, ser immortalizados en papel o lienzo, pero quizás lo que más llamó poderosamente la atención a Madison fue la mirada dura y fría de él, saltaba a la vista que tenía sus reservas respecto a ella.

—¿Queda muy lejos la casa? —preguntó intentando aliviar un poco su propia tensión.

—No. Casi hemos llegado.

Madison desvió la mirada a través de la ventanilla, allí afuera solo descubrió una oscuridad poderosa que parecía haber engullido todo a su paso excepto la angosta carretera por la que circulaban. Por un instante echó de menos las luces de la ciudad, porque tenía la impresión que llevaba demasiado tiempo embutida en una especie de túnel.

—Bien, porque estoy agotada.

—¿Por qué no has alquilado un coche? —quiso saber Sloan.

—¿La verdad? —Ella se pasó los dedos por su larga melena y dejó escapar un largo y lento suspiro.

—Siempre la verdad, Madison. Te evitará muchos problemas.

A ella ese consejo en vez de parecerle muy personal, le pareció más bien sensato. Su madre la solía advertir de lo mismo. Pensar en ella hizo que su corazón se encogiese un poco más, la echaba de menos. Su presencia en el pueblo había causado una gran conmoción a los vecinos, Graham y Ellen habían sido una buena muestra de ello. La pregunta que sonaba una y otra vez en su cabeza era: ¿qué va a ocurrir por la mañana cuando todo el pueblo sepa que la hija de Fiona McAllen se encuentra en el pueblo?

Cerró los ojos unos segundos con la esperanza de alejar esos pensamientos de su mente. Al fin se decidió a responder:

—Conducir no es una de mis pasiones —confesó—, y si

tengo que hacerlo por la izquierda mucho menos.

A él le debió parecer divertida la respuesta porque esbozó una enorme sonrisa.

Los faros del coche seguían iluminando una carretera estrecha y algo sinuosa, como salida de un cuento de hadas. Madison deseaba llegar a su destino, necesitaba alejarse lo antes posible de ese hombre con aspecto de guerrero, descansar y dormir al menos doce horas seguidas.

—Aquí es. Hemos llegado. —Sloan frenó el coche y lo dejó apartado en el arcén.

—¿Es seguro dejar aquí el coche?

Sloan abrió la puerta y salió al exterior. Ella, al ver que él no iba a responder, lo imitó. El viento frío la abofeteó sin previo aviso, lo que hizo que se tuviera que arrebujar en su abrigo para evitar los escalofríos que estaban a punto de nacer en la parte alta de su espalda. Echó de menos el gorro de lana que había guardado en la maleta.

—Por aquí no suele pasar nadie —comentó él—. La casa no está muy lejos del pueblo, lo podrás comprobar mañana por ti misma, si lo deseas, pero sí que es cierto que está ubicada en un páramo un poco aislado.

—Ya veo —dijo Madison intentando ver algo entre las sombras de la noche.

—A algunos huéspedes les encanta estar alejados de la civilización, otros prefieren estar en el pueblo —expuso a modo de explicación—. Es difícil dar gusto a todos.

Sloan abrió el maletero y sacó la maleta de Madison y una linterna, con esta última iluminó una parte de la casa, la otra parte se encontraba alumbrada, de forma muy tenue, por los faros del coche.

Cerró el maletero y comenzó a caminar hasta encontrarse con tres escalones de madera que daban acceso a un pequeño porche.

Fue en ese instante cuando Sloan se detuvo y enfocó la linterna en Madison.

—¿Vienes?

Ella se humedeció los labios y tomó aire antes de seguir a su anfitrión. No podía decir mucho de la casa porque la noche la engullía, pero tenía que reconocer que los pocos detalles que pudo descubrir con la luz de la linterna le gustaron. El hecho de que fuera de madera y con grandes ventanales le daba cierto encanto.

Ella subió los peldaños que la separaban del porche mientras Sloan abría la puerta.

—En otro tiempo fue un granero.

—¿La casa? —quiso saber Madison.

—Sí. —Sloan entró y a tientas buscó las luces. Se hizo a un lado y la dejó pasar—. Bueno, pues aquí estamos.

De pronto, la casa se iluminó como por arte de magia. La mayoría de las luces se encendieron a la vez.

—Como puedes comprobar todo el espacio es diáfano.

Madison se percató de que la decoración era muy sencilla, los colores elegidos para decorarla eran tonalidades neutras, como los blancos y los cremas, creando así una atmósfera mucho más luminosa.

—Desde fuera no parece tan grande.

Sloan asintió.

—He de reconocer que tiene su encanto, pero ante todo si algo teníamos claro es que debíamos ser prácticos. Quizás una decoración un poco más tradicional hubiese estado mejor. —Posó la maleta en el suelo—. Pero así la limpieza es más efectiva y rápida.

Madison estuvo de acuerdo con la explicación de Sloan.

—Será mejor que cierre la puerta...

—Sí. Disculpa, me he olvidado completamente de ella.

—No importa.

Sloan cerró la puerta y después, con pasos enérgicos, se dirigió a la chimenea. Todo el espacio que Madison había visto nada más entrar pareció desaparecer de repente, en el mismo instante en que él comenzó a moverse de un lado para otro.

—Imagino que Kate te habrá dejado algo en el frigorífico para cenar —apuntó de cuclillas frente a la chimenea.

—¿Kate? —Preguntó algo confusa mientras sus ojos no

perdían detalle de cómo los vaqueros marcaban los muslos de Sloan.

Él siguió con su tarea como si tal cosa y, a continuación, introdujo varios troncos de madera, apilándolos con cuidado.

—Es la hija menor de Ellen.

Madison no supo qué decir al respecto.

Él se disponía a encender el fuego, pero se detuvo.

—Kate es tu prima, Madison.

—Vaya, tantos años sin tener familia y de pronto tengo tíos y primos por doquier.

Sloan sintió lastima por ella. La muchacha no se había movido de su sitio desde que había entrado en la casa, observó como los brazos de ella se cruzaban bajo su pecho, como si intentara protegerse de algún agente externo que la estuviese atacando. Esperaba que Madison no estuviese incómoda en su compañía, no sabía por qué pero esa idea lo desagradaba.

—Imagino que tiene que ser un shock descubrir que hay gente a la que no has visto en toda tu vida que comparte tu misma sangre.

Ella descruzó los brazos y sin saber muy bien qué hacer con las manos, al final, las metió en los bolsillos de su abrigo.

—Sabía que no iba a ser fácil.

—Eres muy valiente. —Sloan encendió una cerilla y la acercó a varias hojas de periódico, sopló con fuerza un par de veces y fue entonces cuando el humo hizo acto de presencia, segundos después, la llama prendió y los troncos crepitaron a su contacto.

—Yo en tu lugar no sabría qué hacer. Solo de pensar que hay que sobrevolar un océano ya me pone enfermo.

—Entonces, ¿eres un hombre con los pies en la tierra? —se burló Madison.

—Lo has adivinado. —Los labios de Sloan dejaron entrever una sonrisa.

—Ven, te enseñaré el resto de la casa.

Madison avanzó y se puso a la altura de Sloan, era más alto de lo que había supuesto en un principio y eso no le disgustó.

—No solemos alquilarla tantas semanas seguidas, pero en tu caso hemos hecho una excepción.

—¿Por qué?

Sloan se pasó los dedos por el pelo, como si estuviera pensando seriamente una respuesta.

—La verdad es que no lo sé. No fui yo quien aceptó tu reserva.

—¿Quieres decir que si tú hubieras visto mi solicitud no me habrías alquilado la casa?

Sloan pareció meditarlo unos segundos.

—La verdad, me has pillado, pero tendría curiosidad por tu apellido, así que seguramente lo habría hecho, te la habría alquilado —aclaró.

—No te creo, McGregor, solo quieres salvarte de la quema.

Sloan reconoció el tono burlón en la voz de Madison.

—Es muy posible —respondió entre risas.

Madison comprobó que para separar los ambientes habían utilizado unas sutiles divisiones, como la mesa de la cocina, el sofá granate con cojines de diferentes texturas que iban del verde al gris pasando por el beige o en caso del dormitorio, un biombo de forja y tela, en este caso, de lona cruda. De esa manera el decorador o decoradora había conseguido crear espacios diferenciados sin perder amplitud, ni luz. Se podía decir que había logrado un hogar cálido y confortable.

Los techos eran altos y una perfecta conexión de hormigón y maderas antiguas le daba un carácter especial a la casa.

El baño, donde predominaban los colores tierra, era el único espacio que tenía puerta, lo que le daba la intimidad necesaria al huésped. Un lavabo pequeño de cristal con un precioso grifo alto era la nota más discordante junto a una diminuta ducha que a Madison le resultó graciosa, claro que una vez que estuviese dentro de ella, sería otro cantar. Le encantaron las baldas de madera situadas sobre el inodoro. El secador, las toallas y todos los enseres necesarios estaban perfectamente organizados en aquel pequeño espacio.

—Aquí hay más toallas. —Sloan abrió un estrecho armario

situado bajo el lavabo—. Quizás las necesites.

—Tomo nota.

—Bien. Pues yo creo que esto es todo. —Sloan, una vez que salieron del baño, hizo un rápido repaso a la casa—. Creo que no se me olvida nada.

—¿Y para comprar?

—En el pueblo hay una pequeña tienda de ultramarinos, no tiene mucho, pero sí lo necesario para salir de un apuro; si necesitas algo más elaborado puede que lo tengamos en el pub. —Sloan no deseaba irse, quería conocer más a fondo a la hija de Fiona McAllen, tenía que reconocer que era toda una belleza, totalmente prohibitiva para él. Hizo hincapié en ese pensamiento—. De todos modos, yo suelo ir a Portree una vez por semana.

El hecho de nombrar Portree hizo que recordarse a Marla y se sintió aún más culpable por engañarse a sí mismo con esa relación que no le llevaba a ninguna parte.

—De acuerdo.

—Bien.

Sloan se dirigió a la puerta principal con la firme decisión de irse y no volver su mirada atrás, pero fracasó.

—Una cosa más...

Madison lo miró expectante.

—Detrás de la casa hay un pequeño cobertizo, dentro de él encontrarás un coche, es viejo y tiene mal aspecto, pero su motor es indestructible. —Estudió la reacción de Madison y no pudo más que sonreír al ver cómo ella iba abriendo los ojos como platos a medida que él hablaba—. Si te decides a ponerte detrás del volante, las llaves están aquí —Señaló una pequeña mesa auxiliar—, dentro del cajón. Tiene combustible para ir dos o tres veces al pueblo, luego me temo que tendrás que llenar tú el depósito.

—¿Podría llegar a Portree con él?

«¿De dónde ha salido esa pregunta?», pensó ella con ganas de abofetearse.

—Sí, claro. Siempre y cuando no te pierdas.

La respuesta descorazonó a Madison.

Sloan sofocó una carcajada.

—Será mejor que me vaya antes de que te dé un infarto.

Sloan abrió la puerta, ya estaba en el umbral cuando Madison lo llamó.

—Gracias, muchas gracias por todo, de verdad.

—Aunque no lo creas, Madison, soy un buen anfitrión. —  
Le guiñó un ojo—. Kate pasará mañana, por si necesitas algo. A mí me encontrarás seguramente en el pub.

Y sin mediar más palabras cerró la puerta tras de sí.

Madison soltó de golpe todo el aire que había retenido en sus pulmones. Se preguntó a sí misma:

—¿Y ahora qué?

## CAPÍTULO 7

Ellen cerró los ojos, dando pequeñas palmadas ahuecó la almohada y dejó que las sábanas le acariciaran la barbilla. Necesitaba dormir y olvidarse de la muchacha que había llegado al pub como si fuera un fantasma del pasado, como un espectro que sabía que solo traería problemas, la herida aún estaba abierta aunque hubieran pasado tantos años.

Por el amor de Dios, era su sobrina, la hija de Fiona.

Comenzó a rezar una plegaria, pero murió en sus labios antes casi de comenzar. No, no podía. Había rezado tantas veces por lo que ocurrió en el pasado que ya era como un ritual nocturno. Sin embargo, ahora todo parecía tener sentido. Fiona se había reído de ella y de todos a los que había dejado allí esos últimos años. Se preguntó por enésima vez en el transcurso de las últimas horas cuántos años tendría su sobrina. La posible respuesta la dejó sin aliento.

La imagen del posible padre le produjo escalofríos.

Fiona estaba embarazada cuando se fue.

¿Cómo habría sido su vida?

Demasiadas preguntas sin respuesta.

El hecho de que su hermana estuviese muerta le producía un gran desasosiego, no obstante, en el fondo Fiona se merecía morir sola y en el más absoluto de los olvidos.

Escuchó cómo la puerta de la habitación se abría despacio dando paso a un grácil rayo de luz entre las sombras.

—Mamá, ¿estás despierta?

La voz de Kate llegó a ella como un susurro.

—Sí. Pasa. —Ellen se movió en la cama con el único objetivo de alcanzar el interruptor. Un cono de luz se reflejó en la

mesilla de noche. La bombilla encendida engulló buena parte de la oscuridad del dormitorio.

—¿Te encuentras mejor?

Ellen pensó que una vez más no tenía respuesta para una pregunta.

—¿Eso es té?

Ellen señaló la taza humeante que sostenía su hija entre las manos.

—Sí, como a ti te gusta, muy fuerte y sin azúcar.

Kate se acercó a la cama, dejó la taza sobre la mesilla de noche y, acto seguido, ayudó a su madre a colocar la almohada. Ellen se sentó sobre el colchón, con ayuda de las manos estiró el embozo de las sábanas de algodón que un día ella y Fiona habían bordado siendo aún unas niñas. Las horas de costura habían dado mucho juego a la imaginación, pensaron en su ajuar y en un futuro marido, un príncipe de un país desconocido.

Las de su hermana nunca habían sido utilizadas, seguían dobladas y guardadas en la parte más alta de su armario. No se había atrevido a deshacerse de ellas y esta vez se preguntó el porqué.

—¿Dónde están los niños?

—Matt está con papá en el taller y Elliot viendo una película de su superhéroe favorito en el salón, no debes preocuparte por ellos. —Cogió la taza de té de la mesita de noche y se la ofreció a su madre—. Toma, te vendrá bien y te ayudará a dormir.

Ellen, en vez de rechistar como solía ser su costumbre, aceptó la taza y la rodeó con ambas manos.

—¿Me vas a explicar lo que ha sucedido? Harry dice que Rosemary ha sufrido un ataque de nervios.

—Tu hermana es una exagerada, ya la conoces.

Kate lo sabía, su madre y su hermana tenían un carácter muy similar, por no decir igual, huraño y dominante, su padre y ella, por el contrario eran harina de otro costal, alegres y optimistas, siempre solían ver el vaso medio lleno. Vamos, se les podía definir como una familia equilibrada.

—¿Qué te ha dicho exactamente tu hermana?

Kate se sentó en el lateral de la cama antes de responder.

—Algo sobre una tal Madison, una muchacha que ha llegado hoy al pueblo.

Ellen bebió un sorbo de su té. Era cierto, estaba fuerte y agrio, como a ella le gustaba.

—Esa muchacha es la viva imagen de Fiona, mi hermana —aclaró—. Al verla pensé que había retrocedido casi treinta años de golpe... —Ellen se detuvo para tomar una bocanada de aire.

—Mamá, no te exaltes, sabes que no te viene bien.

Ellen ignoró el comentario de Kate sobre su débil corazón y continuó hablando:

—Es como haber dormido durante mucho tiempo y despertar de repente de una pesadilla.

Kate no había conocido a su tía, aunque su madre solía nombrarla muy de vez en cuando. Fiona había decidido, en algún momento de su vida, dejar su historia en puntos suspensivos, una vez que decidió abandonar el pueblo, nadie volvió a saber de ella.

—¿Pudiste hablar con la chica?

Ellen negó con la cabeza y bajó la mirada a las sábanas.

—No tuve tiempo. De la impresión, según dicen, me desmayé. A decir verdad, tampoco deseo hacerlo.

Kate se preguntó una vez más qué había sucedido en la familia antes de nacer ella. Pocas veces se hablaba de Fiona, y cuando se hacía, las respuestas siempre guardaban un paralelismo muy parecido: el silencio.

—Sí. Eso me lo ha comentado papá. Le has dado un susto tremendo.

—Tu padre se podría ahogar en un vaso de agua; no ha sido nada —refunfuñó—, ya me encuentro mucho mejor.

A Kate le dolió que su madre hablase así de su padre, pero tuvo que hacer uso de toda su voluntad para mantener los labios sellados.

—No entiendo nada, Kate —continuó Ellen algo más serena—. Fiona desapareció un día y no volvimos a saber nada de ella y ahora, sin previo aviso, debemos retomar su vida.

Kate decidió aclarar un punto importante que quizá su madre desconocía. Lamentaba tener que ser ella quien le diese tan malas noticias.

—Papá me ha dicho que Fiona ha muerto.

Ellen levantó la mirada, Kate habría podido jurar que veía lágrimas acumuladas en los ojos de su madre, pero en el último momento dudó.

—De alguna manera, ya lo sabía. No me preguntes cómo, pero hace unos días sentí que Fiona se había ido para siempre. — Se llevó la taza a los labios y dio un pequeño sorbo de té—. Nunca creí en las habladurías que se decían de ella, Fiona no era una mujer que se rindiera con facilidad, por eso siempre supe que no se había ahogado en el fondo del mar, como algunos se empeñaban en creer. Simplemente dejé de desmentir y de hablar de ella, para mí era la opción más fácil. —Aunque no había terminado el té, le dio la taza a Kate—. Querían que guardase luto y eso fue lo que me limité a hacer. Cuando ella se fue la vida resultó más sencilla para todos.

Kate dejó la taza sobre la mesilla. No sabía cómo reaccionar ni qué decir, jamás había oído sincerarse a su madre.

—Supongo que el pasado cuando no está cerrado siempre vuelve, el destino nunca deja nada al azar —dijo Ellen con la mirada perdida en alguna parte de la habitación.

Kate cruzó las piernas y seguidamente tomó la mano de su madre. Su piel arrugada y sin brillo era un contraste con la suya.

—Siento que tengas que volver a pasar por esto. Perder a alguien no es fácil y menos dos veces, como te está ocurriendo a ti.

Ellen hizo un conato de sonrisa mientras la miraba. Su pequeña, su Kate, había perdido a su marido hacía seis meses mientras pescaba en alta mar.

Cuando nació Kate había sido un soplo de vida para ella, como un punto y aparte. Dejó de un lado el pasado y se centró en sus hijas. Eso había sucedido hacía muchos años, demasiados, pero al parecer la vida no estaba de acuerdo con su decisión porque el pasado había vuelto en forma de mujer, la hija de Fiona.

Al ver el rostro ceniciento de su hija pequeña volvió a

pensar en su yerno.

«Un bote pequeño no es rival para una tormenta», pensó.

Lo había sentido tanto por ella como por Tom.

Su yerno había aparecido siete días después flotando entre las olas a varias millas de distancia de donde se encontró la barca. Ese fue el golpe de gracia, la vuelta a la cruda realidad, la pérdida de toda esperanza.

Tom había sido un hombre familiar y un padre muy cariñoso, ahora sus niños crecerían sin la figura paterna y sin el cariño de su progenitor.

Elliot, el mayor de los hijos de Kate, con el paso de las semanas se había resignado a su ausencia, pero Matt, no. El pequeño de seis años se negaba a creer que no iba a volver a ver a su padre, luchaba con todas sus fuerzas una batalla que ya estaba perdida antes de haberla empezado.

Como consecuencia de esa pérdida, Matt había dejado de hablar y de vez en cuando se enfurecía consigo mismo y con el mundo, y entonces daba rienda suelta a su frustración, pataleaba, se tiraba al suelo y lloraba sin consuelo; parecía un animalillo herido de muerte, solo Kate era capaz de consolarlo después de varias horas de llantina.

—Tú también has pasado lo tuyo.

—Sí. —Kate se levantó precipitadamente, no deseaba hablar de Tom, quizá porque su madre no había sido el hombro más idóneo para llorar la muerte de su marido. Se dispuso a coger la taza de la mesa de noche—. Será mejor que vaya a buscar a los niños, se está haciendo tarde.

Ellen atrapó la mano de su hija en el aire.

—Encerrarte en ti misma y no hablar abiertamente de Tom no te llevará a buen puerto, te lo digo por experiencia.

Kate sabía que su madre tenía razón.

—Mamá, te quiero, pero odio que des consejos que tú no llevas a cabo. —Se liberó con suavidad de la mano de su madre—. Como te he dicho, se nos hace tarde. Mañana vendré a verte.

Sin más dilación, Kate se apartó de la cama y se dirigió presurosa a la puerta.

¿En qué momento de su vida había perdido a su hija?

\*\*\*

Kate ayudó a abrocharse el abrigo a su hijo mayor y a continuación depositó un cariñoso beso en su frente.

—Te quiero, ¿lo sabes?

El niño asintió distraído, porque sus ojos estaban fijos en la pantalla del televisor. A Kate no le extrañaba esa reacción, les repetía tantas veces al día «te quiero» a sus hijos que esa frase ya formaba parte de su rutina diaria.

—¿No has tenido bastante tele por hoy?

Elliot, como era de suponer, no contestó.

—Ey, campeón, estoy hablando contigo...

Su hijo de nueve años mostró un atisbo de interés y dejó el televisor para centrarse en su madre.

—¿Estás bien?

El niño asintió lentamente.

—¿Qué le pasa a la abuela?

Kate no sabía muy bien qué responder. Era cierto que a los niños no se les pasaba nada por alto, absorbían todo el dolor que les rodeaba, escuchaban palabras sueltas, comentarios hirientes e interpretaban gestos, aunque ellos siempre, a corto plazo, obtenían sus propias conclusiones, unas veces erróneas, otras no tanto.

—Le duele la cabeza, pero estoy segura de que mañana se encontrará mejor, ¿de acuerdo? ¿Nos vamos a buscar a Matt?

—Hoy está de mal humor.

Kate intentó disipar esa pena que le corroía desde la muerte de Tom. Perder a tu marido era una sensación devastadora, pero aún lo era más intentar convencerse de que nada ha cambiado con respecto a tus hijos, por supuesto, estaba equivocada. Elliot la mayor parte del tiempo se encontraba triste, aunque afrontaba su día a día con entereza, sin embargo, Matt estaba perdido en su mundo, en un lugar donde el dolor predominaba sobre todas las cosas.

—Podemos hacer pizza para cenar —comentó ella a la vez

que recogía su bolso—, y quizás logremos que el mal humor de Matt se evapore por arte de magia —Chasqueó los dedos.

Al ver la sonrisa de oreja a oreja de su hijo mayor supo que había encontrado la solución perfecta.

—Vamos —Lo tomó de la mano y juntos salieron de la casa.

El taller de su padre se encontraba solo a varios pasos de la vivienda principal, Ian Campbell se pasaba la mayor parte de su tiempo allí encerrado, rodeado de todo tipo de relojes, desde los más modernos a aquellos que llevaban más de cien años con una cronometría perfecta, ni un segundo de más, ni un segundo de menos.

—Hola, papá —saludó nada más abrir la puerta.

—Hola, cariño —respondió su padre sin levantar la cabeza de su objetivo—. Cierra la puerta, hace un frío de mil demonios.

Kate cerró la puerta tras de sí y sonrió al ver la escena: Matt estaba sentado en las rodillas de su abuelo. Ambos miraban a través de una enorme lupa quien sabe qué, pero por la forma en que le prestaban atención, parecía de lo más interesante.

—Venimos a buscar a Matt, es hora de irnos a casa.

—Pues claro, este pequeño ya ha aprendido demasiadas cosas sobre los relojes. —Ian depositó un beso en la cabeza de su nieto y lo bajó de su regazo—. ¿Verdad que sí, Matt?

Nadie esperaba que Matt respondiera a la pregunta, así que a ninguno de ellos le sorprendió que no lo hiciera.

Matt se volvió y rodeó el cuello de su abuelo con sus pequeños brazos, luego, se alejó de él y corrió hacia donde estaban su madre y hermano.

—¿Tu madre se encuentra mejor?

—Eso parece. Ha tomado un poco de té y ahora está descansando.

Ian se levantó, no sin dificultad, de la silla que ocupaba, se quitó las gafas y las sujetó por una de las patillas.

—Pasas demasiadas horas ahí sentado, deberías caminar al menos una hora al día para que esos viejos músculos no te duelan tanto.

—Estos viejos músculos, como tú te empeñas en llamarlos, dolerán lo mismo si ando o no.

Kate disimuló una sonrisa mientras acariciaba el pelo de sus pequeños.

—¿Te ha comentado algo de la muchacha que ha llegado hoy al pueblo?

—Solo que tiene un gran parecido con Fiona, pero nada más, ya la conoces.

Ian inspiró profundamente y a continuación exhaló por la boca todo ese aire contenido de golpe.

—Debo reconocer que es una situación extraña, inesperada, diría yo.

Ella pudo ver el cansancio reflejado en los ojos de su padre, ese pequeño y humilde espacio de continuo *tic tac* era toda su vida. Pocos detalles habían cambiado en el transcurso de los años, solo el tiempo pasaba silencioso y casi a hurtadillas por ese taller.

—Papá, yo no lo veo tan complicado, simplemente es impactante o curioso, como queráis llamarlo. —Kate apretó a sus hijos contra su cuerpo—. Fiona decidió irse un día y dejar todo atrás, pudo ser la mejor o la peor decisión, eso es algo que no sabemos aún, y en algún momento de su vida decidió quedarse embarazada. Punto final de la historia.

—Resumes treinta años muy deprisa, Kate.

—Resumo la vida, papá. Madison McAllen, queramos o no, forma parte ya de nuestra familia.

—A veces olvido que los jóvenes medís el tiempo con un reloj biológico muy diferente al de mi generación.

—Papá...—protestó Kate.

—No importa, cielo. Son cosas de un viejo cascarrabias.

Ian elevó los brazos casi por encima de la cabeza.

—¿Quién me va a dar un beso de despedida?

Tanto Matt como Elliot corrieron a refugiarse en los brazos de su abuelo.

Kate observó la escena y la enterneció. Adoraba a su padre y no deseaba que sufriera por nadie ni por nada, aunque eso era del todo imposible, ella sabía que la muerte de Tom le había pasado

también factura, quizás por esa razón estaba tan pendiente de Matt.

Pero si algo tenía claro es que siempre podría contar con él, tanto para las penas como para las alegrías, aunque estas últimas parecían no querer hacer acto de presencia últimamente.

Mañana, a primera hora, visitaría a Madison y luego... decidió que era mejor no sacar conjeturas porque nadie, ni ella misma, sabría lo que ocurriría después de haber conocido a su prima.

## CAPÍTULO 8

Madison se despertó con la sensación de haber estado dentro de un sueño extraño, pero cuando sus ojos se posaron en el biombo de forja que tenía frente a su cama, descubrió que no se encontraba en su apartamento de Georgetown, sino en la isla Skye.

Se giró en la cama y se dejó arropar por el nórdico de plumas, tenía que reconocer que la cabaña, o granero según Sloan, era un lugar donde la paz y la tranquilidad eran más que meros protagonistas.

«Sloan...», el nombre del dueño del pub resonó en su mente como el estribillo de una vieja canción archiconocida. Sonrió para sí misma y se confesó que no le importaría saber algo más sobre ese hombre con apariencia de guerrero.

«Sigue soñando, Madison. Así no llegarás a ninguna parte».

Con ese pensamiento en voz alta se desperezó y decidió que era hora de levantarse y enfrentarse a esa nueva realidad. Para su sorpresa, no tenía ni idea lo que iba a hacer ese día, algo impensable en Georgetown.

Caminó en dirección a la ducha, sonrió para sí misma y decidió que al menos por una vez en su vida iba dejarse llevar, no tenía ninguna intención de hacer planes.

\*\*\*

Kate llamó un par de veces a la puerta, al ver que no había respuesta alguna, decidió entrar.

—¿Madison?

Silencio.

—¿Madison? —preguntó de nuevo, en lo que podía

denominarse el recibidor.

La puerta del baño se abrió en ese mismo instante.

Una mujer joven y rubia la cerró tras de sí. Iba vestida con ropa informal y su pelo aún estaba húmedo, seguramente a causa de la ducha.

—Hola...—saludó tímidamente Kate.

La mujer a la que saludó dio tal brinco que si se hubiese tratado de otras circunstancias, Kate se habría echado a reír, luego se giró despacio, todo su cuerpo estaba bajo un estado de tensión que se proyectaba en su mirada.

—Lo siento —se disculpó—, pero al no responder a mi llamada, decidí entrar. Espero que no te importe.

Madison pensó que se encontraba ante la escena a cámara lenta de una película. Los gestos involuntarios, las miradas cautas y sigilosas, el intenso escrutinio de la una a la otra, todo parecía ir más despacio de lo que debiera.

—¿Eres Kate?

—Así es. Y tú debes ser Madison.

—Sí, pero creo que estamos en desventaja porque tengo la sensación de que sabes tú más de mí que yo de ti.

Kate sonrió mientras dejaba su bolso sobre el sillón.

Madison era una mujer muy bella, ni muy delgada ni con sobrepeso, con las curvas necesarias para convertirla en una mujer muy sexy, con ese estilo que solo se puede adquirir en las grandes ciudades. Sus ojos verdes reflejaban un brillo muy especial, Kate lo reconoció de inmediato, era como cuando el mar furioso embestía con fuerza contra las rocas. Sin duda era algo muy característico en las mujeres McAllen.

—Soy la hija menor de Ellen Campbell, tu tía —comenzó a decir de forma prudente Kate—, lo que me convierte en tu prima.

Madison, sorprendida y al mismo tiempo algo desconcertada, acortó distancias y le estrechó la mano.

—Me alegra conocerte, Kate.

Su prima respondió al saludo.

—Lo mismo digo. No voy a mentir, así que te diré que tenía unas ganas inmensas de conocerte. Eres toda una celebridad

en el pueblo.

—Si te soy sincera —confesó Madison—, no tenía intención de formar este lío. ¿Tu madre se encuentra bien?

La sonrisa de Kate dejó entrever unos dientes blancos y perfectos.

—Sí. Perfectamente. Solo ha sido un pequeño shock. Lo importante es que estás aquí, lo demás son pequeños pormenores.

—¿Pormenores, dices?

La expresiva boca de Kate se ensanchó aún más.

—Para tu información, somos gente normal, un poco más curiosos que en la ciudad, eso es todo. —Ladeó la cabeza, como si tuviese algo en mente y estuviera a punto de decirlo—. También soy la persona que se ocupa de la limpieza de la casa cuando los huéspedes se van y soy al mismo tiempo su enlace de conexión con la isla, si necesitas saber o preguntar algo, soy la persona adecuada...

—Gracias, lo tendré en cuenta. ¿Te apetece un café?

—Más que café, preferiría un té.

—Madre mía, lo siento —se disculpó Madison—, no debo olvidar que sois adictos a la teína —bromeó—. Creo que si lo preparas tú tardarás menos, yo aún no sé dónde están las cosas.

—Será un verdadero placer hacerte dependiente del té.

Esta vez fue el turno de Madison para reír.

—¿Te encuentras a gusto en la casa?

Madison paseó su mirada por las paredes y el techo. A decir verdad a la luz del día sí que tenía aspecto de granero.

—Es perfecta y muy acogedora. Me siento cómoda.

—Me alegra saberlo, si fuese al contrario significaría que no estaría haciendo bien mi trabajo.

—¿La decoración es idea tuya?

—Se podría decir que sí, pero no al cien por cien. Si hubieras visto esto —barrió el espacio que había a su alrededor con una mano—, hace unos años, era desolador y de lo más tenebroso, pero en vez de demolerlo decidimos que debíamos hacer algo con este granero centenario y *voilà*...

—Entonces tengo que reconocer que habéis realizado un

trabajo increíble —comentó con sinceridad Madison.

—Muchas gracias. ¿Puedo preguntarte a qué te dedicas?

—Claro. Por supuesto. Estudié Bellas Artes y ahora he decidido tomarme unos meses sabáticos.

—¿Eres artista? —Las cejas de Kate se arquearon sorprendidas.

—Debo reconocer que el arte siempre ha estado ahí, una forma de expresión, diría yo, aunque mi madre tuviera razón y no dé ni para vivir.

—Fiona McAllen, un nombre que encierra un verdadero misterio.

Madison sonrió más para sí misma que para Kate.

—Yo no voy a ocultar ni por un momento que tengo miles de preguntas que hacerte, pero no me gustaría agobiar en mi primera visita.

Kate abrió uno de los armarios superiores y cogió el hervidor de agua que estaba situado en una de las baldas.

—Vamos, pregunta lo que quieras —comentó dando la espalda a Madison.

Kate parecía relajada y eso incomodó de algún modo a Madison. Ella estaba hecha un manojo de nervios.

—Antes dijiste que eras la menor. ¿Cuántos hermanos sois?

—Tengo una hermana mayor, Rosemary —aclaró—. A mi padre le hubiese encantado tener más hijos, pero mi madre se negó en rotundo a pasar por los dolores de otro parto más.

—Bueno, visto de ese modo, creo que lleva razón —afirmó Madison. Al observar como Kate la miraba, aclaró:

—Dos hijas no está nada mal.

—Bueno, depende de para qué cosas, yo podría decirte que ser hija única tiene sus ventajas.

—¿Tú tienes más hermanos?

Madison negó con la cabeza.

—Entonces sabrás a lo que me estoy refiriendo.

Madison se fijó en cómo Kate preparaba el té, se la veía desenvuelta y segura de sí misma, estaba claro que había realizado

aquella operación cientos de veces. No cabía duda alguna de que era una mujer atractiva, su melena oscura y ondulada rozaba casi sus hombros, Madison observó que era muy delgada, le recordó por un momento a las modelos de Alta Costura sobre una pasarela, pero no fue eso lo que llamó poderosamente su atención: su mirada era de un intenso verde, como la suya, pero cuando sonreía, sus ojos no llegaban a hacerlo.

—Ven, siéntate —Kate le indicó un taburete alto, cerca del fogón—. No tengo mucho tiempo, pero me encantaría saber cómo se vive en Georgetown. Porque es allí donde resides, ¿no?

—¿Tienes que marcharte? —Madison no pudo ocultar su decepción.

Kate vertió agua hirviendo en las dos tazas respectivamente.

—Así es. Ahora trabajo en el pub y Sloan me espera.

—Es cierto, creo que anoche comentó algo al respecto —recordó—. ¿Sloan y tú...?

—No, no —repuso Kate con premura y dejando el hervidor del agua cerca de donde se encontraban las tazas—. La verdad es que yo estuve casada, pero Tom murió hace seis meses.

—¡Oh, Dios, Kate! ¡Cuánto lo siento! De haberlo sabido no...

—Ey, no tienes por qué disculparte —comentó la aludida en tono conciliador—. He de reconocer que aún estoy un poco enfadada con el mundo, pero ahora me encuentro algo mejor. Tengo dos niños preciosos —dijo con una pizca de orgullo—, que absorben todo mi tiempo libre y no me permiten pensar demasiado.

A Madison le hubiese gustado saber algo más de la historia de Tom, pero decidió no preguntar al respecto, estaba claro que para Kate seguía siendo una herida abierta y muy reciente.

—Eres una madre muy joven.

Kate cruzó las piernas y apoyó las manos en ellas.

—Imagino que habrás observado, desde tu llegada, que por aquí llevamos otro ritmo, es algo inevitable y a lo que no nos oponemos. ¿Sería una falta de respeto si te preguntase qué edad

tienes?

—Por supuesto que no —respondió Madison, cómoda con la conversación—. Tengo veintisiete años, en un par de meses cumpliré los veintiocho.

Kate enarcó una ceja y la miró sorprendida.

—Vaya, qué coincidencia, los mismos que yo.

A Madison le sorprendió que ambas hermanas, su madre y su tía Ellen, diesen a luz el mismo año.

—¿Casualidad? —preguntó.

—Supongo que sí —dijo Kate con expresión dulce—. Nací en noviembre, en pleno invierno. Mi cumpleaños fue hace una semana.

Madison estudió con atención a su prima. Ese dato era muy curioso, demasiado.

—En enero cumpliré los veintiocho.

—Mi hermana, Rosemary —comentó a modo de explicación—, es nueve años mayor que yo, te podría decir que es cariñosa y afable, pero te mentaría.

Madison, un poco desconcertada por la confesión, buscó algo que decir, pero no lo encontró.

—Bueno...tengo que irme o Sloan podría despedirme.

Madison comprobó que Kate no había probado el té y que por alguna razón que se le escapaba, le habían dado unas ganas irrefrenables de huir.

—No veo a Sloan como un ogro.

Kate recogió su bolso y su abrigo.

—Tienes razón, estoy exagerando —Inspiró hondo—, aquel la verdad es que se me está haciendo tarde. Ha sido un verdadero placer conocerte, Madison McAllen.

—Lo mismo digo, Kate.

Madison se incorporó y se acercó hasta el lugar donde se encontraba su prima.

—Sabes que hay un coche en la parte de atrás de la casa, ¿verdad?

Kate al ver el rostro poco convincente de Madison esbozó una enorme sonrisa.

—Venga, no me dirás que eres como la inmensa mayoría de los turistas, que tienen miedo a circular por la izquierda.

Madison farfulló algo que Kate no entendió.

—Te contaré un secreto, en el cobertizo también hay una bicicleta —Le guiñó un ojo—. Es un medio de transporte barato y sano.

—Gracias, te lo agradezco.

—Ahhh... y un último consejo —añadió Kate dirigiéndose ya a la puerta—. Sal y disfruta de la isla, te sorprenderá.

Madison no tuvo lugar a réplica porque Kate cerró la puerta tras ella.

¿Por qué tenía la extraña sensación de que algo no iba bien?

Se giró y desanduvo sus pasos, fregaría las tazas de té y haría su cama y luego, quizás, solo quizás, seguiría el consejo de Kate, daría una vuelta por el pueblo.

¿Bici o coche?

La respuesta era bien sencilla.

## CAPÍTULO 9

—Llegas tarde.

Kate dejó escapar todo el aire retenido de sus pulmones, eso siempre daba mejor resultado que soltar una palabrota a tu jefe.

—Lo siento, me he entretenido con Madison —dijo mientras se entrelazaba las cintas del delantal en su cintura.

Sloan, que se disponía a salir por la puerta en dirección a la barra del pub, se detuvo en ese preciso instante.

—¿Madison McAllen?

—¿Acaso hay otra Madison en el pueblo?

En el instante en que Kate formuló la pregunta se arrepintió. Tanto Sloan como Graham habían sido muy generosos con ella, gracias a ellos tenía un sueldo, un dinero que le permitía poner cada día un plato de comida en la mesa a sus hijos. Cocinar y limpiar siempre era un trabajo duro, pero ella había aprendido con el tiempo a no lamentarse y a ser agradecida.

La vida te daba y te quitaba y todo podía suceder en un segundo, lo mejor era dejarse llevar y no permitir que las penas y los problemas te devorasen.

—¿Se encuentra cómoda en la casa?

Kate salió de su ensimismamiento mientras sus manos ya estaba ocupadas pelando patatas.

—Sí. Eso parece. Le gusta más el café que el té, pero eso cambiará con el tiempo —comentó con una expresión risueña en los ojos.

Kate abrió el grifo y lavó las patatas recién peladas, luego las introdujo en una cazuela con agua, así se mantendrían en perfecto estado hasta la tarde, cuando comenzase a preparar las cenas.

Al comprobar que Sloan no decía nada, lo miró.

—Vaya, al parecer su visita te inquieta. Tengo la impresión de que te gusta.

Él adopto una pose arrogante, de aparente enfado, con las manos en las caderas.

—Madison McAllen es solo un punto y aparte en nuestras vidas, Kate.

Kate sonrió más para sí que para él.

—Mi prima —recalcó con sarcasmo— trae muchos fantasmas del pasado, y no solo para mi familia.

—¿Qué intentas decirme con eso?

El tono de Sloan no era para nada condescendiente.

—Estás pensando en Amanda, lo puedo leer en tus ojos.

Sloan dejó a un lado su fachada altanera y como si de un acto reflejo se tratase, se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Amanda desapareció de mi vida hace dieciséis años. — Estuvo a punto de soltar un improperio, pero se detuvo a tiempo, no deseaba que Kate percibiera que la madre de su hijo ocupaba un lugar privilegiado en su mente—. Decidió irse un día y ni yo, ni nadie, se lo impedimos. No le puedo reprochar nada.

«Ni yo mismo», pensó.

—Son muchos los que se han ido, Sloan, algunos regresan vivos y otros —hizo una pequeña pausa—, reaparecen tras su muerte, como es el caso de Fiona McAllen.

Sloan no supo qué decir. Estaba claro que Amanda había dejado un antes y un después en su vida, una barrera divisoria muy complicada de ignorar.

Lo había abandonado, no solo a él, sino también al hijo que tenían en común, de un año y medio. Él aún recordaba ese día como si fuera un castigo divino, una condena que en vez de disminuir, le daba la sensación de que se incrementaba con el paso del tiempo.

Se había casado perdidamente enamorado de Amanda, esa era una verdad tan grande como un templo, quizá demasiado joven, eso también era cierto, con tan solo veinte años, pero en ese

instante, ese detalle parecía carecer de sentido porque Amanda, dos años menor que él, era y seguramente seguiría siendo la mujer más bella que había nacido en la isla, y durante un tiempo, que a él le pareció maravilloso, se había sentido afortunado de ser el elegido. Había sido la envidia de sus amigos y él, el hombre más dichoso de la faz de la tierra. Después esa envidia se había convertido en lástima y palmadas de consuelo en la espalda.

Si hubiese tenido la polla metida en la bragueta habría sido muy posible que su pasado y presente hubiesen sido otros, pero, Scott no habría existido y su hijo se merecía cada lágrima que él había derramado por ella.

Scott era su vida, su centro, era cierto que no fue un plan concebido, pero era y fue su razón de ser para no perder la cordura durante los primeros meses tras la marcha de Amanda.

Su esposa soñaba con ser actriz. Se rió para sus adentros solo de pensarlo. Sin embargo, Amanda no deseaba otra cosa que ser admirada y vestida con pieles y joyas, tenía un cuerpo de infarto, perfecto para ello, un cuerpo que él había venerado y besado hasta la saciedad. No obstante, ella tenía todo el derecho a cumplir su sueño porque si algo era cierto es que era una gran actriz, a él lo había engañado, y eso la hacía merecedora de un Oscar de Hollywood.

—Amanda decidió en su momento y salió de mi vida hace muchos años. Ninguno de los dos nos merecíamos vivir en una mentira —Sloan tragó saliva con dificultad—. Esta tarde llega otro autobús —dijo cambiando de tema—. He comprado pescado, está en el frigorífico, y hay más patatas en el almacén, iré a por un saco.

Kate se sintió culpable. Últimamente se le daba demasiado bien escarbar en el pasado. Pensó en la carta que había llegado hacía dos días, tuvo que tomar una respiración profunda para poder olvidar ese tema y retomar la conversación que mantenía con Sloan.

—Sloan, si he dicho algo que te haya molestado, te pido disculpas. —Agradeció tener las manos ocupadas—. Aún no soy capaz de controlar toda la rabia que tengo dentro. Busco un

culpable por la muerte de Tom —Intentó que su voz no flaqueara —, alguien que me explique el por qué de tantas cosas que mi mente es incapaz de aceptar.

Él aparcó a un lado sus problemas, se acercó con celeridad y depositó un casto beso sobre su pelo.

—Le echo tanto de menos...

—Te entiendo perfectamente, Kate —le interrumpió Sloan—. No debes disculparte por nada. Todos lamentamos su pérdida, no eres la única que piensa todos los días en él.

Y era cierto, Tom había sido uno de sus mejores amigos desde la infancia. Tom siempre había estado enamorado de Kate y tras varios intentos, algunos de ellos fallidos —sonrió para sí al pensar en alguno de ellos— logró conquistar a la pequeña de las Campbell.

La noticia de su muerte había sido devastadora para él.

Kate sacó las manos húmedas de la cazuela y abrazó con fuerza a Sloan, apoyó la cabeza sobre su hombro y, entonces, lloró y maldijo mil veces al destino por haberle arrebatado de una forma tan cruel al padre de sus hijos y por ese futuro incierto que ya asomaba en su vida.

Sloan se limitó a abrazarla. Entendía perfectamente la pérdida de Kate, su rabia, su frustración; él también la había padecido hacía unos años, solamente que él no había dado sepultura a Amanda.

\*\*\*

Graham pasó varias veces un paño húmedo por la barra. Aún era temprano, pero eso no impedía que el pub fuese un trasiego de idas y venidas. Le hubiese gustado dar una vuelta con su embarcación antes de abrir el pub, pero una ojeada al cielo le había hecho desistir. El aire frío y húmedo olía a tormenta.

En ese instante solo había un par de clientes, una pareja apartada, en el fondo. Parecían matrimonio, al menos esa fue su primera impresión, y ambos estaban inmersos en la lectura de un mapa que ocupaba buena parte de la mesa.

Iba a sacar brillo a unas copas que terminaba de sacar del lavavajillas cuando Sloan apareció con un saco de patatas sobre el hombro.

—¿Necesitas ayuda?

Graham conocía la respuesta antes de que Sloan respondiese.

—No. Puedo, pero gracias.

—Va a ser una tarde ajetreada.

Sloan desapareció por la puerta de la cocina, pero a los pocos segundos ya se encontraba haciendo compañía a su padre.

—Sin duda, algo bueno tiene que tener el cambio climático, el sol sigue luciendo, las temperaturas no son excesivamente bajas y eso hace que los autobuses sigan llegando al pueblo.

—Va a haber tormenta.

—¿Estás seguro de eso?

Sloan se acercó a una de las ventanas y oteó el cielo, no vio rastro alguno de que el tiempo fuera a cambiar, pero si su padre decía que iba a llover, él no iba a ser quien le llevase la contraria.

Graham cogió un paño de algodón seco y comenzó con la tarea de secado de las copas.

—¿Kate está bien?

—¿Por qué preguntas eso? —inquirió Sloan ya a su lado.

—Os he visto abrazados y he imaginado que Kate ha tenido una de sus recaídas.

Sloan siguió el ejemplo de su padre y cogió una copa.

—Es complicado perder a alguien.

—Lo complicado es evolucionar y seguir viviendo sin la persona amada.

Sloan enarcó una ceja.

—¿Naciste sabio o ha sido la vida quien te ha dado ese don?

Graham sonrió ante la pregunta de su hijo.

—La vida es buena maestra y la ausencia de tu madre un buen ejemplo.

—Me lo imaginaba —comentó su hijo. Él también echaba

de menos a su madre—. Si hubieses nacido sabio sería algo hereditario, y aún, que yo sepa, no he sentido ninguna metamorfosis en mi interior.

Graham no pudo más que soltar una sonora carajada ante la ocurrencia de su hijo, lo que hizo que la pareja que estaba sentada desviara su atención hacia ellos.

—Sigues pensando en ella.

—Ve directo al grano, porque deduzco que no es una pregunta.

—No, no lo es. Nunca te lo he dicho, pero tu madre y yo sufrimos mucho cuando Amanda decidió alejarse de todo.

Sloan soltó la copa con fuerza sobre la barra. Era una forma delicada de decir que Amanda los había abandonado.

—Papá, han pasado muchos años desde que Amanda se fue. ¿Es preciso sacar este tema ahora?

Su padre le respondió con una vaga sonrisa.

—Es curioso que preguntes eso cuando eres tú quien se niega a pasar página.

Sloan se limitó a coger otra copa.

—Aunque si he de ser sincero, me parece fantástico lo de Marla.

La sorprendente declaración de su padre hizo que casi se le escurriese la copa de entre los dedos y el fino cristal rebotase contra la madera. Fue un milagro que la copa no se hiciese mil añicos.

—¿Cómo sabes lo de Marla?

Graham dejó el paño sobre la barra con cierto desdén, cruzó los brazos por delante del pecho y enarcó una ceja.

—¿Crees que no soy capaz de distinguir cuándo mi hijo echa un polvo?

Sloan abrió los ojos como platos mientras su mente se abotargaba por momentos sin saber muy bien cómo responder a la pregunta.

—Creo... creo —titubeó aún algo cohibido— que hay temas que tú y yo no deberíamos tratar.

Graham fingió sentirse indignado, pero en el fondo se

alegraba que su hijo no le negase la relación que mantenía con una mujer que, según le habían comentado, vivía en Portree. Si algo tenía ser dueño de un pub es que jamás tenía que preguntar nada, las noticias llegaban a tus oídos quisieras oírlas o no.

—Si es lo que quieres...

—Es lo que más deseo en el mundo —aclaró Sloan a sabiendas de que estaba a punto de perder la paciencia.

—Mensaje recibido.

Sloan se presionó los ojos con los dedos, ese gesto ya se estaba convirtiendo en un hábito para él y comenzó a preocuparse.

—Oye, papá...

—Sloan —le interrumpió su padre volviendo a su tarea—, quizá me he metido donde no me llaman, y si es así, te pido disculpas, sin embargo, no puedo dejar de preocuparme, siempre serás mi hijo, tengas la edad que tengas —aclaró—. Lo verás en Scott y, cuando lo hagas, te darás cuenta de que este viejo que ahora tienes frente a ti, tenía razón.

—¿Te hubiese gustado viajar más? —preguntó Sloan con la única intención de cambiar de tema.

Graham no pareció sorprenderse por el giro que había tomado la conversación.

—¿Más? Explícate.

—Conocer otras partes del mundo, por ejemplo Nueva Zelanda, Florida o Japón —concretó su hijo.

—A mí no se me ha perdido nada en Nueva Zelanda ni en Florida, ni en Japón; soy feliz aquí, al igual que tú. Mi embarcación es el único capricho que me he dado y me ha permitido conocer lo que hay un poco más allá de nuestras aguas; así soy y he sido feliz en el pasado. No necesito más.

Sloan asintió complacido con la respuesta de su padre.

—Pero no es el caso de Scott.

Una alarma sonó con fuerza en una parte concreta del cerebro de Sloan.

—¿Qué intentas decirme?

—Scott está abriendo sus alas al mundo, hijo, y si no quieres sufrir demasiado, deberías hablar con él, conocer sus

inquietudes, lo que le preocupa y lo que piensa ese cerebro suyo de hormonas enloquecidas y en plena ebullición —repuso Graham con tranquilidad—. La información siempre es poder. Hace tiempo que dejó de ser un niño, se está convirtiendo en un hombre ante nuestros ojos —explicó.

La sola idea de que Scott siguiese los pasos de su madre hizo que se le revolviese el estómago. Lo de Amanda había sido un hecho aislado, tenía que serlo.

Pero por otra parte, no podía pedirle a su hijo que se quedase allí para siempre, si lo hiciera, lo estaría condenando a trabajar tras la barra del pub una buena parte de su vida.

La sensación de perderlo también a él le pesó como una losa. Dejó el paño sobre la barra ante la mirada atónita de su padre y cogió la escoba, estaba claro que necesitaba un trabajo con más brío.

## CAPÍTULO 10

Madison pedaleó con fuerza, descubrió que el ejercicio físico le sentaba de maravilla. La bicicleta siguió su curso y dejó que la brisa que venía del mar revolviere ligeramente su cabello. Por primera vez en mucho tiempo percibió la libertad y se olvidó de los problemas, incluso de su hogar en Georgetown.

La isla de Skye era como un pequeño paraíso. Le extrañaba que su madre hubiese podido vivir tantos años lejos de él. Para ella aquellas tierras estaban alfombradas de un verde único en el mundo. Podía llenar los pulmones de aire puro, podía incluso, si se lo proponía, ser ella misma.

Siguió pedaleando sin dirección a ninguna parte y eso le encantó. Sus dedos hormigueaban con la necesidad de volver a pintar, de reflejar su estado de ánimo, y eso la ilusionaba más que nada en el mundo. Podría hospedarse varias semanas en la casa que tenía alquilada, y luego escaparse varios días a París o a Madrid. Sí, era una idea fantástica.

Era increíble no tener planes, dejarse llevar por la vida, sin más, pero debía tener cuidado porque tenía la impresión de que esa forma de pensar podría llegar a ser adictiva y peligrosa y ella no era así. Le gustaba la organización y el saber lo que iba a hacer la hora siguiente, pero allí, en la isla, todo parecía distinto, como si el tiempo se midiese de forma diferente. Los minutos eran extensos y las prisas se evaporaban como si quisieran con ello alargar los encuentros.

De forma repentina el viento comenzó a soplar con más fuerza y el aire, cargado de humedad, atravesó su anorak. Una gota de agua aterrizó en su mano. Quizá porque estaba pensando en esa gota de lluvia no se percató del gato negro de larga cola que

cruzaba, altivo y sin prisa alguna, por la estrecha callejuela por la que ella circulaba. Cuando quiso frenar, el felino, con una agilidad más que pasmosa, que a Madison la asombró, se libró de ser aplastado literalmente por la rueda de la bicicleta.

Ella no corrió la misma suerte. Cayó al suelo, su trasero se llevó la peor parte, mientras la bicicleta se alejaba dando tumbos calle abajo.

El dolor en la pierna derecha hizo que se llevara la mano hacia el miembro lastimado. Movi6 las extremidades varias veces y comprobó que seguía de una pieza, no había que lamentar males mayores, lo único que estaba herido era su orgullo.

Se incorporó despacio, sintió un leve mareo que desapareció en el acto. Buscó al puñetero gato, pero no había rastro de él.

«Bueno, al menos uno de nosotros ha salido ileso», pensó.

—¿Se encuentra bien?

La pregunta la sobresaltó porque parecía no provenir de ninguna parte.

Madison miró a un lado, luego a otro, hasta que observó el muro de piedra que no distaba mucho de ella. Una mujer que debía rondar los sesenta años, era complicado averiguar su edad con un vestido descolorido y tan pasado de moda. Tenía el pelo muy corto y canoso, su piel parecía deshidratada y poco cuidada, los profundos surcos que marcaban el rostro de la mujer eran muestra de que había trabajado buena parte de su vida al aire libre.

—Sí. Gracias —respondió Madison—. Mi ego es el que ha sufrido mayor daño, pero estoy bien.

Los ojos de la mujer se abrieron mucho, quizá por la sorpresa del momento.

—¿Tú eres la hija de Fiona?

Madison iba a responder a la pregunta, pero su boca de repente se cerró de golpe.

—Tienes que ser tú, tienes sus mismos ojos, pero, por favor, ven a casa. —La invitó la mujer abriendo una pequeña portilla de hierro—. Podrás asearte y mientras tanto puedo prepararte un té caliente.

«Té, cómo no», comentó para sí misma Madison con cierta desazón.

—No quisiera molestar.

—No es ninguna molestia, mi casa está ahí mismo. ¿La ves?

Madison estiró el cuello por encima del muro de piedra, lo suficiente para comprobar que la mujer tenía razón.

—Me llamo Laura Ross y era amiga de tu madre — continuó diciendo la mujer—. Para mí sería un verdadero placer tomar un té con la hija de Fiona.

—Mi nombre es Madison. —Se presentó a sabiendas de que la mujer ya conocía su nombre, pero la verdad es que no había mucho más que decir en tal circunstancia.

La mujer asintió con una enorme sonrisa en los labios.

Madison supo que estaba perdida en el instante en que aquella mujer nombró a su madre. Quería conocer más cosas de su madre y también estaba ansiosa por saber detalles y pequeños retazos de la historia de Uig.

—De acuerdo, señora Ross. Cogeré la bicicleta y nos tomaremos ese té.

Al levantar la bici comprobó que el manillar estaba hecho una pena, por no hablar de la cadena, que se había salido como consecuencia de ese desastre, su pantalón estaba manchado de grasa y tenía un desgarrón a la altura del muslo.

Pensó en Sloan y su reacción cuando supiera lo del accidente.

«A la mierda con Sloan». Ella se había llevado la peor parte. Un resquemor en la nalga que hasta ahora había pasado inadvertido, pero que con el paso de los minutos, iba aumentando considerablemente.

«Estupendo, primero la pierna y ahora el trasero», ironizó para sí misma.

Bueno, después de todo, el coche seguía en el cobertizo. El daño no era tan grave. Mejor estropear un medio de transporte de dos ruedas que el de cuatro.

La señora Ross, con su ya característica sonrisa de oreja a

oreja, la invitó a pasar.

—Encantada de conocerte al fin, Madison McAllen.

\*\*\*

—Lamento tanto la muerte de Fiona... —comentó Laura ladeando la cabeza de un lado para otro, como si aún no se creyese la nefasta noticia, mientras retiraba la tetera del fuego con el agua ya hirviendo.

Madison sabía que esas palabras eran sinceras. Laura se había mostrado en todo momento atenta y expectante mientras ella le contaba algunas anécdotas y pormenores de la vida de su madre en Georgetown.

—Era una mujer muy bella, como tú. —Se giró para dedicarle una sonrisa sincera—. Os parecéis tanto que tengo la impresión de haber retrocedido casi treinta años de golpe, imagino que eso lo habrás oído mucho en las últimas horas. Fiona era inteligente —prosiguió sin esperar ninguna respuesta por parte de su invitada—, ambiciosa y risueña y muchos de nuestros hombres estaban locos por ella, incluso el que es hoy mi marido. ¿Quieres azúcar?

Madison intentó digerir el comentario.

—Sí, por favor.

—Carter, mi marido —aclaró—, estuvo muy enamorado de ella. Yo, por aquel tiempo, lo sabía, por esa razón me mantuve al margen, ¿qué otra cosa podía hacer? Competir con Fiona McAllen era una idea descabellada.

—Siento decir que mi madre nunca me habló de su pasado, ni de nadie de Uig.

Laura depositó dos tazas humeantes de té sobre la mesa y, seguidamente, partió un trozo de tarta de manzana, que al parecer había sacado recientemente del horno, Madison lo dedujo por el olor a canela que invadía aún la cocina.

—No soy una gran repostera, pero espero que disfrutes de su textura y de su sabor.

—Muchas gracias, señora Ross. Huele de maravilla, así

que estoy segura de que estará buenísima.

—Gracias. Eres muy amable.

—Quiero enseñarte algo, dame un par de minutos, enseguida vuelvo.

Madison se sintió como una intrusa en aquella cocina, la pierna y lo que no era la pierna aún le escocían, así que buscó una postura cómoda en la silla.

Laura regresó tal y como había prometido. Entre las manos llevaba una vieja caja de latón.

—Son fotos —aclaró—. En algunas de ellas está tu madre. A veces me da por volver al pasado, me siento cómodamente en mi sillón preferido y las saco de la caja, luego las ordeno, a veces por años, otras por las personas que salen en ellas, ya sabes, cosas de viejas.

—No diga eso. Me encantaría ver algunas de las fotos. Es usted muy amable.

—Falta el azúcar, disculpa, no sé dónde tengo la cabeza últimamente —farfulló mientras revisaba concienzudamente la mesa.

Laura fue en busca del azucarero y lo depositó cerca de las tazas y, a continuación, se sentó frente a Madison.

—Estaba en su derecho de no hablar de su pasado —comentó la mujer retomando la conversación donde la habían dejado—. Fuimos juntas al colegio, aunque ella era más joven que yo, poco después nuestros caminos se separaron, yo decidí no seguir con mis estudios, pero Fiona siempre quería más, como te he dicho era una joven ambiciosa, y lo curioso es que lo que se proponía, lo conseguía. Supongo que eso acarreaba muchas envidias —Aspiró profundamente e intentó retomar el control de sus palabras—. La verdad es que más que suponerlo, me avergüenza decirlo, lo sé con certeza porque yo era una de ellas.

—No debe culparse por ello. Reconozco que mi madre siempre fue un tanto especial. —Madison comenzó a revolver su té con ayuda de una pequeña cuchara.

—Has causado una gran conmoción en el pueblo.

—Eso me lo han dicho mucho últimamente —comentó

Madison recordando las palabras de Kate—, pero no es para nada mi intención, se lo aseguro.

Laura asintió convencida por las palabras de la muchacha.

—Mi Carter vino ayer a casa hecho un manojo de nervios. Fue testigo de tu entrada en el pub, me dijo que causaste una gran impresión a tu tía Ellen.

Madison sonrió por educación.

—Aún no he tenido oportunidad de hablar con ella.

—Ay, chiquilla —se lamentó Laura—, y tardarás en hacerlo. Conozco demasiado bien a Ellen y a testaruda no la gana nadie. No le gustan las sorpresas y menos si vienen del otro lado del Atlántico, como tú.

—No vengo a reclamar nada —alegó Madison—. Solo deseo saber por qué mi madre nunca me habló de sus orígenes, de este pueblo, de sus gentes...

—Te entiendo. —Laura intentó buscar la manera de que sus próximas palabras no sonaran demasiado bruscas—. De todas formas, poco puedes reclamar, porque tu abuelo dejó toda su herencia a Ellen.

Madison cogió tu taza y se la llevó a los labios sin dejar de observar a la mujer que tenía enfrente. Sus nervios estaban a flor de piel, pero intentó que no se reflejasen en su estado de ánimo. Era muy consciente de que lo que podría encontrar respecto a la juventud de su madre podría no gustarle y, para su desgracia, sus recelos se estaban confirmando. Posó de nuevo la taza en el plato de porcelana y respiró hondo.

La casa de Laura Ross era muy acogedora y estaba limpia como los chorros del oro, los cristales de la ventana de la cocina eran un ejemplo de ello. A través de ellos únicamente se veía una extensión muy amplia de terreno, buena parte de esa tierra era un precioso jardín que ahora, en otoño, parecía encontrarse en un profundo letargo.

—Mira —comentó Laura metiendo la mano en la caja y sacando una foto entre un montón de ellas—. Esta es tu madre. Aquí está junto a Ellen, Rosemary y una amiga de la pequeña.

Laura le tendió la foto y Madison, intentando que no le

temblase la mano, la cogió.

No hizo falta deducir quién era Fiona McAllen. Ella y su madre eran casi como dos gotas de agua. En la imagen se la veía feliz, sus labios esbozaban una gran sonrisa. Ella nunca había conocido ese gesto, tan perfecto y despreocupado, en su madre.

—Ahora entiendes lo que intento decirte.

Madison asintió sin dejar de observar la foto. Ahí, en esa instantánea, estaba parte de su familia.

—Rosemary es la que más se parece a Ellen, no tanto en el físico sino por su forma de ser.

—¿Es esta? —inquirió Madison señalando a una niña de unos ocho años de largas trenzas y ceño fruncido.

—Sí, esa es —confirmó Laura.

—Se les ve felices.

—Eso fue un mes antes de que tu madre desapareciera.

Madison pensó que no tenía sentido que su madre huyera del pueblo, si unas semanas antes era la misma imagen de la felicidad. Casi se atrevería a decir que era la misma estampa de una mujer enamorada.

—Mi madre se marchó porque estaba embarazada —dijo de pronto, como si necesitase airear su secreto.

El pequeño tintineo de la taza de Laura al chocar contra el plato pasó inadvertido para ambas mujeres.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente.

Laura se levantó de su asiento, parecía nerviosa, se pasó varias veces las manos por su viejo vestido, como si quisiera eliminar unas arrugas que para Madison eran totalmente inexistentes.

—Eso puede explicar muchas cosas. —Se arregló el pelo con una mano y acto seguido, volvió a dirigirse a Madison—. ¿Y sabes quién es tu padre?

La pregunta quedó suspendida en el aire durante unos segundos que a Laura le parecieron interminables.

—No.

Laura soltó un soplo de congoja.

—Madison, eso complica mucho la situación.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—No me malinterpretes, por favor, pero como te he comentado tu madre era una mujer bellísima y los hombres la rondaban como machos en celo...

Las últimas palabras de Laura sonaron duras y huecas.

—¿Intenta decirme que mi madre tenía una vida sexual muy plena con varios hombres del pueblo?

Laura ante la pregunta se sonrojó y sofocó una exclamación.

—No, por Dios, eso no lo sé —se justificó—, pero si llegas a descubrir durante tu estancia quién es tu padre, podrías abrir viejas heridas que ya están del todo cerradas.

—¿Se refiere a que mi padre tendrá su propia familia?

—Eso es casi seguro.

—¿Entonces?

—Carter nunca me habló de Fiona, ni antes ni después de su desaparición, pero yo podía leer en sus ojos que aún estaba perdidamente enamorado de ella —confesó con un tenue murmullo que a Madison le costaba entender—. Meses después se fijó en mí, era difícil no hacerlo, yo no paraba de revoletear a su alrededor, como si necesitase implorar su cariño. —Sonrió ante el recuerdo—. Después todo fue sobre ruedas y aquí estamos treinta años más tarde, casados, y somos padres de cuatro hijos y abuelos de tres nietos.

Madison se vio en la necesidad de decir:

—Una gran familia. Enhorabuena, señora Ross.

—Soy consciente de que tus palabras son sinceras, pero quiero que entiendas que esto no hubiese sucedido si tu madre no se hubiera ido.

Madison apoyó la espalda en el respaldo de la silla.

—Eso no lo sabe. Quizá su esposo se hubiese fijado en usted estuviera o no mi madre.

A Laura se le escapó una risilla irónica.

—No conociste a la Fiona que nosotras conocimos, estoy casi segura de que no hubiese sido así.

—¿Por qué dice eso? —inquirió Madison.

—Por la forma en que hablas de ella. Debió ser una gran madre, solo con verte puedo deducirlo, pero aquí se comportaba de forma diferente. Era como una diosa que los hombres se veían obligados a venerar.

Madison percibió la puntada de ira en su fuero interno. El deseo de defender a su madre se hizo más que patente.

—En definitiva, que todas ustedes, las jóvenes del pueblo, me refiero a las solteras —aclaró—, celebraron una gran fiesta cuando mi madre se marchó.

—Dicho así, suena fatal.

—¿Pero es verdad o no?

—Madison, me gustaría que estuvieses preparada para las diversas reacciones, porque van a ser pocos los que se alegren de verte.

Algo en el interior de Madison terminó de encenderse.

—Y usted me aconseja que me marche.

—No, no te doy ningún consejo, solo te advierto. Soy consciente de que mi esposo podría ser tu padre. Intento buscar algún rasgo, algún gesto que lo confirme —añadió con los ojos cargados de preocupación—, y si fuera así, no me llevaría ninguna desilusión porque Carter estaba soltero cuando rondaba a tu madre.

Madison se incorporó de inmediato de su silla. La taza se tambaleó en la mesa y estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Mi madre tenía relaciones con hombres casados? —preguntó atónita.

—La gente habla por hablar, tú ya me entiendes.

—No, no la comprendo. —Levantó los brazos por encima de su cabeza y barrió el aire con las manos—. No entiendo ni una sola palabra. ¿Está llamando a mi madre *puta*?, y de ser así eso no se lo voy a consentir ni a usted ni a nadie. —La señaló con el dedo acusador mientras su voz se expandía por la cocina.

—Madison, cálmate, por el amor de Dios.

—No puedo hacerlo, señora Ross, porque desde que he llegado a este pueblo se me ha juzgado, se me ha condenado, no como Madison sino como Fiona McAllen, y creo que eso no es

justo.

—No, no lo es.

Laura Ross decidió dirigir su mirada al suelo.

—Exacto. Si me disculpa, se me está haciendo tarde.

Laura salió de su estupor rápidamente, acertó con celeridad la distancia que las separaba.

—No te vayas así, muchacha. Dame la oportunidad de aclarar la situación —le rogó.

A Madison las lágrimas le quemaban en los ojos.

—Ha sido usted muy sincera, señora Ross, no hay nada que aclarar.

Madison se giró y dio la espalda a su anfitriona, era curioso que recordase el camino a la salida, pero para su sorpresa fue así.

Al abrir la puerta, se encontró con un hombre alto. Por el amor de Dios, ¿es que todos los hombres de ese pueblo eran gigantes? Parecía afable y con pinta de bonachón. Al verla, el hombre dio un paso atrás, como si estuviera viendo un fantasma, luego exclamó algo en una lengua que Madison desconocía.

—¿Señor Ross?

El hombre asintió despacio y con los ojos muy abiertos. Después su mirada recayó en la figura que estaba detrás de la joven, su esposa. Parecía compungida.

—Es un verdadero placer conocerle. Su esposa ha tenido la amabilidad de invitarme a tomar el té —dijo con una lenta sonrisa—. Espero que no le importe.

—Por supuesto... que no —balbuceó el hombre sin saber muy bien qué decir a continuación.

Madison levantó la barbilla y trató de controlar el temblor que tenía en los labios.

—Debo marcharme.

Y sin más prosiguió su camino por el jardín hasta llegar a la portilla. Se prometió a sí misma no mirar atrás aunque sintiera dos pares de ojos taladrando su espalda.

—¡Dios todopoderoso, es la viva imagen de Fiona!

Cuando Madison desapareció de su campo de visión, Laura centró su atención en su marido.

—Pensé que la habías visto ayer.

—Y así fue, pero ese respe, esa forma de hablar... es inconfundible — reconoció Ross aturdido—. ¡Que Dios nos ampare! —exclamó sin perder de vista, ni por un momento, la portilla por donde había salido la muchacha.

## CAPÍTULO 11

Tenía mala suerte, eso era. Debía ser cosa del karma, del destino o de un propósito budista que aún no sabía que existía.

Las horas de luz parecían desvanecerse como por arte de magia, eran más de las cuatro de la tarde, un viento helador abrasaba su piel, los músculos parecían no querer moverse ni responder a sus movimientos y tenía un hambre voraz, se podría comer un rinoceronte asado a la parrilla. Y para colmo de males, comenzó a llover como si se tratase del mismísimo diluvio universal.

A medida que transcurrían las horas, sus deseos de alejarse de la isla Skye aumentaban por momentos y de haber podido, lo habría hecho, pero su personalidad o su testarudez, quién sabe cuál de las dos, se lo impedían.

Anduvo más de media hora bajo la lluvia mientras arrastraba, de forma literal, la bicicleta a su lado, ignorando el ruido chirriante y metálico de la cadena al avanzar.

Estaba perdida, la temperatura parecía descender por momentos y el incesante aguacero parecía no querer parar. Su estómago vacío protestaba con fuerza, una combinación letal. No tenía ni idea de dónde quedaba su casa, ante ella se abría un camino angosto y oscuro que parecía no llevarla a ninguna parte.

Se imaginó los titulares del día siguiente: «Joven estadounidense es encontrada muerta a causa de una hipotermia en un sendero lóbrego y tenebroso».

Casi podía ver la primera página del periódico. Las ganas de llorar se hicieron más intensas, sin embargo, se negó a hacerlo, no podía caer, no podía resignarse tan pronto.

«Soy una McAllen», se dijo a sí misma, algo que le había

repetido su madre hasta la saciedad, pero que esta vez parecía carecer de sentido.

En un intento desesperado de que las lágrimas no abandonasen sus ojos, miró al cielo y por un instante lo que contempló le robó la respiración.

Un relámpago se abrió paso entre la oscuridad reinante, unos segundos después, un trueno retumbó con tal fuerza que la hizo estremecer. La tormenta estaba sobre ella.

Desde ese mismo instante empezó a creer un poco más en las leyendas, en las historias de esas tierras fascinantes que ella misma ahora pisaba y donde todo, según decían, podía ser posible. Podía sentir la energía, esa sensación vertiginosa que comenzaba a unirla de una forma irreparable a aquella isla.

Intentó ignorar la lluvia, aunque sin éxito.

Necesitaba pintar cada instante, cada tono, cada emoción. Los dedos comenzaron a hormiguearle y sabía que no era de frío. Comenzó a sentirse viva y no pudo evitar esbozar una gran sonrisa, aquello que creía haber perdido, había vuelto.

Necesitaba crear.

Memorizó cada matiz, cada textura y cada detalle y la composición fue tomando forma en su mente. Cerró los ojos un segundo y respiró profundamente, la lluvia bañó su rostro y su cerebro hizo un trabajo fantástico recreando lo que en un futuro muy próximo plasmaría en un lienzo.

El ruido de un motor la sacó de su propio ensimismamiento. Se apartó lo suficiente a la orilla para que el coche pudiera pasar, pero para su sorpresa no ocurrió así.

El automóvil se detuvo a su altura, ella tuvo que hacer un esfuerzo casi titánico para no echarse a temblar por el frío y la humedad más que por la inquietud de encontrarse con un desconocido. El cristal de la ventanilla del copiloto descendió despacio, y ella, como si se tratase de un acto reflejo, dobló las rodillas y dirigió su mirada curiosa al interior del vehículo.

Sloan trató de no perder la paciencia. Por el aspecto de Madison supo que el frío la atenazaba, sus ojos verdes desprendían destellos dorados, lo que le confería un halo de misterio, un

misterio que a él le encantaría descubrir.

—Estás helada y empapada, ¿por qué no subes al coche?

El corazón de Madison dio un vuelco y de haber podido se habría puesto a saltar como una chiquilla. Era Sloan y eso tenía que ser sinónimo de estar a salvo.

No había reconocido el coche, quizá porque la última vez que se había subido a él estaba todo oscuro y no pudo apreciar ni la marca ni la matrícula.

—Madison...

El tono de Sloan estaba cargado de impaciencia.

—La bicicleta... —comenzó a decir ella.

—Lo sé —comentó él—, no te preocupes. Déjala ahí mismo, mañana vendré a por ella.

—Verás, es que la cadena...

No terminó la frase.

—Madison, si no subes tendré que subirte yo mismo, y eso no te gustaría, créeme.

La orden fue acatada de inmediato.

Dejó la bicicleta apoyada sobre un muro de piedra y a continuación abrió la puerta del coche. Una vez sentada echaría a perder la tapicería del asiento, pero a Sloan no pareció importarle ese *pequeño* detalle.

—¿Cómo me has encontrado?

—Perderse en este pueblo es casi imposible —aseguró Sloan poniendo en marcha de nuevo el vehículo.

La entonación irónica no pasó desapercibida para Madison.

—Yo lo he hecho —afirmó ella.

Sloan ocultó sus pensamientos tras una sonrisa.

Madison agradeció que la calefacción estuviera encendida. Se frotó con fuerza las palmas de las manos en un intento de entrar en calor.

—¿Estás bien?

Ella sopesó la pregunta y después forzó una sonrisa.

—Define bien.

Sloan dejó de mirar al parabrisas y toda su atención recayó en la mujer que iba sentada a su lado.

—Laura Ross me ha comentado que te has caído.

Ella asintió con una mirada impasible.

—Madison...

A ella le encantaba cómo él pronunciaba su nombre y eso no era bueno, no, no lo era.

—Estoy perfectamente —repuso con énfasis aunque sus bragas estuviesen empapadas y ella muerta de frío—. La señora Ross no debería haberte molestado por esa tontería.

Sloan frenó y ella se percató de que ya habían llegado a la casa. Después de todo iba por buen camino y no se encontraba tan lejos, como había supuesto en un principio. Abrió la puerta y descendió, al escuchar el golpe seco de la otra puerta supo que Sloan la seguía.

—Aquí cuidamos los unos de los otros.

—Por el amor de Dios, permíteme que lo dude —protestó mientras entraba en la casa. Por un momento pensó en cerrarle la puerta en las narices, pero lo pensó mejor y la dejó abierta, como supuso, Sloan entró tras de ella.

—Estaba preocupado, eso es todo.

Madison supo que él estaba siendo sincero.

—Mira, te agradezco que hayas ido en mi rescate —comentó mientras se quitaba el anorak empapado y lo colgaba del respaldo de una silla—, pero...

—¿Pero? En las mujeres siempre hay un *pero*, sorpréndeme —inquirió él con una pizca de sarcasmo.

—No deseo que todos los habitantes del pueblo estén pendientes de mí, ¿de acuerdo? —Se llevó la mano a la dolorida pierna.

Él dirigió su mirada al desgarro del pantalón.

—Deberías curar esa herida, podría infectarse.

Las manos de ella se movieron rápidamente en el aire demostrando su frustración.

—Perfecto, ahora me estás mirando el culo.

Él, de haber podido, se habría echado a reír.

—Es donde tienes la mano, y por otro lado...

—Si terminas esa frase, te echo a patadas de la casa.

Él durante unos segundos mostró un rostro insondable, después ahogó un juramento.

—El día que entienda a las mujeres será un día memorable.

Se dirigió a la cocina.

—¿A dónde vas?

El tono de ella era una mezcla de preocupación y protesta.

—Voy a hacer la cena, ¿algún problema?

Ella intentó recomponer sus pensamientos sin éxito alguno.

—Estoy cansada.

—Razón de más para que cocine.

—Sloan —comenzó a decir Madison—, de verdad te lo agradezco, pero no es necesario. Estoy segura de que tienes trabajo en el pub.

—¿Me estás controlando, Madison?

Ella abrió la boca y la cerró de golpe sin saber muy bien qué decir.

—¿Por qué no te das una ducha?, para cuando salgas habrá un plato caliente y sabroso sobre la mesa.

—¿Por qué haces esto, Sloan? —preguntó ella con cara de pocos amigos a la vez que cruzaba sus brazos bajo el pecho.

Estaba preciosa. Llevaba el pelo suelto y húmedo, varios mechones se pegaban a su rostro, lo que acentuaba su intenso tono cobrizo y la delicadeza de sus pómulos. La ropa estaba arrugada y mojada a causa de la tormenta, se pegaba a su cuerpo como una segunda piel y marcaba sus curvas con una precisión que hizo que Sloan tuviese que tragar saliva.

«Demasiado peligrosa, amigo», pensó él sin poder apartar su mirada de Madison.

Al observar cómo Sloan dirigía su mirada, nada inocente, a sus senos, descruzó de inmediato los brazos y los dejó caer.

Él se percató de la maniobra, en vez de disculparse, se giró y abrió el frigorífico, cuando lo cerró llevaba entre sus manos algunas verduras y hortalizas.

—Eres mi huésped, ¿no?

\*\*\*

Madison tenía la impresión de llevar varias semanas en Uig. Salió de la ducha, se secó con la toalla y decidió hacer frente a la situación.

El vaho era como una nube nítida en la que parecía estar suspendida, pero no le importó en absoluto, después de todo, sus pensamientos tenían el mismo aspecto que esa nube de vapor.

No podía negar que se sentía atraída por Sloan, pero tener sexo con él estaba descartado, en primer lugar no se acostaba con el primer hombre que llegaba a su vida. No, eso quedaba descartado desde ya mismo, y en segundo lugar... «¿Segundo lugar?», se preguntó. De acuerdo, si era del todo sincera consigo misma, no había más puntos en su lista imaginaria.

Frotó con fuerza la toalla contra su piel, reconoció que estaba demasiado enfadada consigo misma. Se envolvió la tela de algodón alrededor del cuerpo y, a continuación, desenroscó la tapa de la loción corporal, echó una pequeña cantidad sobre la palma de la mano, y acto seguido, la comenzó a extender a lo largo de una de sus piernas.

El olor a vainilla que desprendía la loción hizo que sus humos descendieran lo suficiente para centrarse en la situación. Buscó entre las baldas algún desinfectante, lo encontró y con ayuda de un algodón se dio pequeños toques en los rasguños. Apretó los dientes para no soltar un alarido. Escocía horrores, pero repitió la operación una vez más, no deseaba que se le infectase.

Se desenredó el pelo con ayuda de un peine y se lo secó con el secador a máxima potencia, mientras sus pensamientos se dispersaban con el ruido del aparato, después se vistió con ropa informal, no deseaba dar una impresión equivocada a Sloan. Limpió el aseo y salió de él con la intención de que la presencia del hombre que estaba ahora mismo en la cocina, no le robara el poco sentido que le quedaba.

En el instante que pisó la cocina, su estómago gruñó con fuerza, olía de maravilla y sus papilas gustativas comenzaron a salivar.

Sloan retiró la sartén del fuego y, como si sintiera la

presencia de Madison, se giró. No comentó nada al respecto, de haberlo hecho estaba casi seguro de que se le habría trabado la lengua.

Debía reconocerlo de una vez por todas, Madison McAllen era toda una belleza y él debía andarse con pies de plomo si deseaba salir ileso de la atracción que comenzaba a sentir por esa chica.

—Creo que tienes hambre.

Madison se apretó el estómago con la mano, aunque no pudo evitar que un leve rubor se extendiera por sus pómulos.

—¿Tanto se nota?

Sloan no respondió, se limitó a echar una pizca de sal al salteado de verduras.

—Siéntate, la cena estará lista en unos minutos.

Ella obedeció. Se encontraba demasiado inquieta para protestar.

—¿Cerveza? —preguntó él metiendo literalmente la cabeza en el frigorífico.

—Mejor vino.

Sloan pareció buscar algo.

—Creo que debe haber alguna botella en el armario del vestíbulo, dame un segundo.

Madison se sintió ridícula.

—No importa, de verdad, —titubeó—. La cerveza está bien.

Sloan ignoró su comentario y se dirigió con pasos largos y muy masculinos hasta el lugar que había nombrado.

—No deseo ser una aguafiestas, en serio, la cerveza es perfecta.

—¿Tinto o blanco?

La voz de Sloan quedó amortiguada por la puerta del armario.

—De poder elegir, prefiero blanco. Gracias.

—Perfecto. Quedan un par de botellas —comentó a medida que se acercaba de nuevo a ella—. La próxima vez que venga, recordaré que debo traer vino y algunos licores.

—No quiero ser una molestia —alegó ella sin poder evitar compararse con una niña malcriada.

—No lo eres en absoluto —proclamó Sloan con voz grave—. Soy dueño de un pub, ¿recuerdas?

Ella solo pudo asentir.

—¿Tu herida está mejor?

—¿Mi... qué? —preguntó ella absorta mientras observaba cómo Sloan inclinaba la botella a la copa. El vino lamió de forma fugaz las paredes del cristal.

—Tu pierna —comentó él mientras depositaba de nuevo la botella sobre la mesa.

—Sí, mi pierna, lo siento —se excusó—, no te había entendido. Está mejor, muchas gracias por preocuparte.

—La señora Ross me aclaró que no era nada grave, pero nunca se sabe...

Sloan recordó las palabras exactas de Laura Ross cuando le llamó por teléfono y le avisó de que la hija de Fiona se había ido de su casa herida y bastante desilusionada.

No tenía ni idea de por qué razón le había avisado a él, pero a estas alturas poco importaba. En ese mismo instante, él dejó lo que estaba haciendo, servir jarras de cerveza, y fue en busca de su cazadora de cuero. Su padre lo acribilló con una mirada inquisitiva, pero él la ignoró, como ignoró a su hijo y al resto de los clientes del pub.

«Solo serán unos minutos» se dijo a sí mismo, pero en el fondo sabía que se mentía. Madison había trastocado su rutina de tal manera que las últimas veinticuatro horas se las había pasado pensando en ella.

—¿Sabes que era amiga de mi madre?

Sloan volvió al presente, bebió un trago largo de cerveza antes de responder.

—La mayoría de las mujeres de aquí, por no decir todas, se conocen bien. Es lógico que la señora Ross conociese a tu madre.

Ella lo imitó y bebió de su copa.

—¿Qué te preocupa, Madison?

Ella pareció meditar la respuesta. Sloan siempre iba directo

al grano. Al fin se pronunció:

—Supongo que todo y nada.

—Vaya, esa es una respuesta muy abstracta.

—Sí que lo es, lo siento.

—¿Sabes?, no deberías disculparte por todo.

—No lo hago —protestó ella.

«¿Por qué tiene que ser tan atractivo?», se preguntó de nuevo.

—Claro que lo haces, lo que ocurre es que no te das cuenta —matizó Sloan a la vez que se sentaba en la mesa. Adelantó el cuerpo y apoyó los antebrazos en ella y entonces, la observó detenidamente—. Dime, ¿por qué elegiste la bicicleta en vez del coche?

Ella se revolvió incómoda en la silla.

—Creo que ya te lo comenté, no me gusta conducir y menos si he de hacerlo por la izquierda.

Madison imaginó lo que pensaría Justin ante su confesión. La sola idea hizo que se centrara de nuevo en la conversación.

Sloan tenía la certeza de que se encontraba ante una mujer demasiado insegura y eso le desconcertaba, porque él no recordaba así a Fiona.

—Pero ni siquiera lo has intentado, entonces, ¿cómo sabes que no te gusta conducir por las calles del pueblo? Esto es muy distinto a Georgetown, te lo aseguro.

—Mira —dijo algo exasperada, intentando no perder la paciencia—, no me malinterpretes, pero no me conoces y no creo que debas juzgarme tan a la ligera.

Sloan, con una risa burlona, se recostó en su silla.

—Eres una mujer con genio, Madison McAllen, y creo que eso me gusta.

Ella agarró con fuerza el tenedor y se dispuso a comer. Estaba claro que Sloan se estaba burlando de ella y no tenía ni idea de cómo evitarlo.

—¿Has dejado a alguien en Georgetown?

El tenedor quedó a medio camino de su boca.

—¿A qué te refieres?

Sloan optó por ser más directo.

—¿Hay algún hombre en tu vida?

Madison probó las verduras salteadas y tuvo que reconocer que estaban buenísimas. Había alguna especia o condimento que no reconocía, pero que le daba un toque muy especial a la receta. La guarnición consistía en unas patatas asadas con mantequilla. La cena era exquisita, o su hambre feroz. No quiso entrar en detalles, así que se llevó de nuevo el tenedor a la boca.

—Está buenísimo. Te felicito.

—Muchas gracias por el cumplido, pero aún no has saciado mi curiosidad.

—Deja que te pregunte yo algo a ti: ¿cocinas para todos tus huéspedes y luego los interrogas en la mesa?

Los labios de él se arquearon con una sonrisa de lo más traviesa.

—La verdad es que no, tú eres la primera.

—Pues deberías seguir con la idea inicial. Es más práctica, te lo aseguro.

—Tú no pareces quejarte demasiado.

Ella soltó el tenedor de golpe, el ruido del metal contra el plato hizo que la protesta se intensificara.

—Te estás divirtiendo a mi costa, ¿verdad?

—Claro que no. —Sloan rió sonoramente—. Solo intento saber un poco de ti, eso es todo.

Madison respiró profundamente y después retomó el cubierto entre sus dedos.

—A Justin.

—¿Justin?

—Ajá.

—Por la forma en que lo has pronunciado parece importante para ti.

—Pues claro. Lo es.

Sloan volvió a acercarse a la mesa con cierta premura.

—Válgame Dios, ¿tienes novio? —preguntó sin poder evitar que la sorpresa se reflejase en su tono de voz.

Madison se quedó callada una milésima de segundo, como

si procesara detenidamente la conversación.

—No creo que sea de tu incumbencia.

Sloan tragó con dificultad y tuvo que recurrir a la cerveza para evitar atragantarse.

—Sabes poner a la gente en su sitio, Madison —adujo—. Háblame de ese tal Justin.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque parece importante para ti.

Madison se sintió acorralada, Sloan tenía razón, Justin era importante para ella, le consideraba más un hermano que un amigo. Lo que le recordó que aún no le había llamado por teléfono. Justin la iba a matar en cuanto tocase suelo estadounidense.

—Es mi mejor amigo.

—¿Y ya está?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué más quieres saber?

—Estoy seguro de que puedes hacerlo mejor, ¿por qué no lo intentas?

Ella suspiró con fuerza, volvió a dejar el tenedor sobre el plato y cogió la servilleta, se tomó su tiempo en desdoblarla.

—No me malinterpretes —se justificó él—, pero tengo el presentimiento de que has salido de la nada y esa sensación la tiene una buena parte del pueblo, por no decir toda...

—Y crea desconfianza —le interrumpió ella.

—Exacto.

—Entiendo, y eso te da derecho a someterme al tercer grado.

—No —dijo con voz ronca y grave—, eso implica que comienzas a importarme.

Madison escuchó cómo la madera crepitaba en la chimenea, después todo fue silencio.

—Madison —empezó a decir él—, yo también conocí a tu madre, no era más que un niño de diez años, era una mujer bellísima, pero lo que más recuerdo de ella era su sonrisa, el brillo de su mirada y esa sensación que solo Fiona sabía transmitir. Tú me recuerdas a ella, y mucho.

—Fiona McAllen —dijo en alusión a su madre—, era una mujer sencilla que por algún motivo que aún desconozco dejó este pueblo. —Se estremeció al escuchar sus propias palabras y se arrepintió por ello—. Huyó embarazada y creo que enamorada, pero se llevó su secreto a la tumba. Lo siento, se me ha quitado el apetito. Estoy cansada.

Se levantó de la mesa, no mentía, estaba agotada, pero más mental que físicamente.

Sloan se maldijo mil veces. Su hijo Scott lo hubiese hecho mucho mejor que él.

—Lo lamento —se disculpó—. Debería irme.

—Sí, será lo mejor. Te agradezco que vinieras al rescate —señaló los platos—, y la cena.

Se alejó de la mesa con el único deseo de meterse en la cama y no salir en varios días. El nudo que tenía en la garganta la asfixiaba, pero lo último que haría sería llorar.

Cuando pasó cerca de Sloan, este le atrapó la mano y la atrajo hacia sí, estrechándola contra su costado. Ella sintió una oleada de calidez maravillosa. El mentón de él rozaba su coronilla. Era alto, musculoso y parecía tener buen corazón. En realidad, era una mezcla explosiva.

—Perdóname, por favor —susurró él contra el cabello de Madison—. Soy un gilipollas, no debería haberte insinuado nada.

Ella se preguntó qué se sentiría al dormir contra un pecho fuerte y musculoso como el que la abrazaba.

—No es tu problema, Sloan, es el mío. Creí estar preparada para hacer frente a la situación, pero estaba equivocada, eso es todo.

—Ey —Él, a su pesar, la apartó de su pecho. Trazó con un dedo la línea de la mandíbula de ella—. Eres una mujer muy fuerte, Madison McAllen y no debes permitir que nadie te diga o te haga pensar lo contrario.

Ella percibió cómo un escalofrío nacía en la parte baja de su espalda y moría en su cuello.

—No sé lo que tienes que hacer ni cómo lo tienes que hacer — continuó diciendo él—, pero lo que sí tengo claro es que no

debes rendirte.

—Quiero volver a pintar.

Decirlo en voz alta hizo que su deseo de volver a coger un pincel entre los dedos fuese más apremiante.

Él dejó caer su mano. Acariciarla le estaba matando.

—Eso es genial. Es un principio.

—Sí. Supongo que sí.

—Algo te ha traído aquí, Madison, y debes averiguar qué es. No te rindas tan pronto —carraspeó—. Lo mejor será que me vaya —reconoció mientras sus dedos se hundían en los sedosos cabellos de ella.

Madison, como respuesta, se alejó de él.

—¿Vas a ir a Portree?

Él sopesó la pregunta y por primera vez en todo el día pensó en Marla.

—Así es.

—Me gustaría comprar algunas cosas que necesito para pintar —comentó ella, sin poder evitar retorcerse de forma nerviosa las manos.

—Si me haces una lista de lo que necesitas, podría comprártelo yo.

Sloan sin saber muy bien qué hacer introdujo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Es solo una idea —comentó él rápidamente intentando salir airoso de la conversación. Pensar que Marla y Madison se pudiesen ver en Portree le inquietaba, y mucho. Por alguna razón que desconocía, deseaba que ambas mujeres no se conociesen nunca.

A Madison le costó, pero hiló rápidamente la situación.

«Hay otra mujer».

—Sí. Será lo mejor, te lo agradezco.

Sloan se maldijo a sí mismo al ver cómo los ojos verdes de Madison reflejaban pesar.

Madison garabateó algunas palabras en una servilleta de papel.

—¿En el pub tenéis wifi?

—Sí.

—Bien, entonces, yo me pasaré, no deseo hacerte perder más tiempo.

Sloan sacó las manos de los bolsillos y tomó la nota.

—Madison...yo...

—Será mejor que te vayas. Gracias por la cena y la conversación.

Sin más dilación se marchó sin tan siquiera despedirse, sintiéndose el ser más despreciable del planeta.

«La has jodido, tío».

Con este puñetero pensamiento salió de la casa y se subió al coche.

La velada había sido un fracaso estrepitoso, pero lo peor era que no había sabido estar a la altura de las circunstancias.

Madison estaba hecha de otra pasta, y eso le asustaba.

## CAPÍTULO 12

Kate contó los servicios de la mesa una vez más y frunció el ceño, ya que las cuentas no le salían. Había un cubierto de más.

Cenar en casa de sus padres un sábado por la noche se había convertido, sin quererlo, en una rutina, un hábito que se había trasladado a su vida sin previo aviso. La muerte de Tom lo había instaurado de forma tácita, su marcha inesperada había sido un duro golpe para todos y acompañada por su familia, ese dolor parecía menguar, su mente se distraía durante unas horas y la realidad solamente la rozaba.

De vuelta a su hogar, las cosas cambiaban y la situación se recrudecía, la soledad la daba de lleno y la cama se había convertido en un lugar frío e inhóspito donde lograba cerrar los ojos, pero no conseguía conciliar el sueño. Allí, entre las sábanas, se percataba, noche tras noche, por más que lo deseara y rezara a un Dios de lo más incompetente, al menos para ella, que su marido jamás volvería. Debía afrontar el hecho de que se había ido para siempre, pero los problemas en vez de desaparecer, se acrecentaban.

Sus dos hijos eran como un ancla que la mantenía cuerda, varada en un puerto seguro. Y, a pesar de que Matt no hablase aún, eran los únicos que podían ofrecerle una pizca de felicidad.

Había terminado de trabajar en el pub hacía aproximadamente una hora y se encontraba demasiado agotada, deseaba meterse bajo la ducha y olvidarse del mundo, al menos el tiempo suficiente para olvidarse de que era una viuda triste y sin demasiados alicientes, pero no deseaba ser egoísta ni desilusionar a su familia; así que ordenó las copas frente a los platos y decidió no pensar más en ella.

Tenía que reconocer que los niños se lo pasaban bien en casa de sus abuelos y necesitaban el contacto humano, un acercamiento con sus familiares más próximos, por mucho que ella desease relajarse y matar el poco tiempo que tenía libre bajo el chorro caliente de la ducha.

Colocó el resto de las servilletas mientras intentaba averiguar quién iba a ser el invitado o invitada. La voz de Elliot se escuchó en una de las habitaciones del fondo. Sabía que Matt estaba con él, pues aunque no le escuchase pronunciar palabra alguna, su hijo mayor hablaba en plural todo el tiempo y eso confirmaba su teoría de que estaban juntos.

«¿Cuándo hablarás, Matt?».

Se repetía tantas veces esa pregunta que ya se había convertido en un ritual, casi en una plegaria. La psicóloga le había comentado que era un proceso complicado, en ocasiones muy largo y en otras no tanto, pero que ante todo, no debía perder la esperanza, era cuestión de paciencia y cariño.

Matt debía asumir la muerte de su padre, y a veces, ese duelo era muy complicado de sobrellevar para un niño.

«Es complicado para todos», pensó Kate.

—He traído otra botella de vino, nunca se sabe.

Rosemary pasó cerca de su hermana, un segundo después dejaba la botella en el centro de la mesa.

—Rosemary, ¿a quién han invitado papá y mamá?

Su hermana mayor hizo un mohín con los labios antes de responder.

—Ha sido idea de mamá.

—No has respondido a mi pregunta —apuntó Kate intentando no perder la paciencia.

—Papá no está muy de acuerdo, pero no le queda alternativa, ya conoces a mamá.

—Por el amor de Dios, Rosemary, te he hecho una pregunta muy sencilla, ¿quién viene a cenar esta noche? —inquirió Kate intentando que la idea de ahogar a su hermana con sus propias manos se fuese diluyendo poco a poco en su mente.

Rosemary soltó un suspiro muy acorde con el de una actriz

de teatro en plena escena dramática.

—El padre Mills.

La expresión de Kate fue de total incredulidad.

—No hablas en serio.

—Pues sí, ¿por qué iba a mentirte?

En ese instante la voz de Elliot se escuchó más alta que clara, por el ruido que emitía con los labios y las palabras apremiantes de victoria, Kate supo que su hijo acababa de evitar que un avión se estrellase contra una montaña.

—Matt no habla, pero Elliot lo hace por los dos, por un regimiento, diría yo —criticó Rosemary—, ya tiene edad de comportarse como...

—¿Como quién, Rosemary? —la interrumpió Kate—, no es más que un niño que se encuentra muy solo.

—¡Tiene a Matt, te tiene a ti, nos tiene a nosotros! —contraatacó su hermana mayor.

Kate negó con la cabeza. Rosemary no entendía nada, mejor dicho, no quería entender. Quizá el hecho de que no tuviese hijos influía en sus palabras o en sus pensamientos. Una vez más se compadeció de su cuñado Harry, un verdadero santo. Él merecía algo mejor que a su hermana.

—Han perdido a su padre, Rosemary. —Kate intentó que el nudo que se le había formado en la garganta se disolviera pronto—. Debes ser un poco más flexible.

Rosemary se cruzó de brazos.

—¿Flexible, dices? Te recuerdo que soy yo —se señaló con su propio índice—, quien cuida de ellos cuando tú estás trabajando. ¡Tengo tanta paciencia que no sé dónde la voy a meter!

Kate supo, por su bien, que no debía hacer enfadar a su hermana. Debía reconocer que Rosemary la ayudaba, y mucho, con los niños.

—No discutamos, ¿de acuerdo?

—Has empezado tú, Kate.

—Tienes razón y me disculpo por ello. Estoy más nerviosa de lo normal y lo pago contigo, eso es todo.

Kate rezó para que su hermana creyera su embuste.

—¿No estarás nerviosa por esa tal Madison?

Kate necesitaba tener las manos ocupadas, así que decidió que era el momento ideal para abrir la botella de vino.

—Kate... —la apremió su hermana

—No voy a hablar contigo de Madison.

—¿Por qué razón? Han pasado varios días desde su llegada y no has dicho nada al respecto.

Kate maldijo al corcho de la botella, se había atorado.

—Sé que no te gusta —fue su respuesta.

—Claro que no me gusta —vociferó Rosemary—, su madre se largó dejando a la nuestra sola, con un padre desquiciante que se volvió insoportable tras la marcha de Fiona. Tú no estabas aquí, Kate, pero yo sí y puedo decirte punto por punto lo que sucedió.

El corcho decidió salir y Kate se lo agradeció infinitamente.

—¿No vas a decir nada?

La pregunta era un ataque en toda regla.

—Mamá, tengo hambre. ¿Cuándo cenamos?

Kate bendijo a su hijo mayor por la interrupción.

—Estamos esperando al padre Mills, en cuanto llegue, cenamos. ¿Por qué mientras tanto no te vas a lavar las manos?

—¿Va a venir un sacerdote a cenar? ¿Quién se ha muerto?

Matt apareció en el mismo instante en que su hermano formulaba la última pregunta. Kate cerró unos segundos los ojos con la esperanza de que su hijo pequeño no hubiese escuchado una sola palabra.

—Elliot, lleva a tu hermano al aseo y lavaos las manos.

La esperanza de Kate se evaporó al comprobar el intenso brillo en los ojos de Matt, eran lágrimas.

—Obedece, Elliot... por favor.

Elliot sintió la premura de su madre, agarró con cierto desdén a su hermano por la mano y se lo llevó con él.

—A este paso, Matt no se curará nunca.

Kate intentó que las palabras de su hermana no le afectasen, sin embargo, no lo consiguió.

Ella abrió la boca para intentar decir algo, no obstante, en el último momento cambió de idea. Se retiró, con cierto nerviosismo, un mechón del pelo y masculló:

—Enseguida vuelvo.

Rosemary y ella eran tan diferentes... Le hubiese encantado poder compartir con su hermana algunos secretos o pensamientos, pero eso era algo inviable. Rosemary era como tener otra madre, la quería, por supuesto, sin embargo ahí quedaba todo, un cariño difícil de definir.

Las lágrimas pugnaron por salir, pero si algo tenía claro era que sus penas eran ya solamente de ella.

\*\*\*

—Kate, me ha dicho tu madre que estás teniendo mucho trabajo últimamente, ¿eso es cierto?

Kate levantó la copa y observó al padre Mills por el borde curvo del cristal. Su madre, como de costumbre, ya había hablado de ella. Intentó que en su semblante no se reflejara ningún pensamiento contradictorio.

—Sí. Y es de agradecer. —Dejó la copa y dedicó una sonrisa a sus hijos. Los pequeños le respondieron de la misma forma—. Graham y Sloan se portan muy bien conmigo.

—Eso está bien —comentó el reverendo a la vez que masticaba un trozo de asado—. La carne está exquisita, Rosemary.

—Muchas gracias, padre. Me alegro de que sea de su gusto.

Kate se fijó en su hermana. Un leve rubor se extendió por sus pómulos y la orgullosa mirada de Rosemary recayó en su madre.

Esa era la mirada cómplice que deseaba ella para sí.

—Rosemary es una gran cocinera, padre Mills, como usted mismo ha podido comprobar; además se ocupa de los niños de Kate cuando su hermana trabaja —se jactó Ellen—. Y Harry es de gran ayuda también.

El susodicho asintió de forma torpe.

—Así debe ser, la familia debe ayudarse en los buenos y en los malos momentos.

A Kate la escena le pareció surrealista y fuera de lugar. El padre Mills era un hombre de Dios, con nariz aguileña y los ojos demasiado pequeños y juntos para ver las cosas con una perspectiva diferente a la de algunos de sus fieles. Kate lo conocía desde que era niña, su madre la obligaba a ir a misa cada domingo y a participar en las colectas para los más desfavorecidos; en esto último, seguía siendo una integrante activa, pero hacía demasiado tiempo que no pisaba suelo sagrado, exceptuando el día en que se celebró el funeral por Tom.

—Depende de qué miembros de la familia.

No fue lo que dijo sino la forma en la que su madre pronunció la frase lo que hizo que ella levantase la cabeza del plato.

Su padre, como venía sucediendo los últimos días, calló ante el comentario y no se pronunció al respecto.

—Tienes razón, Ellen —corroboró el sacerdote—. El cariño, el día a día, es lo que hace que una familia sea más fuerte. Hay que tener cuidado con las almas perturbadoras que llegan a nuestras vidas sin ser llamadas.

El reverendo se llevó la servilleta a los labios y ofreció a Kate una amplia sonrisa.

Kate no se lo podía creer. El sacerdote estaba haciendo referencia a Madison y todos, como si se tratase de un acuerdo tácito, corroboraban sus palabras.

—Discrepo, reverendo Mills. —Kate se fijó en cómo su madre la advertía con una mirada poco amistosa, pero no le importó. Era una mujer adulta y tenía todo el derecho a dar su opinión—. No se debe juzgar a nadie, creo que algún versículo de la biblia hace referencia a ello.

—¡Kate! —la reprendió su madre—, ¡cómo te atreves!

—Por favor, Ellen, Kate tiene todo el derecho a expresar su opinión —apuntó el cura dando suaves palmadas sobre la mano de su feligresa.

—¿Te has vuelto loca? —La pregunta de su hermana llegó

a ella en forma de susurro.

Kate se removió incómoda en su silla. Todos los miembros de la mesa, incluidos sus hijos, la observaban como si fuese ella la misma personificación de Satán.

—Matt, Elliot, si habéis terminado ya, id a lavaros las manos.

—¿Otra vez? —protestó Elliot.

Kate le dirigió una mirada severa y penetrante.

Los niños, cabizbajos, arrastraron las patas de sus sillas sobre el suelo de madera, y acto seguido, se levantaron.

Su padre la observaba con cierta comprensión en la mirada, pero era el único.

—Por favor, padre Mills, disculpe a Kate, desde que Tom se fue de nuestro lado, no se encuentra muy bien.

Kate miró hacia el techo con un gesto de cansancio, a posteriori, apretó los labios y formó una línea muy fina con ellos.

Su madre no tenía ningún derecho a meter a su marido en aquella cena y de buena gana se lo hubiese dicho en ese momento, sin embargo en ese preciso instante, su padre acarició el dorso de su mano.

La calidez de su piel contrastaba con la de ella.

—Voy a la cocina —se excusó.

La mirada recurrente de Ian cayó de nuevo en su hija.

Kate se levantó y abandonó, con cierta necesidad, el falso escenario que su familia había recreado para la ocasión. Odiaba cada día desde la muerte de Tom, y lo peor de todo era que se odiaba a sí misma.

\*\*\*

—¿Se puede saber qué se te ha pasado por la cabeza para hablar así al padre Mills?

Kate ignoró la pregunta, cogió otro plato de la pila y se dispuso a secarlo con el paño de cocina que tenía en la mano.

—Kate, te estoy hablando.

Rosemary observó a su hermana y se preguntó quién era

esa desconocida que en ese mismo instante estaba fregando junto a ella.

—Ya he pedido disculpas.

—Sabes que eso no es suficiente, mamá está muy disgustada. Se ha ido a la cama hecha un manojo de nervios y el reverendo se ha llevado una impresión espantosa de ti.

—Se les pasará a ambos.

Kate guardó varios de los platos secos en el armario que correspondía. Necesitaba terminar con esa conversación ya mismo, pero antes tenía una pregunta que hacerle a su hermana.

—¿Me vas a decir de una vez por todas por qué ha venido a cenar el padre Mills?

Rosemary percibió una nota de impaciencia en el tono de voz de su hermana y no le gustó.

—¿Otra vez con la misma pregunta? Creí haberte respondido antes.

Kate meneó la cabeza de forma negativa.

—¿Lo has hecho o me has dado la respuesta que más te conviene?

—¿Pero se puede saber qué te pasa? —inquirió su hermana levantando el tono de voz.

—Tengo la impresión de que lo has invitado tú, Rosemary, te conozco y mi intuición no me suele fallar.

Su hermana en vez de responder a la pulla, se afanó por terminar su tarea.

Daba la situación por perdida. Su hermana frotaba con fuerza algunos restos de las copas sucias, Kate pensó que si Rosemary seguía a ese ritmo iba a desintegrar el cristal.

—¿Te importa que no termine de fregar contigo? Se ha hecho tarde y debo acostar a los niños.

—Claro, no hay problema —respondió Rosemary sin tan siquiera molestarse en mirarla.

—Te lo agradezco.

Su hermana aclaró las copas y, a continuación, cerró el grifo. Buscó un paño de cocina y cuando lo encontró se secó las manos en él.

—Kate, lo estoy haciendo lo mejor posible —Rosemary pareció dudar—. Aunque refunfuñe me gusta tener a los niños conmigo, lo que sucede es que Matt, a veces, no siempre —se apresuró a decir—, me desborda y respecto a lo del reverendo Mills, es complicado, espero que me comprendas.

Kate sintió cómo la culpabilidad la golpeaba de lleno.

—No eres tú, Rosemary. Te agradezco de corazón lo que haces por los niños, de veras, no hay suficiente dinero en el mundo para pagarte. —Forzó una sonrisa—. Necesito más tiempo, necesito aclimatarme a este nuevo cambio en mi vida, eso es todo.

Su hermana asintió.

—¿Vas a volver a ver a Madison?

Si la pregunta desconcertó a Kate, no lo mostró.

—Es mi trabajo. Sloan quiere que la visite de forma periódica por si necesita algo.

—Entiendo.

—Te conozco demasiado y no, no lo haces —farfulló Kate—. ¿A qué viene esa pregunta, Rosemary?

—Imagino que es simple curiosidad —respondió la aludida.

—Pensé que Madison no te caía bien.

Rosemary dirigió una mirada cautelosa a la puerta, como si quisiera comprobar que nadie estuviese escuchando.

Kate no entendió el gesto. Su hermana había sido educada bajo el yugo de su madre, vivía por y para ella, eso lo sabía. Ni siquiera su marido, Harry, ocupaba un puesto tan relevante, sin embargo, algo la hizo dudar.

—¿Te gustaría venir conmigo alguna vez?

—¿A visitar a Madison? —preguntó su hermana a la vez que soltaba un bufido perfectamente audible—. Por supuesto que no. Mamá está en ese estado por ella.

Kate se dio por vencida. Se había equivocado estrepitosamente.

—Está bien, Rosemary, como quieras, no te lo volveré a preguntar.

—Una cosa más, ¿sabe Madison quién es su padre?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Imagino que por simple curiosidad —comentó Rosemary como si tal cosa.

—No hemos hablado al respecto. ¿Sabes algo que yo no sé? —inquirió sorprendida.

Rosemary pareció meditar la pregunta durante unos segundos.

—Aún no te puedo decir nada concreto, pero tengo mis sospechas.

—¿Y...? —la urgió Kate.

Rosemary no respondió, y de pronto, pareció cerrarse en banda.

—Se te hace tarde, Kate. Deberías irte, los niños deben estar cansados.

Kate no se lo podía creer.

—¿Me vas a dejar así?

Rosemary se encogió de hombros.

—Su llegada ha hecho que algunos recuerdos hayan salido a la luz, pero aún no estoy segura del todo. Era aún una niña cuando Fiona se fue.

Kate no lo dudó ni un solo segundo. Rosemary era algo más que observadora, era una cotilla nata.

—Hagamos un trato, tú me cuentas lo que te dice Madison y yo intento hacer memoria.

Kate desechó el acuerdo en ese mismo instante.

—¡Ni hablar! Si quieres jugar a las espías, hazlo tú sola.

—Kate, ¿no estarás insinuando lo que imagino?

—¿Sabes, Rosemary?, por una décima de segundo pensé que me equivocaba contigo, pero no. —Sintió una punzada de ira, sin embargo, no se dejó llevar por ella—. Al parecer, erré de pleno. Buenas noches —se despidió sin más tapujos.

—Me necesitas, Kate, no lo olvides —la amenazó su hermana.

Kate, que ya se disponía a salir por la puerta, se giró.

—¿Estás segura de que no es a la inversa?

Y sin más dilación, se marchó.

En el mismo instante en que lo hizo, se arrepintió. ¿Quién iba a cuidar a Elliot y a Matt ahora?

Habría estado más guapa con la boca cerrada, de eso estaba segura.

## CAPÍTULO 13

—Mamá, ¿a dónde vamos?

Kate no pudo resistirse a pasar la mano por el pelo de su hijo, con la caricia se lo revolvió, el niño se alejó y ella no pudo más que enamorarse un poco más de su rostro malhumorado.

—¡Mamá! —protestó.

Aún le quedaban un par de horas para ir a trabajar, así que había decidido dar un paseo con sus hijos, de paso se pasaría a ver a Madison. Sloan le había pedido que le llevase un paquete y ese momento era tan bueno como otro cualquiera.

No llovía y eso era algo inaudito por aquella zona, aunque el viento del norte increpaba con fuerza contra las bamboleantes copas de los árboles y las hojas filtraban un silbido armónico y atrayente. A Kate le encantaba perderse en esa melodía.

Matt iba de su mano. Ella lo observó con cautela: estaba, como ya era su costumbre, en su mundo. Por el contrario, Elliot corría de un lado para otro, alegre y feliz, como debía sentirse un niño a su edad. Kate lo vio extender los brazos y planear como si fuera un avión en pleno vuelo. Lamentó que su hijo pequeño no siguiera el juego de su hermano.

«Recuerda, paciencia», pensó.

—¿Mamá, a dónde vamos? —inquirió de nuevo su hijo mayor.

—Quiero que conozcáis a alguien.

La pequeña mano de Matt se tensó contra la de su madre.

—Es la nueva huésped de Sloan —aclaró para que no hubiese ningún malentendido—. Se llama Madison y viene desde muy lejos.

—¿Ha viajado en avión?

A ella no le sorprendió la pregunta. Elliot adoraba todo lo relacionado con la aeronáutica.

—Así es.

A Kate le encantó observar cómo los ojos de Elliot se abrían de par en par.

—¡Wow! Yo algún día también volaré.

—Lo sé —comentó Kate aferrando con fuerza el paquete para que no se le cayese, no era para nada pequeño.

—¿Por qué lo sabes, mamá?

—Porque lo deseas con todas tus fuerzas.

Elliot sonrió satisfecho ante la respuesta.

—¿Se va a quedar mucho tiempo?

—Espero que sí, pero eso se lo podrás preguntar tú mismo, ¿te parece?

El niño asintió.

—¿Podré preguntarle cosas del avión? —quiso saber el pequeño mientras sus brazos aleteaban con fuerza contra el viento.

—Podrás preguntarle todo lo que tú quieras, pero siempre con educación, ¿de acuerdo?

—Sí. —El entusiasmo se vio reflejado en el tono de Elliot —. ¿Es guapa?

—¿Por qué me preguntas eso?

El niño se encogió de hombros y, después, giró sobre sí mismo con los brazos extendidos.

—Es muy guapa.

—Pero no más que tú.

El corazón henchido de Kate estuvo a punto de explotar por las palabras de su hijo.

Matt sonrió, levantó la cabeza, y miró a su madre con ojos brillantes.

—¿Tú también piensas que soy guapa?

El pequeño asintió con fuerza.

—Vaya, tengo dos admiradores y yo sin saberlo.

—¿Qué es un admirador, mamá?

Kate sopesó la pregunta.

—Pues un admirador... es alguien que siente adoración o

un interés muy especial por una persona.

Elliot se detuvo y, de pronto, sus brazos extendidos se enredaron en la cintura de su madre.

—Entonces, sí. Matt y yo somos tus admiradores, ¿verdad, Matt?

El aludido sonrió abiertamente dando así su conformidad.

—Os quiero de aquí a Plutón, ida y vuelta —comentó ella con el orgullo que solo una madre experimenta.

Elliot soltó una sonora carcajada que se unió a la sonrisa tímida de Matt.

—¿Y tú, Matt, vas a ser piloto?

El niño negó enérgicamente con la cabeza.

—¿Qué vas a ser de mayor, Matt? —preguntó su hermano.

La mirada del pequeño se perdió en la lejanía, allí donde se encontraba el mar. Kate no pudo evitar que una sensación extraña y pujante recorriese su espalda. Elliot, como si supiera lo que estaba ocurriendo, decidió romper el momento.

—Mira, allí está el granero.

Kate reaccionó en el acto e intentó sonreír, pero su gesto quedó en un amago.

—Sí. Allí está la casa de los McGregor.

—Mira, Mamá, allí está Madison —Elliot señaló la figura femenina que miraba ensimismada el paisaje.

—¿Qué tiene entre las manos?

Kate intentó adivinarlo.

—Parece un bloc de dibujo.

Elliot pareció conformarse con la respuesta. Corrió hacia la casa.

—¿No quieres ir con él?

Matt, como respuesta, miró hacia el suelo y no se movió del lado de su madre.

\*\*\*

—¡Hola!

Madison, sorprendida por la intromisión, bajó su bloc de

dibujo hasta la cintura y fijó su atención en el niño rubio, de ojos de un verde muy intenso, grandes, expresivos y muy despiertos.

—Hola —le saludó ella con una enorme sonrisa en los labios—. ¿Y tú eres...?

—Soy Elliot McKellen.

—Encantada de conocerte, Elliot McKellen —le tendió la mano y el niño, divertido por ser tratado como un adulto, correspondió al saludo.

—¿Qué estás dibujando?

Madison le mostró el bloc y el boceto que había en la primera página. Era la bahía de Uig, un lugar impresionante donde, si el tiempo lo permitía, según le habían comentado en el transcurso de su paseo, los ferris operaban hasta las Hébridas Exteriores. Debía reconocer que, en cierta manera, había captado la luz de la última hora de la tarde y la calma de un mar salvaje y poco dado a confianzas.

—¿Eso lo has dibujado tú? —preguntó el niño abriendo mucho sus bonitos ojos verdes.

—Así es. Elliot, ¿has venido solo? —quiso saber ella.

—No. Mi madre y mi hermano vienen por ahí, ¿ves?

Madison levantó la cabeza y observó en la distancia a Kate acompañada de un niño más pequeño que Elliot.

—¿Tú eres el hijo de Kate?

—Sí. Mi hermano Matt también lo es.

A Madison le encantó la aclaración.

—¿Puedes enseñarme más dibujos?

—Claro. Toma el bloc y mira lo que quieras.

—¡Wow! Gracias, Madison.

Elliot McKellen era un niño arrebatador.

—Espero que todos te gusten tanto como este.

El niño pasó un par de páginas y por la expresión de su rostro, Madison supo que no lo había desilusionado en absoluto.

—Yo no dibujo tan bien, Matt lo hace mejor que yo —aclaró.

—A veces es cuestión de práctica.

Elliot, sin dejar de observar los bocetos, comentó:

—No creas.

Madison no pudo más que sonreír ante la respuesta.

—Hola, Madison —saludó Kate—, ya veo que conoces a Elliot.

Madison tuvo que reconocer que tener visita le gustaba. Había pasado sola los últimos días, con sus pensamientos, su carboncillo y su bloc de dibujo. El deseo de descubrir el pueblo había hecho que diese largos paseos a ninguna parte. Era curioso, pero los vecinos parecían ir acostumbrándose a su presencia, esa sensación la hizo sentirse más tranquila.

—Kate, ¿a quién tienes ahí?

Matt, viéndose el foco de atención, se escondió tras su madre.

—Él es Matt, mi hijo pequeño.

—¡Hola, Matt! —saludó Madison.

El pequeño, como era de suponer, no emitió sonido alguno.

—Es algo tímido —comentó Kate. Puso el brazo sobre los hombros de Matt y lo atrajo hacia sí.

—No habla —aclaró Elliot deseando ser de nuevo el centro de interés.

Madison observó con qué ternura Kate abrazaba a su hijo.

«Hay mucho amor», pensó.

Matt tenía un aspecto muy diferente al de su hermano: mientras que Elliot era rubio y con ojos verdes, como los de su madre, Matt era moreno y de ojos negros, como dos pozos sin fondo. La verdad era que nunca hubiera sospechado que pudieran tener genes en común.

—Es complicado —dijo Kate.

Madison asintió y no preguntó al respecto.

—Sloan me ha pedido que te traiga ese paquete. Ayer fue a Portree y al parecer, le habías encargado algunas cosas.

A Madison le habría gustado que hubiera sido el propio Sloan quien le diese lo que ella le había encargado, pero no lo dio a entender.

«Mejor así». Si Sloan McGregor quería poner distancia, pues ella lo aceptaba. Después de todo no deseaba complicarse la

vida.

—Muchas gracias. Son algunas cosas que necesito para pintar. —Tomó el paquete y comprobó que no pesaba demasiado.

Madison observó cómo Elliot le mostraba los bocetos de su bloc a su hermano. Matt los observaba con gran interés mientras Elliot parloteaba sin ningún tipo de reparo.

Matt alargó la mano y con sus pequeños dedos comenzó a acariciar uno de los dibujos, Madison mantuvo la respiración cuando el pequeño la taladró con sus ojos oscuros. Su mirada parecía buscar algo que a ella la inquietó en sobremanera.

—Nos gustaría llevarte a un lugar muy especial para nosotros —comentó de pronto Kate ajena al comportamiento de su hijo menor.

—¡La torre! —exclamó Elliot con énfasis.

—Exacto —corroboró su madre—. Es posible que ya la conozcas si has estado paseando, pero...

—No —interrumpió Madison rompiendo así la extraña conexión con Matt—, si la he visto no me he fijado, la verdad.

—No pasa desapercibida, créeme. ¿Damos un paseo?

—Perfecto. Dame un segundo, cogeré mi abrigo y cerraré la puerta con llave.

Casi se sintió liberada, aunque percibía los ojos de Matt puestos en ella.

Kate se fijó en la chaqueta gruesa de lana que llevaba Madison.

—Lo de la llave no es necesario, nadie entrará en su casa, y si lo hacen, será para dejarte algún obsequio. Respecto al abrigo, no es mala idea.

Madison, sorprendida, comentó:

—Había oído en ocasiones que la gente de los pueblos dejaba las puertas de su casa abiertas, pero siempre pensé que era una especie de leyenda para los turistas.

Kate sonrió más para sí misma que para Madison.

—Madison McAllen, te queda aún mucho por aprender. Date prisa, o se nos hará tarde. Por cierto —dijo antes de que Madison desapareciera en el interior de la casa.

—¿Sí?

—¿Amigas?

Madison sonrió de oreja a oreja, asintió, y después entró, sin pérdida de tiempo, en la casa en busca de su abrigo.

\*\*\*

—Tienes dos hijos preciosos, Kate.

Kate no pudo evitar desviar la mirada al lugar donde se encontraban sus hijos. Elliot corría, como era habitual en él. Matt intentaba imitarlo, pero al ser más pequeño, pocas veces daba alcance a su hermano. Cuando se cansaba se detenía, observaba con atención a su alrededor y, entonces, su mirada se volvía introspectiva y de inmediato regresaba a su mundo.

—Matt es especial —comentó Kate más para sí misma que para su acompañante.

Madison no lo dudaba. Desde que se habían conocido, el niño parecía tener cierto interés en ella.

—La muerte de Tom fue muy dura para todos, lo sigue siendo —Kate se corrigió a sí misma y continuó—, cada uno lo lleva a su manera, pero Matt parece no aceptarlo. Aunque no te lo creas, era un niño extrovertido, feliz y no paraba de hablar. Veneraba a su padre, la verdad es que era maravilloso. Daría cualquier cosa por oírle decir de nuevo «mamá». —Una sonrisa triste asomó a los labios de Kate—. Pero a partir de ese nefasto día, todo pareció cambiar a peor. Tiene pesadillas y arranques de ira. Es inexplicable para mi familia y la gente del pueblo. Lo miran como un bicho raro y eso me hace daño, demasiado, diría yo.

—¿Está en tratamiento?

—Sí. Psicólogos, logopedas, todo lo que pueda beneficiarle, aunque hasta ahora no hemos obtenido ningún resultado positivo. Me piden que no pierda la paciencia, que todo es cuestión de tiempo, pero...

—No puedes evitar sentirte una perdedora.

Kate observó con detenimiento a Madison. Su interrupción pareció devolverla al mundo real.

—Lo siento.

—¿Por qué? —quiso saber Madison.

—Cuando hablo de mis hijos, no sé parar, y la verdad, tú no estás aquí para escuchar problemas. Estás de vacaciones.

Madison movió los hombros inquieta. El aire traía consigo un olor mezcla a hierba recién cortada y a lluvia, pero en el cielo solo se divisaban unas inofensivas nubes blancas.

—Estas vistas son fantásticas —comentó mirando hacia el mar, el lugar donde se encontraba la bahía.

Kate se percató del cambio radical de tema.

—Madison, ¿te encuentras bien?

La voz de Elliot llegaba hasta ellas alta y clara, al igual que sus risas.

—Me gustaría ser como él —confesó Madison, a la vez que se envolvía con los brazos.

—¿Como Elliot? —preguntó extrañada Kate.

—Sí. Tiene sus propios problemas, son serios, muy serios diría yo. Ha perdido a su padre, pero lo afronta con naturalidad, con valentía. Pero en mi fuero interno, me siento como Matt, triste y poco consecuente con la realidad. —Acarició las mangas del abrigo con las palmas de las manos—. He perdido a mi madre hace unas semanas y tengo la impresión de que era una desconocida, nunca se abrió a mí y a lo único que se arriesgó fue a dejarme una carta de despedida. Ni tan siquiera se atrevió a dármele en mano, la dejó entre las páginas de un libro de poemas. Imagino que el destino quiso que la encontrase y esa es la razón por la que estoy aquí.

Kate hizo un mohín de lástima con los labios.

—Lamento que te sientas así, Madison. Nunca es fácil despedirse, supongo que es complicado ordenar tus ideas y saber lo que quieres decir.

—Me gustaría pensar que es así.

—Y lo es, la vida no es tan complicada, la hacemos complicada nosotros mismos, enredando nuestros pensamientos.

—¿Cómo murió Tom?

Kate tardó unos segundos en responder.

—Kate, si no quieres hablar de ello...

—Se ahogó. Una combinación letal de mala suerte, una tormenta, una barca pequeña y olas gigantescas.

Madison se detuvo en el acto.

—Lo siento muchísimo, Kate. No debería haber preguntado.

—Sé que lo sientes, tus ojos no saben guardar secretos. Será mejor que aceleremos el paso o perderemos de vista a los niños.

Madison se tomó las palabras al pie de la letra.

—Estoy pensando en volver a Georgetown.

La expresión de Kate fue de total incredulidad.

—¿Por qué?

—Creo que me equivoqué al venir aquí.

Esta vez fue Kate la que se detuvo.

—Tengo la impresión de que esperabas a Sloan esta tarde, que fuera él quien te entregase el paquete.

Madison intentó sentirse ofendida, pero no lo consiguió.

—No. Claro que no. ¿Por qué piensas eso?

—Porque te gusta, y... ni se te ocurra desmentirlo porque como te he dicho antes, tus ojos te delatarían.

—No digas tonterías, Kate. Sloan es un hombre que tiene su vida aquí, está arraigado a esta tierra, a todo esto. —Barrió con la mano las vistas que la rodeaban—. Tiene su propia familia e imagino que sus problemas y yo no quiero sumarme a la lista de estos últimos.

—Mientes como una bellaca, Madison.

Madison abrió la boca, pero al no saber qué decir la cerró de golpe.

—¿Ves?, tengo razón. Sloan te gusta, te atrae al menos físicamente.

—Es un hombre atractivo, no lo voy a negar, pero...

—¿Te quedarías por él?

—No. Claro que no.

—Bueno, era solo una pregunta.

—¿A dónde quieres llegar, Kate?

—Escúchame bien, Madison McAllen, Sloan es un gran hombre, y bien pensé al ver tu reacción esta tarde cuando me viste que él podía ser uno de los motivos por el cual podrías quedarte, pero si no es así, debes confiar en tu brújula interior y no dejarte llevar por la autocompasión. He de reconocer que la familia encierra un concepto muy amplio y que no te lo estamos poniendo fácil. Mi madre es un vivo ejemplo de ello, es tan testaruda que si discutiera con una roca, ella ganaría. —Ladeó la cabeza y sostuvo su mirada firme—. No te rindas. Encuentra lo que has venido a buscar.

—Es complicado —protestó Madison.

—De alguna manera, tú ya sabías que lo iba a ser.

Un suspiro largo y frustrante salió de los labios de Madison.

—Me cierran las puertas, Kate.

—Eso mismo le hicieron a tu madre, se marchó y, ¿qué consiguió?

Los ojos de Madison se abrieron y relampaguearon.

Kate la agarró con delicadeza por los antebrazos.

—¿Qué has venido a buscar, Madison?

La aludida hundió un poco más los hombros y exhaló de nuevo un suspiro de derrota.

—¿La verdad?, no lo sé.

Kate la soltó, aunque su mirada seguía entrelazada con la de ella.

—Pues eso es lo primero que debes saber con certeza y lo demás vendrá solo, confía en mí.

Ambas seguían unidas por la mirada, Madison pudo sentir una conexión, supo que Kate también la había sentido.

—¡Mamá!

Las dos mujeres miraron en dirección a donde se encontraban los niños.

—¡Hemos llegado a la torre! —gritó Elliot a todo lo que le daba la voz.

Kate rio y Madison la siguió.

—Si no aceleramos el paso, Elliot se va a quedar sin voz y

te aseguro que ya tengo bastante con el silencio de Matt.

La torre resultó ser circular, de estilo románico, con lancetas en forma de cruz en lugar de ventanas. Tenía dos plantas y techo. A Madison le impactó nada más verla, tenía la impresión de estar ante un castillo. Parecía salida de un cuento. Se encontraba muy cerca de un precioso y acogedor hotel.

—La torre fue construida por el capitán Fraser de Kilmuir alrededor de 1860 —comentó Kate—. No tenía ninguna función militar, solo fue construida porque Fraser necesitaba dar a conocer su estatus y riqueza, aunque se comenta que también sirvió para recoger las rentas de los *crofters* locales.

—¿*Crofters* locales? —inquirió curiosa Madison.

—Arrendatarios de las zonas rurales. Es una expresión gaélico escocesa —explicó Kate—. Graham McGregor te podría contar muchas cosas de esta historia.

—Es nuestro lugar preferido —indicó Elliot mirando a lo más alto de la torre.

—Aquí venimos a menudo, aunque es una propiedad privada y no está abierta al público —señaló Kate—. Es un lugar especial. Nos encantan las vistas.

—Sin duda es un lugar mágico —concretó Madison.

Elliot asintió enérgicamente con la cabeza, pero no fue el caso de Matt, La tristeza que lo envolvía se hizo más evidente.

Madison decidió que había llegado el momento de saber más cosas de aquella tierra de intensos verdes.

—¿Quién fue exactamente el capitán Fraser?

—Bueno, la verdad es que Fraser no dejó buen recuerdo para la historia de este pueblo —dijo vacilante—. Se dedicó a desalojar a las familias de las tierras que trabajaban; así esos campos estarían disponibles para la cría de ovejas a gran escala.

—¿En serio? —preguntó incrédula Madison.

—Eso dio lugar a huelgas y revueltas. Como te he dicho, la fama del capitán Fraser deja mucho que desear por esto lares.

—¿Y el hotel? —quiso saber Madison.

—Es una antigua posada, creo que está aquí desde 1831.

«Los escoceses cuidan de su historia», pensó Madison sin dejar de observar el encantador hotel que había perdurado durante siglos en aquel mismo lugar, en aquel rincón de la isla. Estaba casi segura de que sus paredes encerraban cientos de anécdotas y leyendas.

Elliot volvió a retomar el tema que tenían entre manos.

—El capitán Fraser no fue un buen hombre, ¿verdad, mamá? No era como papá, que siempre cumplía su palabra.

Madison presenció cómo el semblante de Kate variaba por momentos, cuando creía que iba a caer derrotada por las palabras de su hijo, resurgió, de pronto, como un ave fénix.

—Es cierto, Elliot. Tienes razón. Papá siempre cumplía su palabra.

Madison pudo leer el dolor en los ojos de Kate.

## CAPÍTULO 14

—Graham, ese chico me recuerda a ti en tus años jóvenes.  
—Murray se llevó la pinta a los labios mientras observaba la cabeza de Scott metida entre las páginas de un libro—. Solo que me parece más inteligente que tú.

Los allí presentes se echaron a reír, incluido Ian Campbell.

—De eso se trata, ¿no, Murray? De mejorar los genes, aunque creo que en tu caso, la naturaleza hizo una excepción —espetó Graham sin ocultar su sarcasmo.

Varias carcajadas unificadas invadieron el pub.

—Estás más guapo con la boca cerrada, Murray —dijo uno de los aldeanos, el más viejo.

—Solo digo la verdad, y todos la tomáis conmigo —contraatacó el aludido después de dar un largo trago a su pinta—. Ese muchacho llegará lejos, tiene más genes de su madre que de su padre.

Graham se puso tenso ante las palabras de Murray y de inmediato buscó a Sloan con la mirada. No lo encontró y su alivio fue inmediato. Recordó que su hijo le había comentado que iba a estar en la cocina. Kate llegaría de un momento a otro, pero él se había ofrecido para pelar patatas y unas cebollas. El pub a esas horas era un lugar tranquilo, casi se podía decir que era una reunión de amigos.

Scott parecía estar concentrado en su tarea, su nieto tenía los ojos puestos en un libro y parecía ajeno a toda realidad. Sabía que los exámenes estaban cerca y el muchacho se tomaba en serio sus responsabilidades. Estaba muy orgulloso de él, aunque supiera que esos estudios lo llevarían lejos de su hogar, de los suyos, pero el destino jugaba sus propias cartas y pocas veces se le ganaba una

baza.

—Ten cuidado, Murray —le advirtió Graham—, no me gusta que pronuncies el nombre de Amanda aquí.

Algunos de los hombres comprendiendo la preocupación de Graham asintieron con sus cabezas demostrando así su conformidad.

—Te pido disculpas si me he pasado de la raya, Graham, pero nadie me puede tachar de no decir la verdad. Todos lo vemos, Scott está hecho de otra pasta, tú mismo lo sabes. Lo que ocurre es que no quieres reconocerlo, pero ese muchacho no ha venido a este mundo para servir mesas en este pub —apuntó con el índice la barra dando así más énfasis a sus palabras, y prosiguió—. Sloan lo tendrá que ver algún día, y cuanto antes se quite la venda de los ojos, mejor que mejor.

—Murray —intervino Ian Campbell con tono de advertencia—, lo que Graham intenta decirte es que tanto Sloan como Scott no han superado aún lo de Amanda.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Murray—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dieciséis años? Este tema debería estar ya más que digerido y Sloan preparado para lo que le pueda venir.

—Murray, ¿estás seguro de que solo te dislocaste el hombro cuando te caíste? —preguntó Graham con las manos apoyadas en la barra y una mirada más parecida a la de un adversario que a la de un amigo—. ¿Estás seguro de que no tienes nada grave en ese cerebro marchito?

—¡Pues claro que mi cerebro está bien, maldito estúpido! Lléname la jarra de nuevo.

Graham, a regañadientes, hizo lo que Murray le pedía.

—Yo lo único que sé es que el pasado puede volver sin previo aviso.

Los hombres allí reunidos asintieron dando la razón a Ian Campbell.

—¿Lo dices por la hija de Fiona? —preguntó como si tal cosa Murray. Cambiar de tema parecía la mejor opción.

—¿Por quién si no?

—Tengo la impresión de que esa muchacha tiene poco de

las McAllen.

—Parece que hoy tienes un problema con los parecidos, Murray —comentó Graham—. Creo, a pesar de ir contra mi negocio, que esta es la última pinta que te tomas.

Murray ignoró el comentario de su amigo y continuó:

—Sabes cómo es el apellido McAllen, y tú mejor que nadie, Ian —añadió Murray—, estás casado con una de ellas. —Hizo una pausa y bebió un trago de su cerveza, después prosiguió—. Ya conocisteis a Fiona, espero que Dios la tenga en su gloria, una mujer de armas tomar y de una belleza exquisita, no voy a negarlo, y Ellen...

—Cuidado, Murray, que su marido está aquí —dijo uno de los allí reunidos.

Las risas hicieron que Murray hiciese con la mano un gesto despectivo.

—Soy muy consciente de cómo es Ellen —continuó Ian—, y también soy testigo de su sufrimiento tras la desaparición de su hermana. Se quedó sola a cargo de una hija y un padre poco afable, insoportable y dado a la bebida. Todos lo sabemos, no estoy contando nada nuevo, y esta nueva situación no está siendo fácil para mi familia, y mucho menos para Ellen. Así que, Murray, te lo advierto... ten cuidado, porque estás hablando de los míos.

Varios hombres farfullaron algo, pero nadie pareció prestarles atención.

—¿Has hablado con tu sobrina?

Ian dirigió su mirada a Graham.

—Aún no.

—Me gustaría saber por qué.

El aludido pareció meditar la respuesta durante unos segundos.

—Solo Kate ha hablado con ella, y he de decir que me alegro por ello, pero es complicado. Ellen —añadió despacio y con tono firme—, no acepta esta nueva situación.

Alguien dijo:

—Es un tema delicado.

Todos los allí presentes miraron hacia al hombre que había

pronunciado esas palabras.

Sloan se limpiaba las manos con un paño.

—Pero que muy pronto vas a resolver.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ian, con gesto adusto, a Sloan.

Sloan señaló en dirección a la puerta.

Kate, Madison y los niños entraban en ese mismo instante en el pub.

Todas las miradas, sin excepción, recayeron sobre ellos.

\*\*\*

Madison, nada más pisar el pub, se sintió como una intrusa. Varios pares de ojos la observaron sin pestañear y por un instante, pensó que lo mejor sería echar a correr y huir lo más lejos posible de esas miradas inquietas.

Sloan, anticipándose a la situación, se acercó raudo hasta las dos mujeres.

—Siempre es un placer que nos visiten mujeres tan bellas —comentó mientras pasaba un paño húmedo por una de las mesas.

—Cierra el pico, Sloan, a mí me ves todos los días y no me dices esas cosas —espetó Kate a la vez que ayudaba a su hijo más pequeño a quitarse el abrigo.

—Yo solo he venido... —Madison lamentó que le fallara la voz, así que carraspeó en un intento desesperado de sentirse más segura—, a darte las gracias por el paquete que me ha traído Kate a casa.

—Ha sido un placer, Madison —dijo él mirándola directamente a los ojos.

Aquel ronroneo hizo que aumentara la tensión que sentía en la zona de la pelvis. Sloan pronunciaba su nombre de una manera sensual, con un acento marcado, como había podido comprobar durante su estancia, algo muy propio del dialecto gaélico. Ese acento no la dejaba pensar con claridad. Sus movimientos, cuando estaba ante él, se volvían lentos y torpes, su lengua y cerebro parecían atrofiarse en el instante menos oportuno.

En definitiva, era un verdadero desastre envuelto en cuerpo de mujer.

—Si me dices el precio total de todo, te lo podría pagar ahora mismo. —Madison introdujo la mano en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Es un regalo, no me debes nada.

Ella detuvo su gesto y su mano quedó presa dentro del bolsillo. Sus ojos volaron hasta Sloan. Tuvo que tragar saliva para recobrar la compostura. Los labios de Sloan tenían un aspecto sensual, mucho más de lo que recordaba, lo vio sonreír y supo, en ese mismo instante, que estaba del todo perdida.

—No puedo aceptarlo —fue lo único que pudo decir.

La sonrisa de Sloan se ensanchó.

—Yo creo que sí.

Ella, sin pretenderlo, le dedicó una mirada carente de toda amabilidad.

—Madison, un regalo es un regalo.

Ella pareció salir de repente de aquel cruce de miradas. Se percató de que no estaban solos y se sintió avergonzada. En el pub no había demasiados clientes, pero se veía a leguas que entre ellos se conocían muy bien, sus poses indicaban que se encontraban a gusto los unos con los otros y que estaban en el lugar en el que deseaban estar; no como ella.

El que había hablado era Graham y ella se sintió más incómoda aún.

«¿Qué narices te pasa con los McGregor?!», se reprochó a sí misma.

—Los escoceses nunca rechazamos un regalo —dijo el padre de Sloan de forma distendida.

—Pero siempre esperamos algo a cambio —comentó Scott que hasta ahora se había mantenido al margen.

Ella sintió que las mejillas le ardían. Todos la miraban con expectación, incluso Kate y los niños parecían estar pendientes de sus próximas palabras.

—Pero yo quiero pagarlo —protestó.

Las risas no se hicieron esperar.

Si sus mejillas seguían aumentando de temperatura podría explotar de un momento a otro.

¿Cómo había llegado a esa situación?

—Puedes regalarle uno de tus dibujos, Madison.

La voz de Elliot llegó a ella como un susurro.

Madison miró al niño con ternura.

—Sí... claro —dudó unos segundos—. Eso puedo hacerlo.

—Yo hubiese preferido un beso, pero por lo visto me tendré que conformar con un dibujo.

Todos los presentes se echaron a reír ante el comentario de Sloan, Madison jamás había vivido una situación tan irreal en toda su vida.

—¿Por qué no vais a saludar al abuelo? —sugirió Kate a sus hijos deseando que Elliot no se entrometiera más en la conversación que mantenían los adultos.

Los clientes del pub, al ver que la conversación entre Sloan y Madison había terminado, reanudaron sus charlas como si tal cosa.

Los niños, felices ante la idea, corrieron hasta la barra y se fusionaron en un abrazo con un hombre que Madison hasta ahora no había visto por el pueblo.

—Es mi padre —aclaró Kate.

Madison lo único que pudo hacer fue asentir. Cada minuto que pasaba se sentía más intrusa, fuera de lugar.

—Scott me ha comentado que el otro día te pasaste por el pub.

Ella tuvo que recurrir a todo su poder de concentración para evitar salir corriendo.

—Sí —dijo respondiendo a la pregunta de Sloan—. Tenía que escribir un whatsapp a Justin y para ello necesitaba acceso a internet.

—¿Lo conseguiste?

—¿El qué? —preguntó aturdida.

—Enviar el whatsapp a tu amigo —comentó Sloan sin perder en ningún momento la paciencia.

Ella se sintió la mujer más estúpida de la faz de la tierra.

—Sí. Gracias.

Sloan pareció satisfecho y eso a Madison, sin saber muy bien por qué, la irritó.

«Por favor que me trague la tierra y me haga aparecer en las Maldivas».

—¿Así que habéis estado en la torre?

Madison vio por el rabillo del ojo cómo Sloan se apoyaba en una de las mesas y se cruzaba de brazos, parecía no tener ninguna prisa. Si hubiera pensado mal, daría por hecho que se estaba divirtiendo con la situación.

Kate respondió a la pregunta que había formulado su padre.

—Exacto, y a Madison le encantó. Papá, ven a conocerla.

El hombre, algo violento por la situación, se levantó de su asiento. Era de complexión delgada, muy parecida a la de Kate. Su sonrisa pareció eternizarse en sus labios. Arrastró a sus nietos con él y se acercó hasta ella. Parecía nervioso y eso de alguna manera tranquilizó a Madison.

—Es un placer conocerte al fin, Madison. Eres tan guapa como tu madre, incluso más, diría yo.

Madison no supo qué decir, se limitó a guardar silencio.

—Soy tu tío, Ian Campbell.

Ella, sin saber muy bien cómo actuar, extendió la mano.

Ian la aceptó de buen grado. Para su sorpresa aquel hombre enjuto le gustó desde el primer momento. Irradiaba buenas vibraciones y al mismo tiempo algo le decía que debía mantenerse alerta.

—Mi abuelo es relojero.

Madison observó cómo los pequeños eran verdaderas lapas en las piernas de Ian, a él no parecía importarle, sino todo lo contrario. Revolvió el pelo de sus nietos con las manos, los niños, felices ante el gesto sonrieron y se movieron inquietos.

Matt parecía tener una relación muy especial con su abuelo, se le veía tranquilo e Ian le permitía ser él mismo o, al menos, esa fue la impresión de Madison.

—¿Te gustan los relojes, Madison?

Ella intentó por todos los medios buscar la respuesta más

adecuada dado el caso, pero Ian se adelantó:

—Puedes visitar mi taller cuando quieras. Serás bienvenida.

—Gracias —fue todo lo que pudo decir Madison.

—Hablando de visitas —interrumpió Graham—, ¿has conocido más de los alrededores?

Ella, nerviosa, se mordió el labio inferior y se preguntó por enésima vez por qué le costaba tanto relacionarse con aquella gente.

—La verdad es que no —dijo al fin—. He estado ocupada. «Mentirosa». Necesitaba salir de allí ya mismo.

Graham, que en ese momento estaba llenando otra jarra de cerveza, la miró con una mezcla de sorpresa y alarma.

—¿Nadie se ha ofrecido a enseñarle a esta señorita nuestros paisajes? —inquirió en voz alta a todos los presentes.

—No es necesario... —protestó Madison intentando que sus palabras no sonaran demasiado huecas.

—Es algo imperdonable, Graham.

—Ni que lo digas, Murray —Graham soltó un bufido de lo más audible.

—Si yo fuera un poco más joven, muchacha... no te dejaría escapar.

Algunos de los presentes rieron ante el comentario de Murray.

—Abuelo, podría ser su guía —propuso Scott con un deliberado énfasis.

—Tú tienes que estudiar, Scott —comentó Sloan a la vez que entrelazaba de nuevo la mirada con la de Madison—. Lo haré yo.

Todos, para sorpresa de Madison, parecieron estar conformes.

Ella no salía de su asombro. Allí se tomaban decisiones sin tener en cuenta su opinión y cuando alguien hablaba o exponía su punto de vista los demás lo aceptaban o, por el contrario, comenzaba una discusión poco civilizada. Se trataban más como familia que como amigos o vecinos.

—Madison, ¿quieres una cerveza? —preguntó Ian.

Ella iba a responder, pero Sloan se le adelantó.

—La señorita tomará vino.

Volvía a suceder, y ella tenía la impresión de no poder hacer nada al respecto.

Cuanto antes se largara de allí, mejor que mejor.

—Mañana paso a buscarte y daremos un paseo por los alrededores.

Madison iba a protestar, tenía una disculpa en los labios cuando la puerta del pub se abrió de golpe. Alison, la muchacha que había visto en otras ocasiones detrás de la barra, entró como un vendaval.

—El autobús viene de camino, llegará en menos de cinco minutos.

Todos sin excepción se movieron con una rapidez que a Madison le asombró. Scott cerró su libro de golpe, Graham comenzó a recoger las jarras sucias de la barra, Sloan se apresuró a ayudar a su padre y Kate se dirigió rauda a la cocina.

—Madison... —la llamó Kate.

—¿Sí?

—Sé que es mucho pedir, pero ¿te importaría hacerte cargo de los niños un rato?

Madison ante la inesperada propuesta, solo pudo asentir.

—Mi padre se los llevará dentro de quince o veinte minutos.

—Sí. Claro, no hay problema.

¿Qué otra cosa podía decir? Kate confiaba en ella, le dejaba a su cargo su tesoro más preciado: sus hijos.

Elliot la miró extasiado y para sorpresa de Kate, Matt también lo hizo.

—Gracias, te debo una —gritó ya de camino a la cocina.

Kate desapareció tras la puerta y ella no pudo evitar mirar a los niños. Ian parecía satisfecho y la invitó a tomar asiento.

—Soy consciente de que es una situación muy delicada, no tenemos por qué hablar del pasado, Madison.

A ella esa sugerencia, no supo por qué, la tranquilizó.

Asintió y se sentó. Para su sorpresa, los niños se colocaron uno a cada lado.

—¿Podemos dibujar?

—Por supuesto —respondió Madison.

—Yo os traigo unas libretas y pinturas —se ofreció de inmediato Alison.

Madison se sorprendió de que la muchacha siguiera allí, a su lado.

—Por cierto, Madison, me gustaría preguntarte algo.

—Claro. Dime.

—Imagino que a ti te gusta el arte, ya sabes, el Renacimiento, el Barroco, el impresionismo... —Alison hizo un gesto con la boca que Madison tuvo que llevarse la mano a los labios para disimular su sonrisa—, todo ese rollo.

Madison tomó aire antes de responder. Nadie que adorase la creatividad llamaría *eso* a una de las etapas más importantes del arte.

—Sí. Me encanta. ¿Por qué? —quiso saber.

—Me preguntaba si podrías ayudarme, tengo un examen de historia muy importante dentro de un par de semanas y estoy muy perdida.

La propuesta pilló de sorpresa a Madison.

—Si estás ocupada, lo entiendo, no quiero obligarte a nada —repuso la muchacha al apreciar la indecisión de Madison.

—Estaré encantada de poder ayudarte, Alison.

Su voz flaqueó y se amonestó por ello.

—Fantástico. ¿Mañana a las tres te viene bien?

—Mañana ha quedado conmigo. Su vino, señorita —dijo Sloan dejando la copa sobre la mesa, a una distancia prudente de los niños.

—No hay problema, entonces pasado mañana.

—Sí. Estaría bien —adujo Madison sin saber muy bien cómo llevar la situación.

—Alison, se te paga por trabajar —instó Sloan—. Ve a la barra.

Madison tuvo que ocultar su sonrisa de nuevo al ver el

gesto despectivo de la muchacha hacia Sloan.

—Traeré las libretas y las pinturas.

—Trae lo que quieras, pero muévete.

—¿Nadie te ha dicho que eres un jefe muy déspota?

Sloan sonrió de buen grado.

—Cuando sepas lo que significa esa palabra, me la dices en la cara, mientras tanto, mueve esas bonitas piernas.

—Ian, ahora mismo te traigo una pinta.

El anciano asintió complacido.

—Bienvenida, Madison. Has llegado a casa —dijo Ian mientras atraía a Matt a su lado.

Ella no supo qué responder porque en ese instante una marabunta de turistas invadió el pub. No hacía tanto tiempo que ella había sido parte de esa misma escena, pero tenía la impresión de que había pasado mucho tiempo desde el instante en que había pisado ese pueblo.

## CAPÍTULO 15

Madison se arrebujó en su chaqueta de lana, no era muy tarde, pero los días daban paso a un otoño fresco y de tonos rojizos que se reflejaban las hojas de los árboles. Se dirigió a la parte trasera de la casa con una intención muy clara en la mente.

Le resultó curioso que el edificio donde ahora se alojaba hubiese sido años atrás un granero. Le encantaba la idea de que los macizos muros hubiesen sobrevivido al paso de la historia y aún se alzasen de forma tan vertiginosa y altiva a un futuro aún desconocido.

La idea de que Sloan se pasara de un momento a otro hizo que los nervios se escapasen a su control, no le gustó esa sensación, pero a decir verdad poco podía hacer al respecto. Debía ser sincera consigo misma, ese hombre la atraía, y mucho. Quizá demasiado y eso no era bueno, su instinto se lo repetía una y otra vez.

Era muy posible que lo hubiese idealizado, sí, debía ser eso.

«Te mientes a ti misma» se dijo con la única intención de poner un poco de cordura a sus pensamientos.

Fantasías de guerreros escoceses vestidos únicamente con un *kilt* y una espada en mano asaltaban su mente continuamente desde que había pisado tierras escocesas. La imagen de Sloan vestido de esa guisa la hizo sonreír mientras llegaba a su destino.

Sloan era un tipo corriente, dueño de un pub y padre de un hijo adolescente, eso era todo. No había más, esas ideas descabelladas solo tenían cabida en su cabeza, eran fruto de su imaginación y más le valía tener los pies en tierra y no dejarse llevar por sueños imposibles.

Al ver el coche en el cobertizo, hizo algo que se le daba realmente bien últimamente: lo ignoró. La tarde anterior había estado explorando los alrededores de la casa y algo había llamado poderosamente su atención, una puerta. Había intentado abrirla, pero para su decepción estaba cerrada con llave, así que desistió cuando vio aparecer a Kate y los niños.

Pero la idea de saber lo que había detrás de esa puerta le llevaba rondando toda la mañana, desde el instante en que había abierto los ojos. Decidió buscar la llave en algunos cajones de la casa, si no la encontraba siempre podía preguntar a Sloan. Ahogó un grito de sorpresa al toparse dentro de un cajón con una llave antigua, de hierro y con marcas visibles de desgaste. Cuando la tocó, le gustó su tacto y su forma. Decidió probar suerte con ella, y por eso había salido de la casa.

Las ráfagas de aire frío traspasaron la lana de su chaqueta y no pudo más que estremecerse, miró hacia el cielo y comprobó que unos nubarrones grises y densos lo cubrían, el olor a humedad no se hizo esperar y supo que muy pronto podría llover.

Acarició la madera seca y desgastada de la puerta, era agreste al tacto, pero conservaba la belleza natural de las vetas. No cabía duda de que ese detalle la hacía más especial.

Ese lado de la casa parecía no haber sido restaurado y eso, sin saber muy bien por qué le sorprendió y le gustó.

Introdujo la llave en la cerradura oxidada y giró despacio, sin forzar. Ambas parecían tan delicadas que temía que pudiesen desintegrarse de un momento a otro. Tuvo que reprimir un grito de júbilo cuando escuchó el clic que daba a entender que había conseguido su objetivo. Abrió y empujó despacio sin saber muy bien qué podía encontrar allí dentro. Los goznes de metal protestaron con un aullido grave y ronco, pero eso no la detuvo.

El olor a humedad y a rancio golpeó con fuerza sus fosas nasales, se detuvo unos segundos, los suficientes para acostumbrarse al hedor que desprendía lo que parecía ser un trastero.

La escasa luz natural no la impidió disfrutar de ese instante. Lo que descubrió allí la dejó sin aliento. De pronto se olvidó de

todo lo que la había preocupado hasta el momento, ahogó un suspiro y mantuvo la respiración durante varios segundos, soltó el aire muy despacio y luego aspiró otra vez con fuerza, no le importó en absoluto la sensación de humedad que perforaba sus pulmones. Se adentró despacio, con cautela, como si aquel lugar lúgubre fuese un espacio santo, no perdió ningún detalle de lo que la rodeaba y al cabo de unos segundos, creyó saber por qué el destino la había llevado hasta allí.

Pensó en su madre. Le gustaba creer que tras su muerte no la había abandonado, que su espíritu seguía allí, con ella, se la imaginó sonriendo y diciendo: «Después de todo, el viaje ha valido la pena, ¿no crees?».

Ni en sus mejores sueños hubiese imaginado un botín como aquél. Las paredes del trastero, que una vez fueron blancas, estaban cubiertas de muebles, pero no unos muebles cualquiera sino verdaderas obras de arte. Lo sabía, a simple vista se veía, eran auténticos. Algunos podrían tener casi dos siglos.

Siempre había sentido un interés muy especial por el arte, sin embargo, la restauración era una pasión que siempre había intentado mantener al margen, quizá por el valor que podían alcanzar algunas piezas. Ella no disponía de esa ingente cantidad de dinero para poder devolver el brillo y la belleza a un aparador clásico del siglo diecinueve, por ejemplo, aunque sí había hecho sus propios experimentos con piezas más actuales.

Por un momento se sintió como un corsario ante un botín de guerra. Calculó el número de muebles, sillas o mesas que podría haber allí, pero pronto perdió la cuenta y eso la reconfortó enormemente.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Sintiéndose observada, se giró alarmada, se llevó la mano a los labios y ahogó un grito.

—Tengo la impresión de que te gusta lo que ves.

Sloan tenía un hombro apoyado en la jamba de la puerta. Su postura era relajada, al igual que su sonrisa.

Ella abrió mucho los ojos y bajó de inmediato la mano. Se sintió como una intrusa, como una niña a la que habían pillado en mitad de su travesura, buscó algo que decir, pero no lo consiguió.

—Tus ojos brillan y tu mente parece ir a mil por hora.

Si no decía algo y pronto, parecía más culpable aún.

—Sé que debería haberte pedido permiso para entrar aquí, pero...

Él levantó la mano y detuvo así sus palabras.

—No me importa, Madison, de verdad.

La mirada de ella, sin poder evitarlo, recayó de nuevo en el mobiliario allí almacenado.

—¿Qué es todo esto?

En el rostro de él se dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Son muebles muy antiguos, si es a lo que te refieres —repuso sin excesivo interés—, las casas se van modernizando y por aquí no nos gusta deshacernos de nada. Un día mi padre guardó unas sillas, otro vecino le pidió permiso para hacer lo mismo y dejó aquí sus enseres y luego vinieron otros, así sucesivamente durante muchos años. —Sloan recorrió con sus ojos aquella parte de historia, aquellos muebles olvidados de la mano de Dios—. Por tu expresión, imagino que te estaban esperando.

—Es...es... —titubeó—, tengo la impresión de estar dentro de un sueño.

Sloan no se movió de su sitio, de haberlo hecho, no hubiese podido evitar tomarla entre sus brazos y besarla hasta perder el sentido, hasta embriagarse de su sabor. Recurrió a su férrea voluntad y se quedó quieto, observándola, imaginándosela todos los días de su vida allí con ese gesto en su rostro.

Ya no parecía enfadada, seguía inquieta y tensa; eso sí, pero ya no se parecía tanto a la mujer que había llegado desde el otro lado del océano.

—Pensé que lo que más te gustaba era pintar.

Ella salió de su propio ensimismamiento y no pudo evitar sentir un ligero aleteo en la boca del estómago al escuchar hablar de nuevo a Sloan, pero al recordar que podría haber otra mujer en su vida, ese aleteo desapareció como por arte de magia. Si esa mujer existía, ya la odiaba con todas sus fuerzas.

—La restauración siempre ha sido la excusa perfecta para centrarme en mis cuadros y en mis dibujos.

Él la miró sin comprender y ella se percató de ello.

—En Georgetown, un mueble de este tipo —explico señalando al azar un banco pequeño y coqueto de roble situado muy cerca de donde ella se encontraba—, vale un quintal, no es accesible a todos los bolsillos, aunque debo reconocer que hay sitios donde puedes comprar verdaderas gangas, pero no con este aspecto. Por lo general, lo que yo me puedo permitir es una silla desteñida y maltratada por el paso del tiempo, con solo dos patas o un aparador viejo y astillado sin cajones.

—Entiendo.

Sloan hizo lo que solía hacer cuando estaba al lado de Madison, se metió ambas manos dentro de los bolsillos del pantalón sin desviar su mirada.

—Así que esto es como un tesoro para mí.

—¿Te sientes feliz ahora, Madison?

Ella supo al instante que podría tratarse de una pregunta trampa. Oír su nombre de los labios de él, le produjo un temblor que le recorrió todo el cuerpo. Se fijó detenidamente en el vestuario de Sloan y le gustó lo que vio. Pantalones vaqueros desteñidos que marcaban sus poderosos músculos y un jersey negro de cuello alto que afianzaba su masculinidad.

—¿Por qué tengo la impresión de que diga lo que diga no va a ser la respuesta adecuada?

—Es una pregunta sencilla y no hay ninguna trampa en ella.

Ella observó cómo el pétreo rostro de Sloan se volvía insondable.

Decidió ser sincera.

—Sí. En este mismo instante me siento feliz. ¿Contento?

Él asintió, pero sus ojos no desvelaron ninguno de sus pensamientos.

—Si tuvieses que elegir una de estas piezas, ¿cuál sería?

Ella meditó seriamente la pregunta. Barrió con la mirada en derredor y estudió algunos de los muebles. No tuvo que pensar mucho, su decisión llegó a ella en forma de cómoda de estilo clásico, color turquesa, muy deteriorada, con cajones descolgados

y arañazos en la madera.

—Elegiría esta cómoda. —Sin saber muy bien qué hacer con los brazos, decidió cruzarlos bajo el pecho.

Sloan advirtió el movimiento y tuvo que hacer todo un acto de fe para desviar la mirada a otra parte. Todo en ella era digno de admiración y odiaba comportarse como un macho en celo.

—Pues entonces no se hable más, toda tuya.

—¿Mía? No, claro que no —protestó ella—. Este mueble tiene dueño.

—Creo que a él no le importará.

Sloan observó con un poco más de atención la cómoda elegida por Madison. Era el mueble más viejo y el más deteriorado de todos los que se encontraban allí.

—Tengo la impresión de que hasta el dueño te lo agradecerá —continuó él como si tal cosa.

—Pero...

—No hay peros, Madison, es tuya.

Ella entrecerró los ojos.

—Y, ¿ahora qué pasa? —inquirió Sloan intentando no perder la paciencia.

—Es un regalo.

—¿Y? —preguntó él sin saber muy bien lo que Madison le intentaba decir.

—Pues que si tú me haces un regalo, yo debo devolverte otro presente —comentó ella descruzando los brazos y dejándolos caer con frustración—. Funcionáis así, ¿no? Ya te debo uno de mis dibujos, si voy a este ritmo me endeudaré contigo hasta el juicio final, y bien sabe Dios que eso no está dentro de mi planes.

La risa de Sloan se tradujo a una burbujeante carcajada.

Ella pensó que jamás pararía de reír y eso la frustró muchísimo más.

—No sé qué te parece tan divertido —farfulló indignada.

Sloan tuvo que hacer un acto titánico para detener su risa.

—¿No quieres estar en deuda conmigo, Madison McAllen?

Ella tomó una respiración antes de responder.

—Así es.

La comisura de la boca de Sloan se elevó hasta curvarse en una media sonrisa.

—Escucha —comenzó a decir él—, no tienes que darme nada a cambio. Solo es una muestra de amistad de mí hacia ti.

Madison observó de nuevo la cómoda y aún le pareció más bonita que antes. La deseaba con todas sus fuerzas y las dudas comenzaban a flaquear.

—¿No te deberé nada?

Él soltó algo parecido a un bufido.

—Debo recordar en todo momento que eres una McAllen —adujo él.

—No hay nada de malo en llevar ese apellido —rezongó Madison.

—Solo debo tener en cuenta que sois unas mujeres excesivamente obstinadas.

Ella boqueó varias veces en un intento de protestar, pero lo pensó mejor y cerró la boca de golpe.

—¿Quizá sea demasiado reto para ti? —inquirió Sloan mirando el mueble desgastado y aviejado por el tiempo—. Hay que reconocer que su estado es de lo más lamentable.

El orgullo de Madison salió a flote, si fuese un personaje de animación, sus orejas echarían humo en ese mismo instante.

—Está bien, lo acepto.

Una risa ronca y sensual surgió de lo más profundo del pecho de Sloan.

—Eres testaruda y al mismo tiempo maravillosa —dijo Sloan—. Me complace que lo aceptes.

—Con una única condición...

Sloan se adentró en el trastero y se acercó muy despacio a ella.

Madison tuvo que hacer un verdadero acto de fe para no dar un paso atrás y poner de nuevo distancia entre ellos.

«Dios, este hombre me quita la respiración».

Recuperó a tiempo la compostura antes proseguir.

—Tú dirás. —Su corazón latió con más fuerza. Tragó saliva e intentó humedecer la garganta que sentía como una lija.

—Una vez que la restaure, se quedará aquí, en la casa.  
Él ladeó la cabeza, como si estuviese meditando una respuesta.

—Me parece bien.

—Perfecto.

Fue el turno de ella en sonreír. Se mordió el labio inferior y deseó no haberlo hecho al comprobar cómo los ojos de Sloan se oscurecían ante su inocente gesto.

—Debo confesar que pensé que no ibas a venir. ¿Adónde vamos? —preguntó en un intento de salvar la poca dignidad que le quedaba.

—¿Por qué razón no iba a cumplir con mi palabra? Te dije que vendría.

—Supuse que tenías mejores cosas que hacer.

—¿Como qué?

«Quedar con otra mujer».

—No importa —respondió ella intentando relajar su expresión.

Sloan dejó pasar el comentario de Madison. Estaba claro que había algo que la preocupaba. Metió la mano en uno de sus bolsillos, en ningún momento dejó de mirarla y comprobó que eso a ella la inquietaba. Sacó unas llaves. Ella las observó sin comprender.

—Tú conduces.

—¡Ah no! —se opuso con toda rotundidad—. Eso no es justo. Conduces tú.

El silencio, durante unos segundos, recobró su espacio.

—No, Madison. ¿Sabes que el miedo destruye sueños? Y tú, por lo que he podido saber de ti hasta ahora, eres una mujer excesivamente soñadora, no vayas a negarlo— adujo cuando vio el gesto de protesta en el rostro de ella. ¿Vas a permitirlo?

Ella luchó por intentar evitar la rabia y la frustración. Le arrebató las llaves de mala gana y salió dando grandes zancadas.

—En el fondo nunca me decepcionas, Madison McAllen —comentó Sloan sin perder ninguno de los rudos movimientos de la mujer.

Madison no lo escuchó, ya se encontraba en el exterior y él supuso que estaba intentando vencer su miedo. Esta vez ese miedo tenía una forma muy peculiar, el de un automóvil.

## CAPÍTULO 16

Ian colocó la gran lupa, de brazo extensible y unida por una base a su mesa de trabajo, entre sus gafas y el sutil mecanismo de un reloj que sostenía con sumo cuidado entre los dedos. Con unas pinzas de relojero tocó una pequeña pieza, era increíblemente delicada y se tomó su tiempo y toda la paciencia que había adquirido en su profesión a lo largo de su vida.

Le encantaba su trabajo, cada día más y se preguntó por enésima vez cómo eso podría ser posible. Ser relojero exigía demasiado de uno mismo, cuidar del tiempo no era una tarea fácil, pero en el fondo, debía reconocer que sí era gratificante, aunque sus ojos cansados ya eran más un obstáculo que una ayuda.

Desde niño adoraba los relojes antiguos, aquellos cuyas agujas grababan con cada aletargado movimiento, con su característico y preciso tic tac, un recuerdo a cada segundo que pasaba. Quizá su padre tuvo algo que ver cuando le regaló un reloj que había pertenecido a su abuelo. Desde el mismo instante que tuvo en su poder esa preciosa pieza, supo que su destino marcaba un nuevo rumbo.

Con la mano que sostenía la pinza acercó la lámpara a su objetivo, el halo de luz enfocó la pequeña esfera; luego, sin perder el pulso, atrapó el delicado engranaje y lo ensambló con cuidado junto a otra pieza. Cuando lo colocó con éxito, sonrió feliz. Cada día era un reto y esta vez había sido excesivamente laborioso.

De repente, la puerta se abrió y él pensó inmediatamente en Kate. Levantó la mirada, feliz de poder ver a su pequeña, pero su sonrisa desapareció de golpe al encontrarse con la figura hierática y seria de su esposa.

—Ellen —saludó sin demasiado énfasis—, ¿qué puedo

hacer por ti? —inquirió volviendo, como si tal cosa, a su tarea.

Conocía demasiado bien a su esposa para saber que estaba incómoda y nerviosa. No recordaba cuándo lo había visitado la última vez en el taller, por lo que dedujo que lo que le venía a decir era de suma importancia.

—La has visto.

No era una pregunta e Ian lo adivinó de inmediato. Sabía a quién se estaba refiriendo Ellen. Se había preguntado a lo largo de las últimas horas en qué preciso momento tendría que dar explicaciones a su esposa sobre su encuentro con Madison en el pub.

—Así es.

—Y has hablado con ella.

Ian dejó la esfera que tenía entre los dedos sobre su mesa de trabajo y después se quitó las gafas. Cansado, se frotó la cara con las palmas de las manos.

—No creo que sea un delito saludar y hablar con la gente, Ellen.

En el mismo instante que pronunció esas palabras, supo que no habían sido las correctas. Ellen apretó los labios hasta formar una línea muy fina y entrecerró los ojos. Ian tuvo la impresión de encontrarse ante un águila real a punto de atrapar a su presa en pleno vuelo.

—He hablado con Madison, no con Fiona. Tu hermana está muerta —aclaró, como si eso fuera necesario—, y esa muchacha no tiene culpa de lo que sucedió hace casi treinta años.

—Es hija de Fiona. —La expresión de Ellen se endureció—. ¿Tú sabías que estaba embarazada cuando se marchó?

Ian inhaló con fuerza una bocanada de aire antes de responder:

—No.

Ellen no pareció sorprendida por la respuesta de su marido.

—Y, ¿de haberlo sabido, la hubieses dejado marchar?

—Eso ya no viene al caso, Ellen. Ha pasado demasiado tiempo y demasiadas cosas desde entonces.

—¿Lo hubieses hecho? —le instó.

Ian bajó su mirada fatigosa en dirección a la mesa y, a continuación, se frotó con la yema de los dedos sus ojos cansados

Ese gesto de agotamiento no pasó desapercibido para Ellen.

Bien sabe Dios que había tenido que reunir la escasa fuerza que le quedaba para entrar en el taller de su marido. Solo respirar ya le era una misión complicada y desesperante. Odiaba con toda su alma el taller donde su marido se pasaba las horas muertas, mientras ella intentaba por todos los medios deshacerse de un pasado que parecía perseguirla y no dejarla olvidar.

Percibió el nudo en el estómago, pero lo ignoró. Necesitaba toda su férrea voluntad para terminar lo que había venido a hacer. Aquel espacio desordenado y esos tic tac espantosos le traían malos y escabrosos recuerdos. Se juró a sí misma, muchos años atrás, que jamás de los jamases volvería a poner un pie allí, pero había roto su palabra, eso la enfurecía, la sacaba de sus casillas, no obstante la necesidad de saber era mucho más fuerte que su promesa. Debía enfrentarse de nuevo a un pasado que nunca había dejado de acecharla.

—Ian, te estoy haciendo una pregunta.

—Una pregunta que ya carece de respuesta —dijo él con aparente calma.

Ellen levantó la barbilla y a Ian le pareció un gesto de lo más desafiante.

—Tenemos otros problemas de qué preocuparnos, Ellen.

—¿Como cuáles? —preguntó arqueando ambas cejas.

Ian se levantó de la silla, intentó buscar esa paciencia de la que tanto alardeaba, pero no lo consiguió porque Ellen, de una forma u otra, siempre se la arrebatava.

—Nuestro nieto no habla, Kate está muy sola desde que Tom murió —comentó ofuscado—, y nuestra hija mayor está deprimida porque no se queda embarazada. ¿Sigo? —inquirió mirándola con fijeza mientras esperaba una respuesta por parte de ella.

—¡Qué sea la última vez en tu miserable vida que cuando mantengamos una conversación tú y yo, —recalcó— mezcles a mis hijas con el de esa forastera!

Ian se quedó atónito, intentó reaccionar, pero algo en su fuero interno se lo impidió.

—¿Me crees estúpida, Ian?!

—Ellen...

—¡No se te ocurra acercarte! —gritó.

Ian se detuvo en el acto, no se atrevió a dar un paso más.

—Volveré a ser el hazmerreír del pueblo, mi nombre estará de boca en boca otra vez ¿y todo por qué? Porque mi hermana después de muerta decide reaparecer. La había enterrado hacía años, Ian.

Ian se compadeció de su mujer.

—Madison es una víctima más, Ellen.

Ian vio cómo su mujer se llevaba la mano a la boca y ahogaba un sollozo.

—No quiero que vuelvas a dirigirle la palabra —dijo decidida.

—No puedes pedirme algo así.

—Claro que puedo, es más, te lo exijo.

—Ellen...

Ella abrió mucho los ojos al ver la respuesta en la mirada de su marido.

—¡Me lo debes! —exclamó fuera de sí—. ¡Se lo debes a tus hijas, a tu familia!

—Por el amor de Dios, Ellen, hablemos de forma civilizada. Lo que estás proponiendo es una locura.

—Me lo debes, Ian. —Permitió que sus palabras flotaran por un momento en el aire.

—Ellen, estás sacando conclusiones erróneas.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que sí.

Ellen le desafió con una dura mirada cargada de reproche.

—Muy bien, Ian, te voy a hacer una pregunta y espero que tu respuesta no sea afirmativa. ¿Madison es hija tuya?

La pregunta aguijoneó a Ian, miró hacia el techo con gesto de cansancio y tomó una respiración profunda antes de responder a una cuestión que él mismo se había preguntado infinidad de veces

desde que Madison había aparecido en el pueblo. De esa respuesta dependían demasiadas cosas, pero ante todo ya era hora que fuese sincero consigo mismo.

—No lo sé.

—¡Vete al infierno, Ian Campbell! —vociferó en un tono deliberadamente ominoso. Y sin más le dio la espalda.

La puerta se cerró de golpe después de que ella saliera.

Ian se quedó solo, más solo que nunca.

De alguna manera, Fiona había regresado.

«La venganza se sirve en plato frío», pensó mientras se dejaba caer derrotado en la silla.

## CAPÍTULO 17

Madison se detuvo un instante ante lo que una vez fue una fortaleza. Tenía la impresión de estar ante un manto de piedras y rocas, parecían desoladas, perdidas en el tiempo. Algo le decía que si daba un paso más podría profanar lo que una vez allí existió.

El castillo Duntulm estaba totalmente en ruinas, eso era un hecho irrefutable, pero había algo, como si existiese una fuerza poderosa y a la vez desconocida, que le anclaba los pies a la tierra. Lo que en su día fue un fortín de clanes, en el presente solo era parte de la desolación, aunque ocupaba el mismo espacio que antaño. Se encontraba ubicado en lo alto de un precioso acantilado con la mirada puesta en el horizonte. El mar lo acompañaba sereno y casi adormecido, ese mismo mar había sido testigo del transcurso de los acontecimientos y de los hombres que una vez habitaron aquella fortaleza. Se preguntó cómo habría sido su día a día, sus pensamientos, sus preocupaciones, todo ello asaltaba su mente en forma de preguntas, muchas de ellas sin respuesta.

La sensación se hizo aún más reveladora cuando un soplo de brisa marina llegó hasta ella.

Sloan se encontraba a unos pasos de distancia, en silencio. Sentía su presencia y debía reconocer que la reconfortaba. Se estaba acostumbrado a ese hombre y eso no era bueno.

La verdad es que no había hablado mucho durante el trayecto, solo le había dado unas indicaciones y un par de consejos mientras conducía. Ella se lo había agradecido con una enorme sonrisa y luego no había apartado los ojos de la carretera. Si era sincera, no le quedaba otra opción que reconocer que no había sido tan complicado después de todo; Sloan tenía razón, solo debía confiar en ella misma.

«El miedo mata los sueños».

La frase resonó en su mente como un eco lejano, asumió que ella había decapitado unos cuantos sueños a lo largo de su vida y no se sintió orgullosa de ello.

—Si cierro los ojos, tengo la impresión de que podría oír las voces de los que una vez habitaron el castillo.

Escuchó los pasos de Sloan acercándose a ella. El aire era frío, pero se sintió más viva que nunca cuando el viento jugó de forma caprichosa con su cabello.

—¿Lo sientes, Madison?

Ella no tenía que preguntar el qué. Era una sensación desconocida hasta ahora, corría por sus venas como un impulso enérgico hasta desembocar de forma precipitada hasta su corazón. Los latidos se intensificaron y por un momento, creyó oír voces en la distancia, murmullos y lamentos traídos por el viento.

—Creo que sí.

Sloan le brindó una sonrisa.

—Siendo escocesa, no podría ser de otra manera. Eso que sientes, que percibes, eso es magia. El encanto de esta tierra llega a colarse por cada poro de la piel y una vez impregnado nunca desaparece, queda latente para siempre, hasta el momento en que das el adiós eterno. Luego, una vez que el alma se desprende del cuerpo, pasas a formar parte de ella.

Madison percibió el escalofrío que le recorrió la espalda. El viento despeinó su pelo. Sloan, a su lado, le apartó un mechón de la mejilla con el dedo índice.

El roce de los dedos de Sloan hizo que el escalofrío se hiciera más intenso.

—Déjate seducir por esta tierra, Madison... déjate llevar y ya nunca más serás la misma persona.

Los bonitos ojos verdes de Madison buscaron los de Sloan.

—Tengo miedo.

Esa confesión salió de su boca como un pensamiento sin cribar.

Sloan la tomó de la mano y la acercó a él.

—¿De qué?

Madison sintió que podía confiar en él y a la vez, percibió la calidez de los dedos de Sloan alrededor de su mano. Se sintió segura y eso le dio pie a continuar.

—De lo que pueda encontrarme aquí. Tengo la impresión de que la vida me está preparando para algo, no obstante, no tengo ni idea de lo que es y eso me asusta.

—La valentía es el único ser que sabe que tienes miedo, Madison. Así que lo estás haciendo bien —comentó él con la mirada perdida en la de ella—. Estás librando una batalla interna, estás intentando sobrevivir, eso es todo. Debes dejarte llevar, no te resistas a tus pensamientos ni a tus impulsos. Es cuestión de intentarlo, es la fuerza del universo contra tus emociones.

Ella se limitó a mirarlo. Sloan parecía conocerla y eso le daba que pensar.

—No eres Fiona, no eres tu madre —continuó él—. Ella cometió sus propios errores y también sus aciertos, sin duda. Aunque no lo creas, tú eres su mayor logro.

Madison pensó que era extraño pasearse por el pasado, los sentimientos se mostraban a flor de piel y eso la asustaba.

—Pensé que la conocía y no es así. —Ignoró el interminable e intenso latido que atravesó su corazón—. Ella aquí era otra mujer, lo comprobé en la fotografía que me mostró la señora Ross. Se la veía feliz, sonreía como si no tuviese problemas, como si pudiese con todo.

Sloan la atrajo contra su pecho y ella no se resistió, se dejó abrigar por sus brazos.

—Era joven, estaba embarazada y llena de vida. Es lógico que se mostrase feliz.

—Pero algo cambió.

—Sí, algo cambió.

R con la frente apoyada contra el abrigo del hombre que la abrazaba.

Madison se sintió reconfortada, no quería abandonar por nada del mundo el refugio que Sloan le ofrecía. Se estaba enamorando, y eso era algo contra lo que le luchaba con todas sus fuerzas. No deseaba que ocurriese, pero en su fuero interno se

sintió derrotada.

Él acarició su espalda con suaves movimientos circulares. Tenerla entre sus brazos era mucho mejor de lo que esperaba, Madison se amoldaba perfectamente a él, algo que lo excitaba y al mismo tiempo le asustaba.

Reconocía que había sido una valiente a la hora de ponerse delante del volante, lo había hecho muy bien, segura de sí misma. Él se sintió orgulloso de ella desde el primer momento. Cuando ella le sonrió, todos sus muros cayeron. Ahora era un hombre sin escudo, vulnerable.

—Me gustaría reencontrarme de nuevo con mi madre y que me explicase con detalle lo que ocurrió. Deshacerme de sus mentiras está siendo un trabajo de lo más agotador.

—Todos tenemos una espada de Damocles sobre la cabeza... lo que ocurre es que la ignoramos en ciertos momentos. Parece ser que tu madre se percató de ello y tomó una decisión al respecto.

A continuación, Sloan depositó un pequeño y casto beso sobre el cabello de ella. Madison necesitaba consuelo, sentirse querida y arropada; era algo evidente y él podía ofrecerle todo eso.

Podía percibir su cuerpo tenso, le frotó con suavidad el hombro. A él ese abrazo lo estaba matando, pero jamás la apartaría de su lado. Abrió los ojos y se dejó llevar por el paisaje, conocía esas tierras desde niño, sin embargo, en ese mismo instante, todo parecía tener otra perspectiva. Su mirada recayó en el mar, contempló las olas y se dejó llevar por su hipnótico movimiento, sus ojos no se movieron de aquel vaivén porque necesitaba con urgencia un punto de fuga, necesitaba desesperadamente aislarse del aroma y la calidez que desprendía el cuerpo de Madison.

—Madison, el pasado suele levantarse sobre la muerte.

—¿Qué intentas decirme?

Si seguía demasiado tiempo así, su miembro viril lo iba a poner en evidencia.

—Olvida el pasado. Las peores mentiras son por amor —susurró él—. No os debéis nada. Tu madre vivió su vida a su manera y tú debes buscar el modo de hacerlo con la tuya.

Ella se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—Mi vida es un caos y no puedo ofrecer nada...

Sloan supo descifrar lo que Madison le intentaba decir.

—No te estoy pidiendo nada, Madison.

—Enamorarme no entra en mis planes.

Él se acercó a ella lo suficiente para frotar su nariz suavemente contra su cuello.

—Pues es una lástima.

Ella ante una respuesta sincera no pudo más que sonreír. Cuando la caricia se hizo más profunda, dejó de hacerlo y sucumbió a la calidez que desprendían los labios de Sloan.

—Tengo la impresión de que hay otra mujer —dijo sin pensar demasiado en las consecuencias.

Él dejó de acariciarla, pero, en contra de lo que ella pensaba, no se movió un ápice. Los labios de él quedaron pegados a su piel.

—La ha habido.

La voz de él llegó a Madison sensual y ronca. Él le acarició el pelo.

—¿Eso significa que ya no la hay?

Esta vez fue él quien dio un paso atrás.

—Entre Marla y yo solo ha habido sexo.

«Marla».

Por mucho tiempo que pasara jamás olvidaría el nombre de esa mujer. Se tragó como pudo los celos que la asolaban e intentó centrarse en Sloan.

—No suena a relación complicada.

—Nunca lo ha sido y nunca lo será. —Tragó saliva antes de obligarse a decir el resto—. No después de conocerte a ti.

Ella escuchó algún tipo de alarma en su interior, pero la ignoró. Se humedeció los labios y tomó aire.

—Sloan, yo no me quedaré aquí para siempre.

—Lo sé.

Madison estudió su rostro y comprendió que Sloan hablaba en serio.

—Y aún así, ¿te gustaría estar conmigo?

—Esta vez creo estar preparado.

Ella enarcó una ceja.

—¿Hablas en clave? —preguntó a la vez que ladeaba la cabeza.

Sloan pensó primero en Amanda y luego creyó que ya había hablado demasiado, o la besaba o se moría allí mismo. Madison era como un imán, el cual no podía ignorar.

Sabía que era un error tener algo más con Madison, pero que Dios se apiadase de él, porque ya no había marcha atrás.

Levantó la mano para acariciarle el mentón, él supo de inmediato cómo sería hacerle el amor, sentir su cuerpo desnudo bajo el suyo, piel contra piel mientras él se movía despacio y de forma insinuante entre sus muslos.

Aquel pensamiento fue su perdición, se acercó despacio y besó con delicadeza el labio inferior de ella, la sintió estremecerse y eso le hizo aunar más fuerzas para que el beso se hiciese más profundo, más sensual.

Posó sus labios sobre los de ella, le abrió la boca con la lengua con un deseo incipiente y rozando casi el desasosiego. Ella aceptó la intromisión con un anhelo desesperado e incontrolable. El sabor de Madison hizo que Sloan quisiera de inmediato mucho más, la calidez de su lengua lo hizo perder el control y ahondó más hasta que escuchó un gemido femenino perderse contra su boca. Eso se tradujo en una necesidad imperiosa, la estrechó con más fuerza contra su pecho y volvió a asaltar su boca con maestría, con un deseo desmedido que había estado guardado en algún lugar de su fuero interno sin que él lo supiera.

A Sloan se le aceleró más el pulso, como si eso fuera posible. La deseaba y eso era un hecho irrefutable. Los testículos se le tensaron y esta vez fue él quien gimió. Si no se detenía en el acto, le haría el amor allí mismo. En ese mismo instante le importaba un bledo todo, solo sentía la necesidad de apagar ese fuego abrasador que lo estaba consumiendo por momentos.

Madison creyó desfallecer entre los brazos de Sloan, lo besó de nuevo, como si su vida dependiera de ello, jamás hubiese pensado lo que era un necesidad imperiosa, pero ese hombre le

daba lo que ansiaba, parecía saber sus puntos más débiles, y una vez que los hallaba, se recreaba en ellos transformándolos en puro placer.

Su cuerpo no se resistía, parecía querer despertar de un letargo, de una hibernación muy larga. Él la sujetaba con fuerza, gracias a Dios, si no hubiese sido así, hubiese caído desfallecida al suelo. Las piernas le temblaban, al igual que todo su cuerpo. Aquello era como intentar apagar la sed, por más que bebía de los labios de Sloan, más sedienta se sentía. Se sintió decidida y sin demasiados miramientos, atrapó la lengua de él, profundizando más en el beso. Sloan no la decepcionó, es más, le daba más de lo que ella codiciaba de una manera salvaje, casi irracional. Reclamó su boca una vez más y luego otra; y llegó a la conclusión de que nunca sería suficiente.

Un carraspeo les hizo detenerse bruscamente. Ambos sorprendidos y desorientados por la interrupción se detuvieron, miraron a un lado y a otro. Madison creyó morir de vergüenza al descubrir de dónde provenía ese inesperado bullicio. Juntaron sus frentes y ella sonrió con cierto pudor a los extraños que se acercaban por su espalda.

Un grupo de turistas se aproximaba a la ruinas, iban en fila de a dos y según pudo contar Sloan podían ser más de una treintena. Desvió la mirada hacia la izquierda y descubrió, aparcado a un lado de la calzada, el autobús que los había traído. No había oído el motor.

Se escucharon varias risas tontas y contagiosas, los hombres le observaban con cierta envidia y las mujeres con una adoración recelosa.

Madison, avergonzada, escondió su rostro en el pecho de Sloan. Él la protegió con sus brazos mientras aceptaba con cierto aplomo las bromas y miradas curiosas de los extranjeros. Minutos después, la tomó de la mano y decidió que ya era el momento idóneo de abandonar el castillo. Solo cuando dio el primer paso sintió una punzada en la entrepierna, fue entonces cuando se percató de lo excitado que se encontraba.

Aunó toda su fuerza para dar el siguiente.

## CAPÍTULO 18

—Llegas tarde.

Sloan ignoró la protesta de su padre, pasó de largo y se adentró en la cocina. Kate aún no había llegado y eso le fue suficiente para estar a solas un rato. Abrió uno de los armarios, donde sabía que se encontraban las patatas y sacó un cesto repleto de ellas. A continuación tomó un cuchillo y se dispuso a pelarlas.

Necesitaba un poco de paz. Había dejado a Madison hacía escasos diez minutos en su casa. La había vuelto a besar con esa intensidad que hasta él mismo le sorprendió y luego había puesto rumbo al pub.

Aún se encontraba empalmado, se rio de sí mismo por la situación.

Esa mujer había desbaratado toda su rutina, su día a día. La deseaba, bien lo sabía Dios, pero aún era pronto para llevarla a la cama y hacerle el amor. Madison se merecía algo más. Ambos necesitaban tiempo para asimilar lo sucedido.

La puerta de la cocina se abrió y Graham entró con un gesto de preocupación en el rostro.

—¿Va todo bien?

—Perfectamente —fue la escueta respuesta de Sloan.

—Pues tengo la impresión de que no es así.

—Papá, ya no soy un adolescente, puedes bajar la guardia.

Graham se apoyó en el mostrador y observó detenidamente a su hijo. Lo conocía bien, demasiado bien para saber que su hijo mentía descaradamente.

—Esa arruga en tu entrecejo lleva el nombre de Madison.

Sloan intentó suavizar el rictus del que hablaba su padre, sin embargo, no lo consiguió.

—No es ningún delito pasar la tarde con una mujer guapa.

Graham se apoyó en una de las paredes, colocó sus manos bajo las axilas y cruzó los pies a la altura de los tobillos mientras observaba con suma atención a su hijo.

Sloan, cansado, tiró el cuchillo de mala gana sobre la encimera y espetó:

—¿Qué?! Desembucha de una vez, doy por hecho que hasta que no digas lo que has venido a decir, no te irás.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

—¿Y, según tú, qué estoy haciendo?

Graham agachó la cabeza, como si se rindiera a la evidencia, y al segundo recuperó la postura anterior.

—Madison se irá, Sloan.

—Soy consciente —refutó el aludido.

—Ya has pasado por esto. ¿Estás seguro de que quieres volver a hacerlo?

—Tengo derecho a sentir, a vivir —espetó con furia.

—Yo no discuto eso —aclaró su padre—, solo digo lo que pienso. Cuando Amanda se fue te dejó destrozado y fuimos tu madre y yo quienes tuvimos que recogerte del suelo y unir otra vez las piezas que esa muchacha rompió tras su marcha. No fue fácil para ninguno de los tres y no estoy seguro de que pasado todo este tiempo, pueda volver a hacerlo yo solo.

Sloan se pasó la mano por el pelo y suspiró. Sabía de lo que hablaba su padre. Tras la marcha de su mujer había quedado destrozado, se había hundido en lo más profundo de su ser, si no llega a ser por sus padres y por Scott, que lo necesitaba desesperadamente, no estaba muy seguro de poder haber podido salir de ese pozo que él solía llamar depresión.

—Eso fue distinto, papá. Os agradezco lo que hicisteis tú y mamá, ya lo sabes.

Graham asintió despacio.

—Soy un hombre adulto, no puedes comparar esta situación con la otra.

—¿Tú crees? Yo veo los mismos denominadores.

—Esta vez, Scott no forma parte de esta ecuación.

—No lo entiendes, ¿verdad? Scott te necesita ahora tanto como hace dieciséis años.

—He madurado, papá.

Graham levantó una ceja a la vez que centraba toda su atención en su hijo.

—Tú sabrás lo que haces —dijo mientras se dirigía a la puerta—. Madison me cae bien, es una mujer fantástica, mi instinto no me suele fallar y no lo digo por ella, pero una cosa es tener sexo con una mujer, disfrutar mutuamente en la cama y otra bien distinta, enamorarte.

Sloan dio la espalda a su padre y retomó su tarea de pelar patatas.

—No sé qué te hace pensar que estoy enamorado, pero esta vez te has equivocado.

—No, no lo he hecho. Te conozco lo suficiente para saber cómo piensas, como sientes, pero tú sabrás lo que haces, Sloan. Como tú bien has dicho ya no eres el mismo hombre que hace dieciséis años.

—Madison tiene algo especial. —Sus propias palabras le sorprendieron hasta a él mismo.

—Lo sé. Cinco minutos hablando con ella son suficientes para que te atrape —subrayó—. Es maravillosa. Lo veo en la reacción de Kate, de los niños, de Scott, incluso de Ian Campbell. Estoy detrás de una barra, Sloan, al igual que tú, y solo hace falta prestar un poco de atención para descubrir que Madison se está convirtiendo en uno de los nuestros. Sin artificios, sin maldades. Es su personalidad lo que encandila desde el primer momento. — Su expresión se relajó —. Como tú bien dices, tiene algo especial, no me cabe la menor duda y eso es lo que realmente me asusta.

Su hijo asintió. Su padre tenía razón. Madison tenía una personalidad que enamoraba a cualquiera, dulce, carismática y soñadora. Se preguntó si todo el mundo que amaba el arte, como lo hacía ella, tenía esa forma de ser.

—Estoy de acuerdo, pero soy consciente de que no puedo corregir mis errores, lo único que me queda, lo único que puedo hacer —recalcó— es aprender de ellos.

—Bien. Entonces, no hay más que decir.

Graham salió en dirección a la barra y Sloan se quedó inmóvil, con el cuchillo en la mano, mirando el lugar que hacía escasos segundos había ocupado su padre.

\*\*\*

Madison observó detenidamente a Matt. El niño estaba sentado y apoyaba sus pequeños antebrazos en la mesa de la que era ahora su cocina mientras garabateaba en un folio. Elliot por el contrario, estaba sumergido en la lectura de un cuento; pasaba las hojas sin prestar excesivamente atención al texto, parecía fijarse solo en las imágenes, como si ya se supiera de qué iba la historia.

Kate había pasado hacia escasos veinte minutos, estaba algo agobiada porque no había encontrado a su padre en el taller, su madre tampoco se hallaba en casa. Rosemary era, de momento, una puerta a la que no podía llamar.

—Necesito pedirte un favor enorme —le había dicho nada más verla.

Sloan y ella se habían despedido no hacía más de media hora. Él, antes de volver al pub, la había vuelto a besar, despacio, sin prisa alguna y ella había saboreado cada segundo de ese beso húmedo, caliente y apasionante, casi podría decirse que le había hecho el amor con la boca. En sus labios aún quedaba la calidez de los labios de él, los tocó con la yema de los dedos y los percibió sensibles, como todo su ser.

Definitivamente eso era algo más que una atracción, lo que comenzaba a sentir hacía Sloan la asustaba y mucho. No tenía ni idea de cómo debía llevar esta nueva situación, lo que sí tenía claro era que iba a permitir que Sloan la siguiese besando; sí, por supuesto que sí. Aún podía sentir la excitación entre sus piernas y su corazón galopando de forma feroz en el interior de su pecho. Había llegado a la conclusión de que necesitaba sexo, un poco de divertimento en su apagada y seria vida. Si Justin hubiese estado allí con ella, le hubiese dado una palmadita en la espalda y la hubiese animado a disfrutar de la aventura.

Los escoceses sabían besar, y muy bien.

Era consciente también de que debía andarse con pies de plomo si no quería salir malherida de aquella experiencia, y quizás esa fuera la verdadera razón de quedarse en casa; así que en el último instante se decidió por arrancar las malas hierbas del pequeño jardín.

Así la encontró Kate.

—Te prometo que solo será hoy. Buscaré una solución —le rogó—, pero la hora de entrar a trabajar se me echa encima y necesito que alguien cuide de Matt y Elliot.

Nadie en su sano juicio se hubiese negado, así que Madison se hizo cargo y aceptó más encantada de lo que querría confesarse a sí misma. Además le vendría bien un poco de compañía. Si se quedaba sola, Sloan ocuparía todo su espacio emocional y todos sus pensamientos, y eso a estas alturas de su vida era algo que no podía consentir.

Madison volvió al presente, se acercó a Matt y prestó atención al dibujo que el niño tenía entre manos. Para su edad no estaba nada mal. Las líneas eran excesivamente marcadas y rectas, sin embargo, había algo en el dibujo que a Madison le llamó poderosamente la atención.

El boceto parecía ser un inmenso mar sin fin, eso lo podía distinguir claramente, también había un pequeño barco que navegaba por él. Su gran y desproporcionada vela triangular era lo que más destacaba del dibujo. Madison se percató en los tonos oscuros, como el negro y el gris, que utilizaba el niño para rellenar los huecos de su historia.

—¿Este eres tú? —preguntó Madison señalando la silueta que había dentro de la embarcación.

El niño negó enérgicamente con la cabeza.

—Y ¿quién es, entonces? —inquirió de nuevo ella a sabiendas de que Matt podría no darle una respuesta concreta.

—Es papá —respondió Elliot por su hermano.

—Entiendo.

Madison no pudo evitar que la invadiese una enorme tristeza. Matt seguía de duelo y parecía no poder pasar página.

Decidió que era el momento de tomarse un café, la cafeína era siempre un revulsivo para sus células. Puso la cafetera al fuego y se giró cuando Elliot habló:

—Siempre dibuja lo mismo, una y otra vez. Nunca se cansa.

Madison fue presa de un sinfín de emociones contradictorias. Matt echaba de menos a su padre, ella lo entendía perfectamente.

—¿Siempre dibuja la misma escena?

—Sí —fue la respuesta del hermano mayor—. Yo ya no le digo nada porque no me hace caso.

—Matt, ¿te gustaría colorear tu dibujo con tonos más llamativos?

El pequeño movió la cabeza de un lado a otro.

—En tu dibujo no hay un sol.

La cafetera italiana eligió ese momento para comenzar a burbujear y el aroma del café se extendió por la casa.

—Solo hay nubes negras —explicó Elliot como si fuese necesaria una aclaración.

Madison advirtió al hombre que ocupaba la embarcación: pese a los trazos infantiles se le podía distinguir. Era moreno, corpulento y llevaba en la cabeza lo que parecía ser un gorro de lana. La pequeña barca estaba rodeada de un banco de peces, unos más grandes que otros, pero todos, sin excepción, parecían de la misma especie. Los relámpagos se abrían paso entre los nubarrones negros, estos se dirigían directamente, y con todo su rigor, a la vela triangular. En ese mismo instante, Matt parecía estar pintando una especie de fuego que se propagaba por la tela, pero hasta el color de la llama era de un tono oscuro.

—¿Me dejas ayudarte?

—No lo hará —comentó Elliot—. Yo lo he intentado muchas veces y nunca me ha dejado.

Para sorpresa de todos, Matt se encogió de hombros y, a continuación, ofreció una pintura a Madison.

—Es de color amarillo —afirmó Madison sorprendida—. ¿Qué quieres que dibuje con ella?

Matt señaló el cielo con su dedo índice.

Elliot cerró su libro y se acercó a ellos, quizá presa de la curiosidad o por querer también ser partícipe de aquel momento.

—¿Quieres que dibuje un sol?

Matt subió los hombros y los volvió a dejar caer.

—Bueno, en ese caso, pintaré un sol enorme, lo que ocurre es que yo solo sé pintar soles con una gran sonrisa. ¿Puedo hacerlo en tu dibujo?

Matt abrió muchos los ojos, la miró sin pestañear, como si buscara algo que necesitaba encontrar desesperadamente.

—Creo que le gusta la idea —manifestó Elliot sorprendido.

—Estoy de acuerdo —comentó Madison. Por precaución, retiró la cafetera del fuego—. Vamos allá.

Ella posó la pintura en el folio y trazó un enorme círculo amarillo entre las nubes oscuras, seguidamente situó unos ojos expresivos y, después, perfiló una enorme sonrisa en la parte inferior de la esfera.

Era un sol perfecto, lleno de vida.

Matt dejó de pintar y se fijó en el círculo, lo miró detenidamente y, al cabo de unos segundos, recorrió con la yema del dedo la curvatura de la esfera.

Madison y Elliot mantuvieron la respiración.

—Espero que no se ponga a gritar —susurró, no muy convencido, el hermano mayor.

Madison ansiaba lo mismo. Kate le había advertido de los arrebatos de Matt y ella no estaba muy segura de cómo controlar la situación, si al niño le daba una crisis nerviosa.

—Espero no haber estropeado tu dibujo —dijo con cierta cautela.

Matt levantó la cabeza y fijó su mirada en ella. Sus ojos negros, y de un brillo intenso que Madison no supo describir, conectaron de inmediato con los de ella, que no pudo evitar sentirse inquieta.

Madison tomó con delicadeza el dedo de Matt y le hizo seguir la línea curva.

—El círculo es un símbolo sagrado, según algunos

filósofos representa a Dios... por eso las cúpulas de los santuarios son esféricas, ¿lo entiendes? —Al ver que Matt asentía, continuó con la explicación—. También simula la órbita de los astros. ¿Te das cuenta de lo que intento decirte? La línea que lo forma no tiene ni principio ni fin por lo que significa que se puede interpretar como algo eterno.

—¿Qué es un filósofo? — preguntó Elliot sin apartar la mirada del sol brillante del dibujo.

—Bueno —Madison intentó encontrar las palabras adecuadas—, los filósofos son personas que se dedican a buscar el saber, se preguntan por la existencia, por la moral, la belleza o la verdad que hay en las cosas o sentimientos que nos rodean.

—Entonces, en vez de un sol, ¿has dibujado a Dios? — inquirió Elliot sin dejar de observar el círculo amarillo.

Madison dudaba cómo responder a esa pregunta.

—Según se mire —dijo al fin—. Pero sí podría ser Dios, sí.

—Y, ¿Dios está contento de tener a papá en el cielo?

—Ahhh... —Madison nunca había dudado tanto ante una pregunta—. Yo creo que sí.

Tanto Elliot como Matt la miraron, como si fuera la primera vez que la veían, parecían confusos. Madison intentó salir de aquel atolladero de la forma más digna cuando Elliot comentó, más para sí mismo que para los presentes:

—Me gusta que Dios esté contento de tener a papá en el cielo porque eso significa que papá también está alegre con él. Mamá siempre dice que cuando las personas son dichosas juntas es que hay algo especial entre ellos.

A Madison se le paró el corazón tras escuchar esas palabras.

Fue entonces cuando Matt sonrió también y asintió.

—A él también le gusta —comentó Elliot con una sonrisa en los labios—. ¿Puedo dibujar yo también otro sol?

—Claro que puedes —respondió Madison encantada por la reacción de los niños.

Madison ofreció a su hermano el color amarillo.

Elliot no lo pensó y comenzó a dibujar varios soles en un

folio en blanco.

Madison respiró hondo y pensó que jamás en su vida olvidaría esa escena. Buscó una taza y se sirvió el café en ella, luego la endulzó más de la cuenta, necesitaba algo que la estimulase de forma inmediata.

Se llevó la taza a los labios, el café estaba frío, pero no le importó.

## CAPÍTULO 19

Los días se sucedieron despacio, a un ritmo desconocido hasta ahora para Madison. Los habitantes del pueblo parecían no tener prisa alguna en hacer sus quehaceres diarios, las horas transcurrían despacio y ellos se limitaban a llenarlas, eso era todo.

Madison pensó que se podría acostumbrar a esa forma de vida, a decir verdad, no le disgustaba en absoluto. El haber nacido y vivido en Georgetown lo veía como algo lejano. Era curioso, pero hasta el silencio podía llegar a ser adictivo.

Palpó el bolsillo de su pantalón y descubrió que el teléfono seguía allí, era más una costumbre que otra cosa porque desde su llegada pocas veces había hecho uso de él. Era curioso cómo la necesidad de aquel aparato había pasado a segundo plano.

Pensó en Justin y en que debía llamarlo. Estaría preocupado por sus largas ausencias y no le culpaba, aunque tenía la impresión de que sus prioridades estaban cambiando. Aún no sabía si para bien o para mal.

Había decidido dar un paseo después del almuerzo, un sándwich de jamón y queso y un café bien cargado habían sido suficiente para retomar energía. En el fondo se podía ser feliz con poco. Le hubiese gustado visitar el pub y ver a Sloan, pero se había prometido a sí misma que no lo haría y eso tenía que bastar.

Otra cosa que debía decir a Justin. Tenía hablarle de Sloan. Exhaló un largo suspiro y prosiguió con su paseo.

No había vuelto a ver a Sloan desde aquel beso que se repetía sin cesar por su mente. Se había preguntado miles de veces al cabo del día cual sería la razón de que él no hubiese dado señales de vida, sin embargo, ya no importaba porque el día anterior había tomado algunas decisiones y una de ellas era no

volver a besarlo y por supuesto, tampoco se acostaría con él.

En el fondo no lo necesitaba. La verdad es que no necesitaba a nadie, excepto a Justin. Esa dependencia hacia un hombre al que acababa de conocer o hacia esa fantasía que se recreaba en alguna parte de su cerebro, la había concebido ella misma y, como tal, podría deshacerse de todo ello, solo era cuestión de querer hacerlo, de voluntad.

Después de todo había sido solo un beso, bueno, dos, pero nada más, no hubo promesas entre ellos, por lo tanto estaban en paz. Eran adultos y debían comportarse como tal. Punto final de la historia.

Siguió paseando, cuando a lo lejos escuchó el ruido de un motor que se alejaba y luego el ladrido de un perro que más que ladrar parecía aullar. Miró de un lado para otro, pero no encontró ningún rastro del animal. Por un momento, creyó que su imaginación le estaba jugando una mala pasada.

Por la mañana había llovido de forma intensa y como consecuencia de ello quedaban algunas gotas rezagadas y suspendidas en la hierba de un verde que solo se podía definir como intenso y brillante, algunas de esas gotas habían encontrado su lugar en las hojas de plantas autóctonas de la zona. Eran diminutas, transparentes, pero perfectas. Le parecía curioso cómo las cosas más insignificantes en una gran ciudad pasaban desapercibidas mientras que en un pueblo costero, esos mismos detalles recobraban una importancia reveladora. Hasta ese mismo instante, no se había percatado de la belleza que podía encerrar una gota de lluvia.

Al fondo observó la torre circular que Kate y los niños le habían invitado a conocer a su llegada, la mole le causó tanta impresión como la primera vez, la textura de sus materiales parecía no haber sucumbido al tiempo. Tuvo la impresión de estar ante un vigía hierático que miraba eternamente al mar.

Se imaginó al capitán Fraser, allí ante la puerta, de pie, con los brazos en jarras y las piernas abiertas dando órdenes a los campesinos, y por un momento deseó viajar al pasado, retroceder doscientos años atrás y comprobar qué parte de la historia era real

y cuanto había de leyenda.

Se ajustó el abrigo al cuerpo buscando un poco de su propio calor. La torre, al igual que el pequeño hotel que la acompañaba, no habían perdido su encanto a pesar de los siglos transcurridos y deseó plasmar, casi con urgencia, la altivez y grandeza de ambas edificaciones en un lienzo, quizá lo haría.

Pero a decir verdad, había tenido una semana de lo más ocupada y tenía poco tiempo para su pasión, pintar. Matt y Elliot venían muy a menudo a su casa, los traía Kate. Los niños parecían ser felices en su compañía o esa era la impresión de Madison. Kate y ella, durante el transcurso de ese breve espacio de tiempo, solían tratar de temas sin demasiada importancia, como el clima o su rutina diaria. Nunca hablaban de Ellen, era como un tema tabú para ambas y como si fuera un acuerdo tácito, lo respetaban. Después, pasados unos minutos, Kate emprendía su marcha al trabajo.

Matt ya no utilizaba tanto los tonos oscuros y Elliot participaba más en los juegos que ella proponía. La relación entre ellos tres avanzaba y eso la llenaba y la hacía disfrutar de cada momento. La idea de ser madre voló por su mente, pero no arraigó del todo. Antes de traer un niño al mundo debía asegurarse que el suyo propio estaba en orden.

Al ser pleno invierno, Kate no tardaba en volver a buscarlos, a lo sumo dos o tres horas, luego tomaban un té juntas y durante ese tiempo la conversación parecía tomar un rumbo más íntimo e intenso; así supo que Kate y su hermana seguían enfadadas y que Ian se había vuelto más taciturno que de costumbre.

Kate temía que su padre pudiese estar enfermo, pero Madison lo dudaba. Ian estaba triste, eso era todo.

Algunas tardes también la visitaban Scott y Alison. Nunca olvidaría el gesto de la muchacha cuando pronunció el término *manierismo*, un estilo artístico que predominó en Italia en las décadas centrales y finales del siglo dieciséis, como parte última del bajo Renacimiento.

Madison supo que se había ganado la absoluta confianza de

Alison cuando la joven aprobó el examen de historia con nota. Scott la acompañó algún que otro día y eso hizo que se percatara de que Alison estaba locamente enamorada del hijo de Sloan.

Scott parecía no darse cuenta de ese sentimiento, para él parecía existir solo una amistad, y Madison no pudo más que compadecerse de la muchacha.

Así era su día a día, y cuando tenía tiempo para ella, lo dedicaba a restaurar la cómoda. Ya la había decapado, no había sido un trabajo fácil, aún faltaba mucho por hacer, pero no podía evitar sentirse orgullosa de sus logros.

Llegó a la conclusión de que, aunque estuviera rodeada de gente, no se sentía integrada en absoluto.

Era como disfrutar de una soledad acompañada.

\*\*\*

Graham se apartó de la barra, se llevó el pañuelo a la nariz y, a continuación, estornudó con fuerza.

—Deberías volver a la cama, aún no te has recuperado de esa gripe.

Graham observó a su hijo con cierta cautela. Se veía a leguas que Sloan no tenía buen día.

—Estaba cansado de estar tumbado todo el día y comer sopa caliente a todas horas.

—Pues a mi modo de ver, hubieras necesitado cuarenta y ocho horas más de cama y sopa —comentó Sloan de mala gana mientras limpiaba la barra con un paño húmedo.

Graham ignoró el comentario sarcástico de su hijo y se centró en los movimientos circulares y agresivos que prodigaba la mano de Sloan sobre la barra.

—Si sigues así, vas a desgastar la madera.

Sloan se detuvo en el acto, levantó una ceja y lanzó una mirada poco menos que amistosa a su padre.

Graham, ante la advertencia se medio encogió de hombros y guardó el pañuelo, que en ese mismo instante sostenía en la mano, en el bolsillo. No le gustaban para nada los pañuelos de

celulosa, aunque su nieto Scott le advirtiera una y otra vez que eran más higiénicos que los de tela. Había cosas que no deberían cambiar.

—Tengo la impresión de que ese malhumor que te acompaña está relacionado con mi gripe.

Durante una fracción de segundo, Sloan volvió al ritual de limpiar la barra, pero pareció pensarlo mejor, así que se dispuso a aclarar el paño bajo el chorro de agua caliente.

En ese momento se encontraban ellos dos solos, pero Sloan sabía con certeza que esa situación iba a cambiar muy pronto.

Había sido un golpe de mala suerte que su padre cayese enfermo, que los exámenes de Scott le hubiesen tenido ocupado toda la semana y que el pub no hubiese tenido ni una sola hora libre de asueto.

Cuando había querido cerrar, limpiar y dejar todo organizado para el día siguiente, era demasiado tarde para acercarse hasta la casa que ahora ocupaba Madison. No quería que ella se llevara una impresión equivocada. Llegar pasadas las diez de la noche a casa de una mujer solo podía significar una cosa.

¿Cuántas veces lo había pensado?

Tantas que ya perdía la cuenta. Lo peor es que no sabía nada de ella, ni tan siquiera la había llamado por miedo a no saber qué decir o que ella le rechazase por teléfono, era una vía cómoda y demasiado fría a su modo de ver. Necesitaba acariciar su rostro, tocar su piel, besarla una y otra vez y perderse en ella durante toda una noche. Definitivamente, el teléfono era una mala opción.

Otra cuestión es que ella pensara que él solo quería sexo. Al principio era así, lo supo desde aquella primera cena que él le había preparado tras visitar a la señora Ross y caerse de la bici. No había sido un plato muy sofisticado, pero tuvo que reconocer que las especias y el queso, que él mismo había comprado días antes en Portree, habían convertido las verduras salteadas en un plato succulento. Había algo en Madison que lo atraía de una manera irracional, pero ese deseo, con el paso del tiempo, se estaba convirtiendo en algo más. Aún no tenía muy claro lo que podría llegar a ser, sin embargo, si de algo estaba seguro es que esa

atracción era algo muy distinto a lo que había sentido con Marla.

Marla ya era pasado.

Cuando se había percatado de la gravedad de la situación con respecto a Madison ya era demasiado tarde. El mal, a su modo de ver, ya estaba hecho y no tenía ni idea de cómo enfrentarse a esta nueva realidad.

A la mierda con todo.

Tiró el paño dentro de la pila y se dirigió con pasos largos y duros a la despensa. La frustración no se disiparía, pero al menos estaría solo.

Graham lo miró atónito, a la vez que se le dibujaba un rictus amargo en la boca.

Conocía a su hijo perfectamente, y también reconocía esa conducta.

No tenía la más mínima duda de que Sloan sentía algo por Madison, quizá no se podría llamar aún amor, pero cerca le andaba. Estornudó de nuevo y se maldijo mil veces por ese estúpido virus que había decidido invadir su organismo.

La puerta del pub se abrió y Kate apareció con un semblante risueño.

—Hola, Graham. ¿Cómo estás? Espero que mejor.

—Como si me hubiese pasado una apisonadora por encima, aparte de eso, todo bien. Gracias.

—Me alegro. Ha sido una semana dura.

—Para todos, por lo que veo.

Kate dejó su pequeño bolso sobre la barra, posó los brazos en ella, entrecerró los ojos, y observó detenidamente al hombre que tenía ante sí.

—Tienes aún un aspecto horrible.

—No sé si darte las gracias por tu sinceridad o ponerte de patitas en la calle.

Graham tomó un trapo seco y limpio y comenzó a sacar brillo a algunas copas que Sloan había enjabonado y aclarado hacía unos minutos.

—Te agradezco la sopa, Kate. Creo sinceramente que es lo que me ha salvado la vida.

Kate sonrió ante el exagerado comentario de Graham.

—Ha sido un verdadero placer cocinar para ti.

Graham dejó la copa sobre la barra, se echó el paño sobre el hombro izquierdo e imitó la posición de Kate.

—¿Durante esta semana me he perdido algo?

Ella no pudo más que volver a sonreír. Sabía lo que se estaba refiriendo Graham, Sloan llevaba unos días que estaba de un humor de perros y los que le conocían bien daban por hecho a que podía deberse. Por otro lado, Madison era como un libro abierto, solo había que sumar dos más dos para llegar a la respuesta correcta.

—¿Lo preguntas en general o por alguien en concreto?

—Tú ya me entiendes.

Graham se irguió y prosiguió con su tarea.

—Digamos que ha sido una semana de locos, pero parece que ya está todo controlado.

Graham asintió a sabiendas que no iba a sacar más información a Kate.

—¿Qué tal está Madison?

La pregunta de Graham confirmaba la teoría que ella sostenía.

—Bien. —Graham se percató de que el tono de Kate se volvió más jovial—. Hemos estado juntas. Matt y Elliot están con ella.

—¿Y eso?

Kate dejó escapar un suspiro.

—Cuando las cosas se complican, se complican de verdad. Desde la llegada de Madison mi madre parece haber sido abducida por los recuerdos, mi padre está más taciturno que nunca y Rosemary... bueno, ya sabes.

Graham comprendía perfectamente. Rosemary podía llegar a ser un perro de presa cuando se lo proponía.

—Mi madre va todos los días a la iglesia y según me comenta se pasa buena parte de ese tiempo hablando con el reverendo Mills —continuó Kate—, y mi padre se encierra en su taller con la única compañía de sus relojes.

—Me da la impresión que Madison ha creado un abismo entre vosotros.

—Sí, y muy grande. Tanto mi madre como mi hermana no me perdonan que me relacione con Madison.

—Bueno, después de todo es tu prima —objetó Graham.

—Creo que ahí radica el verdadero problema.

Kate hundió los hombros, pero de inmediato recuperó su postura inicial, luego cogió su bolso.

—Será mejor que comience con la tarea, aunque no creo que tengamos la misma actividad de la semana pasada.

—¿Por qué piensas eso?

—No lo sé. Supongo que hablo por hablar. —Kate ya se dirigía a la cocina y se detuvo—. Por cierto, si viene mi padre por aquí, ¿podrías avisarme, por favor?

—Claro. No te preocupes.

Kate lo despidió con una enorme y sincera sonrisa.

Al parecer mientras él había estado en cama, los problemas se habían multiplicado. Colocó las copas y se disponía a limpiar el polvo de algunas botellas, que estaban más destinadas a la decoración que a otra cosa, cuando Sloan hizo su aparición.

Traía consigo patatas y un saco de harina.

—Kate ha llegado.

Su hijo asintió.

—Voy a llevar esto a la cocina.

Graham tenía la impresión de que en vez de estar una semana en cama, habían sido meses.

—¿Estás así por Madison?

Sloan se detuvo a medio camino de la puerta de la cocina.

—Papá, creo que quedó claro que no te ibas a inmiscuir en mi vida amorosa.

—Me preocupo, eso es todo.

—Pues no deberías hacerlo. Me dejaste muy claro cuál era tu opinión al respecto. —Levantó el brazo y recolocó mejor el saco de patatas que sostenía sobre uno de los hombros—. Deberías estar feliz y despreocupado.

Graham iba a replicar, pero Sloan ya había desaparecido de

su vista.

La puerta del pub volvió a abrirse y esta vez Graham no pudo más que sorprenderse. Por fin algo bueno que celebrar.

Connor había regresado.

\*\*\*

Kate se dio la media vuelta para coger el mandil y se tropezó con Sloan.

—Disculpa. Puedes dejar eso en la despensa —dijo refiriéndose a las patatas y la harina.

Sloan así lo hizo.

—¿Todo bien?

Kate se ató el delantal a la cintura. Tenía mucho por hacer, pero aún tenía algo de tiempo antes de las cenas.

—Sí.

—Has estado poco habladora esta semana.

—Eso se atreve a decirlo el señor gruñón...

—Vamos, Kate, no ha sido para tanto —se disculpó Sloan—. Si en algún momento te he parecido excesivamente cabrón deberías decírmelo a la cara y no tirarme puyas.

—Está bien. —Lo miró directamente a los ojos—. Has sido un cabrón muy desconsiderado.

—Vaya, eso es sinceridad y lo demás cuento.

Kate se sintió satisfecha, sacó el pescado del frigorífico y lo sazonó.

Sloan se quedó mirando el ritual como si fuera algo novedoso, aunque en realidad lo había visto hacer infinidades de veces.

—Ni siquiera sé lo que estoy haciendo al pensar en Madison —comentó casi más para sí mismo que para Kate.

Ella abrió de nuevo el frigorífico y extrajo otra fuente de pescado. Le gustaba estar preparada, nadie en el pub McGregor se quedaba sin cenar.

—Tengo la impresión que intentas decirme algo...

Sloan se pasó la palma de la mano de forma pesarosa por la

cara.

—No es nada importante. Déjalo estar.

Ella, por supuesto, no lo creyó.

—La cómoda que está restaurando está quedando preciosa, sin duda tiene unas manos impresionantes para la restauración. — Después de sazonar todo el pescado, comenzó a lavar la verdura bajo el grifo—. Estoy pensando seriamente en decirle que restaure una mesa que compramos Tom y yo cuando nos casamos, ella sabría darle un toque diferente.

—Parece que ha estado ocupada.

—Sí. —Kate cerró el grifo—. Esta semana ha estado cuidando de Matt y Elliot y también ha ayudado a Alison con algunos temas de clase que se le atragantaban. Es una mujer estupenda. Deberías ir a verla.

Sloan chasqueó la lengua.

—Temo que no pueda ser bien recibido.

Kate secó las verduras con la ayuda de un paño limpio y seco.

—Deberías intentarlo. Solo te devuelvo el favor.

Sloan entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres?

—¿Acaso no me dijiste lo mismo cuando Tom me pidió una segunda oportunidad?

Los labios de Sloan dejaban entrever una sonrisa contenida.

—Tocado y hundido.

—Aunque has de reconocer que en este caso la edad influye. Vosotros no erais más que unos adolescentes cuando Tom pilló esa borrachera.

Kate recordaba cada detalle de su vida con Tom. Percibió esa nostalgia ya tan archiconocida en el corazón, pero gracias a Dios cada vez era más leve, al menos ahora no se echaba a llorar cuando pensaba en él. Progresaba, y eso parecía ser sinónimo de avanzar, de estar cicatrizándose la herida.

El pasado la aguijoneó con fuerza. En aquella ocasión, Graham pensó que había llegado el momento de un rito de iniciación en los muchachos, los había invitado a cervezas hasta

que sus estómagos comenzaron a protestar.

Tom había sido uno de los que más había bebido y mejor había tolerado el alcohol, según le había comentado después.

Más tarde, casi a medianoche, fuera de control, se había acercado a su casa, había tirado pequeños guijarros a su ventana hasta que ella despertó.

Kate aún recordaba a Tom desaliñado y dando tumbos de un lado para otro a causa de la ingesta de sabe Dios cuántas cervezas. La verdad es que se había asustado, no llevaban más de dos meses saliendo, pero en ese escaso tiempo se había dado cuenta que estaba locamente enamorada de él. Bajó a hurtadillas por las escaleras hasta llegar a la primera planta, rezó y mucho para que sus padres no se despertasen, Rosemary ya no vivía con ellos porque ya estaba casada con Harry. Cuando llegó a la puerta principal, tuvo la impresión de haber tardado siglos en llegar allí.

Abrió la puerta con mano temblorosa y, para su sorpresa, Tom, sin mediar palabra, se abalanzó sobre ella con la eterna promesa de que la amaría para siempre, la besó de forma ruda en la boca y ella solo tuvo oportunidad de aspirar el alcohol que él desprendía. Para sorpresa de ambos, perdieron el equilibrio y cayeron al suelo llevando consigo la mesa de la cocina y algunas sillas y fue en ese mismo instante donde comenzó el desastre total.

Sus padres se despertaron sobresaltados, Tom, casi al mismo tiempo, se quedó dormido sobre el frío pavimento y ella tuvo que buscar la excusa más insulsa y torpe que hubiese podido imaginar jamás.

Como se suele decir en estos casos, la sangre no llegó al río y sus padres se creyeron su mentira piadosa. Ella tomó una decisión en ese mismo instante, dejaba a Tom.

Sloan fue el elegido para hacer de intermediario, habló casi más con él que con Tom y al final ella se dejó convencer con la firme promesa de que su futuro marido jamás llegaría ebrio a casa.

Tom cumplió su palabra hasta el día de su muerte.

—El amor no entiende de edades, Sloan.

—Me parece que eres un poco más feliz —comentó Sloan apoyándose en la encimera y cruzando los brazos a la altura del

pecho.

—¿Por qué piensas eso?

—Quizá esa sonrisa que asoma en tus labios sea la pista.

Kate sonrió del todo.

Era cierto, se sentía cada vez más orgullosa de sí misma y además estaba más contenta, a pesar del dolor de cabeza que le provocaban esas cartas cada vez que llegaban a casa. Matt parecía que evolucionaba, lo hacía despacio, pero ella ya notaba ese cambio, Elliot hablaba sin parar de Madison, por lo que ella dedujo que la metamorfosis que sus hijos estaban teniendo se debía en gran medida a su nueva prima. Eso le daba que pensar.

La voz de Graham se dejó escuchar a través de la puerta. Tanto Sloan como ella se miraron sorprendidos y luego, sin poder evitarlo, ambos ensancharon sus sonrisas.

No cabía la más mínima duda.

—¡Es Connor! —exclamó Sloan abriendo la puerta de la cocina sin esperar a Kate.

## CAPÍTULO 20

—¿Quién es Connor?

Kate cogió la taza de té que reposaba en la mesa y observó a sus hijos antes de responder a la pregunta que le formulaba Madison. Ambos estaban dormidos en el sofá, envueltos en una manta de cuadros escoceses que ella misma había comprado en Portree cuando se comenzó a decorar el granero. Al ver a sus pequeños no pudo evitar compararlos con dos ángeles.

La muerte de su marido había sido como un jarro de agua fría. Había paralizado su vida. Matt y Elliot le daban la suficiente fuerza para no rendirse.

—Connor Carson es médico y el mejor amigo de Sloan, también lo era de Tom —comentó sin dejar de mirar en ningún momento al sofá.

Madison pudo ver cómo los ojos de Kate se velaban por la tristeza al nombrar a su marido. Tomó un sorbo de té antes de proseguir:

—Los llamaban «los tres mosqueteros de Uig» —continuó esta vez con la mirada centrada en Madison y asomando una sonrisa a sus labios—. Donde estaba uno, estaban los otros dos.

A Kate le alegraba la inesperada visita de Connor. Aunque su marido ya no pudiese estar con ellos, Sloan y Connor se necesitaban mutuamente y ella lo sabía, de la misma manera que ella comenzaba a depender de Madison.

De forma totalmente improvisada, Kate lo había abrazado y apoyado la cabeza en su hombro. Se sintió segura y protegida entre los brazos de su amigo. Inmediatamente desechó la idea que empezaba a germinar en su mente. Connor siempre había sido muy prudente con ella e incluso, a veces, distante y ella lo respetaba.

Eso era lo único que debía perdurar, la amistad entre ellos.

Madison no pudo evitar comparar esa amistad con la que ella compartía con Justin. Percibió, sin poder evitarlo, esa aflicción de la que ya comenzaba a reconocer los síntomas.

—Y, ¿dices que se fue del pueblo hace años?

—Sí. Un día decidió que debía marcharse y se unió a Médicos sin Fronteras.

—¿Así sin más?

—Ajá.

—Una labor de lo más loable.

—Sí. Por supuesto, pero fue una sorpresa para todos nosotros.

Madison advirtió de inmediato el tono de satisfacción en la voz de Kate.

—Todos en el pueblo estamos muy orgullosos de él.

Madison bebió de su taza mientras intentaba analizar el comentario de Kate.

—Y, ¿ha venido porque está de vacaciones o algo por el estilo...?

—La verdad es que no lo sé. —Kate estiró el brazo y cogió un trozo de pizza de una fuente que había en el centro de la mesa —, si no dejamos de hacer esto nos vamos a poner como un tonel.

Madison sonrió.

—Mira quién fue a hablar, la que parece un palo de escoba.

El tiempo que habían compartido hasta ahora había sido escaso, pero intenso, por lo que les permitía tomarse ciertas libertades entre ellas.

—Ser excesivamente delgada también tiene sus peros.

—No lo dudo, pero al menos no tienes que estar pensando si los pantalones que tienes guardados en el armario de la temporada pasada, te valdrán para la próxima.

La expresiva boca de Kate se curvó en una gran sonrisa.

—¿Sabes? —prosiguió Kate a colación de lo que estaba diciendo—, Connor no pudo venir al funeral de Tom, pero esta noche al saludarme, me abrazó con fuerza y me dijo al oído que sentía mucho no haber podido estar con nosotros.

—Debió ser un golpe duro también para él perder a uno de sus mejores amigos y no poder venir a darle el último adiós.

—Supongo que sí, pero a veces las circunstancias se imponen a los deseos.

Madison le dedicó a su prima una sonrisa lenta y sincera.

—Lo importante es que ya está aquí. ¿Se quedará mucho tiempo?

—La verdad es que no lo sé, le preguntaré cuando lo vuelva a ver de nuevo, pero imagino que no habrá venido solo por unos días. —Kate dio un último bocado a su porción de pizza y a continuación se limpió las manos y los labios con una servilleta que reposaba en sus rodillas—. Tengo que reconocer que sabes hacer pizzas. Deberíamos incluirlas en el menú del pub.

Madison se esforzó por no gesticular con excesivo énfasis cuando Kate nombró el pub.

—Si te gustan mis pizzas es que todavía no has probado las de Justin. Son realmente exquisitas, para chuparse los dedos. Su familia descende de Italia y su padre hacía la mejor masa que nunca hayas probado.

—Justin. —Kate repitió el nombre casi más para sí misma que para Madison—. Sueles nombrarlo a menudo y sé que es tu mejor amigo. ¿Qué piensa él de todo esto?

Madison pareció meditar la pregunta antes de responder.

—Si te refieres al hecho de que esté aquí, supongo que cree que no estoy muy cuerda, pero como buen amigo que es me apoya en esta locura.

—¿Lo conoces hace mucho?

—Sí. Se podría decir que es ya una parte de mí. Nos respetamos y queremos, la combinación perfecta.

—Es maravilloso poder tener algo así.

—No te lo voy a negar, es fantástico.

—¿Nunca ha habido nada entre vosotros?

Madison soltó una fuerte carcajada, pero al ver que podía despertar a los niños se contuvo.

—¿Con Justin? Sería del todo imposible.

—¿Por qué? —preguntó una sorprendida Kate.

—Es gay.

Las cejas de su prima se arquearon y Madison solo pudo reír.

—Mi madre lo adoraba. Justin es asombroso, temerario y un romántico empedernido.

—Si Fiona le quería es que es alguien muy especial.

—Lo es, y ella lo sabía.

—¿A qué se dedica?

—Es mecánico en el taller de su padre.

—¡Vaya, hombres no le faltarán para admirar!

Madison dejó escapar un sonido muy parecido al de una risa, pero sin llegar a serlo.

—Si te escuchase ahora mismo, te lanzaría lo primero que tuviese a mano.

Kate se recostó en la silla, cruzó las piernas y dejó que sus manos cayesen de forma sutil sobre los muslos.

—Hablando de hombres... ¿qué pasa entre Sloan y tú? —preguntó como si tal cosa.

Antes de pronunciar una sola palabra, Madison supo que Kate no se marcharía sin tener una respuesta sincera.

—Nos besamos, eso es todo.

Kate abrió la boca y los ojos hasta su máxima expresión. Se adelantó hasta la mesa y apoyó uno de los brazos sobre la superficie.

—¿Os habéis besado? ¿Y me lo dices así?

—No ha sido para tanto —se defendió Madison.

—Sloan McGregor besando a una chica... ¡Wow!

—Creo que lo tienes en muy alta estima. Sloan no se muere de hambre respecto al sexo.

—Eso me queda claro. —Kate apoyó la barbilla en un puño—. Sloan ante todo es un hombre con necesidades y suele ir a Portree a calmar... ya sabes —carraspeó—, pero nunca había intentado nada con ninguna mujer del pueblo.

«No después de Amanda», pensó Kate.

Esta vez fue el turno de Madison para arquear las cejas con asombro. Se rio a medias.

—No habrá querido complicarse.

—¡Exacto! —Kate la señaló con el índice—. Nunca ha querido nada especial, solo sexo.

—Bien, y ¿dónde nos lleva tu teoría?

—A ti.

Madison no pudo evitar tragar saliva dos veces.

—Siente algo por ti, Madison.

Ella cruzó los brazos e intentó aparentar indiferencia.

—Eso es una locura, Kate. No me ha llamado en todos estos días, siente curiosidad, eso es todo.

En el rostro de Kate se dibujó una sonrisa de complacencia.

—Graham ha estado enfermo.

Madison descruzó los brazos y la miró fijamente.

—¿Crees que ese el verdadero motivo por el cual no he sabido nada de él?

Kate asintió.

—Podría haber llamado o dejado recado, a través de ti, por ejemplo.

—No es que quiera ponerme de su lado, pero ha salido muy tarde. Ha trabajado a destajo. —Apretó con el índice de la mano la mesa—. Scott ha tenido exámenes y casi no se ha pasado por el pub y yo podía haberte dicho algo al respecto, pero cuando llegaba estaba agotada y lo único que me apetecía era llegar a casa. Lo siento.

Madison hizo un suave ademán con la mano restándole importancia.

—No debes sentir nada en absoluto, pero créeme cuando te digo que me va a encantar escuchar su disculpa, si es que la hay.

—No deberías ser tan dura con él.

Madison sopesó la sinceridad del comentario de Kate.

—De todas formas, nada importa ya.

—¿Por qué?

—Mi intención es volver a casa, será cuestión de días.

El asombro quedó reflejado en el rostro de su prima.

—¿Se puede saber por qué tanta prisa?

Madison no deseaba ahondar en la cuestión, pero no podía

alargar mucho más su estancia en Escocia. No había encontrado lo que había venido a buscar, esa así de simple.

—Mi paciencia lleva por nombre el de Ellen Campbell.

Kate le lanzó una mirada cautelosa.

—Déjame que hable con ella. Puedo volver a intentarlo.

—No, tu madre no desea conocerme y lo respeto, aunque me gustaría saber el por qué. Mi tiempo aquí ha terminado.

La mirada de Kate recayó en la cómoda que estaba restaurando Madison. Tenía que reconocer que estaba obrando maravillas con ese mueble antiguo. Si algunos vecinos supiesen de la habilidad de su prima, le lloverían encargos.

—Creo que primero deberías terminar de pintar esa cómoda.

La mente de Madison se abotargó mientras sopesaba las palabras de Kate.

—Deberías restaurar más muebles y ponerlos a la venta, yo podría ayudarte a limpiar la zona donde están apilados.

Madison no comprendía ni una sola palabra.

—Kate, ¿me has comprendido? Te estoy diciendo que me voy a ir en unos días.

—No puedes mirar eternamente a otro lado, Madison. Tarde o temprano tendrás que enfrentarte a la verdad. Reconozco que mi madre puede llegar a ser una mujer testaruda, y en ocasiones demasiado frívola. —Meneó los hombros como si intentase sacudirse un pequeño peso—. Pero no más que la tuya. Si deseas que las cosas cambien, todos deberemos esforzarnos en conseguirlo, tú la primera. Soy plenamente consciente de que puedo estar haciendo referencia a una utopía, pero al menos nadie nos podrá tachar de no haberlo intentado.

Madison pareció dudar.

—No sé, Kate.

—Tómate tu tiempo, no tomes ninguna decisión a la ligera. Hay un proverbio escocés que dice: no hay medicina para el miedo.

Madison pegó la espalda al respaldo de la silla. Su mirada se perdió entre las paredes de la casa, una vivienda que le estaba

ofreciendo otra oportunidad de ser feliz.

¿Y si Kate tenía razón?

Era cierto que tenía ciertas dudas respecto al futuro inmediato, cierto agobio a ser rechazada por su familia materna. Esa inseguridad con la que convivía cada día se había convertido en realidad, esa era la verdadera razón por la que deseaba huir, desaparecer y permitir que esas semanas en Uig formaran parte de su pasado.

Pensó en lo que había dejado en Georgetown y lo que tenía aquí. De forma casi inmediata, la balanza se inclinó hacia un lado.

Un pequeño gemido la hizo mirar en dirección al sofá. Matt se había despertado. Aunque su cabeza seguía apoyada en el hombro de su hermano, sus ojos oscuros y llenos de miedo se clavaban en ella. Su mirada era como un pozo sin fondo.

Estaba claro que el niño había escuchado buena parte de la conversación, el pequeño adelantó su labio inferior en una expresión compungida, y en ese mismo instante, Madison supo que estaba perdida.

Sin haberlo podido evitar había varias personas que dependían de ella. Miró a Kate y supo que su prima estaba conteniendo la respiración.

—Maldita sea —exclamó para sí misma.

## CAPÍTULO 21

—¿Quieres otro whisky?

Connor negó con la cabeza.

—Si bebo más, no seré capaz de encontrar mi casa.

Sloan miró a su amigo con ojos cargados de preocupación. El pub ya había cerrado, Graham los había dejado solos y se había despedido de Connor con un fuerte abrazo, de esos que solo sabe dar un padre a un hijo. En ese preciso instante se encontraban solos con la única compañía de una botella del mejor whisky de malta producido en las Tierras Bajas.

—¿Todo va bien?

Connor, con aire distraído, acarició el vaso con la yema de los dedos. Estaba sentado, como tantas veces había hecho, en un taburete del pub. Sus brazos descansaban sobre la barra, parecía agotado.

—Todo sigue igual, da la sensación de que por aquí no pasa el tiempo —dijo Connor eludiendo la pregunta de su amigo y observando cada detalle del pub.

Nada había cambiado, nada. Incluso las fotografías que colgaban de las paredes seguían siendo las mismas. Buscó con la mirada una de las mesas, como esperaba tenía dos patas de diferente color. Había sido obra suya cuando un día, con más cerveza de lo que su cuerpo le permitía, había tropezado sobre ella. Esa era la versión oficial, la extraoficial resultó ser una pelea con Tom. Ambos se precipitaron hacia la pared a una velocidad de vértigo y la mesa los acompañó, dos de sus patas cedieron bajo su peso.

Graham no le comentó nada sobre el tema, solo le ofreció las herramientas necesarias y maderas de diferentes tonos para

arreglar el desperdicio. Le había costado Dios y ayuda llevar a cabo esa misión, quizá por el dolor que había acaparado su cabeza o el ojo amoratado que no le dejaba ver bien, pero al final lo había logrado.

Nunca más se habló de esa mesa, ni él ni Tom de la pelea, pero al verla, siempre recordaba el momento en el que cayó sobre ella. Graham lo sabía y cuando lo pillaba mirándola, el padre de Sloan se limitaba a sonreír.

Con su dura mirada parecía decirle:

«Mira con qué tropiezas».

Por supuesto, era una metáfora.

Recordó con nostalgia aquellos días donde las preocupaciones parecían más pequeñas, sin demasiadas complicaciones.

—Connor, no has respondido a mi pregunta.

Connor pareció salir de su aturdimiento.

—Sí. Estoy cansado, eso es todo. Han sido demasiadas escalas y horas de viaje.

Sloan cogió la botella y vertió un dedo de whisky primero en el vaso de su amigo y luego en el suyo.

Su amigo de la infancia sonrió, pero no rechazó el licor ambarino. Connor era un tipo alto, como la mayoría de los hombres de la zona. Su piel ahora estaba más curtida, Sloan suponía que se debía a su larga estancia en África, había perdido peso y en su rostro se podían apreciar nuevas arrugas. De pelo oscuro, corte poco cuidado y con barba de tres días parecía más desaliñado que de costumbre, no obstante se alegraba de tenerlo de vuelta. Desde la muerte de Tom se había sentido terriblemente solo.

—No tenía ni idea de que ibas a venir.

Connor tomó su vaso, lo inclinó y giró el contenido por las paredes de cristal, el whisky se adhirió de inmediato a ellas. Como buen escocés, sabía que este ritual permitía una mayor evaporación y realzaría el aroma. Se lo llevó a los labios y permitió que el licor invadiese su boca y su lengua tocando cada una de sus papilas gustativas.

Cómo había echado de menos esa sensación.

—Yo tampoco. Fue una decisión de última hora.

—Connor, sabes que puedes contarme lo que te preocupa, sea lo que sea.

Connor dio otro trago y disfrutó del sabor del extracto de malta.

—No hay mucho que contar, Sloan. Necesitaba volver a casa, eso es todo. —Dejó el vaso sobre la barra y lo miró directamente a los ojos—. Te prometo que no tengo ninguna deuda con la justicia. Solamente necesitaba volver y aclarar algunas ideas.

—¿Eso significa que tu estancia en el pueblo va a ser larga?

Un silencio tenso quedó suspendido en el aire.

—Aún no lo sé. ¿Eso supone algún problema?

—Por supuesto que no —se apresuró a decir.

—¿Cómo está Kate?

A Sloan no le sorprendió la pregunta, es más, la esperaba.

—Sobreviviendo.

Sloan dio un largo trago de whisky sin dejar de observarle por el borde curvo. Connor parecía diferente, muy alejado de aquel muchacho con el que Tom y él compartían experiencias, anécdotas y travesuras.

Se preguntó si Connor también notaba ese cambio en él.

—Me lo puedo imaginar. Cuando recibí tu mensaje ya era demasiado tarde, intenté venir al funeral, pero me fue imposible cuadrar los horarios de los vuelos.

—Nadie te lo reprocha.

Connor ladeó la cabeza antes de responder.

—Yo sí.

—Pues no deberías. —Le dio una palmada amistosa en el hombro—. Sabíamos que estabas muy lejos y que era complicado que pudieras venir.

—Aún no me creo que Tom esté muerto.

Sloan comprendía perfectamente esa sensación. A él le ocurría lo mismo.

—Lo sé.

—¿Y los niños?

—Es complicado. Elliot parece llevarlo mejor. No es el caso de Matt, desde la muerte de su padre no ha vuelto a pronunciar una sola palabra.

—Dios. —Se pasó la mano con gesto cansado por la cara—. No he podido estar en contacto, en la zona donde estaba no había ningún tipo de cobertura.

—Me lo comentó tu hermana antes de volver a España. Yo mismo lo pude comprobar cuando quise hablar contigo. Tuve la impresión de que estabas en el culo del mundo.

Connor contuvo una carcajada.

—Fueron muchas cosas las que me llevaron a tomar esa decisión, Sloan.

—No tienes que justificarte, conmigo no.

Sloan sabía la razón, el por qué Connor había tomado una decisión tan drástica en su vida.

«El pasado siempre vuelve, aunque no siempre con la misma apariencia» pensó Sloan. Su mente voló a Madison y percibió ese deseo que se despertaba cada vez que pensaba en ella. Se estaba convirtiendo en una necesidad, y eso le asustaba.

La distancia de estos días solo había servido para avivar ese anhelo.

Connor inclinó el vaso y de un solo trago lo dejó vacío.

—Llévalo de nuevo.

Sloan no se opuso, se limitó a obedecer la orden dada por su amigo. Conocía de sobra esa sensación de desazón, de aturdimiento, de no saber qué hacer con su vida como para no reconocerla.

—Desde que Kate eligió a Tom las tornas cambiaron, mi vida giró ciento ochenta grados.

Sloan lo sabía. Connor había estado enamorado de Kate hacía muchos años. La timidez, la inexperiencia o el miedo a ser rechazado le habían impedido acercarse a la pequeña de las Campbell. Tom, sin saberlo, se atrevió a dar el primer paso, pidió salir a Kate, ella aceptó y a partir de entonces a Connor se le

acabaron las posibilidades de conquistar a la que él consideraba la mujer de su vida. Después de aquel caos decidió marcharse de la isla, incluso fuera del viejo continente, así que decidió estudiar medicina y con ayuda de una beca ingresó en la universidad de Stanford, California. No volvió al pueblo, solo lo hizo en dos ocasiones esporádicas, para los respectivos funerales de sus padres.

—A veces tengo la impresión de que me equivoqué, que debía haberme quedado y luchar por ella, pero mi lealtad con Tom me lo impidió.

—Era una situación compleja.

«Y lo sigue siendo» se dijo a sí mismo Sloan.

—Sí, supongo que tienes razón.

Connor levantó el vaso y bebió de nuevo.

—¿No has vuelto a enamorarte?

La sonrisa de Connor no le llegó a los ojos.

—Creo que no. Ha habido mujeres, unas más intensas que otras, pero supongo que no encontraba en ellas lo que estaba buscando, así que desistí del intento y aquí estoy.

—Pues entonces has venido al lugar correcto.

Su amigo sonrió con tristeza.

—¿Tú crees? —Volcó de nuevo una buena cantidad de licor en su vaso—. He venido y punto. Quería saber de vosotros, de mi gente... además, tenía ganas de cambiar de aires. Estaba hasta los cojones de las tormentas de arena, del calor asfixiante y de la escasez de agua.

Sloan rio por lo bajo.

—Entonces, lo dicho... bienvenido a la fría y húmeda Escocia.

Sloan levantó su vaso y Connor lo imitó produciendo el característico sonido del cristal al chocar entre sí.

—*Slainte*.

Una hora más tarde y con la botella vacía de whisky sobre la barra, Sloan intentó ponerse el chaquetón, pero fracasó en el primer intento.

Connor soltó una carcajada ante la escena.

—Amigo, para ser regente de un pub, no soportas

demasiado bien el alcohol.

Sloan tuvo que hacer un verdadero acto de fe para que no se le trabase la lengua a la hora de hablar, aun así soltó un improperio, no estaba ebrio, pero la cabeza le dolía horrores y en el estómago parecía que le ardía el mismísimo infierno.

—Debería ir a ver a Madison.

Connor lo miró sin comprender.

—¿Madison? ¿Quién es Madison?

Sloan terminó de ajustarse el chaquetón al cuerpo lo que fue un verdadero alivio, después cerró la cremallera. Necesitaba aire puro, hacía demasiado tiempo que no bebía esa cantidad ingente de whisky y su organismo parecía tener problemas para metabolizarlo.

—La hija de Fiona McAllen.

Connor enarcó ambas cejas.

—Amigo, creo que has bebido demasiado. Que yo recuerde, Fiona McAllen desapareció de la noche a la mañana hace...—Connor se detuvo unos segundos a pensar—, ¿casi treinta años? Creo que no me equivoco, y de ella, que yo sepa, solo quedó la leyenda.

Los labios de Sloan se arquearon con una sonrisa perezosa.

—Eso no es del todo cierto.

—Explícate —le apremió su amigo.

Sloan ya se dirigía a la puerta.

—Te lo contaré durante el trayecto.

—Un momento. ¿Hablas en serio? —inquirió Connor mientras recogía, de forma apresurada, casi al vuelo, su abrigo, que descansaba sobre una de las mesas del pub.

—Muy en serio, Connor. Madison es una mujer muy hermosa y sensual y creo que esta semana la he fastidiado, y bien.

—¿Sensual? ¿Fastidiado? Un momento, ¿esas dos palabras pueden ir en la misma frase?

Sloan no respondió a la pregunta, se limitó a abrir la puerta, pero primero, dio paso a Connor.

—¿Dónde se supone que vamos?

—Al granero.

Connor no comprendía absolutamente nada.

—¿Ya lo habéis reformado?

Sloan asintió mientras el aire frío lo envolvió. Agradeció ese cambio tan brusco de temperatura, el aturdimiento que padecía su cerebro comenzó a disiparse.

—Llevas demasiado tiempo fuera de casa.

—Soy consciente de ello, Sloan, por eso he decidido volver.

Sloan golpeó de forma amistosa el hombro de su amigo.

—Y no sabes cuánto me alegro de ello. Ya comenzaba a sentirme muy solo por estos lares.

—Por lo que me cuentas, no tan solo.

Sloan reprimió una carcajada.

—Te la presentaré a su debido momento, ahora llévame hasta el granero.

—¿Es allí donde vive?

—Así es.

—Por el amor de Dios, tío. ¿Madison es tu huésped?

—Sigues siendo bueno a la hora de sacar conclusiones, Connor. Siempre se te dio bien.

Connor se paró en seco, respiró hondo y lo exhaló de nuevo. Como respuesta, una pequeña nube de vaho salió de sus labios, el aire frío del mar parecía un puñal de excesivo filo, se ensartaba directamente hasta los huesos, a continuación, metió las manos en los bolsillos de su abrigo, abrió mucho los ojos y recorrió la oscuridad que lo engullía, no se distinguía nada a veinte pasos de distancia a causa de una noche sin estrellas, pero él podría describir perfectamente el paisaje que se encontraba ante sí. Ni una botella de whisky podía impedir que disfrutase de ese glorioso momento. Por fin estaba en casa, en su hogar.

—Vamos, ¿se puede saber lo que te ocurre? Hace un frío de mil demonios.

—¡Dios, cuánto necesitaba esto!

—¿El frío y la humedad? —preguntó Sloan mordaz.

—Todo, Sloan, absolutamente todo. Incluso tu sarcasmo... y ya es decir.

Su amigo hizo un ademán con la mano y sin más dilación se dirigió al coche.

—¿Quién conduce, tú o yo?

Connor volvió a respirar una bocanada de aire antes de responder.

—Mejor lo hago yo, tu cantidad de alcohol en sangre es superior que la mía, no quiero terminar dentro de un amasijo de hierros.

—No puedes saber mi tasa de alcoholemia, así a ojo, por el simple hecho de ser médico —protestó Sloan.

—Es cuestión de matemáticas, amigo, tú has bebido más que yo.

—Eso no es cierto —rezongó Sloan.

Connor no se creyó lo que iba a hacer, pero sabía que era la única manera de convencer a Sloan. Cerró los ojos y anduvo en línea recta con un pie delante del otro y con los brazos extendidos en cruz. Intentó a duras penas mantener el equilibrio, le costó, pero al cabo de unos segundos, lo consiguió. Se envalentonó y elevó una pierna a la altura de la rodilla de la otra, formando una especie de número cuatro.

Supuso que estaba más borracho de lo que él creía porque su osadía casi le cuesta caer de bruces en el suelo.

Sloan rio a mandíbula batiente mientras Connor se recobraba del último trompicon.

—Ahora te toca a ti —dijo de mala gana.

—Ni hablar, puede que está más bebido que tú, pero al menos tengo más sentido del decoro.

—Eres un verdadero capullo.

—Hacía mucho que no me llamaban así.

—Pues ve acostumbándote.

Connor se rindió ante la evidencia y no tuvo más remedio que unirse a la risotada de su amigo.

—Dame las llaves y me encargaré de que llegues a donde quieres ir.

—¿Me lo prometes?

—¿Cuándo he roto yo una promesa?

Sloan lo miró con sorna.

—Por favor, Connor, no me hagas enumerarlas, no tengo la mente para echar cálculos en ese mismo instante.

Connor sonrió a sabiendas que su amigo tenía toda la razón. Le encantaba estar de nuevo en el pueblo.

## CAPÍTULO 22

—¿Estás seguro de esto?

Sloan abrió la puerta del coche y posó un pie en la carretera, se volvió en el asiento antes de salir al exterior.

—Completamente seguro.

—Por el amor de Dios, Sloan, son más de las once de la noche, no hay luces encendidas y puede que ya esté en la cama.

Sloan respondió a su amigo con una sonrisa burlona.

—Vale. —Connor hizo un ademán con la mano restando importancia a sus palabras—. Retiro lo dicho.

—Solo quiero hablar con ella.

—¿A las once de la noche? —insistió.

—Ajá.

—Espero que sepas que hay horas más prudentes para mantener una conversación.

—Esta no puede esperar más.

Sloan tomó un impulso y salió del coche.

—¿Dónde vas a quedarte? —preguntó con un brazo en alto, apoyado en la puerta del coche, y la cabeza casi en el interior del mismo.

Connor pareció pensarlo.

—Puedes hacerlo en mi casa. ¿Tu hermana sabía que venías?

—No.

—Pues la casa de tus padres no estará muy adecentada que digamos.

Connor claudicó. Desde que su hermana había decidido irse a trabajar a España, lo que un día fue su hogar no recibía todo el mantenimiento que requería, como era ventilar, pintar las

paredes, barnizar las contraventanas de madera o quitar las malas hierbas del jardín.

—Está bien, durante unos días me quedaré en tu casa y una vez que haya puesto a punto la de mis padres, me quedaré allí.

—Bien pensado.

—Deberías llamar a Moira y decirle que estás de vuelta.

—Lo haré a su debido tiempo, no quiero complicarle la vida a mi hermana. La conozco lo suficientemente bien para saber que se tomaría una semana libre y vendría a verme, por el momento quiero dejar las cosas como están. —Ante todo era realista—. Gracias por tu hospitalidad.

—Ey, a los amigos no se les da las gracias —protestó Sloan—, se les invita a una botella de whisky.

Connor trató de parecer despreocupado. Sloan era un verdadero amigo, de esos que no tienen fecha de caducidad.

—Así será.

Sloan rebuscó en uno de sus bolsillos y de él extrajo un llavero en forma de ancla.

—Aquí están las llaves de casa, las del coche están en el contacto.

Connor las aceptó.

—¿No quieres que te espere? No me importa.

—No, quiero hablar con ella. En el caso de que Madison no quiera saber nada de mí, volveré andando. Me vendrá bien un poco de ejercicio.

—Sloan...

—Todo está bien —le tranquilizó—. Scott aún estará despierto, sigue con exámenes. Se alegrará de verte.

—Y yo me alegraré de verle a él.

—Bien.

—¿Estás seguro de todo esto?

Sloan no lo estaba, pero el alcohol que aún perduraba en su sangre lo envalentonaba. Sabía que si no pedía disculpas ahora, la situación se enfriaría, dejaría pasar el tiempo y nunca lo haría.

—Sí —respondió con un tono de voz firme, como si intentase convencerse a sí mismo de que era la opción más

correcta—. Todo irá bien, al menos sabré que lo he intentado.

—Eso es cierto.

—¿Lo ves? Todo controlado.

—Cualquier cosa, me llamas por teléfono y vendré a por ti.

—De acuerdo.

Sloan se despidió cerrando la puerta y dando un golpe al capó del coche.

—Una cosa más —dijo Connor bajando la ventanilla.

Sloan esperó a que su amigo hablara. Hacía frío, pero los nervios parecían resistirse al aire gélido y cargado de humedad.

—No olvides ser todo un caballero. Parece una mujer muy especial.

Sloan solo pudo sonreír.

—Me gusta cómo ha quedado —comentó Connor dando un giro a la conversación, a la vez que miraba a través del parabrisas con ayuda de los focos el granero reformado.

—Le diré a Madison que un día te lo muestre por dentro.

—No te lo tomes a mal, pero creo que preferiría conocerla a ella.

—Llegas tarde...

«Como siempre» pensó Connor mientras se despedía de su amigo. Subió la ventanilla, giró el volante y se dirigió en dirección contraria, a casa de Sloan. A través del retrovisor pudo ver como la figura de su amigo se hacía más pequeña con la distancia.

—Suerte, Sloan.

\*\*\*

Madison escuchó el motor de un coche en el exterior de la casa, se sobresaltó, abrió los ojos y por un momento se sintió desorientada, era extraño porque por esa zona no solía haber un excesivo bullicio, era un lugar alejado del pueblo. Se sentó en el colchón y agudizó el oído.

Se distinguían dos voces masculinas, llegaban a ella amortiguadas, quizá a causa del doble cristal de la ventana.

Se incorporó aún más con la única intención de que el eco

de las voces le llegase con mayor fluidez. Tiró de las sábanas hacia arriba para evitar enfriarse y un ruido sordo la hizo saltar de la cama.

Buscó una pequeña linterna que solía dejar debajo de la almohada para emergencias. La luz que desprendía era escasa, pero no le importó.

—Mierda —exclamó cuando descubrió en el suelo su libro electrónico. Al parecer se había quedado dormida mientras leía.

Se estiró lo suficiente para recogerlo.

—Tienes prohibido fallarme, ¿entendido? —le dijo a su dispositivo de lectura como si este pudiese escucharla.

Las voces cesaron de repente, pero el motor del coche irrumpió de nuevo en el silencio que se había producido escasos minutos.

Kate y los niños se había ido sobre las nueve, habían cenado pizza y después se marcharon prometiendo que volverían a verse al día siguiente. Volvió a su posición inicial, depositó el libro a su vera y a continuación tanteó con la mano en busca de su teléfono móvil, aunque de poco le serviría porque en aquella parte del pueblo no solía haber cobertura. Como era de esperar, no lo encontró.

Pasos.

Se aferró a las sábanas hasta que los dedos le comenzaron a doler, no se veía las manos, pero supo que sus nudillos estarían blancos del agarre.

Más pasos y después, silencio.

De pronto, unos golpes secos y duros quedaron amortiguados por la antigua puerta de madera.

Se estremeció de miedo y su mente comenzó a recordar algunas de las películas de terror de Hollywood. Esas imágenes no la ayudaron en absoluto.

—¿Madison?

Ella contuvo el aliento y sintió la necesidad de echar a correr. Podía ser cualquier vecino del pueblo con malas pulgas.

¿El hombre que aporreaba su puerta sabía su nombre?

—Madison, ¿estás despierta?

—Sloan —susurró cuando reconoció su voz.

—Madison, sé que es tarde, pero me gustaría hablar contigo.

—Sloan —gritó esta vez para dejarse oír.

—Sí. Soy yo. ¿Te importaría dejarme pasar?

Madison, de forma apresurada, echó a un lado las sábanas y mantas, cuando lo hizo se arrepintió, hacía un frío espantoso.

—Es muy tarde. ¿Ha ocurrido algo? —vociferó.

«Claro que ha sucedido algo, bobá» se dijo a sí misma. ¿Qué persona en su sano juicio aporrea la puerta a las...? ¿Qué hora era exactamente?

Enfocó la linterna por la habitación, el débil halo de luz encontró su móvil sobre un cajón de madera que hacía las veces de mesita de noche, estaba casi segura que no podría hacer llamadas desde él, pero al menos le podría indicar la hora exacta.

«Las once y cuarto».

Se olvidó las zapatillas en la habitación y salió volando en dirección a la puerta.

«Por Dios, que no haya sucedido nada grave» pensó mientras su cerebro barajaba cientos de teorías sin ton ni son.

Cuando llegó a la puerta, la abrió y el frío de la noche la abrazó de forma inesperada.

Sloan se quedó perplejo ante la visión que tenía ante sí.

Madison estaba adorable, su pelo se veía alborotado, como si se hubiera pasado la mano varias veces por él y sus ojos aún parecían aletargados y somnolientos, sus labios dibujaban una mueca de disgusto que a él le pareció encantadora, sí señor, demasiado bonita para alguien que acaba de despertarse. Llevaba puesto un pijama de tonos grises que a él en ese mismo instante le pareció excesivamente ridículo. El pantalón era liso y aceptable, pero la parte superior se apreciaba la imagen de un pingüino dormido con las mejillas sonrosadas, lo único que podía decir a su favor es que parecía cálido y muy suave al tacto.

—¿Vas a entrar o vas a permitir que me congele?

Sloan pareció salir de su aturdimiento, quizá después de todo no había sido buena idea visitar a Madison a una hora tan

intempestiva.

—Sí. Disculpa.

Ella cerró la puerta, se envolvió en sus brazos y no pudo evitar temblar a causa del frío, hizo un esfuerzo casi titánico porque los dientes no le comenzasen a castañear.

—¿Kate y los niños están bien?

A él la pregunta le pilló desprevenido, pero aún así respondió:

—Espero que sí.

Madison le miró con ojos entornados.

—¿Ha sucedido algo grave?

—Creo que no.

Ella abrió la boca y la cerró de golpe, sin saber muy bien a qué atenerse.

—Sloan, ¿te encuentras bien?

—Perfectamente.

Vale, aquello no tenía ni pies ni cabeza. Llevaba varios días sin saber nada de él y de repente, se presenta en la casa a una hora muy poco social.

—Si no tienes nada que decirme y todo el mundo se encuentra bien, me vuelvo a la cama. Buenas noches, Sloan.

Ya había andado al menos diez pasos en dirección contraria cuando la voz de él la detuvo.

—Necesito hablar contigo... —carraspeó buscando las palabras más adecuadas, pero, si de algo estaba seguro es que el whisky no ayudaba en absoluto.

—¿A estas horas?

—Bueno... se podía decir que aún es una hora prudente.

Madison notó un escalofrío por la espalda. Se estaba quedando helada.

—Voy a ponerte en antecedentes, Sloan porque veo que estás un poco espeso esta noche —le dedicó una sonrisa cínica—, hace varios días que no sé nada de ti y hoy, según tú a una hora prudente, llamas a la puerta y me dices que te urge hablar conmigo, ¿voy bien encaminada?

—Parece ser que sí.

Ella desanduvo los pasos que había dado y se situó frente a él, colocó las manos en las caderas e ignoró el frío que traspasaba las plantas de sus pies.

—¿Te estás quedando conmigo?

A Sloan la situación se le iba de las manos e intentó por todos los medios no fijarse en los pechos bamboleantes de Madison, el frío hacía que sus pezones duros y firmes traspasasen la tela del pijama.

De pronto, sin previo aviso Madison se acercó más a él y lo olfateó con brusquedad. Él retrocedió dos pasos por pura precaución, la deseaba de una manera que jamás hubiera podido imaginar.

—No puede ser —dijo más para sí misma que para su acompañante—. ¿Has bebido?

Sloan no tuvo que responder a la pregunta porque Madison lo hizo por él.

—¡No me lo puedo creer! ¿Te presentas aquí borracho?

Sloan apretó la mandíbula con fuerza.

—No estoy borracho y puedo explicarlo.

—¿Puedes explicarlo?

La situación iba de mal en peor, necesitaba unos segundos a solas y así poder poner sus ideas en orden. Así que lo único que se le ocurrió decir fue:

—Así es, pero antes necesito ir al baño.

Madison soltó el aliento de golpe con un gesto de impaciencia, después señaló la puerta del aseo.

—Gracias.

Sloan bajó la cremallera de su chaquetón y pasó por su lado, a una distancia prudencial.

«Amigo, estás en un buen lío».

Connor tenía razón. Todo esto era una locura.

Cuando Sloan salió del aseo, Madison llevaba una chaqueta gruesa de lana y zapatillas. Él había estado manteniendo una conversación consigo mismo frente al espejo nada útil y eso le hacía estar aún más nervioso.

—¿Has cenado?

—No, pero no es necesario que prepares nada. —El chaquetón que llevaba colgado del brazo lo dejó apoyado sobre el respaldo de una de las sillas de la cocina.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Ha quedado algo de pizza, ¿te apetece?

—No quiero ser ninguna molestia.

Esta vez ella lo observó con gesto adusto. En sus ojos él pudo leer «ya lo estás siendo».

—Mientras caliento la pizza en el microondas, puedes sentarte en el sofá.

Él obedeció sin rechistar.

—Como si estuvieses en tu casa.

El tono mordaz de Madison lo aguijoneó.

Sloan agradeció la calidez que le ofrecía el sofá. Después de todo había sido una buena adquisición. Kate se había empeñado en que debía ser ese en concreto y él simplemente lo había aceptado a regañadientes, pero debía reconocer que las mujeres tenían un sexto sentido a la hora de ir a comprar.

El microondas emitió su característico pitido indicando que se había consumido el tiempo. Sloan se fijó en cómo se movía Madison por la pequeña cocina. Sus movimientos eran pausados, parecía no tener ninguna prisa y eso le gustó. Abrió uno de los armarios y cogió un vaso de cristal. A continuación lo llenó, casi hasta el borde, con zumo de naranja.

Se acercó a él, con un plato de pizza en la mano y el vaso de naranja en la otra.

—Toma, creo que te sentará bien. Luego te prepararé café, creo que lo necesitas, al menos una cafetera llena.

—Gracias. —Dejó el vaso sobre la mesa y prestó toda su atención a las dos porciones de pizza de queso, beicon y champiñones que tenía ante sí. Olía de maravilla.

—Puedes dejar de darme las gracias y decidme a qué has venido.

Madison eligió sentarse al otro lado del sofá, cruzó las piernas y brazos bajo el pecho y esperó pacientemente a que Sloan diese el primer bocado a su cena.

— Uhhmm... Está buenísima. ¿La has preparado tú?

— Sí. Me alegro de que te guste.

El estómago de Sloan agradeció el bocado sólido y caliente. Bebió un trago de zumo de naranja y seguidamente, dejó el plato y el vaso sobre la pequeña mesa.

— Verás. — Se inclinó hacia adelante, apoyó los codos sobre las rodillas y dejó caer las manos entre las piernas —. Ni siquiera sé por dónde empezar. — Soltó un resoplido—. Pensarás que estoy loco por el simple hecho de no poder confiar en la gente, no es algo que haga a propósito, es como una maniobra de defensa que me he autoimpuesto para protegerme de mí mismo y de todo lo que pueda hacerme daño, y cuando tengo que romper esa barrera, no sé cómo hacerlo. He pasado lo mío estos últimos años, y he llegado a conclusión de que este mundo podría llegar a ser el purgatorio de otro. — Se obligó a mirar a Madison y vio cómo ella enarcaba una ceja—. Desde el día que Amanda me dejó, mi forma de ver el mundo cambió, me recliné aquí, con los míos, levantando un muro excesivamente alto que hasta a mí me cuesta escalar.

— ¿Amanda?

— La madre de Scott — aclaró.

— Y... ¿tu mujer? — preguntó ella con cierta reserva.

— Mi ex mujer — puntualizó—. Desde ese mismo instante me juré a mí mismo no volver a sentir nada por el sexo opuesto. Durante todos estos años he sobrevivido a mi propio infierno. Siempre a la defensiva, con cuidado de no dar ni darme ningún tipo de esperanza.

— Y, debo pensar que eso es lo que has hecho conmigo. Estar a la defensiva y no darme esperanza alguna, levantar un muro más alto solo para mí. ¿Es así?

— Más o menos.

Ella elevó los pies al sofá, rodeó las piernas con los brazos, suspiró y apoyó la barbilla en las rodillas.

— Esto me lo podrías haber dicho en otro momento. ¿Por qué ahora?

Sloan apretó los labios con fuerza hasta formar una línea

muy fina con ellos.

—He estado con Connor y he comprendido que debía hablar contigo de forma inmediata.

—¿Connor, el médico?

—Veo que ya ha habido alguien que te ha hablado de él.

—Eso parece.

Sloan se presionó los ojos con los dedos.

—Mira, Madison, esto no está saliendo según lo previsto, será mejor que me vaya. —Sloan hizo además de levantarse.

Una especie de alarma se encendió dentro de ella.

—Déjame recapitular, por favor —añadió antes de que Sloan se pusiera en pie. Él aceptó y se quedó donde estaba. Bajó la mirada incapaz de mirarle a los ojos—. Al parecer tienes miedo de lo que estás empezando a sentir por mí, ¿cierto?

Él asintió con cierta reserva, como si todo aquel embrollo tuviese sentido.

—¿Esa ha sido la razón por la que te has mantenido alejado de mí todo este tiempo?

—Así es.

—Bien. Y algo o alguien ha hecho que te replanteases la situación.

—Más o menos.

El corazón de Sloan martilleaba con fuerza dentro de su pecho, tuvo que hacer un verdadero acto de fe para mirarle directamente a los ojos.

—Y, ¿a qué conclusión has llegado, Sloan?

Él frunció el ceño y apretó los labios.

—Soy un hombre de costumbres, Madison —Miró hacia el techo con un gesto de cansancio—, y lo que siento por ti me sobrepasa, no tengo ni idea de cuál es el siguiente movimiento que debo hacer al respecto.

—¿Me deseas, Sloan?

Él volvió a centrar la mirada en ella, como si tuviera la urgencia de saber que había sido ella quién había formulado esa cuestión.

—No sé a dónde quieres llegar con esa pregunta.

—Tú solo responde.

La mirada de Sloan descendió hasta la boca de Madison y, seguidamente, volvió a sus labios.

Decidió ser sincero.

—No puedo dejar de pensar en ti. Ocupas todas las horas de mi existencia.

Madison lo miró largamente y luego se puso de pie, le tendió la mano y él no pudo rechazarla.

—Creo que es hora de que nos demos una oportunidad, ¿no crees?

Él la observaba como si intentara leer su mente, no deseaba dar un paso en falso, más que su mente deseaba leer su alma. Fue entonces, casi sin pretenderlo, cuando aceptó su mano.

—¿Estás segura?

Ella sonrió de una forma tan sensual que él se excitó en el acto.

—Madison... yo...

Ella le puso un dedo en los labios para que guardase silencio.

—Es una lástima que no lleves kilt, me hubiese encantado saber que lleváis los escoceses bajo ese atuendo.

## CAPÍTULO 23

Lo primero que pasó por la mente de Sloan es que debía marcharse y dejar aquel asunto como estaba, pero no podía, claro que no podía, eso era algo imposible solo por el simple hecho de tener entre sus brazos a una mujer preciosa que lo excitaba de una manera que hasta ahora no había conocido. Madison era especial, desprendía calidez y al mismo tiempo sensualidad y él necesitaba con urgencia tanto ese calor como esa pasión, anhelaba ese abrigo para su alma.

Madison notó cómo la mano de él subía por su cuello y se hundía en su cabello. Estaban a pocos pasos de la cama, pero parecía que ninguno de los dos tenía prisa por llegar a ella.

Sloan rodeó el cuello con sus manos y metió la cabeza en la curva de su cuello dejando un reguero de suaves besos sobre su piel.

—¿Estás completamente segura de esto?

El aliento de Sloan llegó a Madison como una corriente de pura excitación. No estaba segura de nada, pero deseaba que él se quedara con ella, anhelaba que él la abrazase y le dijese que todo iba a salir bien. No había vuelta a atrás, además estaba segura de lo que quería cuando Sloan le había formulado la pregunta. Deseaba hacer el amor, compartir una noche con él, estaba casi segura de que cambiarían las cosas, claro que ya nada sería lo mismo. No conocía lo suficiente a Sloan, pero reconocía a un tipo comprometido consigo mismo cuando lo veía y él era así, el hecho de que él estuviera allí con ella no era un acto casual, era una decisión muy meditada con sus pros y sus contras.

Al ver que ella no respondía, Sloan insistió de nuevo.

—¿Madison?

Los labios de él vibraron contra su piel y ella tuvo que hacer un esfuerzo, casi imposible, para dar una respuesta.

—Sí —susurró ella.

Él apartó la boca de su piel y ella lo lamentó en el acto, la apartó lo suficiente para poder mirarla a la cara. Sustituyó los labios por la yema de su dedo índice que ascendía y descendía por la línea de su cuello hasta el delicado hueso de la clavícula.

Sus miradas se entrelazaron.

—¿Sí?

Ella solo pudo asentir.

—Aún estamos a tiempo, una vez que hayamos comenzado no habrá vuelta atrás, ¿lo comprendes?

—Perfectamente.

Sloan le ofrecía una salida, ese detalle era muy loable por su parte, pero ella finalmente la rechazó.

—Bien.

Él se acercó despacio, la acarició con la mirada, como si le quisiera dar tiempo para cambiar de opinión, pero ella no lo hizo, se limitó a separar los labios y esperar su beso.

Al principio, el contacto de sus bocas fue suave, como un ligero aleteo de mariposa. Él buscó una postura adecuada para amoldar su excitación, la necesitaba ya mismo, pero se obligó a ir despacio, quería que se deshiciera en sus brazos, necesitaba hacerla comprender lo importante que ya era para él. Madison se merecía preliminares, como esos pequeños toques eróticos que la hacían gemir.

Las manos de ella fueron directamente a la cintura de él, desabotonó con sumo cuidado su pantalón, pudo palpar con sus dedos el miembro duro y erecto de él y eso la envalentonó aún más.

—Me gusta.

—¿Mis pantalones? —bromeó él.

Ella rio contra la boca de Sloan.

—No exactamente.

—Eso está bien.

Él atrapó con los dientes y suma delicadeza el labio inferior de Madison y lo succionó despacio, saboreando cada instante.

— He de confesar que tu pijama está comenzando a excitarme.

Se separó lo suficiente para acariciar con el pulgar el pezón erecto que despuntaba sobre la camisa del pijama. Madison no llevaba sujetador y eso hizo que Sloan se excitara aún más. Asaltó de su nuevo la boca de ella, su beso se volvió dominante y su deseo por ella llameó sin saber cómo extinguirlo.

—Este pingüino tiene algo especial —susurró en el instante que sus bocas se separaron.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una burbujeante carcajada. Él aprovechó el movimiento para mordisquear su sensual y delicado cuello.

De un solo impulso hizo que ella le rodease con sus piernas la cintura, sus bocas quedaron a la misma altura. Madison soltó un gemido de pura excitación.

—Me gusta tanto que voy a comerlo.

Madison quedó atrapada contra una pared y el cuerpo de Sloan.

Él le dedicó una mirada lasciva, y luego, bajó unos centímetros la cabeza, atrapó al mismo tiempo la tela como unos de sus senos firmes. Madison sintió que perdía todo sentido con la realidad. Él succionó con tal fuerza que ella tuvo que enredar sus dedos en el pelo de él para no perder el equilibrio.

Ese hombre sabía lo que hacía.

Sloan bajó las manos por la parte superior del pijama hasta llegar al extremo, una vez ahí, tiró de la prenda hasta que logró deshacerse de ella.

Madison no percibió el frío, solo la pasión que la consumía por momentos. Sloan aprovechó la situación para

llevarse a la boca el seno desnudo de ella, el pezón se convirtió en una cereza suave y dura al contacto con su lengua, primero se recreó en uno de sus pechos y luego en el otro. Madison arqueó su espalda, como si así quisiera darle mayor accesibilidad y él temiendo que pudieran caer los dos al suelo, se volvió con ella en brazos, dio unos pasos tambaleantes y la tiró literalmente sobre el colchón.

—Esto es solo el principio, Madison. Juro por Dios que te voy a devorar y recorreré cada centímetro de tu piel.

Le bajó los pantalones arrastrando con ello sus bragas.

Ella, sin ningún tipo de pudor, se abrió a él.

—Eres demasiado hermosa, cariño.

Madison se sintió abrasada por su escrutinio y sus palabras.

Sloan acarició la unión de los muslos de ella y percibió la deslizante humedad que rezumaba de su excitación.

La tensión que él sentía en la zona de la pelvis lo estaba matando. Necesitaba a Madison ya mismo.

Ella le echó los brazos al cuello y tiró de su cabeza hacia la de ella.

—Ahora, Sloan.

Él enterró su cara en el hueco de su cuello mientras luchaba con sus pantalones, cuando se deshizo de toda la ropa, levantó la cabeza y la observó fijamente. Madison era hermosa tanto en cuerpo como en alma, y le pertenecía a él, de eso no le cabía ninguna duda. Lo que ocurría es que ella aún no lo sabía.

Besó y lamió cada resquicio de su vientre antes de alinear su sexo con el de ella, le encantaba su sabor, su aroma, y después embistió con fuerza en su interior.

Ella aceptó la intromisión levantando las caderas para que su penetración fuese más profunda. Sloan gimió de puro placer.

Arremetió de nuevo contra ella con un ritmo pertinaz mientras intentaba saciar esa necesidad que parecía consumirle por momentos, sintió cómo Madison temblaba

contra su cuerpo, después un gutural gemido escapó de la garganta de ella, luego un sollozo de puro éxtasis acompañado de una ondulación producida por la intensidad del orgasmo. Solo entonces, en ese mismo instante, él se permitió tener su propia liberación.

Durante ese acto de amor, le había ofrecido a Madison todo su amor junto sus miedos y promesas de futuro, se había dado a ella y esperaba no tener que lamentarlo nunca.

\*\*\*

Madison despertó cuando un grácil halo de luz absorbió de forma tenue las sombras de la habitación. Estaba cansada, pero feliz. Sloan la había despertado en mitad de la noche y le había hecho el amor una vez más, en esta ocasión fue algo más dulce y entrañable, pero sin perder en ningún momento esa energía que le caracterizaba. Mientras le hacía el amor, le había susurrado al oído palabras apasionadas y ella no había podido más que dejarse llevar por ese tono de voz profundo y sensual.

Sloan era especial, de eso no cabía duda, pero necesitaba saber en qué posición la dejaba esa noche, era algo muy diferente a lo que había sentido con otros hombres con los que había compartido cama o a lo que percibía con Justin. Claro que con Justin no había mantenido nunca ningún tipo de contacto sexual, pero su amigo la conocía a la perfección y valoraba su compañía. Algo realmente valioso hoy en día.

Sloan le causaba una mezcolanza de sentimientos aún por definir y debía reconocer que el sexo con él era... era maravilloso y de lo más satisfactorio.

—¿Estás despierta?

La mano de Sloan le acarició un pezón y la respuesta de su cuerpo ante ese roce fue inmediata.

—Creo que sí —dijo ella con voz somnolienta—, si sigues con esa técnica no saldremos de esta cama en todo el día e imagino que tendrás obligaciones.

Él rio y apoyó el codo en el colchón, después, besó el hombro de ella.

Podía haberse sentido incómoda despertándose a su lado, pero para su sorpresa inicial, no fue así y eso la desconcertó.

—La verdad es que tengo una mañana ocupada.

—Me lo suponía.

Sloan deslizó el brazo hacia abajo y abrió la mano sobre el vientre de ella.

—Quiero que sepas que ha sido una noche perfecta.

Ella no podía verlo porque se encontraba de espaldas a él, pero la calidez que desprendía el cuerpo de Sloan le abrigaba de tal forma que se permitió cerrar los ojos solo unos segundos.

Se produjo un silencio que ella necesitó llenar.

—Ha sido maravilloso, Sloan.

Él garabateó con la yema de los dedos dibujos inconexos sobre su piel.

—Tengo que preguntártelo.

—¿El qué?

Él pareció meditar unos segundos.

—¿Esto se va a volver a repetir o ha sido un hecho aislado?

—¿Tú quieres que sea un hecho aislado?

Él frotó su nariz contra el cuello de ella.

—Sabes que esa no es la respuesta que deseo escuchar, Madison. No le busques tres pies al gato.

Ella apartó la vista de la ventana y de las primeras luces del alba, se giró hacia él. Le sorprendió que Sloan pareciese estar aguantando la respiración.

—No he tenido mucha suerte con mis relaciones anteriores, generalmente han sido esporádicas sin nada que lamentar después.

—Y, ¿esta va a ser así?

A Madison le hubiese gustado olvidarse de la pregunta y besarle hasta perder el sentido, pero, por alguna razón, no lo

hizo.

—Si te soy sincera, no estoy segura. —Pudo ver cómo la sombra de la duda se adueñaba de los ojos de Sloan.

—Entiendo.

Ella no lo creía.

—Sloan —comenzó a decir—, quiero ser sincera contigo más que conmigo misma, ayer mi único pensamiento era irme y no volver nunca más, y esta mañana, estoy aquí, en la cama contigo después de una noche memorable. Tengo la impresión de que mi brújula no apunta a la dirección que yo deseo que lo haga.

Él deseó salir de la cama y alejarse, pero por alguna razón desconocida no lo hizo, se limitó a apuntalar con más fuerza el codo en el colchón y recostar su cabeza en la palma de su mano.

—Creí que te estabas adaptando.

Ella de haber podido se hubiese echado a reír.

—Vine para hablar con la hermana de mi madre y hasta ahora solo me he topado con un muro de amargura y recelo.

—Necesitas más tiempo, eso es todo.

—¿Tú crees?

—Cariño, no conoces a los escoceses. Somos brutos e irascibles por naturaleza.

Ella se rio a medias.

—¿Tú también eres así?

—Creo que entro en esa definición; así que sí.

—No la culpo, ¿sabes? —dijo refiriéndose a su tía Ellen—. Mi madre no intentó un nuevo acercamiento para solucionar este tema, además ambas tienen su parte de responsabilidad, aunque mi madre ya no pueda decir ni hacer nada al respecto.

Él estudió su rostro ceñudo y se sintió derrotado. No tenía las respuestas que Madison tanto anhelaba, pero lo único que podía ofrecerle, por ahora, era su apoyo incondicional.

—No sabes lo que ocurrió exactamente, Madison.

Debes dar un voto de confianza a tu madre, quizás hubo algo o alguien que no la aconsejó bien o decidió que su marcha era lo mejor para todos excepto para ella misma, pero por lo que me has contado hasta ahora... — acarició su mejilla con los nudillos mientras la miraba atentamente—, Fiona quería que supieses la verdad sobre su historia. Ella se podría haber llevado su secreto a la tumba y no lo hizo, dejó esa carta para ti.

Madison sopesó la sinceridad de la respuesta de Sloan. Sabía que en parte tenía razón.

—Kate me dijo algo anoche que me hizo pensar.

—¿Se puede saber que fue lo que te dijo?

—Que tarde o temprano tendré que enfrentarme a la realidad.

—Y tiene razón.

Él dejó su mejilla para acariciarle el pelo y a ella le encantó el gesto.

—Y que, según los escoceses, no hay medicina para el miedo.

Sloan se detuvo, la miró a los ojos pero no apartó la mano de su cabello, se limitó a sonreír.

—Cuando vea a Kate tendré que darle las gracias, yo no podría haberlo expresado mejor. Tiene razón.

—Eso es lo que me da miedo, Sloan, irme y no haber resuelto este asunto.

—Entonces, no te vayas. Te estás haciendo un hueco aquí. — Omitió que ella era importante en su vida, no era el momento, aún no—. Estás creando con tus manos, mira esa cómoda que estás restaurando, es fantástica y ya lleva tu estilo, tu firma. Aquí estás dejando libre tu imaginación, estás creando algo tuyo, estás dando forma a tus ideas, a lo que siempre, según tus propias palabras, has querido hacer. Déjate llevar por una vez en tu vida, no pienses, no hagas planes.

Él retomó su contacto y comenzó a rastrillar el cabello de ella con sus dedos.

—Quédate, Madison.

La súplica la atravesó como un rayo, se encontraba desorientada, pero al mismo tiempo feliz. Sloan tenía razón, estaba creando algo que siempre había querido hacer, pero al mismo tiempo no podía dejar de pensar que vivía una sensación de lo más extraña. Y lo peor de todo era que no sabía con certeza si lo que iba a descubrir le iba a gustar.

## CAPÍTULO 24

—No es tan complicado, mamá.

Kate hizo un esfuerzo por mantener los nervios bajo control. Había llevado los niños al colegio y después había decidido, meditando a fondo la cuestión, acercarse hasta casa de sus padres con la esperanza de que su madre escuchase lo que tenía que decirle, pero debía haberlo sabido con antelación: su madre se negaba a mantener una conversación donde la protagonista fuera Madison.

—Un no es un no, Kate. Ya eres mayorcita para entenderlo, y no me gustaría que siguieras insistiendo en este desagradable asunto.

—¿Desagradable asunto? ¿Así defines a la hija de tu hermana?

Ellen, que en ese mismo instante estaba vertiendo agua en una taza, dejó el hervidor sobre la encimera y lanzó una mirada impía a su hija.

—Hay muchas cosas que no sabes, Kate, así que será mejor que no te dediques a juzgar a nadie.

Kate soltó todo su desazón en forma de una bocanada de aire.

—Creo que esta situación no es justa para nadie; si te interesa saberlo, eso es lo que realmente pienso.

Ellen era presa de un sinfín de emociones contradictorias, pero no se permitió caer en ninguna de ellas. Conocía a su hija a la perfección. Kate era demasiado vulnerable y sentimental, un rasgo heredado de su padre, no de ella.

—Pues deja de pensar.

La orden dejó a Kate helada.

—Y haz las paces con tu hermana —prosiguió—, eso es lo que realmente debe importarte, no una desconocida venida de no sé dónde.

Su madre había sido siempre una mujer dura de roer, pero esa respuesta era demasiado. Kate iba a replicar cuando la puerta principal se abrió y para su desgracia la recién aparecida no era otra que su hermana. Controlar un frente estaba siendo peliagudo, con dos personas contra ella, sabía ya de antemano que no saldría victoriosa.

—Mamá, Kate —saludó a esta última sin ningún tipo de emoción—. La verdad es que no esperaba encontrarte aquí.

Kate pensó que Rosemary no tenía mal aspecto, es más, podría decirse que en su tono de voz se dejaba entrever una nota de engreimiento.

—Hola, Rosemary. Espero que tanto tú como Harry estéis bien.

Rosemary forzó una sonrisa cínica.

—La verdad es que mi marido está mucho mejor que yo. —Hizo un mohín con los labios y seguidamente se acercó a su madre y depositó un leve beso en su mejilla. Kate dudó que hubiese habido algún tipo de roce entre su madre y hermana—. Yo voy tirando.

—Le estaba diciendo a Kate que deberíais hacer las paces de una vez por todas. —Ellen sacó otra taza del armario y repitió la misma operación que con las dos anteriores, vertió en ella agua hirviendo—. Sois hermanas y vuestro deber es llevaros bien.

Kate tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no replicar a su madre. Podría decirle muchas cosas al respecto entre la relación que debía existir entre hermanas. Ella estaba repudiando a la hija de la suya, pero optó por guardar silencio.

—Tengo entendido que a los niños los cuida Madison.

A Kate no le extrañó en absoluto que su hermana tuviera esa información en su poder. Después de todo, Uig era

un pueblo muy pequeño donde todo el mundo sabía lo que hacían los demás.

—Así es. Es muy amable.

—Rosemary estará encantada de cuidar de Matt y de Elliot —repuso su madre en un tono hosco.

Kate se humedeció los labios sin saber muy bien que decir, como de costumbre su madre hablaba por Rosemary. Ese detalle no le pilló desprevenida, sin embargo, ella no pudo evitar sentirse como un pequeño cervatillo acechado por dos leonas.

—Solo debes pedir disculpas a tu hermana y todo quedará arreglado. —Su voz sonó cortante—. Debes reconocer que no estuviste a la altura de la circunstancias cuando vino a cenar el reverendo Mills.

Rosemary levantó la barbilla con cierto toque de orgullo que lo único que hizo fue enfadar aún más a Kate.

—No he hecho ni dicho nada que pueda ofenderla, nada en absoluto —recalcó—, no creo que deba pedirle perdón.

—¿Te das cuenta? —preguntó Rosemary a su madre—. Esa altanería suya es su perdición.

—Kate, por favor... —le rogó su madre.

Ella se envolvió en el círculo de sus brazos, como si quisiera protegerse de aquella súplica.

Ellen ofreció una taza de té a su hija mayor e iba a hacer lo mismo con Kate cuando esta la rechazó.

—¿Se puede saber a qué viene esa actitud, Kate?

—Solo quiero respuestas, no té. ¡Quiero saber lo que ocurrió entre Fiona y tú! —exigió a su madre.

Ellen arqueó una ceja y arrojó a su hija una mirada de total incredulidad.

—El pasado debe quedarse ahí, en el pasado. No tengo más que decir.

Los labios de Rosemary se arquearon con una sonrisa lenta y maliciosa que no pasó inadvertida para Kate.

—¿Tú sabes algo? —le preguntó a su hermana.

—Lo que yo sepa no es de tu incumbencia.

Kate sintió cómo el corazón dio un vuelco entre sus costillas. Jamás hubiese imaginado que su hermana le respondiera con ese desdén.

—Solo quiero saber lo que ocurrió antes de nacer yo, eso es todo, necesito entender esta situación de una vez por todas.

—Kate —comenzó a decir su hermana—, o haces frente al pasado o te acaba devorando y tú mejor que nadie debería saberlo.

—¡No metas a Tom en esto! —vociferó Kate fuera de sí—. Soy consciente de que me estáis ocultando algo y tú —gritó dirigiéndose a su madre—, te has declarado juez, jurado y verdugo y déjame advertirte que la vida no es así.

—¡No te atrevas a levantarme la voz, Kate! En esta casa respetamos a nuestros mayores y te recuerdo que tú fuiste la última en nacer.

Kate estaba herida de muerte, no tenía ni idea de cómo mitigar ese dolor que la estaba abrasando por dentro. De pronto retrocedió veinte años, se vio a sí misma como una niña delgada y de largas trenzas que lloraba sin consuelo a causa de los celos de su hermana hacia ella y la actitud prepotente y rencorosa de su madre. Negó con la cabeza, sin poder creerse lo que estaba sucediendo. Solo se le ocurría una respuesta y era que donde había una pequeña mentira, había otra más grande. La cuestión era averiguar de qué se trataba.

Recogió su abrigo y su bolso y decidió largarse de allí.

—Kate, no te atrevas a irte o te arrepentirás —le ordenó su madre.

Pero ella ignoró la advertencia, ya había visto y oído todo lo que necesitaba.

Salió rauda de la casa en dirección al taller de su padre. Ignoró el aire húmedo y el viento venido del mar saturado de salitre que la arrojaron nada más salir del que un día fue su hogar. Estuvo a punto de caerse dos veces cuando tropezó con un par de piedras en el camino, pero eso no la

detuvo, siguió corriendo. Quizá su padre tuviera las respuestas que ella estaba buscando, pero para su decepción, el taller se encontraba vacío, como era costumbre últimamente.

Tenía la impresión de que su mundo había comenzado a girar del revés, no desde la llegada de Madison sino desde la muerte de Tom.

Se sintió perdida y sola una vez más, fue entonces cuando decidió seguir caminando hacia ningún lugar. No quería hablar con nadie, solo necesitaba espacio y aprender a romper, de una vez por todas, esa barrera que había interpuesto su madre entre el sentido común y la venganza.

Por primera vez, comprendió lo que debió sentir su tía Fiona.

Se obligó a no pensar en nada ni en nadie, ni siquiera en sus hijos, y optó por correr calle abajo. Anhelaba paz, silencio y sentía una necesidad imperiosa de encontrar un equilibrio en sí misma. Siguió corriendo, no le importaba que la tachasen de loca, al fin y al cabo, todo lo que acontecía a su alrededor era ya una verdadera locura.

\*\*\*

—Tu cara me dice que no has pegado ojo, espero que haya sido una noche productiva.

Sloan ignoró el comentario burlón de Connor y cerró la puerta tras de sí.

—¿Scott no está en casa?

—¿Qué hora te crees que es? Ya se ha ido.

—¿Todo bien por aquí?

Sloan pensó que era curioso cómo un buen amigo de la infancia encajaba perfectamente en cualquier momento de tu vida.

—He de reconocer que tienes un hijo estupendo —dijo Connor cerrando de golpe el libro que tenía entre manos—. Estuvimos hablando varias horas y los dos nos acostamos tarde, hacía tiempo que no escuchaba una mente joven. Es

curioso cómo se deforman los sueños con los años. —Connor se levantó del sillón—. Por cierto, ¿Has desayunado? Aún quedan huevos revueltos y café.

Sloan pensó que Scott habría disfrutado, y mucho, de la compañía de Connor.

—¿Café? —preguntó de pronto.

—Déjame decirte que fuera de Escocia, el café gana por goleada al té.

Sloan no pudo evitar pensar en Madison y supo que Connor tenía razón. Fuera de la isla todo parecía ser diferente y era algo que temía de nuevo.

—Con el café será suficiente. Gracias.

—Entonces, ¿todo bien?

Sloan entró en la cocina, tras Connor. Vertió en una taza aquel brebaje compuesto mayoritariamente por cafeína, aún estaba templado por lo que no le hizo falta calentarlo de nuevo.

—Mejor que bien, pero tengo la impresión de estar pisando arenas movedizas.

Connor apoyó el hombro en la jamba de la puerta de la cocina mientras que con la otra mano sostenía el libro que llevaba aún encima. Conocía bien esa sensación, y ese había sido uno de los motivos por los cuales había decidido regresar a casa.

—¿A qué te refieres?

—Tengo la mala costumbre de sentir algo especial por mujeres a las que no les gusta nada esta parte del mundo —confesó Sloan.

Connor ignoró el gesto agrio de su amigo cuando se llevó la taza a los labios y preguntó:

—¿Madison se quiere ir?

—Vive en Georgetown.

Su amigo silbó con fuerza.

—Al otro lado del Atlántico.

—Así es.

Sloan tenía razón, se enamoraba de mujeres que tarde

o temprano tomaban las riendas de su vida y se alejaban de aquel pueblo pequeño y casi inadvertido en un punto del mapa.

—Eso cambia mucho las cosas. Me gustaría conocerla personalmente.

La mirada de recelo que le lanzó Sloan no pasó inadvertida para Connor.

—No me refiero a eso y tú lo sabes; nunca traicionaría a un amigo.

Sloan lo sabía y quizá por esa razón intentó que la tensión que tenía acumulada en el cuello se fuese relajando.

—Madison encontró una carta de Fiona cuando esta murió —explicó—, no la he leído, pero a grandes rasgos le habla de su procedencia y de la isla de Skye.

—¿Así sin más? ¿Se va de este mundo e intenta solventar su marcha con una carta de despedida que habla del pasado?

Sloan asintió y luego se llevó de nuevo la taza a los labios. Connor esperó pacientemente.

—Y ella decide venir y averiguar lo que había ocurrido en este pueblo hace casi treinta años.

Connor abrió mucho los ojos.

—Problemas a la vista.

—Más que problemas, yo les llamaría icebergs de carne y hueso. Ellen no se ha tomado muy bien la noticia, Rosemary, te lo puedes imaginar. —Al ver cómo su amigo afirmaba con la cabeza, Sloan decidió continuar—. Ian parece estar sumido en una tristeza absoluta, anda como un fantasma por las calles del pueblo y Kate tiene a todos en su contra, tengo la impresión de que es la única sensata de la familia.

—No le envidio el rato a Madison.

—La verdad, yo tampoco —corroboró Sloan.

—Y sin saber por qué, en el transcurso de todo este dilema te has enamorado.

Sloan se pasó la mano por el pelo con una frustración evidente.

—Ni siquiera yo soy capaz de encontrar respuesta a esa cuestión.

—Tío, déjame que te dé un consejo, aunque no me lo hayas pedido. —Se apartó de la puerta y se frotó la frente con los dedos antes de seguir hablando—. Según mi forma de ver las cosas, tienes dos opciones: una, te diviertes y olvidas todo sentido de responsabilidad con Madison, o dos... —formó con el índice y el dedo corazón una V—. Eres sincero contigo mismo y con tus sentimientos e intentas crear algo con ella.

—¿No hay una tercera opción?

Connor se echó a reír.

—Sí que la hay, es la que yo escogí y no te la aconsejo.

Sin más dilación, Connor cogió el abrigo que estaba sobre el respaldo de una de las sillas de la cocina y a continuación, se volvió sobre sus pasos.

—Debo irme, espero que tu día siga siendo de lo más productivo.

Sloan levantó la taza en el aire a modo de despedida.

Ya casi llegando a la puerta principal Connor vociferó:

—Me voy a acercar hasta la casa de mis padres; no olvides que me debes una cerveza por el consejo.

Tras esas palabras, solo se escuchó el sonido de la puerta al cerrarse dejando a un Sloan más solo que nunca. Ni sus mismos pensamientos parecían estar en acuerdo con él.

## CAPÍTULO 25

Connor no pudo evitar pensar en su amigo mientras se dirigía a la casa que lo vio crecer. Lo que sentía en su interior eran demasiados sentimientos encontrados como para poder ponerlos en orden; así que dejó de pensar en sí mismo y lo hizo en Sloan, su mejor amigo. Le comprendía perfectamente. ¿Acaso no había vivido una buena parte de su vida con esa misma incertidumbre arraigada en su corazón? La respuesta era sí, un sí como una catedral de grande.

El día pasado abrazó a Kate, lo había hecho con cuidado, intentando controlar cada movimiento, palabra de consuelo o actitud. Casi salió de la escena y observó la situación como un mero espectador, y por un momento creyó conseguirlo, habría estado a punto de lograrlo de no ser porque ella había apoyado la cabeza en su hombro. En ese mismo instante todas las barreras que había levantado a su alrededor se desplomaron como si una onda sísmica las hubiese arrasado. Kate era pura energía.

Siguió su camino con esos pensamientos que se negaban a evaporarse. Aún llevaba el libro en la mano, era una de esas novelas de misterio que había encontrado por causalidad en la extensa estantería que tenía Sloan en el salón. Necesitaba evadirse y perderse en las hojas y en la trama de una nueva historia, y si había intriga, mejor que mejor. Después, limpiaría algunas estancias de la casa, al menos un par de habitaciones, se prometió a sí mismo, pero también le dedicaría un tiempo a leer. No todo en la vida era trabajo.

Tenía algunas ideas rondando por la cabeza, no estaba muy seguro de cómo llevarlas a cabo, pero si algo tenía claro

era que deseaba dar un nuevo rumbo a su vida. La idea que tenía era quedarse a vivir en el pueblo, al menos una larga temporada, algo en su interior le decía que debía quedarse. Tenía unos ahorros, no era mucho dinero, pero sí suficiente para tomarse unas vacaciones largas fuera del mundanal ruido.

Necesitaba a los suyos, aunque Moira estuviera en España, les separaban pocas horas en avión, y eso ya era importante. Además, su hermana no se quedaría demasiado tiempo en Madrid, la conocía bien y en el fondo era como él, necesitaba volver, tarde o temprano, a su punto de partida. Sin embargo esa decisión debía tomarla ella.

Observó el cielo con cautela, había algo en él que le fascinaba, tan diferente al de África. ¡Cuántas veces había añorado aquellas densas y grises nubes! Demasiadas veces como para enumerarlas. De pronto, se sintió en casa y eso le reconfortó. La parábola del hijo pródigo voló por su mente.

Algo le llamó la atención en el horizonte. Una mujer andaba deprisa en dirección a él, algo extraño en Uig, una especie de alerta sonó en su cerebro. Tardó menos de tres segundos en adivinar quién era.

El corazón le latió más aprisa y sus sentidos se agudizaron al ver aproximarse a la mujer. Estaba demasiado absorto en la figura como para percatarse de que las primeras gotas de lluvia humedecían su pelo.

—Kate —gritó a pleno pulmón.

Ella se detuvo en el acto, como si fuese una orden dada por un superior. Resolló con fuerza y levantó la mirada hacia Connor. Sin razón aparente, su llanto se hizo más evidente.

Connor aceleró el paso y cuando llegó a la altura de Kate no pudo evitar sentirse confuso. Aun así, la abrazó con fuerza y de nuevo, todo el amor que sentía por ella lo dejó sin aliento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupado.

Ella negó con la cabeza mientras escondía el rostro en el pecho de él, sin saber darle una respuesta coherente.

—Kate... Kate —volvió a repetir—. Mírame.

Ella lo hizo, hipó como una niña tras un berrinche.

Connor supo que no podía hablar. Aún con el brazo alrededor de su cintura se encaminó a casa de sus padres. Kate, sencillamente, se dejó llevar y él tuvo que confesarse que sintió cierto alivio cuando fue así.

Durante el trayecto no intercambiaron una sola palabra, solo el sonido de la lluvia rompió esa promesa de silencio.

\*\*\*

Kate, con una taza de té en la mano, pensó que había llevado demasiado lejos la situación vivida con su familia. Debía aprender a dominar sus nervios, necesitaba mantener la templanza ante las adversidades, sin pretenderlo había dado más argumentos a su madre y su hermana para ser atacada de nuevo. Sospechaba que esto podría ocurrir en un futuro muy cercano y se lamentó por ello. Suspiró profundamente e intentó relajarse, sin conseguirlo.

En ese mismo instante se encontraba en una cocina que conocía muy bien, donde tantas veces había estado cuando no era más que una adolescente, cuando su cabeza solo parecía estar poblada de ideas absurdas y de amores imposibles. Allí, en ese mismo lugar, había comido las mejores galletas que hubiese probado nunca, siempre recién horneadas por la madre de sus dos amigos, Moira y Connor.

Pero ya no era aquella chiquilla confusa, era una mujer y debía actuar como tal. La casa estaba fría, a pesar de que Connor había encendido la chimenea, aun así, olía a humedad y a abandono. Sintió lástima por aquellos muros y estancias que en el pasado habían compartido los desvelos y alegrías de una familia.

—¿Estás mejor?

Kate sonrió despacio y observó cómo los ojos de Connor se oscurecían. Tenía una pequeña mancha negra en una de sus mejillas, sin duda producida por la ceniza de la chimenea.

—Tienes... —Señaló con el índice su propia mejilla.

Connor se percató de lo que Kate quería decirle e inmediatamente restregó la palma de la mano por el lugar que ella le indicaba.

—¿Mejor?

—Pues sí —respondió ella al comprobar que no quedaba resto alguno de polvo gris en el rostro de Connor.

—Es la falta de costumbre.

Kate percibió una nota de nostalgia en su voz.

—¿Recuerdas cuando Moira y yo jugábamos frente a esa chimenea? —Un Connor ausente y pensativo se rascó la barbilla. Kate decidió continuar—. Sí lo recuerdas, puedo verlo en tu expresión. —Ella rio de una manera que a él le encandiló—. Sloan y tú siempre nos hacíais rabiar y escondíais en algún rincón de la casa nuestras muñecas. Moira y yo nos volvíamos locas buscándolas, echábamos pestes contra vosotros dos, sin embargo, Tom era diferente, nos ayudaba en la búsqueda u os amenazaba para que nos devolviérais aquellas estilizadas muñecas de medidas imposibles.

Connor pensó que Kate se parecía a aquella muñeca esbelta, de larga melena y de senos generosos. Era curioso que ella no se percatara del parecido. Estaba preciosa, sentada allí en la cocina que le había visto crecer, encajaba perfectamente en aquel marco incomparable, testigo de cómo él se había convertido en un hombre.

—Me gustaba cuando te enfadabas, siempre fruncías los labios de una forma muy especial. Luego abrías la boca y de ella salían sapos y culebras. Recuerdo cómo mi madre te regañaba por todos aquellos insultos que nos dedicabas.

—Fueron buenos años. —Kate se llevó la taza a los labios y bebió un pequeño sorbo de té.

—Los mejores, diría yo.

—Algún día me tendrás que contar qué has hecho durante todos estos años.

Connor arrastró una silla y arañó el suelo con las patas.

—El hecho de salir de la isla no es tan divertido como

algunos lo pintan.

Kate no pudo evitar sentirse presa de un sinfín de emociones contradictorias.

—¿Estás de vacaciones o...? Disculpa —Hizo un ademán en el aire con una de las manos—, no debería haberte preguntado.

—Puedes preguntarme todo lo que quieras, Kate —comentó él mientras rodeaba con sus dedos el respaldo de la silla.

Una lenta sonrisa anidó en los labios de ella.

—Pero ahora no es el momento de hablar de mí sino de ti. ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Siento que me hayas encontrado en este estado, generalmente controlo mejor mis emociones.

—Conmigo no debes disculparte, Kate. —Ella de alguna manera lo sabía—. Lamento no poder ofrecerte un lugar mejor, pero...

—Esta cocina es perfecta, además, tú tampoco tienes que disculparte conmigo, Connor —le interrumpió ella repitiendo las mismas palabras que él había pronunciado unos segundos antes.

—*Touché.*

Kate lo miró largamente y luego asintió con la cabeza.

A Connor se le encogió el estómago y rehuyó su mirada. Tom no estaba, pero sí su lealtad hacia él.

—¿Te gustaría explicarme lo que ha sucedido?

El tono de Connor era tan conciliador que no pudo negarse.

—¿Conoces a Madison?

Connor decidió sentarse, se recostó en el respaldo de la silla y seguidamente, cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—No, aún no, pero tengo la impresión de conocerla de toda la vida.

—¿Sloan?

Connor asintió divertido.

—Comprendo. Los hombres también tenéis vuestras conversaciones trascendentales. —Refrenó una sonrisa—. Entre ellos hay algo, ¿sabes?

—Eso tengo entendido.

—El amor en muchas ocasiones puede llegar a ser complicado.

Connor le sostuvo la mirada. No podría estar más de acuerdo con ella.

—Lo que ocurre es que solo nos enamoramos una vez de verdad.

Kate se llevó la taza a los labios, sin dejar de observar al hombre que tenía ante sí, luego dejó que el té impregnase su boca. Connor siempre había sido una verdadera incógnita para ella y aún lo seguía siendo.

—Hablábamos de Madison —intervino Connor antes de que la conversación se saliese del territorio establecido por ambos—. Es hija de Fiona, eso la convierte en tu prima.

—Así es, y he de confesar que es una mujer estupenda. A mí me ha sorprendido gratamente y los niños están aprendiendo a quererla.

—Eso está bien. Por cierto, ¿cómo están? —preguntó él interesado.

Kate acarició la taza caliente con los dedos, la casa ya no estaba tan fría, aunque el olor a humedad seguía suspendido en el ambiente.

—Elliot, quizás por ser el mayor, lo lleva algo mejor, pero Matt es harina de otro costal. Le está costando horrores hacerse a la idea de que su padre no volverá. —No pudo evitar que la garganta se le cerrase al hablar de sus hijos, pero consiguió dominar las lágrimas—. Tú eres médico, podrías hablar con él.

—Soy médico, Kate, no psicólogo. —En el instante que pronunció esas palabras se arrepintió—. Pero siempre podría darte mi opinión profesional respecto al asunto, aunque hablaría más como amigo que como doctor. A los niños les mola más.

Ella apretó los labios y Connor pudo leer el agradecimiento en su mirada.

—Soy el primero en reconocer que Tom era una de esas personas que cambian tu vida —comentó con voz profunda y baja—. Es complicado para los adultos, mucho más para los niños.

—Tom te quería mucho.

Connor supo reconocer ese sentimiento doliente que siempre le acompañaba.

—Lo sé. Era un gran amigo.

—Me alegro de que pienses así.

—¿Cómo se encuentra la familia de Tom?

—Sus dos hermanos siguen en Londres y su madre está intentando aprender a vivir sin Tom, imagino que como todos. Nuestra relación no pasa por el mejor momento.

Connor comenzó a sentirse incómodo. Hablar de Tom con Kate era algo inevitable, pero quizá no era el momento más adecuado.

—Cuéntame algo más de Madison.

Kate no pareció molesta por el cambio de conversación.

—Es artista y como tal le gusta crear con las manos, pero quizá lo más importante que hay en ella es su carácter. Es dulce, aunque al mismo tiempo puede ser todo lo contrario.

—Me recuerda a alguien.

Kate le devolvió la sonrisa a Connor.

—Supongo que el hecho de compartir genes es lo que tiene. Puede que esa sea la razón por la que nos llevamos tan bien, no lo sé —dejó la taza sobre la mesa—, pero por primera vez desde la muerte de Tom, me siento mejor y creo que Madison tiene mucho que ver con esta nueva situación.

—Os conocéis hace poco tiempo.

—Eso es cierto, pero con el paso de los años aprendes a valorar otros aspectos de la vida, como en quién confiar o no.

—Doy por hecho que confías en ella.

—Sí y los niños también lo hacen. —Kate, sin saber

qué hacer con las manos, entrelazó los dedos—. Matt, por ejemplo... me doy cuenta de que ríe con más frecuencia, ya no hay tanta tristeza en sus ojos, sus dibujos tienen más color y son más alegres. Aunque aún no pronuncia una sola palabra, sé que está evolucionando bien y también sé que Madison tiene algo que ver en ello.

—El duelo siempre es duro, Kate. —Connor se adelantó y apoyó los codos en las rodillas—. Soy consciente de que lo que te voy a decir no es fácil, pero debes tener paciencia con todo aquello que te preocupa.

—¿Te refieres a mi madre y mi hermana?

—A todo, Kate, y mucho más con ellas. Todo cae bajo su propio peso. Mira... —Pegó de nuevo la espalda al respaldo de la silla, alejándose así de ella—. Nadie, hasta ahora, conocía la existencia de Madison, pero un día llegó al pueblo, pilló por sorpresa a todos y los vecinos, que nosotros conocemos de toda la vida, reaccionaron a esa intromisión, unos mejor que otros. Con esto intento decirte que todo cambio tiene su propia reacción. Tu prima ha llegado a tu vida en el momento más idóneo, a mi parecer. Sin embargo no es el caso de tu madre y tu hermana.

—Podían ser más comprensivas al respecto.

Connor apoyó un brazo en la mesa.

—Podrían, sí, pero tú no habías nacido cuando Fiona se fue. Tom, Sloan y yo éramos aún pequeños, pero no tanto como para no percatarnos de que algo pasó con los Campbell. —Soltó una especie de bufido—. Ojalá pudiese ser más conciso, pero no recuerdo lo que sucedió exactamente, no obstante, sí la repercusión que tuvo en su momento. Quizá tu padre o Graham te puedan ayudar a encontrar lo que buscas.

—Mi padre está más raro que de costumbre y desde la llegada de Madison el pueblo se ha convertido en la personificación del silencio. Nadie habla del tema, nadie dice nada al respecto. Mutismo total.

—Eso confirma mi teoría. —Tamborileó con las yemas de los dedos la superficie de la mesa—. Hablaré con Sloan,

quizá él recuerde algo más o haya oído algún comentario. Trabajar detrás de la barra tiene sus ventajas.

—Sí, porque yo en la cocina no me entero de nada.

—Me di cuenta ayer de que trabajas en el pub.

—Han cambiado mucho las cosas desde que te fuiste.

Kate se fijó en que los ojos de Connor se habían endurecido.

—No te creas, Kate. Hay cosas inamovibles. Será mejor que te tomes el té o se quedará frío. —Se levantó de la silla—. Voy a echar más leña al fuego, luego te contaré mis proyectos con la limpieza.

—¿Hay un proyecto llamado limpieza?

—En realidad creo que son varios, pero por ahora solo te contaré el principal.

Kate cogió su taza y a continuación, bebió.

¿Qué había querido decir Connor con inamovibles?

## CAPÍTULO 26

—Ian, tú nunca vienes al pub a una hora tan temprana, ¿qué narices pasa?

El aludido dejó de mala gana la jarra de cerveza sobre la barra.

—Llénala.

Graham tuvo intención de protestar, pero en el último segundo se lo pensó mejor y acató la orden.

—Es la segunda jarra que bebes. ¿Hay algo que te preocupa?

—Pensé que como dueño de un pub, tu única preocupación sería vender alcohol y llenar la caja registradora.

Graham no se dejó amedrentar, se limitó a apoyar ambos brazos sobre la barra, lo que hizo que la distancia entre los dos hombres se acortase.

—Sabes que eso no es cierto, nos conocemos demasiado bien y tú y yo sabemos... —primero señaló con el índice a Ian y luego a sí mismo— que hay algo que ronda esa maltrecha cabeza que tienes. Te lo pregunto de nuevo: ¿Qué pasa?

Ian se pasó la palma de la mano por la barbilla, llevaba un par de días sin afeitarse, quizá fuese esa una de las razones que lo delataban. Era cierto que no solía beber a horas tan tempranas, pero desde que Madison había aparecido en el pueblo, no había dormido más de tres horas seguidas. Saber que Fiona había muerto de cáncer lo estaba matando. Desde su inesperada marcha, muchas teorías habían pasado por su mente, demasiadas, pero él nunca creyó que Fiona hubiese muerto. La conocía bien, sin embargo desde el mismo instante

en el que ella se evaporó de sus vidas, la culpabilidad lo atravesaba cada día como un hierro candente y la herida se había vuelto a abrir.

Nunca se hubiera descrito a sí mismo como un hombre valiente, de alguna manera y sin saber cómo, había permitido a Ellen manejar los hilos de su vida y ahora lo lamentaba con creces, pero ya era tarde, demasiado, para que las cosas volviesen a su cauce. Era importante que hablase con Madison, se lo debía a Fiona.

—¿Recuerdas la sonrisa de Fiona?

«Así que es eso», pensó Graham.

—Es imposible olvidarla.

Los labios de Ian dejaron entrever una media sonrisa.

—Yo la recuerdo muy a menudo.

A Graham no le pilló de sorpresa la confesión de su amigo.

—No podía ser, Ian. Estabas casado con su hermana y eras padre de una niña, era y es así de sencillo.

Ian cogió la jarra y dio un trago largo antes de volverla a dejar sobre la barra. Era comprensible que Graham hablase de esa forma. El amor entre Fiona y él no había pasado desapercibido para muchos.

—Sí. Supongo que las cosas debemos aceptarlas como vienen.

—¿Qué intentas decirme?

Ian apretó la mandíbula con fuerza, su frustración resultó ser palpable.

—Se fue por mi culpa, Graham.

—¿Por tu culpa, dices? No, no lo creo. Fiona era una mujer independiente, a veces pienso que su época era esta, la que ahora vivimos, no la de hace casi treinta años.

Ian también lo creía, quizá eso fue lo que le impidió dar el paso.

—No supe estar a la altura de las circunstancias. Fallé a mi esposa, a mi hija, a mí mismo y lo peor de todo es que perdí para siempre a... —Iba a decir la mujer que había amado, pero

se corrigió—. Fiona.

—Ian, ¿qué intentas decirme? ¿El hecho de que Fiona desapareciera tuvo algo que ver contigo?

Graham observó detenidamente a su amigo. Durante décadas se había rumoreado que Ian y Fiona podrían haber traspasado la barrera que delimitaba la familia, y que entre ellos podría haber habido algo más que el simple parentesco que los unía, pero un día Fiona desapareció, el tiempo pasó dejando solo la sombra de que una vez existió otra McAllen y aquel bulo se fue diluyendo despacio, dando paso a otros rumores bien distintos.

La respuesta de Ian quedó suspendida en el aire cuando la puerta principal se abrió e hizo su aparición Sloan.

—Siento llegar tarde.

Nada más entrar en el pub, Sloan se sintió como un intruso. Pensó seriamente en largarse por donde había venido.

—¿Qué tal, hijo? —saludó Graham.

Fue entonces, tras el saludo de su padre, cuando Sloan se atrevió a avanzar.

—No me puedo quejar. ¿Cómo va todo, señor Campbell?

Ian carraspeó.

—Será mejor que me vaya.

Graham lanzó una mirada de advertencia a su hijo.

«No hables», pareció decir.

—Por cierto, ¿has visto a Madison? —inquirió Ian cansado, más bien agotado.

Esta vez fue el turno de Sloan de carraspear. No sabía muy bien qué decir al respecto. La imagen de Madison entre las sábanas lo asaltó y, por un instante, le hubiese encantado volver con ella, pero debía ser responsable con su trabajo, las obligaciones lo reclamaban.

—La verdad es que no importa. Tengo que irme.

Ian se levantó de su asiento y se dirigió a la puerta. Cuando se hubo ido, Sloan miró a su padre.

—¿De qué va todo esto?

—Déjalo estar —respondió Graham restándole importancia al asunto—. Cambiando de tema, he visto a Scott esta mañana y, la verdad, su actitud me ha parecido de lo más misteriosa.

Sloan pensó que además de tener un hijo muy inteligente, le debía una explicación.

—¿Y qué te dijo?

—Que Connor había dormido en vuestra casa.

Sloan se puso manos a la obra y recogió la jarra en la que había bebido Ian, se dispuso a fregar, así que abrió el grifo.

—Cierto. La casa de sus padres aún no está acondicionada.

—¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo?

—Eso son paranoias tuyas.

Graham no parecía muy convencido con la respuesta.

Sloan enjabonó la jarra y después la aclaró.

—No hay nada por lo que debas preocuparte, todo va bien.

—Pues yo tengo una teoría bien distinta.

—Papá...

—Lo sé, lo sé, tu vida es tuya y solamente tuya. —Levantó las manos en un gesto de rendición—. Hace años que me quedó claro.

Sloan se sintió culpable.

—No debes preocuparte por nada, todo va bien y si es algo del pasado lo que te preocupa, tú mismo me los has dicho miles de veces a lo largo de estos últimos años: el tiempo se ocupa de poner cada cosa en su lugar.

—Ese es el problema, Sloan. —Al ver que su hijo lo miraba extrañado, decidió ser más explícito—. En esta ocasión el pasado lleva el nombre de Madison y viene a ocupar su lugar en nuestras vidas. Y déjame decirte que no hay acción sin una reacción.

Sloan trató de buscar una réplica coherente, pero no la encontró.

Graham había llegado a una conclusión. Madison era el

denominador común de muchas de las cosas que estaban ocurriendo en el pueblo y la actitud de su hijo era una de ellas.

Sin querer ahondar más en la conversación decidió ir a la cocina. Algo estaba a punto de cambiar, o peor aún, ya había cambiado, pensó.

\*\*\*

Madison decidió que iba a conducir hasta Portree. Esa mañana se encontraba repleta de energía, con una buena dosis de ondas positivas, como diría Justin. Pasar la noche con Sloan había sido algo mágico, pero al mismo tiempo se preguntó por los daños colaterales de ese *algo* que ahora mismo no sabría definir.

Debía ser sincera consigo misma, lo había deseado nada más conocerle, Sloan era el típico hombre que no dejaba indiferente a ninguna mujer. Por fin el destino le abría una ventana tras cerrarle una puerta.

Se podía decir que una dosis de buen sexo calmaba los ánimos.

Con ese pensamiento tan sensual salió de casa.

Sloan le había pedido que se quedase, que alargara su estancia y por primera vez en muchos días, esa idea tuvo una oportunidad. Las cosas parecían ir tomando forma y eso comenzaba a gustarle.

Cerró la puerta de la casa y dejó que el bolso se deslizase desde el hombro hasta su mano. La brisa que venía del mar le revolvió ligeramente el cabello, el olor a tierra húmeda llegó hasta ella. Le encantaba esa fragancia creada por la madre naturaleza, así que aspiró con fuerza y llenó los pulmones. Si se lo proponía podría ser feliz allí, no era una idea tan descabellada después de todo. Debía analizar los pros y los contras, pero todo a su debido tiempo.

Introdujo las llaves de la casa en el interior del bolso. La idea de conducir le atraía, además tenía en mente comprar varias cosas, entre ellas material para terminar la cómoda,

algunas provisiones, como por ejemplo una botella de buen vino. Sonrió para sí misma. Debía reconocerlo, le gustaba el goteo de gente que visitaba el que ahora era su hogar.

Se giró con cientos de pensamientos en la mente, y como si fuese un gesto ya calculado se colocó la mano sobre el pecho. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no soltar un alarido.

—Hola, Madison.

Madison tragó saliva mientras intentaba que su corazón ralentizase su ritmo.

—Veo que estás sorprendida.

—Creo... —Intentó buscar un poco de resuello—, que no estamos en igualdad de condiciones. ¿Puedo preguntar quién eres?

Las cejas de la intrusa permanecieron alzadas.

—Es curioso que lo preguntes, pensé que habrías indagado más sobre tu familia. Me decepcionas.

Los ojos de Rosemary estaban inyectados de ira.

—¿Crees que puedes llegar aquí, desempolvar el pasado como si tal cosa y luego vivir feliz y en armonía, como una princesa de cuento de hadas? —prosiguió—. La respuesta es no, en absoluto. Si piensas de otra manera, estás totalmente equivocada.

—Sigo sin saber quién eres. —La voz de Madison sonó con más fuerza.

Las cejas de Rosemary se unieron en una expresión de molestia y exhaló un suspiro de resignación.

—¿Ves a lo que me refiero? Eres tan ingenua como tu madre.

Madison intentó serenarse y trató por todos los medios no dejarse influir por la diatriba de aquella mujer sin escrúpulos. Había algo en ella que le resultaba familiar, pero no lograba averiguar el qué.

—Soy Rosemary, la hermana de Kate —dijo al fin mientras esperaba ver la reacción de la mujer que tenía ante sí. Por supuesto no la defraudó.

La hija de Fiona era más bella de lo que hubiese supuesto en un principio. Tenía unos ojos de un tono muy parecido al del color de la hierba en primavera, y en ese mismo instante tenían una expresión más doliente que sorprendida. Debía reconocer que tenía un buen tipo, las curvas precisas para inquietar a un hombre. Intentó buscar algún parecido con su familia, pero no lo halló.

Madison abrió mucho los ojos y los clavó en ella. Era tan diferente a Kate que nunca hubiese llegado a la conclusión de que eran hermanas. Mientras que Kate era morena y delgada, Rosemary era rubia, media melena rozando casi los hombros, ese corte de pelo hacía que su rostro pareciese más orondo de lo que ya era, de generosas curvas y no excesivamente alta.

Se había presentado como la hermana de Kate, no como su prima. Eso decía mucho de la situación.

El viento otoñal sopló con fuerza, como si quisiera llenar el silencio del momento. Madison se arrebujó en su abrigo y lamentó que su alegría se hubiese evaporado de un solo plumazo por la inesperada visita.

—No creo que hayas venido hasta aquí para decirme solamente que eres la hermana de Kate.

—Chica lista. He de confesar que tienes razón —replicó con voz gélida—. He venido porque quiero que te vayas, que desaparezcas y no vuelvas más por aquí. No es tan complicado, ¿verdad?

Madison calibró el peso de las palabras de Rosemary.

—Y si no... ¿qué vas a hacer al respecto? —La pregunta salió de la boca de Madison sin pensar en las consecuencias.

Los ojos de Rosemary relampaguearon.

—No creo que quieras saberlo. Sé inteligente, como lo fue tu madre, y desaparece de aquí.

La tensión se adueñó de los músculos de Madison.

¿Qué había querido decir con eso?

Rosemary pareció leer la pregunta en los ojos de

Madison. Sus labios dibujaron una sonrisa sesgada.

—Hay muchas cosas que no sabes, Madison —enfaticó el nombre—, y mejor que sigas viviendo en la ignorancia. Ha sido un error venir hasta aquí. Te lo puedo decir más alto, pero no más claro: lárgate.

Madison, atónita, observó cómo Rosemary se volvía sobre sus pasos.

—¡Necesito saber lo que pasó! —gritó Madison rayando la desesperación.

Rosemary, que en ese momento le estaba dando la espalda, se giró y arqueó los labios con una sonrisa perversa.

—Creo que no estás en condiciones de exigir nada.

—¿Por qué mi madre huyó de aquí? —inquirió Madison sin prestar atención a las palabras de Rosemary.

—¿No tienes la impresión de que llegas tarde a todos los sitios, Madison?

La aludida abrió la boca en busca de una réplica, sin embargo no la encontró.

—Otro tema que me gustaría tratar antes de marcharme. —Rosemary sabía cuándo tenía una baza ganadora y en ese mismo instante tenía entre manos la mejor, lo percibía—. Aléjate de mis sobrinos y de mi hermana. No te pertenecen, ni ahora ni nunca.

—¿Y si no lo hago? —se atrevió a preguntar Madison.

—Atente a las consecuencias —alegó con voz tranquila y firme—. Vete, Madison, y no regreses nunca más.

## CAPÍTULO 27

No se podía quitar la conversación de la cabeza, si aquella diatriba sin sentido se podía llamar así.

No entendía ni una sola palabra. ¿Qué sabía Rosemary de su madre? Algo dentro de Madison se removió con más fuerza e hizo que la herida que ya tenía, se hiciese más profunda. ¿Dónde había quedado aquel momento en el que estaba cerrando la puerta, en el que soñaba con una relación incierta con un hombre sensual y cariñoso y un posible futuro en aquellas tierras de belleza extraordinaria? Se había evaporado, como todo aquello que añoraba.

Se acercó al pub en coche, pero no se atrevió a entrar, así que puso una distancia prudencial entre el local y ella.

Había disfrutado de la experiencia de verse tras el volante y volvería a repetirla, sin embargo no tenía ni idea de por qué se había detenido precisamente allí.

En ese mismo instante, decidió que era un buen momento para llamar a Justin. Necesitaba una voz amiga, alguien que le diese un poco de sentido a sus pensamientos. Comprobó la hora. Allí, en Georgetown, aún sería de madrugada, pero no le importó. Justin podría recuperar el sueño después de hablar con ella. Deslizó el dedo por la pantalla táctil de su móvil hasta encontrar lo que necesitaba y después apretó la opción de llamada. Esperó unos segundos mientras observaba los verdes pastos que la rodeaban; podía respirarse paz, tranquilidad, no obstante, esa sensación no lograba serenarla.

—¿Madison?

La voz somnolienta de Justin hizo que tuviese más

añoranza aún.

—Sí. Soy yo. Siento haberte despertado.

—No importa. ¿Todo va bien?

—Depende de lo que entiendas por bien. —Su mirada se perdió en la distancia—. Me apetecía hablar contigo, eso es todo.

—¿A estas horas de la madrugada?

—Supongo que no podía esperar.

El silencio se adueñó de la línea durante unos segundos y Madison decidió romperlo.

—¿Tu padre está mejor?

—Sí. Evoluciona despacio, pero todo parece ir bien. ¿Qué ocurre, Madison?

—Todo y nada.

—Madison, necesito que seas más explícita.

En ese intervalo de tiempo, la puerta del pub se abrió y vio salir a Sloan. Llevaba algo en la mano, pero no pudo identificar lo que era. Al parecer no iba a estar mucho tiempo fuera porque había salido sin abrigo.

—Me gustaría estar ahí ahora mismo, contigo.

—Cariño, nadie te lo impide. Coge el próximo vuelo y en unas horas estarás aquí.

La idea le resultó de lo más atractiva.

Observó cómo el hombre que había pasado la noche con ella se acercaba a un camión de reparto, Sloan le entregó lo que llevaba en la mano al conductor, eran unos cuantos papeles, o bien podían ser albaranes, desde esa distancia no podía estar segura. Desde su posición, Madison pudo escuchar el saludo cordial y las risas improvisadas de los dos hombres.

—¿Madison?

Apretó el borde del móvil con los dedos.

—Sí, sigo aquí.

—Me preocupas.

—Lo sé y lo siento.

Debía centrarse en la conversación.

—En realidad iba a llamarte yo.

—¿En serio? ¿Y eso?

—Se ha puesto en contacto la señora Patterson, la agente inmobiliaria —explicó—. Imagino que te llamará hoy a lo largo del día. Quería asegurarse de que podrías recibir su llamada.

—Dime, ¿hay alguna novedad con la casa?

—Aún no está muy segura, pero me ha comentado que hay una pareja de recién casados que están muy interesados en ella.

Madison se fijó en los gestos de Sloan. Eran vitales, enérgicos, como si en ese preciso momento no tuviese ninguna preocupación. Le envidió. La conversación con el conductor del camión parecía distendida. Sin duda se conocían.

El camionero se apeó del vehículo y anduvo unos pasos hasta la parte trasera. Una vez allí, abrió una de las enormes puertas del camión, y a continuación extrajo de su interior un par de cajas pesadas. Madison se fijó con más atención en el rótulo de una de sus puertas, y así descubrió que el camión pertenecía a una empresa cárnica.

—Madison, ¿sigues ahí? ¿Me escuchas?

—Sí, perfectamente. Disculpa.

—Como te iba diciendo, la señora Patterson me ha llamado, pero hay algo más...

—¿Algo más? —inquirió ella, no muy segura de querer más sorpresas.

—Sí. Al parecer en una parte recóndita del desván, exactamente detrás de un gran espejo, ha encontrado una caja.

Madison recordaba el espejo al cual Justin estaba haciendo referencia, era un espejo ovalado de pie con el marco de madera. Siempre había sido parte de la decoración de la habitación de su madre, al menos hasta que enfermó. Cuando el cáncer avanzó y la quimioterapia hizo que el deterioro físico fuese más evidente, su madre decidió que ya no lo quería allí, así que Madison había optado por guardarlo en el desván.

—Sé de qué espejo hablas, pero no recuerdo haber visto ninguna caja. —Reprimió un suspiro de frustración—.

Limpié a fondo y recogí todas las cosas de mi madre cuando murió.

—Al parecer no fue así. Según la señora Patterson, la caja no estaba en un lugar visible. —Justin enfatizó en las últimas palabras—. La agencia inmobiliaria quería asegurarse de que no había ningún tipo de plaga en la casa y fue exactamente un exterminador quién la encontró.

Madison sin poder evitarlo se echó a temblar y no exactamente de frío. Fue en ese preciso instante cuando Sloan se fijó en ella. Ella cerró los ojos y deseó desaparecer de la faz de la tierra. Quería a su madre, la necesitaba, anhelaba un beso, unas palabras de consuelo, un abrazo cálido, ansiaba tenerla a su lado y no sentirse tan sola y abandonada.

—¿Has abierto la caja? —preguntó insuflándose de valor.

—¿Tú qué crees?

Madison de haber podido se habría echado a reír. Justin era demasiado curioso para no haberlo hecho.

Sus ojos localizaron a Sloan, este la miraba con los párpados medio cerrados, ella intentó ignorarlo, sin embargo, no lo consiguió.

—Bien, ¿y me vas a decir de una vez lo que había dentro de esa dichosa caja? Espero que no sea la decoración de navidad —inquirió ella irónica, sabiendo que su propia pregunta era del todo banal.

Justin rio a través de la línea.

—No, no hay ningún tipo de decoración. Son fotos y una especie de diario que no me he atrevido a leer.

A Madison pareció faltarle el aire. No sabía a ciencia cierta si era por el comentario de Justin o porque Sloan acortaba distancia para llegar a ella. Por Dios bendito, sus pasos eran alargados y convincentes, su seguridad, abrumadora y decisiva. Se lo imaginó con una espada en la mano y ante ella apareció el guerrero que tantas veces había imaginado.

—¿Puedes enviarme las fotos por Whatsapp? —preguntó intentando que no le flaquease la voz.

—Claro que puedo. Lo iba a hacer cuando amaneciese. Cuando hablé con la señora Patterson imaginé que estarías durmiendo y no quise preocuparte.

Si Justin supiese que no había pegado ojo en toda la noche por culpa de un hombre que en ese mismo instante tenía cara de pocos amigos, ¿qué le diría? Decidió no saberlo.

—Madison, te noto distraída. ¿Seguro que estás bien?

—Justin, tengo que dejarte.

—¿Así sin más?

—Prometo llamarte más tarde —le aseguró ella, y era cierto, tenían que hablar más detenidamente.

—Madison, la última vez que hablamos me comentaste algo respecto a un tal Sloan, ¿cómo van las cosas entre vosotros? —preguntó de forma precipitada.

—No sabría decirte. Tengo que dejarte, Justin.

La voz de su amigo se desvaneció en el instante en que ella pulsó *fin de llamada*.

El móvil sonó repetidamente con el característico sonido de que había recibido varios whatsapps, pero hizo caso omiso porque Sloan ya estaba a su lado. Dejó caer el brazo justo al lado de su cadera.

Había algo en su mirada, algo que le decía que debía protegerse de él.

—¿Y bien?

Ella intentó buscar una excusa perfecta, pero por supuesto no la halló.

—Madison, por el amor de Dios, parece que estás a punto de desmayarte. —Sloan miró en dirección al móvil—. ¿Puedo preguntarte con quién hablabas?

—Claro que puedes. Con Justin. —Su voz sonó rota y ella lo lamentó. Aún intentaba poner en orden todo lo que le había comentado su amigo.

—Tu mejor amigo.

Ella percibió cómo los ojos de Sloan se habían endurecido. No era una pregunta sino una afirmación, ella lo notó en su tono de voz.

—Así es.

Sloan se sintió celoso y al mismo tiempo culpable por permitirse a sí mismo juzgar la relación de ese tal Justin con Madison. Por la forma que hablaba de él, se veía a leguas que esa amistad era de suma importancia para ella o algo más. Ese pensamiento le hizo más daño de lo que él hubiese querido en un principio. Intentó por todos los medios borrar esa sensación, pero le fue del todo imposible. Ya existía un antes y un después de Madison.

—Al parecer la conversación debía ser importante. — Levantó el brazo y observó su reloj de pulsera—. Aún es demasiado temprano en Georgetown.

Madison entrelazó su mirada con la de él.

—Iba camino a Portree y sin saber muy bien por qué me he detenido aquí.

—¿Y decidiste llamar a Justin?

Ella no supo cómo responder a esa pregunta. ¿Había sido realmente así, como Sloan decía?

Sloan, ante la falta de una respuesta, se presionó el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Madison lo descolocaba, le hacía dudar de sí mismo y eso le asustaba.

—Madison, tengo que preguntarlo, ¿hay algo más que una amistad entre Justin y tú?

Ella sintió un hormigueo en la piel, como si se tratase de una advertencia.

—No, claro que no. Entre Justin y yo solo existe una bonita amistad, eso es todo.

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso?

Sloan observó cómo Madison abría mucho los ojos, de repente su iris se oscureció y él temió lo peor.

—Justin es gay. —Sus palabras brotaron con cierta reticencia.

—¿Es gay?

—Sí. Creí habértelo dicho.

Él le brindó una sonrisa, primero con los ojos y luego con los labios.

—No, la verdad es que no tenía ni idea. —Colocó las manos en las caderas y los brazos quedaron en forma de jarras, dejó caer parte de su peso en una de sus piernas y apretó los dientes al tiempo que negaba con la cabeza—. Pero déjame decirte que me hubieras ahorrado un amago de infarto si me hubieses esclarecido la relación que existe entre vosotros.

—¡Válgame Dios, Sloan! ¿Has pensado, aunque sea por un momento, que teniendo una relación con otro hombre me hubiese acostado contigo?

Sloan sabía con certeza que no debía responder a esa pregunta.

La frustración se adueñó de Madison.

—¿Pero qué clase de mujer crees que soy? —gritó tan alto que varias aves salieron volaron de ninguna parte. Sus palabras fueron llevadas por el viento a algún lugar recóndito.

—Madison, por favor...

La tensa expresión de él se suavizó.

Ella lo miró con una expresión incrédula.

—¿Sabes? tengo bastantes problemas como para añadir uno más a mi vida. —Deslizó el móvil en el interior del bolso e hizo ademán de irse, y lo hubiese logrado si él no la hubiese retenido por la muñeca.

—Déjame explicarme.

—Creo que has sido muy claro, Sloan, ahora suéltame, por favor.

—No, hasta que hayamos hablado y aclarado todo esto.

Sloan no pudo evitar sentir esa sensación que lo embriagaba cada vez que estaba cerca de Madison, tenía un rostro que podría haber sido cincelado por el mejor escultor del Renacimiento, sus cejas estaban ligeramente arqueadas, sus grandes ojos verdes parecían hablar por sí solos y su preciosa boca formaba un mohín con los labios que él deseó borrar con un beso, sin embargo, no se atrevió.

—Estoy celoso, ¿de acuerdo? —confesó.

Lo miró con fría indiferencia.

—¿Celoso? ¿Celoso de Justin?

Él la miró largamente y luego asintió con la cabeza.

Madison era presa de un sinfín de emociones. Podría huir, escapar de ese agarre, sabía que Sloan no se lo impediría, no obstante decidió hacer frente a la situación. Su madre huyó una vez de aquel dichoso pueblo y nunca logró ser feliz.

Se acercó a él, lo abrazó y apoyó la cabeza en su hombro. Percibió cómo Sloan se relajaba en sus brazos.

—Lo siento —le escuchó decir. Le rodeó los hombros con los brazos y hundió su cara en su sedoso cabello—. Me siento como un imbécil.

La escuchó reír.

—Estoy aquí para ayudarte, escuchar tus dudas, no para juzgarte.

—Me alegra oír eso —dijo ella dejándose embriagar por el abrazo cálido que Sloan le ofrecía.

Besó delicadamente su pelo.

—¿Podrás perdonarme?

Ella se alejó lo suficiente para apoyar las palmas de las manos sobre el pecho de él.

—Puedo intentarlo.

—Eso es mejor que un no.

—Ya lo creo.

La tensa expresión de él se suavizó, Sloan se inclinó hacia los labios de ella, le rodeó el cuello con sus manos y fue entonces cuando la besó. Como solía ocurrir, toda la tensión sensual se acumuló en su entrepierna. Madison controlaba a la perfección ese don, aunque estaba seguro de que ella no estaba al tanto de las circunstancias. Lo sabía, estaba enamorado y ya no podía hacer nada para remediarlo. Si hubiesen estado en un lugar resguardado le hubiese hecho el amor, pero en lugar de eso se dedicó a trazar círculos largos y húmedos con la lengua. Ella lo respondió de inmediato y fue entonces cuando él se perdió en aquella maravillosa sensación que nunca lo dejaba indiferente.

No tenía ni idea de cómo iba a salir aquella relación, pero le daría tiempo a Madison, solo tenía que ir

acostumbrándose a él. Después solo el destino tendría la palabra. No obstante deseó que la balanza se inclinase a su favor porque no tenía ni la más ligera idea de cómo podría vivir sin ella.

## CAPÍTULO 28

«El viaje ha sido productivo», pensó Madison mientras aparcaba el coche cerca de la casa de Sloan. Había paseado a pie por esa parte del pueblo varias veces, siempre que la lluvia se lo había permitido, pero nunca imaginó que aquella preciosa casa blanca de campo, enclavada al borde de una ladera, con maravillosas vistas a las aguas de la bahía de Uig y a un corto paseo de donde estaba situado el ferry que daba acceso a otras islas de las Hébridas exteriores, pudiese pertenecer al hombre que estaba sentado en el asiento del copiloto.

Sloan la había acompañado y habían pasado un día maravilloso en Portree, había comprado todo lo necesario y por unas horas se permitió a sí misma desconectar del engranaje de sus pensamientos y centrarse en las compras. Lo reconocía, habían sido unas horas perfectas, pero ahora volvía a la realidad.

—La próxima vez el paseo será más largo, me gustaría que conocieras otras islas, como Punta Neist, la isla de Harry o la de Lewis, creo que te encantarán. —Le acarició la mejilla con el dorso del dedo y luego le dio un rápido beso en los labios.

—Estoy segura —comentó intentando que esa oleada de pequeños impulsos libidinosos no dejaran una huella imborrable en ella.

—Ahora vamos, quiero que conozcas mi hogar, el lugar donde Scott y yo nos reclinamos cuando necesitamos un poco de tranquilidad.

Ella se apeó del coche y la brisa de la playa revolvió ligeramente su cabello.

—Debo reconocer que es un lugar maravilloso.

—Sí que lo es —corroboró Sloan cerrando la puerta tras de sí—. Perteneció a mi abuelo e imagino que algún día, si Scott la quiere, será suya.

Era curioso cómo en esa parte del mundo todo se conservaba, se cuidaba con mimo y se enorgullecían de las herencias de sus antepasados. Sin embargo ella solo pensaba en vender la casa que un día perteneció a su madre, deseaba borrar todo recuerdo.

—¿En qué piensas?

La pregunta de Sloan la sacó de sus cavilaciones.

—Pensaba en cómo cuidáis vuestras tradiciones y los enseres y propiedades de vuestros ancestros.

—Es nuestro deber, Madison. Nadie nos obliga, sin embargo, es algo que necesitamos hacer.

Ella se retiró un mechón de pelo que el viento había revuelto.

Sloan la miró como si tratara de adivinar lo que estaba pensando, pero en lugar de preguntar, le ofreció la mano y se dirigió a la casa.

—No sé si a Scott le parecerá bien.

Él volvió la cabeza y preguntó:

—¿Por qué razón no le va a parecer bien que entres en nuestra casa? ¿Acaso no lo haces en el pub?

—Pero eso es distinto, este es vuestro hogar, vuestra intimidad.

—Madison, no le voy a preguntar a mi hijo de diecisiete años si puedo traer a una mujer a casa, si es eso lo que te preocupa. —Un brillo burlón asomó a los ojos de Sloan—. ¿Crees que él algún día me pedirá permiso o sencillamente se limitará a hacer las presentaciones de una chica preciosa en el salón o la cocina?

Madison sonrió, como si tuviera sentido.

—Solo digo...

—Piensas demasiado.

«Eso es cierto», se dijo a sí misma.

Sloan abrió la puerta. No utilizó la llave, algo que llamó poderosamente la atención a Madison.

—¿No cierras la puerta con llave?

—¿Por qué iba hacerlo? —preguntó Sloan disimulando una sonrisa.

—Podría entrar alguien y robar —respondió ella.

—Cariño, creo que eres la única persona de este pueblo que cierra la puerta con llave.

—¿En serio? —inquirió extrañada.

Sloan asintió con la cabeza.

—Tengo la impresión de que vivimos en mundos paralelos.

—Como tú bien has dicho, solo es una impresión. — Sloan la acercó a él y abordó la boca de Madison con un beso suave y cálido—. Deberíamos entrar —dijo cuando al fin pudo tomar distancia.

Ella estuvo de acuerdo.

—Creo que será lo mejor —comentó ella intentando que su pulso volviese a un ritmo normal.

La casa, para su sorpresa, estaba ordenada. No parecía ni por asomo que allí vivieran un adolescente y su padre. Sloan la llevó hasta la cocina y la invitó a sentarse.

—Si te portas bien, luego te enseñaré el resto de la casa.

—Muy gracioso.

Él sonrió con sarcasmo.

Era una cocina con mucha luz, un gran ventanal se ocupaba de que así fuera, los muebles eran rústicos, de madera, transmitían calidez y ese toque tradicional y acogedor que tanto gustaba a los invitados y amigos.

—Connor vendrá enseguida —dijo Sloan mientras dejaba el móvil sobre la encimera—, me ha enviado un mensaje.

—Estupendo.

—¿Qué te apetece beber? Tengo un whisky que quita todas las penas.

—¿Me quieres emborrachar, McGregor?

—¿Lo conseguiría?

—Si te lo propusieras, seguro que sí.

Se miraron con complicidad y él no pudo evitar ofrecerle un beso fugaz en los labios.

—A veces tener un hijo adolescente es un engorro y lo digo porque, de estar solos, ya estarías tumbada sobre mi cama.

A ella le latió el corazón con fuerza y deseó que fuera así, no obstante, le gustaba que Sloan se tomara la paternidad en serio.

—Prefiero vino.

—Algo me decía que ibas a decir eso.

Se giró y abrió uno de los armarios. Sacó una copa de cristal, luego abrió otro donde estaba la botella de vino.

Madison sabía que no era casualidad que Sloan tuviera una botella de vino de su marca preferida. Ese hombre sabía cuidar los detalles.

—Me gustaría que echases un vistazo a las fotos que me envió Justin, yo lo he hecho, pero no saco ninguna conclusión.

Él la miró por encima de su hombro.

—Lo intentaré, pero te recuerdo que yo solo era un niño de diez años cuando tu madre se marchó sin dejar rastro.

—Bueno, visto así, ya tienes más ventaja que yo.

—¿Son muchas? —preguntó Sloan volviendo a su tarea.

—No. Cinco o seis a los sumo.

—¿Y dices que las encontró un exterminador de plagas?

—Sí. Dentro de una caja.

—¿Y tú nunca habías visto esa caja?

—Jamás, y mira que he estado muchas veces en el desván, pero nunca di con ella.

Madison encendió su teléfono móvil y con el índice y el pulgar sobre la pantalla aumentó la imagen.

—¿Quizá Fiona la puso más tarde allí o la dejó a la vista para que pudiese ser encontrada?

Madison pensó que la pregunta de Sloan podría tener cierto sentido.

—Es posible, no lo sé.

Sloan dejó la copa de cristal sobre la mesa, cerca de Madison, y se inclinó para ver mejor la imagen que ella le mostraba.

—No es una caja nueva.

—No, no lo es, y la verdad, por más que pienso, no la he visto nunca.

Madison deslizó el índice por la pantalla y pasó a la siguiente foto.

—Esos son Ian, tu madre, Ellen y Rosemary frente al taller de relojes. Es curioso, por más que lo intento no me imagino a Fiona con arrugas —comentó Sloan mientras dejaba caer el vino por las paredes del fino cristal de la copa.

Madison pensó que Rosemary ya de pequeña tenía esa mirada de arpía que a ella tanto le había molestado esa tarde.

—Pues te aseguro que envejeció, aunque creo que nunca fue feliz. Cuando veo estas fotos, veo a una mujer tan distinta... y ya no lo digo por su aspecto sino por su semblante, por sus rasgos, por esa sonrisa que yo nunca conocí. —Se detuvo un instante mientras analizaba de nuevo la imagen—. Me ocurrió lo mismo cuando Laura Ross me mostró una de sus fotos antiguas.

—Imagino que tuvo motivos de peso para dejarlo todo y largarse tan lejos.

—Quizá ese motivo de peso fuera yo...

Sloan iba a dar su punto de vista a Madison cuando se escuchó un ruido en la puerta principal que indicaba que alguien entraba.

—¿Papá?

—En la cocina —vociferó Sloan. Después le dirigió a Madison una mirada tranquilizadora que parecía decir, *no pasa nada*.

—Me alegro de que ya estés en casa, no te imaginas lo que me ha pasado hoy...

La frase de Scott quedó interrumpida nada más ver a Madison.

—Hola, Scott —saludó ella intentando no aparentar todo lo nerviosa que estaba.

—¿Qué tal, Madison?

—Bien. Gracias. Siento invadir vuestro espacio —comentó ella intentando llenar el silencio que se había producido con la llegada del adolescente.

—No pasa nada. —El tono irónico del muchacho hizo sonreír a los dos adultos—. A mi modo de ver el hecho de que estés aquí es una gran ventaja.

—No te pases —le advirtió su padre.

—Si tú traes a una chica a casa, yo podré hacer lo mismo, ¿no?

Sloan lanzó una sonrisa sesgada a Madison. Ella se echó a reír.

—Bueno, será mejor que os deje solos. ¿Vendrá Connor?

—No tardará en llegar.

—¿Dormirás hoy en casa? —preguntó Scott ya de camino a su habitación.

—Sí —respondió su padre—. Luego hablamos.

—De acuerdo —vociferó Scott.

Madison, sin poder evitarlo, se sintió decepcionada, pero no lo dio a mostrar.

—¿Podrías quedarte?

Ella, en vez de responder, cogió la copa de vino y se la llevó a los labios.

—Creo que no.

—¿Por qué? —quiso saber Sloan.

Ella intentó enumerar todas las excusas posibles cuando se escuchó de nuevo la puerta, que no estuviese cerrada con llave tenía sus ventajas y desventajas.

—¿Hay alguien en casa?

La voz potente y masculina se dejó oír en el recibidor.

—Sí. En la cocina. —Sloan lanzó una mirada de reproche a Madison, como si dijese: *Tú y yo no hemos terminado de hablar.*

Antes de que ella tuviera turno de réplica, Connor ya estaba apoyado en la jamba de la puerta.

—Vaya, vaya... presencia femenina en casa de Sloan McGregor. Déjame decirte que eres una mujer muy afortunada.

—Hola, Connor. Soy Madison.

—Me lo imaginaba, pero no quería meter la pata. — Miró de soslayo a su amigo y le encantó verlo tenso e irascible. Se despegó de la puerta y tendió la mano a Madison.

—Como habrás adivinado, soy Connor, el insoportable amigo de Sloan.

—Y médico.

—Eso también, ya veo que estás bien informada.

A Madison, Connor le cayó bien desde el minuto cero. Le dio la impresión de que era un hombre trotamundos. Su pelo desaliñado igual que su barba le daban a entender a Madison que no se preocupaba en exceso de su apariencia física. Era tan alto como Sloan y tenía esa típica sonrisa que encandilaba a las mujeres, sin embargo, él parecía ignorarlo.

—Es un verdadero placer conocerte al fin.

—Me has quitado las palabras de los labios. Allá por donde vaya, solo escucho tu nombre.

—Algunas lenguas no hablarán muy bien de mí.

—De mí tampoco, así que estamos en el mismo círculo: Los hijos pródigos que regresan a Uig.

Madison rio con fuerza.

—¿Eso qué tomas es vino? —Al ver que ella asentía, Connor continuó—. Me extraña que Sloan aún no te haya enviciado al whisky escocés o a la cerveza.

—Lo ha intentado.

—Si no lo hubiera hecho, me hubiese decepcionado.

—Cállate de una vez, ¿quieres? —protesto Sloan con la única intención de que su amigo cerrase la boca.

—Estoy en su casa, así que lo mejor es hacer lo que dice —dijo Connor divertido.

—¿Te apetece beber algo?

—Por el amor de Dios, Sloan, soy escocés. ¿Tú qué crees?

—Que sea una cerveza, entonces. A Madison le han enviado hoy unas fotos y nos gustaría que les echases un vistazo. Por cierto, ¿en qué estado has encontrado la casa de tus padres?

—Mejor de lo que esperaba, se nota que Moira ha estado hace poco por aquí. A ver esas fotos —comentó sentándose al lado de Madison—. Ahhh, se me olvidaba, Kate y los niños vienen ahora.

Sloan, que en ese mismo instante tenía un botellín de cerveza en la mano, lo dejó despacio sobre la encimera.

—¿En serio?

—¿Hay algún problema?

—Por supuesto que no, me parece genial.

A Madison le dio la impresión de estar viendo un partido de tenis.

—Cuantos más seamos, mejor que mejor. —Le ofreció el botellín y una jarra de cristal.

—Pienso igual —dijo Connor con una enorme sonrisa en los labios.

\*\*\*

Las voces de Elliot y Scott se escuchaban en el piso superior de la casa. Según había entendido Madison, era el desván, pero Scott lo utilizaba como habitación. Kate observaba con interés las fotografías mientras Connor y Sloan hablaban de algunas de ellas.

—Algunas de estas fotos las tienen mis padres en un álbum familiar —apuntó Kate—. No sé qué decir, Madison. Son imágenes del pueblo y de sus gentes, no hay nada que indique algo fuera de lo común. —Dejó el móvil sobre la mesa

y miró a su prima. Su voz flaqueó cuando habló de nuevo—. Lamento profundamente la visita de Rosemary, no debería haber sido tan grosera contigo, no te lo mereces.

Madison se acercó a Kate y le pasó el brazo por los hombros, la distancia de ambas se acortó. Quizá no debería haberle dicho nada a su prima sobre la visita de su hermana, pero había decidido ser sincera, ya había demasiadas mentiras en su vida como para añadir una más.

—Tú no tienes la culpa ni debes responsabilizarte de los actos de tu hermana.

—En este caso doy la razón a Madison —señaló Connor—. Rosemary me recuerda un poco a la bruja Maléfica.

—En el fondo es una buena mujer —la defendió Kate—, lo que sucede es que las cosas no han salido como ella esperaba.

—Eres demasiado ingenua, Kate —expuso Sloan—. Siempre lo has sido y no cambiarás. Tu hermana solo piensa en ella y en nadie más, y si lo siento por alguien más que por ti, es por Harry, su marido.

—No ha hecho nada malo —indicó Madison—, y no quiero decir con esto que la defienda, pero estaba en su derecho de decir lo que piensa.

—Pero no de ese modo —intervino Sloan.

—Estoy totalmente de acuerdo —comentó Connor—, y creo que las cosas no van a terminar aquí. Ellen todavía no ha tomado cartas en el asunto, ni Ian. Eso es algo que me preocupa.

—No me van a hacer ningún daño —aseguró Madison.

—En eso te equivocas —aseveró Sloan—, ya te lo han hecho, lo que ocurre es que eres tan ingenua como Kate.

Madison reprimió un suspiro de frustración.

Las voces en la planta superior se hicieron más evidentes, aunque esta vez una de las risas pertenecía a Matt.

—Será mejor que suba, quiero comprobar que Matt está bien.

—Matt está perfectamente —subrayó Connor—, el

hecho de que no emita ninguna palabra no significa que esté enfermo. Reír le va a sentar bien, es una buena terapia.

—Su alma es la que está enferma —profirió Kate con un nudo en la garganta.

En ese mismo instante una burbujeante carcajada de Matt se propagó por la casa.

—Lo está superando, Kate. Dale tiempo, lo logrará. Solo necesita hacerse a la idea.

Kate se obligó a sí misma a pronunciar las palabras que no solían salir por el constante nudo que tenía en la garganta.

—Todos necesitamos hacernos a la idea, Connor. No volverá nunca —dijo haciendo referencia a Tom—, se ha ido para siempre y no podrá volver a tomar una cerveza con nosotros, ni podrá reírse de nuestros chistes absurdos, ni tan siquiera podrá aplaudir a sus hijos cuando hagan una función de navidad, ni desearles buena suerte cuando vayan a la universidad, ni darles consejos cuando tengan su primera cita. No podrá hacer nada de eso porque está muerto.

Un tenso silencio se adueñó del ambiente.

—Será mejor que nos vayamos —sugirió Kate levantándose precipitadamente de la silla.

—Kate, no era mi intención...

—Lo sé, Connor —le interrumpió ella—, para ti es más fácil que para los demás.

—¿Eso crees?

Madison observó cómo el gesto mudaba del rostro de Connor. El dolor se había adueñado de su mirada y parecía mucho más frágil que cuando lo conoció, de eso hacía ya un par de horas.

Connor se levantó tan raudo de la silla que estuvo a punto de tirarla al suelo. Se pasó la mano por el pelo con cierta frustración.

—Será mejor que nos vayamos —apuntó Madison—. Es muy tarde. Vamos, Kate, os acompaño a casa.

Kate la siguió como una autómatas, estaba tan pálida como la nieve y Madison se compadeció de ella. Había algo

que se le escapaba, sin embargo pensó que era la ausencia de Tom lo que estaba provocando ese desencuentro.

—Yo os acercaré a casa —propuso Sloan.

—No, no es necesario.

Sloan entendió de inmediato el argumento de Madison y lo respetó.

—Está bien —claudicó—, pero cuando lleguéis a casa, llamáis por teléfono. Ambas —Primero señaló a una y luego a la otra.

—No creo que sea...

—Madison, no es solo un capricho mío. Digamos que Connor y yo nos quedaríamos más tranquilos si lo hicierais.

—Está bien —cedió Madison.

—Iré a buscar a los niños —comentó Kate deseando salir de allí. Había sido una estúpida al verbalizar todos sus miedos. Nadie tenía la culpa de que Tom estuviese muerto ni del asunto de aquellas cartas que la estaban volviendo loca. Connor siempre se había mostrado respetuoso con ella, esa misma mañana había llorado sobre su hombro y le había dado consuelo y ¿cómo le pagaba ella? Se sintió dolida y desconsiderada, pero la llegada de Connor había removido algo en su interior. Había roto la barrera del pasado, ese lapso de tiempo que ella se había empeñado en adormecer.

—Kate, yo... lo siento.

—No hay nada que sentir, Connor. Tienes razón. —La voz de Kate apenas tenía fuerza—. Unos necesitamos más tiempo que otros.

Madison observó cómo Kate desaparecía por la puerta en busca de los niños. Sloan se acercó a ella.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—¿Seguro?

A Madison le encantó que Sloan se tomase tantas molestias con ella. Rodeó con los brazos el cuello de él y lo abrazó con fuerza mientras observaba a un Connor frustrado y herido. Se puso de puntillas para hablarle al oído.

—Te necesita, Sloan —dijo haciendo alusión a Connor.

—Lo sé.

—Son solo vacíos —le dijo a Sloan—. Los vacíos que dejan las personas que queremos y que nos dejan para siempre.

Sloan supo de inmediato a lo que estaba haciendo referencia Madison porque él también los había vivido con anterioridad, no obstante, su miedo era padecerlos de nuevo, como el hecho de que Madison se marchase de la isla para no volver. Se acercó a sus labios y profundizó en su ardiente boca. Como era de esperar, ella respondió al beso sin ningún tipo de inhibición por su parte.

Madison pertenecía a Uig, pero ella aún no lo sabía.

## CAPÍTULO 29

Madison deslizó los dedos por la pantalla táctil de su teléfono y abrió y cerró varias veces la imagen que tenía frente a ella. Había repetido ese mismo ritual tantas veces que había perdido la cuenta.

Había una imagen que le llamaba poderosamente la atención. Era una fotografía en blanco y negro, su calidad no era muy buena, sin embargo había en ella algo que hacía que no pudiera dejar de mirarla. En primer plano se podía apreciar a varias personas muy cerca de la torre circular, un mar en calma y un cielo sin nubes parecían ser los únicos testigos de la instantánea. Tenía la impresión de que podía ser verano, sin embargo, eso era un suponer. Los gestos de los protagonistas eran relajados y distendidos y supuso que esa era la razón por lo que parecían tan ajenos a toda realidad, incluso el fotógrafo que estaba en ese mismo instante inmortalizando la escena.

Entre ese grupo se encontraban una Ellen alegre y una Rosemary niña, que agarraba la mano de su madre, con sus largas trenzas y sus ojos vivos y brillantes que solo podía ofrecer la inocencia. Sin embargo en el segundo plano, Madison distinguía a una pareja sentada cómodamente sobre una manta, en la hierba. Se miraban con admiración y una enorme sonrisa en la boca, casi se podía decir que la cámara de fotos había plasmado el instante preciso del amor. No cabía la más mínima duda de que existía complicidad entre ellos, quizá el hecho de que sus frentes casi se estuvieran tocando era ya una confirmación. Bien podían ser una pareja de recién casados o unos novios que mientras los demás les daban la espalda, daban rienda suelta a su pasión.

Madison pensó que nunca lo sabría con certeza.

Amplió la imagen y entrecerró los ojos, como si así quisiera enfocar mejor, pero no distinguió con claridad a la susodicha pareja. Soltó algo parecido a un suspiro frustrado.

Unos pasos hicieron que desviara su atención a la puerta de la cocina. Allí de pie, aún en pijama y con mirada somnolienta se encontraba Matt. A Madison se le enterneció el corazón. Le hubiese gustado estrecharle entre sus brazos, sin embargo, no lo hizo por miedo a que el niño la rechazara. Si algo había aprendido esos últimos días era que Matt tenía una personalidad muy acusada y sus actos llevaban siempre implícitos un cargamento de razones que para muchos eran incomprensibles.

—¿Tienes frío?

El niño se limitó a negar con la cabeza. Estaba descalzo, un pequeño pie desnudo sobre el otro, y su hombro se encontraba apoyado en la jamba de la puerta, como si estuviese pensando seriamente si entrar o no en la cocina.

Madison había decidido quedarse a dormir en casa de Kate en el último momento. Había llamado a Sloan y le había comentado su decisión, que a él le pareció una idea magnífica. En el instante en que hablaba con Sloan, no se atrevió a preguntar por Connor. No supo por qué, sin embargo, no le pareció de su incumbencia, después de todo Connor y ella se habían conocido ese día.

—¿Mamá está dormida? —Esta vez el niño asintió—. ¿Te gustaría ver unas fotos conmigo?

Matt se encogió de hombros, como si la idea de ver fotos no fuese demasiado relevante.

—Ven, acércate.

El niño obedeció.

Madison lo alzó y lo sentó sobre sus rodillas. Debía reconocer que le gustaba que el niño se mostrase receptivo con ella.

—Me encantaría que hablaras, que tú y yo nos pudiéramos comunicar.

Matt parecía no querer pestañear. La observaba con atención y por una milésima de segundo, Madison pensó que iba a pronunciar alguna palabra, sin embargo, no fue así y no pudo evitar sentirse desilusionada.

Esos niños comenzaban a importarle, al igual que los adultos.

—Mira. —Ella se deshizo de esa desazón. Deslizó la yema del dedo por la pantalla táctil y las fotos se fueron sucediendo—. ¿Conoces a alguien? —Madison conocía la respuesta con antelación, no obstante, no le importó. El hecho de que Matt no hablase no significaba que no pudiese escuchar—. Creo que esta es tu abuela Ellen y esta de aquí —señaló con el índice a Rosemary—, es tu tía cuando era una niña.

Matt sonrió, como si le hiciese gracia ver que la gente que conocía hoy en día alguna vez hubiese sido más joven.

—Hola.

Tanto Madison como Matt levantaron de forma automática la cabeza en dirección a la voz que les había interrumpido. Elliot se encontraba en el mismo lugar que su hermano minutos antes.

—Buenos días, Elliot. Matt y yo estamos viendo fotografías antiguas, ¿te unes a nosotros?

Elliot se medio encogió de hombros imitando así el gesto de Matt.

—Ven, acércate.

El niño, como era de esperar, obedeció.

Arrastró una silla de la cocina y se sentó en ella con los codos apoyados en la mesa.

Madison pensó que los niños en pijama con el pelo revuelto y ojos hinchados y somnolientos eran adorables.

—Son fotos antiguas —aclaró Madison.

—¿Puedo verlas?

—Claro. —Madison le dejó su móvil—. Le explicaba a Matt quién era quién.

—Son en blanco y negro.

—Ya te he dicho que son antiguas.

—¿Antiguo es lo mismo que viejo?

—Bueno... podría decirse que sí.

Elliot hizo un mohín con los labios, como si estuviese procesando toda la información visual y auditiva.

—¿Y si son viejas por qué están en tu móvil?

Madison no estaba acostumbrada a la lógica de los niños y la pregunta la pilló por sorpresa.

—Me las ha enviado un amigo, por eso están en mi teléfono.

—¿Tienes novio?

Ella en vez de sorprenderse acercó su nariz a la del niño. La silla rechinó contra el suelo.

—No —respondió taxativamente.

—Matt y yo hemos visto cómo te das besos con Sloan.

Madison atrapó el labio inferior con los dientes. Los niños eran muy observadores. Creía que Sloan y ella habían sido muy discretos, pero al parecer no había sido así.

—La verdad, Elliot, no sabría cómo responder a esa pregunta.

El niño se volvió a encoger de hombros mientras observaba con cierto interés a Madison.

—No importa, ya me he dado cuenta de que los mayores no os sabéis todas las respuestas.

—¿En serio?

Esta vez fue Matt quien asintió enérgicamente con la cabeza.

Madison hizo que la conversación tomase otro rumbo, no estaba preparada para que dos mocosos la interrogasen sobre su vida privada.

—¿Conoces a alguien en las fotos? —preguntó Madison intentando que la conversación fuera por otros derroteros.

—Imagino que esta es la abuela Ellen y esta de aquí — señaló con su pequeño dedo— es tía Rosemary. Han cambiado, pero no tanto. Además yo creo que ya he visto esta foto en casa de los abuelos.

—Eres un chico muy listo.

Madison apreció un atisbo de orgullo en la mirada del niño.

—Papá siempre decía que se aprendía más observando que preguntando.

Ella notó como el pequeño cuerpo de Matt se tensaba en sus brazos.

—Vuestro padre era un hombre muy inteligente.

—Sí. Lo era.

Madison no supo qué decir, todo lo que dijese estaría fuera de lugar.

—Este de aquí es el abuelo Ian.

Acortó la distancia, lo que hizo que Matt quedase atrapado entre la mesa y el cuerpo de Madison.

—¿Quién es el abuelo Ian?

—Este señor de aquí, el que está sentado junto a esta mujer. — Elliot entrecerró los ojos, como si quisiera con ello enfocar mejor la fotografía—. Pero a la señora no la conozco.

—Elliot, ¿por qué sabes que ese es vuestro abuelo? — preguntó Madison mientras su corazón martilleaba con fuerza en su pecho. La idea preconcebida de que pudiese ser una pareja de recién casados o unos novios robándose un beso se rompió en mil pedazos en su mente.

—Por el reloj, ¿lo ves? —El niño aumentó la imagen y señaló la muñeca del hombre que supuestamente era Ian—. El abuelo tiene un reloj igual a este.

—Bueno... otros hombres podrían tener el mismo reloj, Elliot —apuntó Madison intentando ser coherente con la explicación.

—No. —Elliot observó la imagen y un segundo después sus ojos estaban clavados en Madison—. Este reloj es un *Longines*, lo conozco bien porque el abuelo le tiene mucho cariño y perteneció a su padre. Algún día será mío o de Matt, pero a él —comentó haciendo referencia a su hermano—, no le interesan mucho los relojes, así que seguro que será mío.

Madison no daba crédito a las palabras de Elliot.

—¿Un *Longines*, dices?

A Elliot le divirtió el gesto que hizo Madison acercándose el móvil a la cara y no pudo evitar echarse a reír.

—El primer reloj de piloto en tener funciones de navegación fue un *Longines weemsen* 1929. No sabes mucho de relojes, ¿verdad?

—Vaya, eres todo un experto en la materia. La verdad es que los relojes nunca han tenido un gran interés para mí. ¿Pero estás seguro, Elliot?

Elliot asintió enérgicamente con la cabeza y sonrió de oreja a oreja.

—Algún día seré piloto y yo llevaré el reloj del abuelo.

Ella sabía la pasión de Elliot por la aeronáutica, lo había visto infinidad de veces con los brazos abiertos, perpendiculares al cuerpo imitando el vuelo de un avión, sin embargo, el hecho de que el niño le confirmase que el propietario de aquel reloj era Ian la desconcertó y mucho.

Se inclinó sobre el niño y depositó un beso en su frente, luego hizo lo mismo con Matt. Elliot podría tener razón o no, pero estaba claro que tras esa declaración, la perspectiva de todo aquel asunto cambiaba.

—Sois los mejores —dijo intentando parecer lo más natural posible.

Los niños sonrieron con cierta timidez.

—Eso también lo dice mamá.

—Claro. Porque es cierto. Bueno, y ahora ¿queréis desayunar? —Por alguna razón necesitaba cambiar de tema—. No tengo muy claro dónde están las tazas, pero estoy segura de que vosotros me ayudaréis a encontrarlas —añadió dejando a Matt en el suelo—, sin embargo creo que antes deberíais poner os unas zapatillas o calcetines.

Los niños, como era de esperar, no obedecieron a la primera.

—Vamos, daos prisa —les animó Madison.

Matt y Elliot salieron corriendo de la cocina. Sus risas quedaban suspendidas entre las paredes de la casa. Madison se

percató de que el pequeño Matt reía con más asiduidad y eso le encantó. Con el teléfono aún en la mano se fijó bien en la fotografía, agrandando lo suficiente la imagen. Ella jamás hubiese adivinado la marca de ese reloj.

La pregunta era: ¿Qué hacía Ian Campbell sentado sobre una manta con una mujer que no era su esposa? Aunque la segunda incógnita era aún más reveladora, ¿por qué ambos estaban tan felices?

La respuesta a esa pregunta la dejó sin aire en los pulmones.

\*\*\*

—Te agradezco que hayas dado de desayunar a los niños, la verdad es que no sé qué me ha pasado hoy, pero se me han pegado las sábanas —reconoció Kate mientras apagaba el hervidor. El vapor escapó casi con una necesidad imperiosa cuando el agua fue vertida en las tazas.

—Estás cansada, eso es todo. Además, es fin de semana y los niños no tienen colegio.

Kate supo que Madison tenía razón, no había pegado ojo en toda la noche pensando y estuvo dando vueltas en la cama, y cuando el sueño se había adueñado de ella era ya casi de madrugada.

—Supongo que sí. La verdad es que ayer no fui muy considerada con ninguno de vosotros y eso no me hace sentir bien.

—Kate, no deberías ser tan dura contigo misma. Sabes que tienes todo el derecho a flaquear, ¿verdad?

Kate dejó el hervidor sobre la encimera de la cocina y se volvió.

—Necesito olvidarme del dolor, de la ausencia de Tom, Madison. Sin embargo, cuando lo intento y lo consigo durante unos minutos, no puedo evitar sentirme culpable.

—Sé que lo que te voy a decir suena duro y cruel, pero deberías pasar página.

Kate se sentó y se apoyó en el respaldo de su silla con expresión pensativa.

—Pasar página no significa que debas olvidar a Tom.

Kate se pasó una mano por su melena ondulada.

—Supongo que tienes razón. —Las palabras fueron acompañadas por un largo y sonoro suspiro—. Aunque no tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Sospecho que será cuestión de tiempo e imagino que algún día descubrirás cómo.

Kate se preguntó si Madison llevaría razón.

—Me gusta tu cocina.

La afirmación de Madison hizo que Kate paseara la mirada por los muebles de la estancia.

—Es muy acogedora.

—¿Fue obra de Tom?

Kate se echó a reír.

—No, qué va. Tom no tenía mucha idea de cómo manejar un destornillador, sin embargo, Sloan y Graham son unos maestros en ese arte. —La miró con una expresión de nostalgia—. Fueron ellos quienes montaron los muebles y le dieron el aspecto que hoy en día tiene.

Madison sonrió, la verdad era que sí se imaginaba a Sloan inmerso en aquella tarea.

—Sloan y yo hemos pasado la noche juntos.

La declaración hizo que la taza de Kate quedase a medio camino de su boca.

—¿Lo dices en serio?

—Así es.

Kate volvió a dejar la humeante taza sobre la mesa.

—¿Y me lo dices así?

—No creo que haya muchas maneras de decirlo.

—Por el amor de Dios, Madison, deberías habérmelo dicho ayer.

—Si te soy sincera, no encontré el momento.

—¡Pues claro que no lo encontraste porque soy el ser más egoísta que pisa la faz de la tierra! —recalcó Kate—. Solo

sé hablar de mí misma.

—No digas tonterías, lo estoy haciendo ahora.

—Podrías haberte quedado anoche con él.

—Con él, con Connor y Scott. —Elevó los ojos al techo de la cocina, como resignándose—. No gracias.

—Bueno, Sloan podría haber ido a tu casa.

—Kate, no le des más vueltas. Fue maravilloso, pero no hay nada entre Sloan y yo, solo atracción física.

—¿Te hubiese gustado que hubiese sido así?

—¿El qué?

Kate creyó perder la paciencia.

—¿Que hubiese sido algo más que atracción física?

—No, claro que no. Soy una lectora voraz de novela romántica, sin embargo, tengo los pies en la tierra. Reconozco que esas historias de chico y chica que se conocen y se enamoran solo ocurren entre las páginas de un libro.

—No tiene por qué ser así.

—Vamos, Kate, las dos somos mujeres del siglo veintiuno.

—No puedo evitar sentirme culpable.

Madison observó que su prima hablaba en serio.

—Kate, tú te sientes culpable por todo en esta vida. Deberías darte un receso y darte cuenta de que a pesar de todo, eres una mujer afortunada. —Se llevó la mano hasta el pelo y lo apartó hacia atrás—. Tienes dos hijos maravillosos y una familia que te quiere, eso es más de lo que muchos tienen.

«Mucho más que yo, que estoy sola en este planeta», pensó Madison con cierta desolación.

—He de reconocer que mis hijos son mi mayor tesoro, pero lo de la familia, eso es otro tema bien distinto.

—Quiero que veas algo antes de que comiences a elucubrar.

—Madison, referente a ti y Sloan...

—No hay mucho que hablar sobre ese tema, Kate. Nos gustamos y decidimos dar rienda suelta a nuestros instintos, ya está.

—Creo que ni tú misma te crees tus propias palabras.

—El amor y yo no tenemos afinidad, eso es todo y debo resignarme.

Madison le ofreció el teléfono móvil a Kate, en la pantalla se podía apreciar una de las imágenes que había ya memorizado y de la que había analizado cada uno de sus detalles.

—Ayer las vimos y no sacamos ninguna conclusión.

—Ya, pero hoy Elliot ha visto algo que nosotros hemos pasado por alto.

—¿Elliot? Madison, te recuerdo que no es más que un niño y que su fantasía le sobrepasa.

—Tú fíjate —le ordenó Madison pasando por alto el comentario de Kate—. ¿Este podría ser tu padre? Según Elliot, lleva un *Longines*, un reloj que podría pertenecer a Ian.

Madison observó cómo Kate tenía fija su mirada en la pantalla, y cuando creyó que no iba a decir nada al respecto, dijo:

—Es cierto, se parece al reloj que tiene mi padre, pero...

—¿Pero? —se apresuró a preguntar ella.

Madison observó una sombra de duda en el rostro de Kate.

—No tiene por qué ser él. ¿Crees que la mujer que lo acompaña podría ser tu madre?

—He de admitir que esa idea se me ha pasado por la cabeza.

—Madison, este hombre bien podría ser un turista o ellos, una pareja de paso. Nada indica que tu teoría sea cierta.

Madison cogió la taza y a continuación, tomó un sorbo de té.

—Supongo que tienes razón. La imagen de sus rostros es borrosa, como si se hubiera humedecido en algún momento con el paso del tiempo, sin embargo el reloj es un detalle nítido.

—Madison —Kate trató de asimilar aquella

información mientras su mente intentaba encontrar alguna lógica a aquella desafortunada foto—, mi padre es un buen hombre, un padre de familia y no le haría nunca una cosa así a mi madre.

Madison dejó la taza sobre la mesa a un ritmo pausado.

—¿Te has preguntado en algún momento por qué tu madre y tu hermana no se han dignado a darme el beneficio de la duda? Por el amor de Dios, Kate, ni siquiera me saludan y cuando Rosemary se ha acercado a mí, ha sido para amenazarme.

Kate abrió la boca y la cerró de golpe sin saber qué decir. Se levantó de la silla, las patas protestaron con fuerza al rozar con el suelo. Dio la espalda a Madison y cruzó los brazos bajo su pecho. Intentó por todos los medios controlar esa sensación que aún no podía definir. A través del cristal de la ventana observó un día gris, muy similar a otros en aquella época del año. Unas densas nubes cubrían buena parte del cielo. Muy pronto llovería y la humedad lo envolvería todo, incluso a las personas.

Pensó en su padre, en el millón de imperfecciones que tenía, como cualquier ser humano. No obstante, Ian Campbell, su padre, jamás rompería sus votos matrimoniales, de eso estaba segura.

—¿Qué vas a hacer?

La pregunta quedó suspendida en el aire durante unos segundos.

—Voy a ir a hablar con tu padre, necesito que me explique algunas cosas y que confirme o desmienta esta teoría.

—¿Y después?

Kate seguía con la mirada fija en la ventana, dando la espalda a Madison.

—No lo sé. Supongo que dependerá de la respuesta.

Kate se volvió con naturalidad, como si lo que le hubiese dicho su prima hacía unos instantes, no la afectase. De ser cierto, Madison podría ser su hermana. Si eso se confirmaba, su padre habría sido infiel a su madre, algo

impensable para ella. Sus padres habían tenido sus altibajos, pero en su hogar siempre había habido risas, fiestas de cumpleaños... todo lo que una niña habría podido desear.

Sin embargo, Madison tenía razón en un punto: su madre y Rosemary no la habían recibido con los brazos abiertos, como todos en el pueblo esperaban, incluso ella misma. En algún lugar de su mente sonó una alarma, la misma sirena que de forma silenciosa le había advertido que las cosas no iban bien, la misma que había hecho que visitase la casa de su madre el día anterior y le hubiese pedido explicaciones. Esa misma inquietud había estado siempre ahí, aletargada, lo que sucedía era que ella la había ignorado, o al menos lo había intentado con todas sus fuerzas.

—De ser cierto lo que dices, cambiarían muchas cosas por aquí.

Madison la miró inquisitivamente.

—Mi llegada ya las ha cambiado, Kate, para bien o para mal.

—Mi padre... —se limitó a suspirar antes de continuar—, es un buen hombre, taciturno y apasionado por los relojes y por el tiempo. La verdad es que no le imagino con otra mujer que no sea mi madre.

—Kate, no quiero decir...

—Sé lo que intentas, Madison. Deseas una familia, una respuesta y puede que mi padre te la dé, pero antes de formular la pregunta tienes que pensar en las consecuencias que traerán tus actos.

Madison recibió el comentario como un golpe apresurado y bajo.

—¿Prefieres que no hable con él? —inquirió entrecerrando los ojos.

Kate se limitó a encogerse de hombros.

—No lo sé, lo único de lo que estoy segura es de que las cosas no seguirán siendo igual, todo cambiará y puede que no sea para bien.

Madison sintió como el frío filo de las palabras la

atravesaba.

—Piensas como Rosemary, ¿crees que debería irme y dejar las cosas tal y como están?

Kate en vez de responderle, le dio la espalda de nuevo.

Madison vio en la actitud de Kate la respuesta que buscaba.

—Comprendo. Si me disculpas, debo irme.

Madison no pudo ver las lágrimas en los ojos de Kate ni sentir el dolor punzante que nacía de la boca de su estómago.

«Volver al pasado no va a hacer que cambien las cosas», se dijo a sí misma.

## CAPÍTULO 30

Madison se encontraba perdida en un laberinto de emociones y no tenía ni idea de cómo hacer frente a la situación que tenía entre manos.

¿Kate tenía razón respecto a ella?

Era muy posible que así fuera. ¿Buscaba una familia, un padre al que nunca había conocido? Sí, lo deseaba con todas sus fuerzas. Sin saberlo, anhelaba ser querida, amada. En el fondo de su corazón aún habitaba esa pequeña niña que soñaba mientras observaba, a través del cristal de su ventana, el manto oscuro de la noche salpicado por miles de puntos brillantes; buscaba casi con desesperación esa estrella fugaz que le trajese al padre que ella no había conocido.

La respuesta la dejó fría. Las lágrimas comenzaban a quemarle los ojos, aún estaba a tiempo de largarse, de desaparecer para siempre y olvidar este tiempo en Escocia. Estaba claro que esa estrella fugaz no le iba a traer lo que tanto ambicionaba: el amor paterno.

Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no vio cómo dos mujeres se acercaban a ella.

—Tú debes ser Madison.

Madison presionó los dedos sobre las sienes palpitantes, el dolor de cabeza estaba naciendo en un punto concreto y tenía la impresión de que esas beligerantes punzadas no iban a desaparecer pronto.

—Sí, correcto, soy yo.

La mujer más alta y morena fue la que comenzó a hablar. Madison le echó unos setenta años, pero no podía estar del todo segura. Su tez era rugosa, lo que le recordó a una uva

pasa, y sus ojos eran demasiado pequeños para una nariz algo más grande que la media.

—Nos han comentado que restauras muebles antiguos.

—Bueno... la verdad es que...

No pudo terminar la frase porque la segunda mujer, de pequeña estatura, tan mayor como la primera mujer y con un tinte rubio muy artificial en el pelo la interrumpió.

—Verás, habíamos pensado que podrías restaurar unas sillas y una mesa que pertenecieron a nuestros padres.

—¿Son ustedes hermanas? —preguntó con extrañeza Madison. Las dos mujeres no se parecían en nada, solo en el blanco de los ojos.

—Sí. Perdona —se excusó la morena—, no nos hemos presentado, somos unas desconsideradas.

—Ella es Isobel. —La mujer rubia le dedicó a Madison una sonrisa algo teatral cuando su hermana le dio un suave codazo en el brazo—. Y yo soy Beth. Nuestro apellido es Crane y no vivimos lejos de aquí.

Madison esperó unos largos segundos. Al ver que no iba a recibir más información de las hermanas Crane, decidió ser ella misma quien rompiera el hielo.

—Verán, no sé cuánto tiempo me voy a quedar, por lo que no me puedo comprometer.

Isobel puso los brazos en jarra y dijo:

—Pensábamos que te ibas a quedar más tiempo por aquí.

—Pues no, me iré pronto. Lamento muchísimo no poder ayudarlas.

El dolor de cabeza se hizo más punzante.

—Si me disculpan, debo seguir mi camino.

—Eres la viva imagen de tu madre.

Madison se detuvo en seco.

A aquellas mujeres no les importaban un bledo sus sillas ni su mesa, solo querían cotillear. Debería dejarlas con la palabra en la boca, no se merecían otra cosa, pero algo en su fuero interno se lo impidió.

—¿Lo dice en serio?

La que había hablado en esta ocasión era Beth.

—Sí. No hay duda, eres hija de Fiona McAllen.

«¿Y de quién más?».

—Les agradezco el cumplido. Muchas gracias.

Se dispuso a irse de nuevo.

—¿No lo entiendes, verdad?

Madison tuvo la impresión de que la cabeza le iba a estallar de un momento a otro.

—¿No entiendo el qué? —Le preguntó a Beth sin esconder su enfado.

—Fiona no era una mala muchacha, tampoco era ingenua —explicó— como algunos querían hacernos creer. Le gustaban los hombres, eso es cierto y si estaban comprometidos, mejor que mejor.

Madison levantó las manos, como si así pudiera detener aquella conversación.

—Creo que ya he oído suficiente, señora Crane, si me disculpan.

Su intención fue alejarse lo más rápido posible, pero las palabras de Isobel la clavaron en el suelo.

—Se equivocó de hombre, Madison. Podría haber elegido a cualquiera de los solteros de la zona, pero no lo hizo y pagó por las consecuencias.

—¿Qué intentan decirme?

—Creemos que ya lo sabes.

El viento sopló con una fuerza desmedida, el frío hizo que Madison tuviera que arrebujarse en su abrigo.

—Díganme, ¿deseaban que les restaurase una mesa y unas sillas o querían solo hablar conmigo? —Madison exigió una respuesta.

—No sabemos lo que te ha traído hasta aquí, no obstante, creemos que deberías dejar las cosas como están.

—¿Por qué? —quiso saber Madison.

—Este es un pueblo pequeño y los secretos duran poco, pero nadie te dirá nada, nadie te dará las respuestas que andas

buscando —comentó Beth.

—¡Márchate, Madison! —le ordenó Isobel.

Madison no tuvo opción a réplica porque ambas hermanas ya le daban la espalda.

—Esto no me puede estar sucediendo a mí —dijo Madison en voz baja—. ¿Qué pasó aquí, mamá? ¿Qué hiciste?

Pero las palabras, como de costumbre se las llevó el viento.

\*\*\*

Salió al jardín. En esa época no había flores, pero sí malas hierbas, esas siempre crecían a pesar de las adversidades y con temperaturas desagradables. Se acuclilló, a pesar de que el viento de invierno la invitaba a volver a casa; arrancó algunas, no llevaba ningún tipo de protección en las manos y su piel se resintió cuando las raíces vieron por primera vez la luz.

—Necesito unos guantes o me dejaré aquí la piel —musitó para sí misma.

—Tu piel es demasiado bonita para que la estropees.

Ella levantó la cabeza y se encontró con Sloan, la miraba casi con necesidad.

Ella se incorporó y se pasó el dorso de la mano por la frente, un grácil rayo de sol intentaba abrirse paso por las algodonosas nubes grises, sin embargo, su arriesgo duró solo unos segundos.

—¿Quieres pasar?

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca.

Sloan se acercó hasta donde ella estaba, le rodeó la cintura con su brazo y la estrechó contra su cuerpo, después depositó un beso lento y provocador contra sus labios, lo que hizo que a ella se le encogiese el estómago.

—¿Besas así a todas las mujeres que ves arrancando malas hierbas?

Sloan, ante el comentario, sonrió.

—Solo a las que son de Georgetown.

—Ya...

—Me gustaría hablar contigo, ¿tienes un minuto?

Madison pensó que para él tendría una eternidad, no obstante, evitó decirlo en voz alta.

—Claro. Pasa.

Sloan no se separó de ella, sencillamente la arrastró con él.

Una vez en el interior se separaron, pero antes, Sloan le robó un fugaz beso a Madison.

—¿Quieres que encienda la chimenea?

—Estaría bien. Son ya las dos y es verdad que hace frío. —Se quitó el abrigo y lo dejó sobre una de las sillas.

Sloan se fijó en la fina camisa que llevaba Madison, era casi transparente y solo una camiseta interior de puntilla negra se dejaba ver a través de la tela. Se le secó la boca nada más verla, y se preguntó cómo las mujeres podían subsistir con algo tan fino. Imaginó que habría una razón.

—¿Si hace frío qué hacías fuera de la casa? Eso que llevas puesto no da calor —comentó haciendo referencia a la ligera camisa.

—Estaba tumbada en la cama, leía, pero un minuto después he cogido el abrigo y he salido al jardín. Intentaba despejarme de dos calmantes que me he tomado para el dolor de cabeza.

—Vaya, lo siento. ¿Qué te ha producido el dolor de cabeza?

—Entre otras cosas, las hermanas Crane.

Él levantó una ceja.

—Son un hueso duro de roer.

—Ni que lo digas. ¿No tienes que trabajar? —preguntó ella intentando cambiar de tema.

—Iré en un par de horas. —Sloan se arrodilló frente a la chimenea y después de colocar dos maderos cruzados y una bola de papel de periódico sobre ellos, prendió fuego a las noticias acontecidas en los últimos meses—. Has dicho que no

han sido solo Isobel y Beth las que te han producido el dolor de cabeza, ¿qué es lo que te preocupa?

Madison se rindió ante lo inevitable. Sloan podía ser muy persuasivo cuando quería y ahora mismo lo estaba siendo, podía haber inventado infinidad de excusas, no obstante, decidió ser sincera.

—Digamos que Kate y yo tenemos diferentes puntos de vista respecto al mismo asunto.

—¿Y se puede saber de qué trata ese asunto?

Sloan observó cómo Madison cruzaba los brazos en un intento de aparentar indiferencia.

—Ella piensa que lo único que busco es a un padre perdido y que no me importa revolver en el pasado de los demás con tal de conseguir ese fin.

Sloan se puso de pie, se sacudió los restos de hollín del pantalón y luego, su mirada recayó de nuevo en Madison.

—¿Por qué piensa eso?

Ella agradeció que él no se acercara, que no la abrazara.

—En una de las fotos que vimos anoche, me ha parecido reconocer a Ian. La mujer que está con él podría ser mi madre.

—¿Pero no estás segura?

—No.

A Sloan le hubiese encantado estrechar a Madison entre sus brazos, en ese mismo instante parecía el ser más frágil de la tierra, pero Madison no deseaba ser abrazada, los brazos cruzados bajo su pecho le indicaban que estaba formando una barrera con el mundo exterior. Así que decidió ser práctico y continuar la conversación.

—¿Por qué crees que ese hombre puede ser Ian?

—Por el reloj que lleva.

—¿Qué reloj?

La curiosidad se adueñó de Sloan.

—Según Elliot, el hombre de la foto lleva un *Longines*, es una marca de reloj muy cara y al parecer, Ian posee uno.

Sloan comprobó que los ojos claros y tristes de

Madison tenían una expresión afligida. La mujer que tenía ante sí había venido a buscar respuestas y lo único que parecía encontrar a su paso eran inmensos muros inexpugnables que le impedían descubrir lo que ella necesitaba saber desesperadamente. En ese mismo instante, él decidió no ser parte de esas odiosas murallas.

—Vamos a ver si lo entiendo. —Se pasó la palma de la mano por la frente—: Sabes por Elliot que Ian tiene un reloj igual que el de la foto, ¿correcto?

Ella asintió despacio y luego ladeó la cabeza, como si intentara también analizar la situación desde otro punto de vista.

—Pero los rostros de la pareja no se ven bien. ¿Por qué?

—Es como si alguien hubiese humedecido esa parte, como si —Buscó el término idóneo, una vez que lo encontró, sus ojos se abrieron como platos, sus brazos cayeron de forma vertiginosa paralelos a las caderas y se llevó las manos a la cara, como si hubiese hallado la respuesta que estaba buscando.

—¿Qué? —la apremió él.

—Soy una idiota. —Se maldijo a sí misma y esa imprecación rebotó de una forma vertiginosa de un lado a otro de su cerebro, como si fuera una pelota de tenis—. Siempre ha estado ahí y no me he percatado hasta ahora de ello.

—¿De qué hablas?

—Siempre pensé que había sido un sueño, pero al parecer no fue así. —Levantó las manos en el aire, como si no pudiese creérselo y a continuación, las dejó caer de nuevo—. No era más que una niña, no recuerdo exactamente qué años podría tener, pero son como esos flashbacks que te ciegan en algunos momentos de tu vida, no recuerdas ni el antes ni el después, pero si el momento exacto, ¿me comprendes? —Sloan afirmó con la cabeza y entonces ella decidió proseguir—. Me levanté de la cama, recuerdo estar asustada, la oscuridad engullía mi habitación, y la pequeña lámpara que

solía dejarme mi madre encendida por las noches, por algún motivo que desconozco, se encontraba apagada. Llamé a mi madre varias veces mientras agarraba con fuerza las sábanas, creo que eso hizo que me asustase más aún. Si cierro los ojos puedo sentir el miedo de ese momento, sin embargo, ella no respondió, así que, muerta de miedo por si algún monstruo salía de debajo de la cama, decidí salir en su busca. Aún puedo sentir el suelo frío bajo mis pies desnudos o al dulce Teo, mi osito de peluche preferido, contra mi cuerpo. Lo sujetaba con fuerza como si tuviese miedo de que él desapareciera también. Aún no sé de dónde saqué el arrojo para llevar a cabo esa aventura nocturna. —Sonrió con la mirada perdida—. Encontré a mi madre en la cocina, sentada, cabizbaja y con lágrimas en los ojos... entre las manos sostenía algo que en ese momento no pude identificar, pero ahora estoy segura de lo que era. Sobre la mesa se encontraba esa caja, la misma que hemos visto en la foto. Recuerdo que me fascinó por sus colores pastel y sus pinceladas en formas geométricas. Después de esa noche nunca más volví a verla. —Madison comprobó que tenía toda la atención de Sloan y eso le gustó y la intimidó al mismo tiempo—. No sé si la volvió a abrir o por el contrario aquella madrugada fue la última vez que lo hizo, supongo que ya nunca lo sabré.

Él la observaba en un intento de leer su mente, de analizar su teoría.

—¿Crees que tu madre lloró sobre la foto?

—Sí, es lo que creo, por esa razón esa zona está borrosa.

Sloan se mesó el pelo con cierto desazón.

—Madison...

—Lo sé. Solo es una teoría, pero tiene sentido, ¿no?

Sloan no se atrevió a contradecirla, levantó las manos en un gesto de rendición.

—¿Por qué aún no has ido a hablar con Ian? —quiso saber.

Esa era una buena pregunta y ella sabía la respuesta.

—Tengo miedo.

—¿Miedo de qué? Él lo confirmará o lo negará.

—Sloan, a veces tengo la impresión de que los hombres no veis todas las gamas de grises que ofrece una misma versión. Parece que solo distinguís el blanco o el negro.

Él cambió su peso de un pie a otro con un gesto de cansancio reflejado en el rostro.

—Ni siquiera me planteo discutir eso contigo.

—Bien. —Ella de haber podido se hubiese echado a reír.

—¿Según tú qué tonalidad de gris tengo que ver?

Ella flexionó los dedos, como si intentara relajar la tensión en ellos.

—No puedo hacerle esto a Kate.

Él le lanzó una mirada cautelosa.

—¿Kate?

—Kate es uno de esos tonos grises.

—Tengo la impresión de que jamás entenderé a las mujeres.

Ella desoyó el comentario.

—Si pregunto a Ian y resulta ser mi padre, ¿qué crees que pasaría después?

Sloan sin saber muy bien qué hacer con las manos, decidió introducirlas en los bolsillos delanteros de su pantalón.

—Imagino, que como el resto de los mortales, Kate tendría que asumir las consecuencias de la infidelidad de su padre.

Ella agitó las manos en el aire.

—No, Sloan, no ocurriría solo eso. De alguna manera Kate culparía a Ian, perdería a su padre y Matt y Elliot a su abuelo.

—Madison, cariño —Sacó una de las manos del bolsillo y se la llevó a la nuca—, creo que estás sacando conclusiones posiblemente erróneas.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Piensas demasiado en los demás y muy

poco en ti misma.

Sloan podría tener razón, sin embargo, ella no sabía cómo gestionar esos nuevos sentimientos adquiridos desde su llegada al pueblo. No deseaba ocasionar más daño, ni siquiera a Sloan, pero tenía la impresión de que cada día que pasaba, la abocaba al fracaso.

—Un momento... —La voz de Sloan flaqueó—. ¿Estás pensando en volver a Georgetown? ¿Es eso?

Madison se mordió su labio inferior, sin saber muy bien qué decir, pero mantuvo con firmeza su mirada.

Él soltó un juramento entre dientes y se llevó ambas manos a la cabeza, como gesto de rendición.

—Joder, Madison, ¿ya está? ¡Vienes aquí con tus aires de mujer ingenua, tejes tus redes y cuando algunos caemos en ellas, te vas!

—Sloan, por favor...

—¿Todo esto por un polvo de hace casi treinta años?

—La voz de Sloan estaba teñida de rabia.

Dio dos zancadas y acertó la distancia de ambos.

—¿Ya está, Madison? ¿Esto no significa nada para ti?

—La señaló primero a ella y luego a él.

—Sabes perfectamente que no pienso así.

—¿Entonces, quieres explicármelo, por favor? —  
Vociferó mientras la miraba con dureza.

Los bonitos ojos verdes de Madison buscaron los de Sloan para darle una respuesta que no tenía.

—No deseo irme, pero...

—¿Pero qué? —La atrajo hacia sí, le puso la mano sobre el pelo, la atrapó en el círculo de sus brazos y la besó con desesperación.

Sloan no la dejó continuar, inclinó la cabeza y tomó sus labios, los saboreó y bebió del elixir que ella le ofrecía. Madison se sintió desbordada, vulnerable, así que abrió la boca y aceptó su lengua. Permitted que él se hiciese con el dominio de la situación y Sloan, fuera de control, se perdió en ella.

—No estás siendo ecuánime con nosotros —le dijo

cuando sus bocas se separaron a escasos centímetros.

Madison escondió el rostro en el hueco de su hombro intentando recuperar la normalidad de su respiración y deseando que las lágrimas no salieran a la luz. Había sido un beso devastador, la había dejado rota por dentro.

—Tengo la impresión de que te escapas, Madison, como si fueras agua entre mis dedos. Puede que aún no seas consciente de lo nuestro, pero para mí esto no es un juego. Lo que sentimos el uno por el otro es diferente a lo que he experimentado jamás por una mujer. Hay algo, no puedes negarlo, no te lo puedes negar.

Las palabras de Sloan martilleaban sobre la palma de la mano de Madison. Ella apartó la mano del pecho de él poco a poco.

—Te quiero, Madison McAllen.

Madison no tenía ni idea de qué hacer con aquellas palabras, así que optó por rodearle el cuello con los brazos, besó su mandíbula con delicadeza, lo que a ella le gustaba llamar besos de mariposa, y luego descendió las manos despacio hasta llegar al cinturón del vaquero, sus dedos hábiles lo desabrocharon despacio, escuchó como la respiración de Sloan se agitaba con cada uno de sus movimientos. Sacó los faldones de la camisa para facilitar el acceso al interior de sus pantalones, introdujo la mano y se encontró con su miembro viril firme y duro como una roca.

—¿Yo te declaro mi amor y tú me metes mano?

Ella le sonrió de una manera que haría sentirse orgullosa hasta a la propia Mata Hari.

—Hay muchas maneras de decir «te quiero».

—Supongo, pero yo lo quiero oír de tus labios.

Ella se puso de puntillas y lo besó, luego su mano rodeó con firmeza su protuberancia.

Él supo que estaba perdido en ese mismo instante, así que separó un poco las piernas con las rodillas y de un salto la acomodó en sus caderas y la arrastró hasta que Madison tropezó con una de las paredes.

—Puedo parar, si quieres —inquirió mientras depositaba sutiles besos por el delicado cuello de ella.

—No te detengas, por favor.

La voz de ella se perdió entre varios gemidos.

Permitió que los pies de Madison tocasen el suelo. Le apoyó las manos contra la pared y la besó despacio, tomándose su tiempo, luego atrapó con los dientes el labio inferior de ella, con delicadeza y saboreó el contorno de su boca y su lengua.

Madison se rindió estremecida de puro deseo y él aprovechó esa debilidad para descender por su boca hasta la línea de sus senos. Una vez allí, se afanó por desabotonar aquella endiablada camisa que lo estaba volviendo loco, a continuación, desabrochó el sujetador y los pechos de Madison quedaron liberados y expuestos, sus pequeños montículos se mostraron ante él como pequeños y rosados capullos de primavera, a causa del frío. Sloan los acarició con el dedo pulgar y estos se irguieron más, como si eso fuera posible, a su contacto. Él substituyó su dedo por su boca. Madison, como un acto reflejo se arqueó contra él, dándole mayor accesibilidad, Sloan la aprovechó y succionó una y otra vez hasta que ella creyó morir de puro placer.

—Te necesito —le escuchó decir.

Le bajó los pantalones junto a las braguitas de algodón, ambas prendas rodaron por sus piernas hasta que quedaron, como si se tratase de un exiguo charco, a sus pies. Él hincó una rodilla en el suelo, la ayudó a desprenderse de ellas y luego, colocó una de las piernas de Madison sobre su hombro. Ella quedó abierta, expuesta a él.

Alargó los brazos y cogió su estrecha cintura, después su boca y su lengua jugaron entre la unión de sus muslos. Una sucesión de gemidos entrecortados se entremezclaron con el crepitar de un trozo de madera en el fuego. Madison creyó morir ante el abrasador contacto de Sloan contra su inflamado clítoris. La excitación que sentía en la zona de la pelvis la avisaba de que el orgasmo estaba a punto de llegar, de abrazarla como una ola de pasión, y así fue como sucedió. Ella

creyó que se desintegraría en mil pedazos, pero Sloan parecía tener otros planes.

Se puso de pie, esta vez fue él mismo el que se bajó los pantalones, la acomodó de nuevo en sus caderas y alineó su duro y enardecido miembro contra los pliegues húmedos del sexo de ella.

—No me sacio de ti, no puedo, siempre necesito más...

Sin poder terminar la frase, la penetró con fuerza y empujó, primero con movimientos suaves y rítmicos, después no tuvo otra opción que aumentar la cadencia, cuando percibió que la vagina de ella se estrechaba y lo acogía en su interior, los jadeos prolongados y entrecortados se perdieron en la vivienda. Madison pareció necesitar más y él se lo ofreció. Después de varios minutos interminables y exhaustos, Sloan eyaculó y se perdió en su propio placer.

Entre los jadeos y gemidos compartidos creyó escuchar un *te quiero* de los labios de Madison.

## CAPÍTULO 31

Los tres días siguientes pasaron volando. Madison terminó la cómoda y se sintió satisfecha con el resultado, no la vendería como había pensado en un principio, se la regalaría a Kate, quizá como ofrenda de paz.

Los niños y ella no habían vuelto a pasar por su casa y lo lamentó. Echaba de menos a los pequeños, pero respetaba la decisión de su prima. Sloan había dormido en su casa las tres noches, pero el buen sexo y las palabras que él le susurraba al oído mientras le hacía el amor, no eran suficientes. Se sentía cautiva entre esas cuatro paredes. Lo había meditado mucho y le había costado horrores tomar la decisión que tenía en mente, sin embargo, a la larga sería lo mejor para todos.

Se puso el abrigo y se calzó unas botas altas de caña, quería ver el mar antes de marcharse, despedirse del pueblo. Intentó ignorar la punzada que le produjo ese pensamiento. Esperaba que Sloan y su familia materna logran perdonarla algún día por irrumpir de una forma tan brusca en sus vidas.

Cerró la puerta de casa y se arrebujó en su abrigo a causa del frío del norte que parecía no querer pasar desapercibido y se afanaba por soplar con fuerza, con un aullido de lo más perceptible. La bufanda de lana protegía su cuello y los guantes de piel, sus manos.

Era realista y sabía que su vida no estaba allí, sino al otro lado del Atlántico, en la ciudad que la vio nacer. Mientras caminaba pensó en su madre y en la carta que le había dejado. ¿Por qué lo había hecho?, se preguntó por enésima vez durante esas últimas semanas.

Quizá su madre se había querido ir de este mundo

liberada, esa podía ser una razón, o le había querido mostrar el porqué de su huida. En un caso o en el otro la entendía perfectamente. ¿Acaso no iba a hacer ella lo mismo? Huir.

El viento trajo consigo el olor a salitre, la tarde estaba más silenciosa que de costumbre. La paz solo fue interrumpida por el ruido de las olas y el graznido de algunas gaviotas que revoloteaban sobre su cabeza. Metió las manos en los bolsillos y continuó su camino hasta la playa, en aquel emblemático lugar parecía encontrar la paz que tanto anhelaba.

Observó el paisaje que se abría ante ella. La intensidad del verde resaltaba contra el vivo y apacible azul del agua del mar. Eran dos espacios que contrastaban, sin embargo, parecían haber encontrado el equilibrio creando uno de los lugares más hermosos que Madison hubiese conocido jamás. Las pequeñas casas blancas que se divisaban en la distancia estaban esparcidas por el terreno, pero no restaban ni un ápice de belleza al paisaje. Respiró hondo varias veces y sus pulmones se expandieron con el aire marino.

Una vez en casa, en Georgetown, echaría de menos todo aquello.

Escuchó el timbre de una bici a su espalda y se echó a un lado del camino.

—Hola, Madison.

Madison hizo un esfuerzo por sonreír a Scott. Llevaba el pelo revuelto, sus mejillas estaban sonrosadas, seguramente por la combinación del frío y del esfuerzo. Se parecía tanto a su padre...

—Hola, Scott, ¿qué tal todo?

El joven, con un pie en el suelo y el otro en un pedal, le devolvió la sonrisa.

—Todo bien. Los exámenes están a punto de terminar y eso es una buena noticia.

—Me alegro por ti y por Alison.

Incómodo, quizá porque Madison hubiese nombrado a Alison, Scott buscó algo que decir.

—Siempre me he preguntado cómo será el lugar de

dónde vienes.

—Es más ruidoso y con mucho más cemento, con demasiados tonos grises.

Scott soltó una carcajada que asustó a varias gaviotas que planeaban cerca de ellos.

—¿Eso es todo?

—Bueno, la verdad es que aprendes a hablar más alto para que te oigan. Hay un exceso de bullicio.

El joven sacudió la cabeza de un lado para otro. Madison vio cómo los grandes ojos de Scott se volvían soñadores.

—Eres incorregible, Madison.

—Eso dicen —dijo mientras se retiraba un mechón que la brisa del mar le había revuelto—. Te gustaría, Scott, estoy segura de ello.

—Yo también lo estoy. Quizás algún día pueda ir.

—Claro. No cierres las puertas a tus sueños porque nunca puedes saber cuándo los vas a necesitar.

—Un sabio consejo. —Scott desvió la mirada al suelo, como si buscara tiempo o las palabras adecuadas para continuar con la conversación—. Me alegro de que mi padre no pase las noches en casa, solo quería que los supieras. Si te soy sincero, nunca le había visto tan feliz.

Ella abrió la boca con la intención de objetar, pero la cerró inmediatamente.

Para Scott pasó totalmente desapercibida la reacción de Madison y ella se alegró de que así fuera.

—¿Te veo luego en el pub?

—Aún no lo sé, pero intentaré ir —mintió.

—Está bien, te veo luego. —Se despidió con las manos enguantadas sujetando el manillar y ya dando pedales—. Solo quería que supieras lo que pienso. —Su voz se entremezcló con la del viento—. Hasta luego, Madison.

Ella se sintió más culpable a medida que veía la silueta de Scott perderse en el horizonte. Tenía la maleta preparada, en unas horas tomaría el ferry. Había decidido no volver en

autobús.

Retomó el camino cabizbaja, había escrito una carta a Sloan y la había dejado sobre la cómoda. Esperaba de corazón que él la encontrase y la leyese.

Después de todo, esas semanas en Uig habían sido reveladoras, aunque sin los resultados esperados. Claro que nadie del pueblo sabía de su existencia, por lo tanto ella había jugado con ventaja desde el principio y aquellas gentes no se lo habían perdonado. Daba la impresión de que les gustaba vivir en el pasado.

Se iba sin ver a su tía Ellen. Comprendía y respetaba su decisión, ella tampoco había hecho ningún movimiento de acercamiento: sabía cuándo no era bien recibida. Pero Ellen Campbell tenía sus razones de peso, si era cierto que su madre había tenido una aventura con su marido. Volvía al país que la vio nacer sin saber quién era su padre y eso la entristecía, pero conocía el dolor que podía ocasionar si su teoría se confirmaba. La primera reacción no se había hecho esperar. Lamentaba tanto habérselo contado a Kate... y lo peor de todo era que regresaba con el corazón roto.

Uig 1. Madison 0.

Se detuvo en un lugar donde podía apreciar la inmensidad del mar. Aquella exorbitante masa de agua la recibió con tranquilidad. Esa calma se rompía cuando algunas de aquellas pequeñas ondulaciones se transformaban en olas algo más grandes. Era hipnotizador observar ese vaivén continuo y que parecía no tener ni principio ni fin, tenía la sensación de encontrarse dentro de un cuadro impresionista de Monet, con trazos violetas, azules y verdes intensos, con gran riqueza de texturas que formaban el agua y la espuma de las olas rompiendo en el mar, un lienzo de contrastes vibrantes. Iba a echar de menos todo aquello.

—Nunca te cansas de mirar hacia el océano, ¿verdad?

La voz la sobresaltó de tal manera que estuvo a punto de perder el equilibrio y dar un traspies.

Ante ella se encontraba el hombre que menos hubiese esperado encontrar antes de su marcha.

—Hola, Madison.

Ella intentó responder al saludo, pero las palabras se enredaron en su garganta. Ian Campbell estaba a su lado. No la miraba, solo observaba el mar, como había hecho ella hacía escasos minutos.

—Pedirte que me perdones sería demasiado. Soy consciente, pero hasta ahora no he reunido el valor suficiente para hablar de tu madre. —Desvió su mirada y la fijó en aquella mujer de rasgos tan parecidos a los de Fiona—. Era muy especial, ¿sabes? Alegre, divertida, risueña... a veces alocada, enamorada de la vida. Era una belleza. Te parecías tanto a ella que no imaginas el esfuerzo que me supone estar aquí mismo, contigo. —Sonrió más para sí que para su interlocutora—. La amaba con locura. Es la primera vez que se lo confieso a alguien y me alegro de que seas tú esa persona. Me siento liberado.

Madison no salía de su asombro, no tenía ni idea de cómo llevar esa conversación. Ian tenía en ese momento las manos en los bolsillos y daba la impresión de que había envejecido diez años más desde la última vez que lo había visto en el pub. Buscó algún rasgo heredado por los genes y creyó encontrarlo en sus ojos cuando él le dedicó una tenue y triste sonrisa.

—No tenía ni idea de que estaba embarazada, de haberlo sabido...

—¿Tú eres mi padre? —inquirió Madison mientras el viento se afanaba con jugar con su pelo.

Ian, antes de responder, la observó detenidamente. Él también parecía estar buscando algo.

—Cuando Elliot me habló de la foto, del reloj, algo revivió dentro de mí. —Él pudo ver la desilusión en el rostro de Madison al no ver respondida su pregunta, pero antes de hacerlo, necesitaba ser escuchado—. Supongo que decidió huir porque ella ya sabía que yo en ese momento no podía dejar a

Ellen ni a Rosemary. Me conocía demasiado bien, sabía de antemano el valor del matrimonio en aquellos tiempos mejor que yo mismo e imagino que ella tomó la decisión por ambos. —Él siguió mirándola con cierta cautela—. No fue algo premeditado, simplemente surgió y nos dejamos llevar por un amor que ambos sabíamos que, tarde o temprano, sería efímero.

—¿Por eso has venido a hablar conmigo? ¿Por la foto?

—La foto ha sido la excusa perfecta.

—Entiendo.

—Supongo que las cosas importantes de la vida se deciden solas.

Madison pensó en la frase que acababa de pronunciar Ian. En cierta manera, tenía razón.

—Sois vosotros, ¿verdad? Los de las fotos —aclaró.

—Sí, lo somos. Y como has podido comprobar, robábamos esos instantes en que nadie nos observaba para dar rienda suelta a ese amor clandestino. —Sacó una de las manos del bolsillo y se pasó la palma por su pesaroso rostro—. No sabía que existía esa foto hasta que Elliot me habló de ella y del *Longines* que ha pertenecido a mi familia durante años.

—Elliot es un niño muy inteligente.

—Sí que lo es, y estoy orgulloso de él, creo que algún día seguirá mis pasos, si no se convierte en piloto de aviones. —Madison no pudo más que sonreír ante el comentario—. Kate me pidió que cuidase de los niños —comentó cambiando de tema—, no me dijo el motivo, solo me dio a entender que tú estabas ocupada y no te podías hacer cargo de ellos, até cabos y supuse que al ver la fotografía, tú también lo habías hecho.

—¿Esa es la razón por la que estás aquí?

—La verdadera razón es porque he decidido ser valiente por primera vez en mi vida. No puedo decir que haya sido un hombre feliz, Madison —volvió a meter la mano en el bolsillo—, no desde que Fiona se fue. El nacimiento de Kate aplacó un poco esa tristeza y Elliot y Matt la han suavizado con el paso de los años, sin embargo, no hay día que pase en

que no piense en tu madre.

—Creo que ella tampoco fue feliz. Ahora comprendo cuánto te echaba de menos.

Una lágrima rodó por la mejilla de Ian.

—Ya ves... una mala decisión hace imposibles las demás, las que marcarán tu vida. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Antes me has preguntado si soy tu padre. —Vio asentir a Madison—. Sí. Lo soy.

A Madison esa confusión no la pilló desprevenida.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello? Según algunas personas del pueblo, mi madre era...

—La envidia, Madison, puede traer malos actos y peores palabras. No es cierto lo que dicen de ella. El primer hombre que yació con ella fui yo y sé que mientras estuvo conmigo, no hubo nadie más. Las fechas coinciden, ella se marchó del pueblo embarazada aproximadamente de tres meses.

Madison volvió la mirada al mar, ahora comprendía por qué su madre había querido que realizase aquel viaje. Deseaba que ella supiera la verdad por la boca de su padre.

—¿Se casó?

—No —respondió Madison—. Si hubo más hombres no lo sé, siempre fue muy prudente con ese tema.

—Lo siento. Se merecía que alguien cuidase de ella, que velase por vosotras.

Madison estuvo a punto de decir que eso nunca había sido necesario, sin embargo, decidió guardar silencio.

—Fue profesora.

—¿En serio?

—Sí y le encantaba su trabajo.

—Me alegro de que al menos algunos de sus sueños se hiciesen realidad. —Sus cejas se unieron y achicó los ojos como para impedir que saliesen más lágrimas de ellos—. Le gustaban los niños... ¿Cómo murió?

—Yo estaba a su lado.

Ian se sintió un poco menos culpable al saber que Fiona

no había estado sola cuando la muerte fue a su encuentro.

—¿Sufrió?

—No fue una muerte apacible, si es eso a lo que te refieres, pero ella lo quiso así. Dejó escrito que no quería que la sedasen. Fueron momentos difíciles.

Ian no lo soportó más y con ambas manos cubrió su rostro, un sollozo ahogado y desgarrador brotó de su garganta.

Madison no tenía ni idea de cómo manejar aquella situación, así que deslizó un brazo por la espalda de aquel hombre enjuto y desgarbado que decía ser su padre.

—Ella nunca te olvidó.

Ian asintió con el rostro aún cubierto por sus manos.

—Nos descubrió Rosemary una tarde... en el taller... estábamos medio desnudos, haciendo el amor, y no nos percatamos de la presencia de la niña. No me lo perdonaré nunca.

Madison, sorprendida por la declaración, dejó caer la mano por la espalda de Ian.

—¿Y se lo contó a Ellen?

El anciano se limpió las lágrimas con la manga de su chaquetón e intentó recobrar el aliento.

—No lo hizo en el momento... imagino que es como dicen. La venganza se sirve fría.

—No era más que una niña.

—Rosemary es hija mía y la quiero, pero tiene un defecto, es rencorosa y tiene esa malicia que no se aplaca con los años. Espera el momento indicado y luego te destroza.

—Lo siento muchísimo.

Ian la miró con los ojos aún brillantes, levantó el brazo, dudó una milésima de segundo, pero después ejecutó su decisión: acarició, con mano temblorosa, la mejilla de Madison.

—Yo también, durante muchos años y no sabes cuánto. Sin embargo, ahora mismo, no lo lamento porque sé que de ese amor que nos profesamos naciste tú y ese es mi mayor regalo.

—La atrajo hacia así y depositó un beso paternal sobre la

frente de Madison—. Imagino que esa fue la voluntad de tu madre, que te llegase a conocer, que viera que después de tanto dolor padecido por ambas partes, salió algo bueno de tanto sufrimiento: tú.

Madison le abrazó con fuerza y por primera vez se sintió arropada por su padre.

—Siento haber tardado tanto, hija, pero me he perdido varias veces por el camino. Perdóname.

Madison comprendía que no tenía nada que perdonar. ¿Acaso el amor no había invadido su vida? ¿Y qué iba a hacer ella? Pensó en Sloan y meditó su decisión.

—No hay nada que perdonar. Para avanzar, en muchas ocasiones, debemos retroceder.

—¿Lo dices por experiencia?

Madison se apartó lo suficiente para ver cumplido su sueño.

—Sí.

—¿Por qué tengo la impresión de que te vas a marchar?

—Debo hacerlo, es preciso.

—No lo haces por ti, Madison, no te engañes. Te ves obligada por Kate y por mí.

—¿Ella lo sabe?

—No. Aún no, pero lo sabrá muy pronto. Dame un poco de tiempo, es lo único que te pido.

—Es mejor así. Creo que no deberías contarle nada de lo que sucedió, después de todo, no puedes quedarte solo ante la batalla. La necesitas. Necesitas a tus nietos.

—Piénsalo, Madison. No es necesario que te alejes de nosotros.

Ella miró al suelo fijamente antes de responder.

—Como te he dicho antes, a veces debemos retroceder para avanzar y yo debo intentarlo. —Sus ojos verdes brillaron por la humedad de las lágrimas—. Es un pueblo muy pequeño y cada uno debe seguir con su vida, no deseo interferir.

—Creo que ya es tarde para eso.

Ella le miró inquisitivamente.

—¿Lo dices por Sloan?

—Exacto.

—Seré una más en su lista de conquistas. —Escuchar ese comentario de sus labios propios le partió el corazón—. Todo volverá a la normalidad. El tiempo lo cura todo, hasta las heridas más difíciles.

Los labios de Ian se apretaron en una línea muy fina.

—Puedo hablar con Ellen y...

—No —le interrumpió ella—, lo mejor es dejar las cosas como están.

Ian asintió, no muy convencido.

—¿Cuándo te vas?

—En el próximo ferry.

—¿Tan pronto? —preguntó un desolado Ian.

No hubo respuesta porque el viento frío del norte, como de costumbre, se la llevó.

## CAPÍTULO 32

*Georgetown, tres meses más tarde.*

—Madison, por favor, deberías dejarlo ya —le rogó Justin—. La luz ya se ha ido y mañana querrás enmendar todo lo que has hecho estas últimas horas, lo cual es tiempo perdido.

Ella desoyó el consejo de su amigo y siguió pintando, necesitaba mantenerse ocupada y qué mejor manera que con un pincel en la mano y un lienzo enfrente.

Era el quinto cuadro que pintaba sobre Escocia y nunca parecía satisfecha del resultado. A pesar de haber vendido los cuatro anteriores a una galería de arte a un precio mucho más elevado de lo que ella hubiese podido imaginar jamás, no podía olvidar la última parte de su viaje antes de coger el avión rumbo a Georgetown.

Había decidido visitar las demás islas con el ferry. Si Skye le pareció maravillosa, Las Hébridas exteriores no se quedaban atrás, como Lewis, Harris o Nort Uist. En todas ellas la naturaleza le pareció salvaje, como si la mano del hombre no hubiese interferido nunca. En esas islas se podía apreciar el paso del tiempo a través de las ruinas antiguas o imaginar cómo vivían los primeros habitantes de las islas o descubrir las típicas explotaciones agrarias escocesas de los siglos dieciocho y diecinueve, los *crofts*.

Aquel encuentro había sido como un bálsamo para su alma, una despedida definitiva de Escocia. Sus planes de

visitar otros países de Europa se habían volatilizado en la nada.

Justin se situó a su lado y se armó de paciencia, con el paso de las semanas había perfeccionado esa actitud. Madison había llegado a Georgetown rota en mil pedazos y él estaba intentado unirlos, pero sin éxito alguno por ahora.

Lo sentía por ella, lo que iba a ser un viaje de descubrimientos se había convertido en un duelo entre la razón y el corazón y la herida de Madison seguía abierta con esos puntos sucesivos que no permiten pasar página.

Sabía de Sloan, de Ian, de Scott, de Graham, de Alison, de Kate y de los niños, y también conocía a los malvados de la película: Ellen, Rosemary y algunos vecinos de la zona de los que había decidido olvidar sus nombres porque no merecían su tiempo, ni un espacio en su cerebro.

Madison no había sido muy explícita con respecto a su estancia en Uig, sin embargo él había sacado sus propias conclusiones y una de ellas era que su amiga estaba enamorada.

Justin se preguntó si sería buena idea comenzar una conversación con Madison. Ya era primavera y la luz del día se dilataba hasta bien entrada la tarde, lo que permitía estar más tiempo al aire libre y disfrutar de esas pequeñas cosas que la vida ofrecía y que tan a menudo, la rutina destruía.

—Sales poco, solo de casa a la galería y luego haces el camino a la inversa —se quejó Justin sin dejar de mirar aquel precioso cuadro de tonos verdes intensos.

—Es más que suficiente para mí. ¿Qué tal tu padre?

Justin se percató de que Madison había dado un giro a la conversación, era algo que no le extrañaba en absoluto ya que últimamente lo hacía con frecuencia.

—Está mejor, la enfermera que lo cuida y el fisioterapeuta, que le ayuda con la rehabilitación, dicen que si sigue así pronto le darán el alta médica. No podrá hacer una vida como la que estaba acostumbrado, pero será autónomo y eso, después de lo que ha pasado, será todo un logro.

Madison dejó el pincel en suspensión y observó a su

amigo.

—Me alegro tanto por vosotros, Justin... Tu padre es un gran hombre y se merece retomar su vida.

—¿Qué haces cuando estoy trabajando?

Madison hizo un mohín de disgusto con los labios y de inmediato volvió a retomar su tarea. Justin parecía no darse por vencido.

Ambos habían decidido seguir compartiendo el apartamento. Para Madison, tener a Justin en casa significaba poder hablar, distribuir su tiempo en todo y nada y, lo más importante, lapidar las horas en las que pensaba en Sloan. Para Justin, vivir con Madison era una independencia compartida, algo muy acertado al precio que estaban los alquileres en aquella ciudad.

—Pintar.

Justin no se dejó intimidar por la taxativa respuesta.

—Madison...

—No quiero hablar del tema —le interrumpió—. Ya lo hemos hablado, Justin.

Madison se fijó en que la arruga de la frente de su amigo se intensificaba.

—Estoy bien —claudicó.

—Si te soy sincero, creo el olor a barniz, a óleo y disolventes está atrofiando tu cerebro. Al menos deberías responder a sus llamadas —comentó como si tal cosa mientras retrocedía un paso, pero sin que desapareciera de la línea de visión el cuadro que tenía ante sí.

Madison introdujo el pincel en un tarro de cristal con un producto muy similar al aguarrás, al menos su olor no era tan fuerte y devastador, sacó el pincel del tarro y se dispuso a secarlo con un trapo seco que había conocido mejores tiempos.

—No quiero hacerlo, le dejé una carta. Eso debería bastar.

—¿Crees que unas cuantas líneas es una despedida? Al menos para él no, te ha llamado infinidad de veces y tú no has respondido ni a una sola de sus llamadas —se quejó Justin

volviendo a su posición inicial.

Madison, con ayuda del trapo, secó el pincel.

—Será mejor que lo enjabone y lo limpie bajo el agua, si no lo hago se estropeará.

—Madison, por favor... —Ella se volvió y Justin no dejó pasar esa oportunidad—. No eres la misma, ha venido una mujer diferente a la que se fue.

—Soy la misma, Justin, con más experiencia, quizás, pero sigo siendo Madison McAllen.

—¿La misma mujer que se quería comer el mundo?

Ella ignoró la pregunta.

—Debo limpiar el pincel.

Él se acercó a ella, ahuecó las manos sobre sus mejillas.

—No me engañas, Madison. Es muy posible que el hecho de que sea gay me convierta en un hombre más interesante al mismo tiempo que sensible. —Ella no pudo más que sonreír ante el comentario—. El amor no se encuentra, sencillamente te escondes de él.

Ella asintió aún con las manos de Justin en su rostro.

—Bien. Eso es un paso.

Madison intentó por todos los medios ignorar las lágrimas que anegaban su garganta.

—Has vendido la casa de tu madre —afirmó Justin—, no necesitas pintar cuadros para vivir, puedes tomarte las cosas con más calma, mirar ahí dentro —bajó una de las manos y señaló su pecho—, y preguntarte qué responsabilidad tienes tú en todo esto.

—Justin... —Ella tomó una bocanada de aire—. Creo que el amor es una mala pasada de la vida y como tú bien dices, me escondo de él. —Al ver que su amigo entrecerraba los ojos, decidió cambiar el rumbo de la conversación—. Sloan es un hombre de campo, de una pequeña aldea, amigo de sus amigos, de sus vecinos... él necesita todo eso para vivir y yo no soy más que un estorbo, muchos no quieren mi presencia en el pueblo, incluidas mi tía y Rosemary, no se lo reprocho, están en todo su derecho —dijo esto último en voz de queda—. Tú y

yo lo hemos hablado en muchas ocasiones.

—Cariño, ¿no te das cuenta de que has decidido por él? No le has pedido su opinión. Has dado por sentado muchas cosas.

—Lo hago lo mejor que puedo.

—¿En serio?

Ella dejó el pincel sobre la mesa con un gesto calculado.

—Necesitaba espacio, eso es todo.

—Creo que lo que necesitabas era huir. —Ella movió la cabeza de un lado para otro, como si no se llegase a creer del todo las palabras de Justin—. Ni siquiera hablaste con tu tía, Madison.

Ella percibió cómo sus músculos se tensaban bajo su piel.

—Te recuerdo que ella no deseaba verme, te lo he repetido hasta la saciedad —contraatacó.

—¿Y ese es suficiente motivo? Te rendiste, reconócelo de una vez por todas.

Madison había llegado también a esa conclusión hacía varias semanas, pero era demasiado terca para reconocerlo.

—Necesito volver a mi vida. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó y a continuación respiró hondo un par de veces—. ¿Lo comprendes? Necesito ser la de antes, borrar ese tiempo en Escocia...

Justin se frotó la nuca y luego se encogió de hombros.

—Creo que te equivocas, pero está claro que no me escuchas.

Ella se acercó y lo abrazó.

—No sé qué hubiese hecho sin ti cuando llegué tan vacía y triste.

—Hubieses sobrevivido de igual manera, yo lo único que he hecho ha sido mantenerte a flote para que no te hundieras más de lo necesario —afirmó él rodeándole la cintura.

Madison sabía que eso era cierto.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

Justin la apartó con cuidado de su lado.

—Si me quieres, harás todo lo posible por volver a ser feliz.

Ella asintió con la cabeza.

—De acuerdo, no te prometo nada, pero lo intentaré, ¿te vale?

Justin no la creyó, pero se resignó.

—Me vale.

—Bien —respondió ella con los ojos inundados de lágrimas.

—Yo también te quiero, cariño. —Justin depositó un cálido beso sobre la sien de ella—. Ahora ve a terminar de lavar esos pinceles o bien sabe Dios qué terminaré intoxicado por tu culpa.

Madison esbozó una lenta y triste sonrisa.

—Enseguida vuelvo. —Cogió de nuevo el pincel y se dirigió a la puerta.

Justin puso las manos en la cintura, los brazos quedaron en jarras y soltó un bufido de lo más sonoro. Lo había meditado durante las últimas semanas y había llegado a la conclusión de que no debía inmiscuirse en la vida de Madison, sin embargo, algo le decía que si no hacía nada al respecto, su amiga terminaría cayendo en una depresión y eso él no lo iba a consentir.

Miró en dirección al teléfono móvil de Madison, que se encontraba sobre el brazo del sillón situado cerca de la ventana.

Casi pudo sentir cómo un diminuto ángel se posaba en su hombro derecho y en el izquierdo, un diablo de igual tamaño, pero con una sonrisa pérfida. Para su sorpresa y después de debatir consigo mismo, decidió escuchar al demonio: llamaría a Sloan y le contaría su versión de los hechos, después... bueno, la verdad es que nadie podía saber lo que iba a suceder después.

\*\*\*

Kate cerró el grifo y a continuación dejó secar la sartén sobre un paño limpio que descansaba sobre la encimera. El pub estaba a rebosar, era el tercer autobús que llegaba esa semana y el agotamiento físico ya le estaba pasando factura. Esa era una de las causas de su cansancio, la otra llevaba el nombre de Madison.

La puerta se abrió como si una fuerza beligerante tirase de ella y Sloan la cruzó como un autómata. Se había vuelto más taciturno, en los últimos tres meses, casi no lo había visto sonreír y pasaba más horas en el pub que en su propia casa. Esto último lo sabía por Connor.

Connor ya vivía en la casa que un día compartió con sus padres. Ahora tenía una consulta médica, y la verdad era que le iba de fábula. Kate se alegraba de que a alguien le fuese bien.

—Necesitamos más patatas con pescado frito.

Kate se sobresaltó al escuchar la orden, ni por lo más remoto pensaba que Sloan le iba a dirigir la palabra.

—Dame unos minutos y lo tendré preparado —dijo volviendo a poner la sartén al fuego.

—Bien.

Sloan ya se disponía a marcharse cuando Kate lo llamó.

—¿Sabes algo de ella?

Si las miradas matasen, ella ya estaría fulminada en el suelo. La respuesta se dilató demasiado en el tiempo, pero al fin llegó.

—No.

—¿Esta semana la has llamado?

Él se pasó la mano por el pelo e intentó pensar cómo dar esquinazo a la pregunta, pero sabía que Kate también estaba muy preocupada por Madison. Había admitido que su conducta respecto a ella dejó mucho que desear, sin embargo, *su hermana* tampoco respondía a sus llamadas.

—Sí. Lo he hecho, y antes de que me lo preguntes, no

se ha dignado a descolgar el teléfono.

Kate sintió una punzada de decepción, no hacía falta que nadie le dijese que Sloan se estaba rindiendo. Había algo más que le preocupaba, Matt se encontraba algo mejor y ya pronunciaba algunas palabras, aunque seguía sin ser muy hablador. Sintió cómo las lágrimas hacían acto de presencia al recordar la primera frase de su hijo pequeño: «¿Dónde está Madison?».

Ella, sin saber muy bien cómo, había tenido que contarle la verdad y Matt pareció retroceder de nuevo en su evolución. La única responsable había sido ella. Solo había pensado en sí misma, había sido una egoísta y más desde que su padre le había confesado la verdad sobre la hija que había tenido con Fiona y la marcha de Madison.

—Tengo que volver a la barra.

—Sloan... —Él se volvió—. ¿Te has rendido?

Kate supuso que la pregunta era innecesaria, sin embargo, necesitaba escuchar la respuesta de los labios de su amigo.

Él no respondió, se limitó a mirarla fijamente y un segundo después a salir por la puerta de la cocina.

Kate no pudo evitar que una lágrima aflorara y surcara su mejilla.

—Yo tampoco —respondió en voz baja.

## CAPÍTULO 33

*Para ti, Sloan:*

*Ya te echo de menos sin haberme ido. Es difícil cerrar círculos y más cuando estos se empeñan en seguir abiertos. Todos tenemos un destino, no todos se atreven a perseguirlo. Yo lo intenté y fracasé.*

*Nadie, ni tan siquiera tú o yo, tiene la culpa de que no haya un mañana para nosotros, solo que, a mi modo de ver, no es posible y debo —debemos— aceptarlo. Espero que algún día puedas llegar a comprenderlo y con ello perdonarme.*

*Si te pidiera que me dejases marchar, nunca lo harías, buscarías la excusa perfecta para que me quedase, yo lo veo inviable porque lo que realmente necesitas es a los tuyos para seguir con tu día a día.*

*Puedo imaginar tu ceño fruncido mientras lees esta carta, y ahora no me das la razón, pero el tiempo, en ese momento oportuno que crees que nunca llegará, lo hará.*

*Jamás podré olvidar el olor a salitre que llega suspendido y silencioso al pueblo, ni tampoco la esencia que desprenden vuestras praderas tras caer la fina e intensa lluvia. Vuestros campos tienen ese verde tan intenso porque creo, y estoy segura de no equivocarme, que solo pueden ser obra de vuestros duendes, de vuestras leyendas. Sin embargo lo que más echaré de menos, y no me avergüenza reconocerlo, será el aroma de tu piel, por las noches cerraré los ojos y me embriagaré de él.*

*Te prometo que buscaré la manera de verte en mis sueños, de no olvidar jamás tu sonrisa, ni tus besos.*

*Hallaré la forma de mantenerme viva y de acariciarte cada vez que mi mente te reclame. La distancia no me impedirá abrazarte, ni desearte buenas noches o feliz día. Cuando sientas que el viento frío del norte te arrulla, piensa que soy yo, la mujer que nunca te dejará de amar.*

*Debo volver al país que me vio nacer, mi corazón se niega, sin embargo la razón es más poderosa y fuerte y algo me dice que tu arraigo a tu preciosa tierra debe ser algo que debes transmitir a tus nietos.*

*Seré feliz si tú eres feliz, así que hazme un favor y sonrío a la vida. Recuérdame con cariño.*

*Madison.*

Sloan había releído una y otra vez aquella carta que había encontrado en una casa vacía y que ahora siempre llevaba consigo. La pena no se había disipado y el paso de las semanas lo único que había logrado era penetrar más en la herida.

No podía evitar que algunos vecinos y amigos preguntasen por Madison, de alguna manera, era supuestamente el nexo de unión, pero nada más lejos de la realidad.

Ella había decidido marcharse sin despedirse, le estaba costando asimilarlo, pero debía respetarlo. La amaba y eso en vez de diluirse con el paso del tiempo, se aferraba más y más a su ser. Sin embargo, ella tenía razón, él había nacido en aquellas tierras, su apego era quizás excesivo, pero a su manera era feliz. La historia se repetía, primero fue Amanda y ahora, Madison. Estaba claro que la vida le intentaba decir algo, no obstante, tenía miedo a una nueva negativa y por eso se aferraba a la tierra de sus antepasados. Ellos jamás le defraudaban.

—Sloan, necesito que vengas... solo tengo dos brazos.

La voz de su padre lo sacó de sus pensamientos, así que se dispuso a salir del almacén, estaba a punto de apagar la luz cuando su móvil comenzó a vibrar en el interior de uno de sus

bolsillos delanteros. Ignoró de nuevo la orden explícita de su padre y sacó el teléfono. Era Madison.

Algo se removió en su fuero interno.

—¿Sí? —preguntó respondiendo a la llamada.

—¿Sloan McGregor?

La voz era masculina, los celos le consumieron, pero no terminó con sus esperanzas.

—Sí. Soy yo. ¿Con quién hablo?

Se hizo una pausa a través de la línea.

—Sloan, no me conoces, sin embargo tenemos un interés en común. —Sloan no supo qué decir, así que decidió guardar silencio—. Mi nombre es Justin Morelli y soy amigo de Madison, imagino que habrás oído hablar de mí. —Al no recibir ninguna respuesta, Justin decidió continuar—. Te parecerá extraña mi llamada, pero tengo algo que proponerte, luego serás tú el que decida qué hacer.

Sloan, cabizbajo, se pinzó el puente de la nariz con los dedos y calculó mentalmente la hora de Georgetown. En el fondo tenía poco que perder.

—Está bien. Te escucho.

—Un detalle antes de continuar.

—¿Sí?

—Tú y yo jamás hemos mantenido esta conversación o Madison me despellejará vivo.

Sloan sonrió por primera vez en muchos días, se pasó la mano por la frente y tomó aire.

—Prometido. Tú y yo nunca hemos estado en contacto.

—Perfecto. Ahora escúchame con atención, por favor...

Sloan fue todo oídos.

## CAPÍTULO 34

—No entiendo por qué razón te has empeñado en acompañarme a la galería.

Justin se armó de paciencia y contestó lo primero que se le vino a la cabeza.

—Es mi cuadro preferido —dijo mientras señalaba el lienzo que Madison tenía entre las manos—. Has tardado más de lo previsto en terminarlo, pero sé reconocer una verdadera obra de arte cuando la veo.

Ella lo miró con cierta sorna, pero no dijo nada al respecto. Justin parecía más nervioso de lo habitual y eso le parecía extraño, sin embargo, no le dio ninguna importancia, bien podría ser un nuevo amor que le rondaba. Desde lo de Alan, Justin había tenido algunas citas, pero al parecer sin importancia. Cuando volviesen a casa le sometería al tercer grado y él no tendría otra opción que responder a sus preguntas, ¿acaso no había hecho él lo mismo nada más llegar ella de Escocia?

Pensar en Escocia le hacía daño, así que de un barrido lo intentó eliminar de su mente. No obstante, como de costumbre, no pudo ser. Así pues intentó mantenerse ocupada mientras ponía cierto interés por las obras de otros artistas. La galería de arte no se encontraba muy lejos de su apartamento, era un local pequeño, pero exquisito. La luz era un detalle a tener en cuenta, estaba distribuida de una forma uniforme y las obras de arte relucían por sí mismas.

Le gustaba visitar aquella galería mucho antes de que sus cuadros se vendieran allí, era muy posible que la insistencia de Justin tuviera mucho que ver para que ella

ofreciese sus pinturas. Su amigo parecía tener más fe en ella que ella misma. Para sorpresa de ambos, a la dueña de la galería le encantó su trabajo y Madison pasó de ser una mera espectadora, a ser una artista de la exposición.

Esperaron varios minutos más hasta que una voz femenina les atendió.

—Madison, discúlpame, por favor. Una llamada me ha tenido colgada del teléfono al menos veinte minutos, lo siento de veras.

Madison extendió la mano a modo de saludo al ver a Vera, una mujer de mediana edad, con la elegancia que solo podía dar un traje de firma y peinada con una melena que hubiese causado sensación en el antiguo Egipto. Vera era una mujer de mucha vitalidad, delgada y con cierto aire francés, que hablaba por los codos durante horas si no tenías el valor de cortarla.

—Vera, te presento a mi amigo Justin.

La mujer le dedicó a Justin una de sus mejores sonrisas, se acercó a él con esa danza tan característica de caderas que algunas féminas perfeccionaban con el paso de los años y, después, le plantó dos besos sonoros en respectivas mejillas.

—Encantada de conocerte, Justin. ¿Te gusta el arte?

El aludido se llevó la mano cerrada en un puño a los labios y carraspeó antes de responder.

—Se podría decir que me encanta, y más si viste de Prada.

Vera levantó ambas manos, su mirada felina buscó intencionadamente la de su interlocutor, y las manos recayeron sin ningún tipo de pudor sobre el duro pecho de Justin. Con una voz seductora que nada tenía que envidiar a la de Marilyn Monroe, dijo:

—Entonces, déjame decirte que estás en el lugar adecuado. ¿Eres artista también?

—Mecánico.

Los ojos de Vera relampaguearon de pura lujuria.

Madison sonrió para sí misma. Justin siempre causaba

la misma sensación a las mujeres, y más a las maduras. Luego cuando descubrían que era gay, Madison se encargaba de consolarlas. Se preguntó en qué momento debería hacerlo con la dueña de la galería.

—Dios mío, Madison, con este cuadro te has superado —exclamó Vera mientras observaba el lienzo situado tras Justin—. El color es maravilloso y la textura, increíble.

—Me alegro de que te guste. Espero que se venda bien.

—¿Bien, dices? Este precioso cuadro ya lo tengo vendido —indicó Vera dirigiéndose al lienzo sin aumentar en exceso la distancia con Justin—, es fabuloso. Nadie como tú sabe captar la belleza de Escocia.

—Te agradezco el cumplido, Vera.

Madison se fijó en cómo sonreía Justin, sus ojos estaban entrecerrados y sus labios formaban una línea muy fina, pero iban de oreja a oreja.

—Eres idiota —le dijo en voz casi imperceptible.

La sonrisa de Justin se ensanchó aún más, esta vez mostró sus níveos y perfectos dientes.

Ella le ignoró a propósito y siguió a Vera hasta el cuadro.

—Es espectacular. ¿Podrías pintar más sobre este tema en concreto?

—¿Sobre Escocia? —inquirió Madison sin dejar de mirar los tonos pasteles en contraste con el verde intenso de los campos de Uig—. No estoy muy segura, pero...

—Ahora tiene mucho trabajo.

La interrupción de Justin hizo que las dos mujeres se volvieran de forma precipitada hacia el mismo objetivo.

—¿Hay otra galería de arte interesada en ti, querida? —inquirió Vera algo más nerviosa de lo que quisiera reconocer en un principio.

Madison abrió la boca para responder, sin embargo, Justin lo hizo en su lugar.

—La verdad es que sí.

—¿En serio? ¿Cuál? —La voz de alarma de Vera se

extendió casi de inmediato por la galería.

Madison miró a su amigo sin comprender ni una sola palabra. ¿A qué estaba jugando Justin? ¡Qué dios se apiadase de él porque no le iba a someter al tercer grado cuando llegasen a casa, iba a pasar directamente a la tortura!

—Sería un placer que usted y yo nos tomásemos un café mientras le cuento los planes de futuro de Madison.

—¿Eres su agente?

—Bueno, en cierta manera, se podría decir que sí.

Madison cerró los ojos unos segundos con la esperanza de que todo aquello fuese una pesadilla.

La dueña de la galería, con la mano de Justin ya en la espalda avanzaba como si algún truco de hipnotismo recayera sobre ella, en un momento exacto miró hacia atrás, en dirección a Madison. Estaba claro que la mujer estaba tan perdida como ella.

Madison no sabía si sentirse molesta o aliviada por la intromisión de Justin. Se había jurado a sí misma que ese iba a ser su último cuadro sobre Escocia. Estaba tan sumida en sus pensamientos que no se percató de que la puerta se abría. Como un acto reflejo, dirigió su mirada en dirección a la entrada. Se quedó helada y por un momento sintió que le faltaba el aire.

Cuando la sorpresa inicial la dejó hablar, preguntó:

—Scott, ¿qué estás haciendo aquí?

El muchacho sonrió de tal forma que la sonrisa le llegó hasta los ojos, se acercó a ella en un par de zancadas y luego la abrazó. Ella dudó en devolverle el abrazo, sin embargo en última instancia lo hizo, solo con la esperanza de comprobar que Scott no fuera una ilusión óptica.

Madison no salía de su asombro. Scott era real. Por un momento se sintió como en el cuento de *Alicia en el país de las maravillas*, todo su mundo parecía haberse dado la vuelta.

Scott se separó lo suficiente de ella para responder a la pregunta.

—Bueno, a decir verdad, la última vez que nos vimos

me dijiste que esto me iba a gustar.

Madison intentó por todos los medios salir de su propio estupor.

—Bueno... Sí, claro, pero aun así me sorprender verte aquí.

—Es complicado hablar contigo, por alguna razón que aún no comprendemos, no recibes nuestras llamadas y esa es la razón de no haber podido avisarte de que iba a venir.

La ironía se clavó como un puñal afilado en las entrañas de Madison.

—Si no te importa, prefiero no argumentar tu comentario.

—Estás en tu derecho.

En esos tres meses, Madison tuvo la impresión de que Scott había crecido, le sacaba casi dos cabezas, se le veía feliz y vestía con ropa informal y algo arrugada, como si su avión hubiese aterrizado en ese mismo instante.

—Un momento... —dudó unos segundos, su mente iba más rápido que la situación que estaba viviendo en ese preciso instante—, ¿cómo... cómo sabías que hoy estaría aquí?

La respuesta llegó cuando Scott, quizá sin pretenderlo, miró en la dirección en la que Justin y Vera habían desaparecido.

Madison miró hacia el techo con un gesto de resignación.

—Claro... Justin.

Scott esbozó una sonrisa pesarosa.

—No le culpes, a mi modo de ver es la mejor decisión que seguramente ha tomado en su vida.

—Lo mataré con mis propias manos, lo juro. —El tono de voz de Madison sonó a amenaza.

Scott hizo un sonido con la boca que podía haber sido de puro divertimento o de incredulidad, lo que hizo que ella volviese toda la atención al muchacho. Le hubiese encantado preguntarle por Sloan, Kate y los niños, Connor, Ian o su abuelo, Graham, pero no lo hizo, quizá por miedo a obtener

respuestas que no le iban a gustar.

—¿Te hospedas en algún hotel?

—Sí. —Scott cambió el peso de un pie a otro—. En uno que está muy lejos de aquí.

—Bien.

La incomodidad entre ambos se hizo aún más evidente.

—Madison —Scott se masajeó el cuello con un movimiento perezoso—, no he venido solo.

Ella le mostró un rostro insondable.

—¿Con Alison? —preguntó Madison sin poder ocultar su nerviosismo. Se asió las manos con la única finalidad de ocultar su inquietud.

Scott colgó los pulgares de las hebillas de su pantalón, lo que le daba cierto aire de cowboy, pensó Madison.

—No.

Ella forzó una sonrisa y a continuación dejó escapar poco a poco su respiración contenida.

—Entiendo. ¿Dónde está?

—Afuera. Digamos que soy el mensajero. Si no quieres verle, él lo comprenderá, solo quiere comprobar por sí mismo que estás bien.

Ella se acercó a la puerta de cristal, su corazón martilleaba contra sus costillas de una forma incesante, sin embargo, ignoró los fuertes latidos y buscó, no sin cierta ansiedad, entre los paseantes.

—El mensajero siempre pierde la cabeza —le dijo a Scott sin dejar de prestar atención a la calle.

Scott torció la boca en una agría mueca.

—Aun así, decidí que el riesgo valía la pena. Te echa muchísimo de menos, Madison. No es el mismo desde que te fuiste, no obstante si decides no hablar con él, lo entenderá. No volverá a llamarte ni a molestarte.

—¿Ese es el mensaje? —Esta vez Madison dejó su escrutinio y fijó toda su atención en el muchacho.

—El vuelo ha sido largo, da para hablar mucho.

—Parece un ultimátum.

—No lo es, créeme.

—¿No hay nadie en su vida? —inquirió más nerviosa de lo que quería aparentar.

Scott procuró no perder la paciencia y rogó que en la vida de Madison no hubiese otro hombre más que su padre. Los adultos hablaban de los amores de juventud como una locura eterna, sin embargo, los amores más maduros también lo eran a su modo de ver.

—Si no le importases, Madison, no estaría aquí. —Al ver el escrutinio al que se veía sometido por parte de la mujer que su padre amaba, decidió ser claro y conciso—. No hay nadie en su vida. Siempre has sido y serás tú. Jamás le había visto así, está derrotado, de eso doy fe.

Ella intentó amoldar toda esa información en su mente y volvió al exterior.

Lo localizó en la acera, apoyado sobre una barandilla. Tenía las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, cabizbajo y con las manos embutidas en los bolsillos delanteros del pantalón. Cuando se fijó en él se le aceleró el pulso.

Debía ser sincera consigo misma, la distancia no había surtido el efecto que ella hubiese esperado, sino todo lo contrario. Ver a Sloan allí confirmaba todo lo que le había echado de menos durante esos últimos meses.

Como una autómatas, su mano se dirigió a la puerta, alcanzó el tirador con la mano, la abrió y salió al exterior. Sloan debió sentir su presencia porque en el mismo instante en que ella puso un pie en la acera, él dirigió la mirada hacia ella.

Sus miradas se encontraron y se estudiaron detenidamente. Madison pensó que incluso allí, parecía un auténtico *highlander*. Observó cómo el cuerpo de él se ponía rígido bajo su escrutinio.

Sloan no se movió, pero su actitud era tensa, los transeúntes pululaban a su alrededor ajenos a aquella pareja que se comía con los ojos. Ella decidió dar el primer paso, quizá no la llevase a ninguna parte, pero al menos la sacaría de la oscuridad en la que había estado viviendo esos últimos

meses.

Lo había echado de menos, ahora que lo veía allí, comprendía que había pasado un infierno lejos de él.

Scott tenía razón, el aspecto de Sloan era el de un hombre agotado, cansado, y ella se sintió aún más culpable.

Sus pies se despegaron del suelo y sus piernas volaron en dirección al hombre que jamás había dejado de amar. Sloan no lo dudó ni un segundo, se irguió y abrió los brazos para ella.

Madison supo que allí estaba lo que siempre había estado buscando, aquel refugio, aquellos brazos fuertes y poderosos que ansiaban abrazarla. Sloan era todo lo que necesitaba.

No importaba dónde viviese, en Escocia o en Georgetown, o en la Antártida, lo importante era estar a su lado, su hogar estaría donde estuviese aquel escocés moreno, de ojos claros y de mirada fría y dura, que ese preciso instante era todo calidez.

Él la atrapó al vuelo cuando llegó a su lado.

A Madison las piernas le temblaban y las lágrimas nublaron sus ojos. Se envolvió dentro del círculo de sus brazos.

—Lo siento —confesó ella buscando aquel aroma que tanto anhelaba y que tanto había echado en falta.

Él le acarició la mejilla con los nudillos. Sus ojos también se oscurecieron y se volvieron un poco más insondables, como si intentara protegerse de algo.

—Yo también. Siento haber tardado tanto.

Madison se inclinó hacia él, con los ojos fijos en los suyos.

—Lo importante es que ya estás aquí. Te quiero — declaró en un susurro tenue aquellas palabras que tantas veces había expresado en voz alta en la intimidad.

Los labios de Sloan dejaron entrever una sonrisa contenida, a continuación, buscó su mano y trenzó sus dedos alrededor de los de ella.

Él pasó su mano libre alrededor de su mandíbula y le

inclinó la barbilla hacia arriba, ella ladeó la cabeza y él la besó en la boca, moviéndose con avidez sobre ella.

La deseaba con locura, como nunca había deseado a nadie. Madison estaba allí, con él y él era el hombre más dichoso de la faz de la tierra en ese mismo instante.

Cuando el beso terminó, él dijo:

—No vuelvas a alejarte de mí, Madison. Nunca más.

A Madison le pareció una orden de lo más pueril, sin embargo, ella asintió apresuradamente.

—Lo prometo, nunca más lejos de ti.

—Viviremos donde tú quieras...

Ella le miró de hito en hito.

—¿Vivirías aquí?

Él antes de responder, levantó la cabeza y miró a su alrededor, Madison reprimió una carcajada al observar el rostro sombrío de Sloan al ver tanta gente compartiendo tan poco espacio, nada que ver con las verdes y extensas praderas de Escocia.

—Lo haría, por ti lo que fuera. —Ella le acarició la dura y fuerte mandíbula con la mano—. Conozco bien el mundo de la hostelería y tengo manos y cerebro que aprenderían rápido cualquier tipo de profesión.

Ella se puso de puntillas y le robó un beso.

—No lo dudo, Sloan, sé que lo harías y que renunciarías a tus principios por mí, pero no es lo que quiero.

Madison observó cómo una sombra de temor veló la mirada de Sloan.

—¿Qué intentas decirme? —inquirió indeciso.

—Llévame a casa, Sloan.

Él tardó una fracción de segundo en comprender.

—¿Quieres volver conmigo a Escocia? —preguntó atónito.

Él siguió mirándola con cautela y con cierta inseguridad.

—Así es.

Sloan dibujó una enorme sonrisa en sus labios. Rodeó

con sus brazos la cintura de ella y la levantó un par de palmos del suelo.

—¿Lo dices en serio? —inquirió aún incrédulo.

—Ni un segundo más sin ti.

Con aquellas palabras consiguió asombrarlo de nuevo.

Él soltó una carcajada. No fue de un modo bullicioso ni estridente sino sosegado y suave.

—¿Y te casarás conmigo?

Ella ignoró el intenso aleteo al que se vio sometido su corazón.

—Por supuesto, no te vas a librar tan fácilmente de mí.

Él la alzó aún más y depositó un largo y profundo beso en los labios de ella.

Madison respondió a su beso, rodeó el cuello de él y se dejó llevar por la magia del momento.

Su madre le había dejado una carta tras su muerte, lo que ella aún no sabía mientras leía aquellas líneas era que estas serían su salvoconducto a una vida mejor, a un nuevo continente, al amor de su vida.

Meses más tarde, escribiría en esa misma misiva:

*Mamá,*

*Gracias por guiarme entre las sombras, gracias por no abandonarme.*

*PD: Te quiero.*

*Madison McGregor.*

***FIN***

## Agradecimientos:

Ante todo te quiero agradecer a ti, que estás leyendo esta página, que me hayas acompañado hasta Escocia, un lugar de ensueño.

Aunque no te lo creas es para mí más complicado escribir esta parte de agradecimientos que un capítulo de la novela. Mi miedo a olvidarme de alguien es enorme, por lo tanto si no veis vuestro nombre, por favor, disculpadme.

Son muchos los que me acompañáis cada vez que escribo una novela y por eso os quiero dedicar unas líneas

A mi hija Carla y a mi marido, Miguel, por robaros tanto tiempo y ser tan comprensivos. Os quiero.

A mis divinas, Aurora, Esperanza, Shaira y Toñi. Sin sus risas y sus experiencias mi vida no sería igual.

A ti, Consuelo Fernández, gracias por quererme tanto.

A Inés Morán Bueno, mi librería favorita, gracias por vender mis sueños en tu preciosa librería.

A María Teresa Hernández, por tantos cafés, risas y letras.

A Elena Soberón, como ya te dije en una ocasión, espero escribir muchos capítulos quince que te gusten.

A Ana Silva Silva, gracias por tus preciosos fanarts y por tu cariño incondicional.

A Mary Ann Gaby, gracias por ser esa brisa de aire fresco en mi vida.

A Lorraine Cocó por estar siempre ahí y responder todas mis dudas.

A Mar Fernández por maquetar mis novelas y por tantos consejos buenos.

A Marta Diego, Maiki y Patricia García, sabed que disfruto muchísimo y me encantan las reuniones con pizza, tarta de chocolate y tanto cariño.

Gracias a mis lectoras, sois vosotras las que hacéis posible que mis sueños crezcan cada día un poco más.

A todas... eternamente agradecida.

## Yolanda Revuelta



Nació un 17 de enero de 1973 en Torrelavega, provincia de Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la

etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio Un amigo es un tesoro, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Su lema Los sueños se cumplen si no los abandonas es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

## Otros títulos de la autora:

Noches en la niebla.

Preludios del pasado.

Donde me lleven tus sueños.

Y de repente, un extraño.

Trilogía Clan MacKinlay:

- Caricias del destino
- Caricias del poder
- Caricias del ayer

El país de los vientos fríos

Bilogía Isla Skye:

- La sombra de una mentira
- La promesa de no olvidarte

Me puedes encontrar en;  
Instagram, Twitter, google, Facebook  
Y en mi página Web;  
**[www.yolandarevuelta.es](http://www.yolandarevuelta.es)**